

VICTORIA VÍLCHEZ

LA
PORTADORA
DE ALMAS

COPYRIGHT

La portadora de almas

©Victoria Vílchez

Primera edición: Febrero 2014

Segunda edición: Mayo 2014

Tercera edición: Enero 2020

Imagen de la cubierta: Enrique Meseguer

Todos los derechos reservados. Cualquier reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra solo podrá realizarse con la autorización expresa de los titulares del copyright.

ÍNDICE

COPYRIGHT

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

*A Daniel y Daniela,
por enseñarme que el amor incondicional
no solo existe en la ficción.*

El amor es pasión, obsesión, no poder vivir sin alguien. ¡Pierde la cabeza! Encuentra alguien a quien amar como loca y que te ame de igual manera. ¿Cómo encontrarlo? Pues... olvida el intelecto y escucha al corazón. Porque lo cierto es que vivir sin eso no tiene sentido alguno. Llegar a viejo sin haberse enamorado de verdad... En fin, es como no haber vivido. Tienes que intentarlo, porque si no lo intentas, no habrás vivido.

William Parrish (Anthony Hopkins en *¿Conoces a Joe Black?*)

CAPÍTULO 1

La oscuridad la rodeaba y una especie de golpeteo rítmico se dispersaba en todas direcciones. El latido de su corazón se había sincronizado con el perturbador sonido. Los pequeños puntos de luz que danzaban frente a sus ojos ni siquiera le permitían ver sobre qué tenía puestos los pies. Aunque lo prefería así, nada de lo que pudiera ver allí podía ser agradable. Estar en ese lugar debería haberle resultado agobiante y claustrofóbico, si no fuera porque, con los años, Casandra se había acostumbrado a él.

Posó su mano sobre la espalda del niño al que acompañaba. Erik apenas tenía siete años; si bien, sus ojos grandes e inteligentes y su gesto serio lo hacían parecer algo mayor. Desde la primera vez que lo vio en un parque, no lejos de su casa, supo que terminaría ayudándolo por mucho que se resistiera a ello. Y allí estaba, prácticamente empujándolo para que cruzara al otro lado.

Uno de los focos de luz comenzó a crecer, ensanchándose hasta alcanzar el tamaño por el que cabría un cuerpo pequeño. Retuvo al niño, consciente del poder que la luz ejercía sobre él y a sabiendas de que, si se lo permitía, Erik avanzaría hasta introducirse en ella. No quería precipitarse, no cuando lo que estaba en juego era el alma del pequeño.

El círculo luminoso se amplió aún más, aumentando también la atracción que ejercía sobre ellos. Casandra no era inmune a sus efectos, también ella se sentía seducida por la idea de avanzar hasta perderse en la calidez que desprendía. Pero no era su momento, no había llegado la hora en la que, de forma natural, tuviera que atravesar ese túnel. Ella estaba allí solo para guiar a Erik y, en algún lugar, su cuerpo físico la reclamaba para que volviera a ocuparlo.

Retrocedió cuando observó volutas de humo blanco extenderse entre ellos y el cautivador resplandor. Tiró de la mano de Erik y lo obligó a mantenerse a su lado. El humo comenzó a volverse denso, hasta que se transformó en una sólida pared. Era una trampa; el lugar estaba plagado de ellas, por eso nunca dejaba ir a ningún alma de forma apresurada.

Erik lloriqueó al darse cuenta de que no había manera de rodear la pared. Creía que continuarían atrapados allí para siempre. Casandra se acuclilló a su lado y le sonrió mientras le secaba las lágrimas con el dorso de la mano. El pequeño se echó en sus brazos sin decir nada, aferrándose a ella con fuerza; no había dicho ni una sola palabra desde que se habían internado en el túnel.

Le acarició el pelo y trató de reconfortarlo mientras observaba como una grieta se abría paso desde la base del muro, ensanchándose a medida que ascendía. Cuando la pared

explotó en cientos de pedazos cubrió al pequeño en un acto reflejo, a pesar de saber que ya estaba muerto y no podía sufrir daño alguno. El único peligro allí era quedar atrapado para toda la eternidad.

Los restos de la explosión se volatilizaron, convirtiéndose de nuevo en el humo del que procedían. Pero esta vez, entremezclados con él, Casandra pudo apreciar pequeños destellos de color azul que viraron luego a verde y se convirtieron finalmente en una pequeña nebulosa de color dorado. Todo un espectáculo para la vista.

Los destellos se agruparon poco a poco, fundiéndose unos con otros hasta dar lugar a un pequeño sol en miniatura. Un rayo se abrió paso a través del túnel y los envolvió en un halo protector. Casandra supo que había llegado el momento y soltó la mano de Erik.

—Tienes que avanzar —le susurró al ver que permanecía mirándola, indeciso—. Yo no puedo acompañarte más allá.

Erik negó repetidamente con la cabeza, aun cuando Casandra estaba segura de que percibía el mismo tirón que ella sentía. Estaba aterrado, y que hubiera llegado hasta aquel punto se debía solo a la presencia de Casandra.

—Debes irte —le ordenó con voz dulce pero firme.

Erik no se movió.

Casandra suspiró y lo cogió de nuevo de la mano. Avanzó solo unos pocos pasos más. Sabía que estaba arriesgándose demasiado, pero no veía otra forma de convencerlo. Detenerse de nuevo le supuso un esfuerzo notable; algo la llamaba desde el otro lado, como si de un canto de sirena se tratase.

Respiró hondo y apeló a toda su fuerza de voluntad para apartar la vista de la bella nebulosa. Evocó la cara de Valeria, su madre, y la de su prima Lena. Recordó la voz de su abuela, a la que aún continuaba llorando, pues había fallecido solo una semana antes. Ellas eran su ancla; su amor era el billete de vuelta al mundo de los vivos.

Miró a Erik, que la observaba con los ojos empañados por las lágrimas, pero con una sonrisa en los labios. Tras unos segundos, y sin que Casandra tuviera que insistir, el niño comenzó a caminar. Cuando la brillante luz dorada empezó a envolverlo, Erik se giró y agitó la manita para despedirse.

«Adiós, pequeño Erik», se despidió a su vez ella.

A partir de ese momento la luz comenzó a menguar con rapidez. Casandra sabía que en cuestión de segundos todo se sumiría en una oscuridad absoluta, aunque no solía esperar tanto para retornar a su mundo. Inspiró profundamente y, justo en el instante en que tomaba la decisión que la llevaría de vuelta, vislumbró una figura no muy lejos de ella. Las sombras que continuaban creciendo a su alrededor le impidieron apreciar detalle alguno.

Cerró los ojos al percibir que los lazos que unían su cuerpo con su alma comenzaban a formarse de nuevo.

Se incorporó de golpe en su cama, respirando de forma acelerada y con el corazón latiendo a toda prisa debido a la sorpresa. Nunca se había encontrado con nadie en el túnel. Siempre habían estado únicamente ella y la persona a la que acompañaba.

Se frotó los ojos con insistencia para intentar eliminar el picor que le sobrevenía después de sus viajes. No podía tratarse de una alucinación, estaba segura de lo que había visto. ¿Podría ser otra persona con su mismo don? ¿Tal vez un alma de paso hacia el más allá? De lo que estaba segura era de que había alguien en el túnel con ella, alguien que la había estado observando a saber por cuánto tiempo.

Aquel hecho la dejó preocupada y, sobre todo, intrigada. Pero por más extraño que le resultara no había nada que pudiera hacer el respecto.

Movió la cabeza en círculos para desentumecer sus músculos agarrotados. Echó un vistazo al despertador de la mesilla y se dio cuenta de que su prima no tardaría en llegar. Reunió fuerzas y casi se tiró de la cama, obligándose a ponerse en marcha. Apenas pasaban unas horas del mediodía, pero tuvo que encender la luz para iluminar su habitación. Fuera, el cielo repleto de gruesas nubes negras auguraba tormenta.

Odiaba los días como aquel, días húmedos y grises en los que se le antojaba más difícil salir de la cama. Por alguna razón que ignoraba, siempre había más fantasmas vagando cuando llovía. Y vivir en Londres, con su tiempo inclemente, no ayudaba demasiado.

Casandra había nacido con lo que en su familia consideraban un don, aunque ella lo catalogara más bien como una maldición. No entendía qué clase de regalo podía haber encerrado en la capacidad de ver los espíritus de los muertos. Aquello era una maldición, simple y llanamente.

Encontrarse día tras día con fantasmas había sido lo normal en su vida desde que era apenas una cría, cuando su don se manifestó. Sus padres no se sorprendieron demasiado cuando su pequeña les preguntó quién era esa gente que rondaba por la vieja casa de la abuela y por qué nadie, salvo ella, veía al abuelo. Lo asumieron sin más. En su familia,

poseer ciertas capacidades no era algo común, pero en determinadas generaciones aparecía alguien que las tenía. Su abuela materna, por ejemplo, vislumbraba pequeños retazos del futuro. Era una mujer de carácter fuerte y poco dada a las concesiones. No permitía que su habilidad condicionara su vida, y era esa máxima la que trataba de inculcarle, aunque para Casandra fuera una norma difícil de cumplir.

Para ella, ver fantasmas no era como en las películas. No eran translúcidos ni flotaban en el aire. En realidad, parecían personas normales. De pequeña, Casandra había tenido serios problemas y se había visto en más de un apuro por dirigirse a gente que solo ella era capaz de ver. Fue su abuela la que la aleccionó para que aprendiera a diferenciar vivos de muertos.

—Concéntrate, Casie —le repetía una y otra vez—. Hay diferencias, sutiles diferencias que tienes que ser capaz de apreciar.

Y tenía razón: el aire que los rodeaba, la forma en que la luz se reflejaba en sus cuerpos, la mirada perdida que mostraba la mayoría... Gracias a su insistencia, Casandra había afinado su percepción y era capaz de distinguirlos de un solo vistazo.

Recordar todo aquello hizo que volviera a entristecerse. Su abuela había muerto una semana antes. Tras el funeral, se le había aparecido y sus palabras continuaban resonando en su mente: «Te encontrarán. Ya te están buscando», le había dicho antes de desaparecer. Después de eso no había vuelto a verla, y Casandra se consolaba pensando que había abandonado rápidamente este mundo, sin dejar asuntos pendientes.

Paseó la vista por la habitación, observando la cama con las sábanas revueltas y arrugadas, la cómoda blanca situada justo enfrente y, sobre ella, el espejo en el que apenas podía mirarse porque estaba repleto de fotos. Aquel era su pequeño refugio, y a pesar de ello algunas veces las almas la seguían hasta allí, torturándola con sus lamentos para que las ayudara.

No era el caso de Erik, al que había encontrado calle arriba y llevado a casa. Sabía lo peligroso que resultaba ir hasta el túnel, o más bien encontrar la fuerza necesaria para regresar, pero al ver al niño llamando a su madre entre sollozos había sido incapaz de pasar de largo y simular que no se percataba de su presencia.

Suspiró y se concentró en hacer la cama, buscando un pretexto que la devolviera del todo a su mundo. Estiró las sábanas y el grueso edredón verde, y puso la almohada en su sitio. Una vez que la habitación estuvo ordenada, se enfundó unos vaqueros desgastados pero muy cómodos y una camiseta de manga larga.

Su habitación tenía baño propio, por lo que no tuvo que salir al pasillo para terminar

de arreglarse. Se peinó la ondulada melena negra, que le caía hasta la mitad de la espalda, mientras el espejo le devolvía el reflejo algo cansado de sus ojos castaños y ligeramente almendrados. Casandra era una chica guapa, con una piel algo pálida y curvas suficientes para que cualquier chico la mirase dos veces al pasar por su lado, aunque suponía que parte de la magia que le permitía ver almas era responsable de que no fuera así. Claro que ella tampoco ponía mucho de su parte.

A sus diecisiete años solo había salido con un chico. Sin embargo, enrollarse con alguien mientras el difunto padre de este los observaba fue motivo más que suficiente para que la relación se volviera insostenible. Le había dicho al muchacho que no podían continuar viéndose y no volvió a llamarlo más. Desde entonces, había procurado mantenerse alejada de los chicos.

Regresó a su habitación, se calzó unas botas de agua y bajó al salón. Había quedado con Lena para ir a buscar unos libros a la biblioteca. Aunque el tiempo no acompañaba, los necesitaban para un trabajo de Literatura. Se dejó caer en el mullido sofá y se permitió tatarrear *With or without you*, de U2, mientras hacía tiempo hasta que Lena apareciera.

Aún continuaba canturreando cuando su prima se presentó. La media melena morena le rozaba ya los hombros, haciendo que las puntas del pelo se le disparasen en todas direcciones. Un poco más alta que ella, y también algo más delgada, poseía unos grandes y risueños ojos azules que parecían ocupar toda su cara. Llamaba la atención allá donde iba.

—Oh, ya veo —dijo Lena, dándole un repaso con la mirada a Casandra cuando esta le abrió la puerta—. ¿Un mal día, Casie? Las pinceladas de rojo que estoy viendo en tu aura no me dicen nada bueno.

Lena era hija de Clarissa, la hermana de su madre, y al igual que Casandra poseía un don. Algo más atenuado y desde luego menos aterrador que el suyo: Lena veía las auras de la gente. No continuamente y no las de todo el mundo, pero también había sido entrenada por su abuela y era capaz incluso de detectar diferentes estados de ánimo. Decir que resultaba una persona muy intuitiva era quedarse corto.

—Si yo te contara —contestó Casandra, evitando responder con claridad a la pregunta. No había creído que su clandestino viaje al túnel alterara su aura lo suficiente como para que Lena lo detectara.

—Pues cuenta, cuenta —la apremió Lena, con el entusiasmo pintado en la cara.

—No me apetece hablar de ello —replicó, apartando la mirada.

—Venga, Casie, tu aura enrojece por momentos, algo te molesta.

—No es nada, de verdad.

—Está bien, no insistiré —se rindió, alzando las manos con una sonrisa en los labios —. Pero si veo aparecer siquiera un asomo de índigo, te obligaré a contármelo todo.

De camino a la biblioteca, Casandra caminaba cabizbaja al lado de su prima. Apenas si levantaba la vista del suelo para asegurarse de no tropezar con nadie. No quería toparse con más almas errantes. Sabía que estaban ahí, pero si no las miraba directamente, podría seguir andando como si tal cosa y ellos permanecerían ajenos al hecho de que alguien podía verlos. A pesar de sus precauciones, a veces terminaban por descubrirla. Era entonces cuando la inestable tranquilidad de la que disfrutaba se esfumaba sin remedio.

Llegaron empapadas. Había empezado a llover justo al salir de la casa de Casandra y, aunque compartían un paraguas, la lluvia arreciaba de tal forma que había sido imposible no mojarse. El conserje de la biblioteca les había lanzado una mirada hosca al ver sus ropas chorreando sobre el pulido suelo de la entrada.

Casandra se frotó las manos tratando de calentarlas, había olvidado en casa los guantes y las tenía heladas. Consiguió que se le desentumecieran al menos en parte, pero notaba el pelo mojando su espalda. Se lo recogió en un improvisado moño; tendría mucha suerte si no se resfriaba.

Accedieron por una de las puertas laterales que conducían al interior de la biblioteca. Casi todas las mesas estaban ocupadas, si bien muchos de los estudiantes cuchicheaban en voz baja unos con otros, sin hacer demasiado caso a los libros y apuntes desperdigados frente a ellos.

—Hay fiesta esta noche en casa de uno de los de segundo, la gente está ansiosa —le susurró su prima, paseando la vista por las mesas.

Dada la cercanía de una fiesta, es decir, una oportunidad para divertirse un poco, era obvio que las auras de casi toda la biblioteca debían resultarle perfectamente visibles. Por lo que Lena le había contado, Casandra imaginó que el azul debía de ser el color dominante.

Avanzaron para rodear la zona de estudio e ir en busca de los libros que necesitaban. En la parte derecha de la biblioteca se distribuían de forma laberíntica las estanterías que acogían los libros disponibles en préstamo. El sistema de organización dejaba bastante que desear y, al estar expuestos a las manos de cualquier usuario, muchos libros acababan en un lugar que no les correspondía.

—Busca tú por ese pasillo —le indicó a Lena, mientras que ella se internaba por otro

y comenzaba a revisar los títulos.

Encontró casi en seguida el volumen de *El sueño de una noche de verano*, de William Shakespeare, pero necesitaba al menos otras dos obras del autor, por lo que siguió avanzando con la cabeza de medio lado y murmurando entre dientes el nombre de cada libro.

Un fugaz movimiento atrajo su atención y desvió la vista hacia el fondo del pasillo. A pocos metros de ella se arremolinaba en el suelo un denso humo negro. Apunto estuvo de gritar «¡fuego!» para alertar a todo el mundo, pero al buscar el origen del humo se dio cuenta de que nada ardía ni se quemaba a su alrededor.

La oscura niebla se retorció en círculos y fue ascendiendo frente a sus ojos, compactándose y tomando forma, hasta dar lugar a la figura borrosa de una persona. Paralizada por el espectáculo, observó inmóvil la aparición. El corazón latía en su pecho a tanta velocidad que creyó que cualquiera podría ser capaz de oírlo en el ambiente silencioso que reinaba en la sala. Solo el terror que le transmitía aquella cosa impidió que comenzara a gritar.

—Casandra —oyó que susurraba alguien a su espalda.

Se giró de un salto, temerosa de darle la espalda a lo que quiera que fuera aquello, pero aún más aterrada por la posibilidad de que otra de esas cosas estuviera detrás de ella.

Se encontró de frente con Lena, que la miraba sorprendida por su reacción.

—Parece que hubieras visto un fantasma —bromeó su prima, reprimiendo la risa.

Casandra volvió a girarse rápidamente y frunció el ceño con la vista fija en el lugar en el que hasta hacía un instante ondulaba la extraña niebla. No había ni rastro de ella. Su prima se colocó a su lado y siguió su mirada.

—Vale, has visto un fantasma de verdad, ¿no? —añadió Lena al darse cuenta de su expresión angustiada.

—No sé lo que he visto —contestó ella—. Era... era como...

Casandra enmudeció cuando la advertencia de su abuela resonó de nuevo en su mente.

—Lena, ¿recuerdas la premonición de la abuela? —preguntó, a sabiendas de que su prima no podía haberla olvidado.

—Sí, ¿por qué?

—Porque, fuera lo que fuese que trataba de decirme, creo que está empezando a cumplirse.

Lena la miró alarmada. Su abuela había advertido a Casandra de que alguien vendría en su busca, y ninguna de las dos creía que se hubiera molestado en aparecerse después de muerta para prevenirla sobre una visita de cortesía.

—Encontremos los libros y salgamos de aquí —sugirió Lena.

—He encontrado este —comentó Casandra, alzando el maltrecho ejemplar que tenía en la mano.

—Iré a preguntar por los demás.

Lena tomó el libro de entre sus manos y se marchó en dirección al mostrador de información. Una amable señora la atendió enseguida, deseosa de poder resultar útil.

Casandra, mientras tanto, inspeccionó una vez más el lugar sin saber qué estaba buscando en realidad. Las estanterías estaban repletas de libros y manuales con los lomos desgastados por el uso, y el característico olor a papel que tanto le gustaba flotaba en el ambiente. No había nada anormal.

Valoró la posibilidad de que todo hubiera sido fruto de su imaginación, pero estaba segura de lo que había visto tanto allí como en el túnel. Alguien la observaba y puede que incluso la estuvieran siguiendo.

—¿Buscas algo? —preguntó una voz a su espalda.

Casandra, con los nervios a flor de piel, dio un pequeño grito. Al volverse se encontró a un chico, algo mayor que ella, observándola. Lucía una melena negra a ras de las orejas y sus ojos, de idéntica negrura, parecían absorber la luz de los fluorescentes del techo. Vestía un pantalón oscuro y una sencilla camiseta gris.

Cuando Casandra fijó la vista en él y el chico alzó una ceja y ladeó ligeramente la cabeza. Por un momento, hubiera jurado que había visto cierto reconocimiento en su mirada, pero era imposible que se conocieran. Estaba segura de que no lo había visto nunca.

Retrocedió varios pasos de forma inconsciente, alejándose de él. En respuesta, el

chico avanzó por el pasillo hasta quedar a escasos metros de ella. Era bastante más alto que Casandra, por lo que esta tuvo que elevar la barbilla para mirarlo a los ojos. Había algo oscuro y tétrico en él, algo que a Casandra le causaba un irracional rechazo, pero también una más que preocupante e irracional atracción.

Él continuó mirándola con vivo interés, tan intensamente que ella sintió que estaba analizándola como si de un raro espécimen se tratase.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Te conozco? —preguntó Casandra, dudando de su buena memoria.

—No lo creo. —Su voz sonó algo ronca, desgastada—. ¿Quién eres?

—Casandra, Casandra Blackwood.

—No te hagas la tonta —le espetó con dureza, como si creyera que estaba mintiéndole.

—Soy Casandra —repitió—. ¿Y tú? ¿Quién eres?

—¿Eres una bruja? —le preguntó él a su vez.

—Pero ¿de qué vas? No me conoces de nada —le reprochó ofendida.

La irritación que sentía momentos antes se evaporó por completo y fue sustituida por una punzada de pánico. Nadie, salvo su familia, conocía su secreto. Él no podía saber lo que era capaz de hacer. Resultaba más probable que alguien de su instituto hubiera extendido algún rumor absurdo sobre ella. Casandra no era precisamente popular; sus compañeros la consideraban algo rarita y muchos estudiaban en esa misma biblioteca.

«A no ser que sea él de quien hablaba la abuela y haya venido a por ti», le susurró una voz en su mente.

Apretó los puños con fuerza, dispuesta a defenderse si fuera necesario.

—Apártate de mi camino —le ordenó. La voz le tembló ligeramente al hablar, pero rezó para que él no se diese cuenta.

—Tienes carácter. No sé por qué no me extraña —le contestó el desconocido.

—¡Apártate ya! ¡Ahora! —repitió tratando de no alzar la voz.

Lo fulminó con la mirada hasta que él cedió y se hizo a un lado para dejarla pasar. Caminó con paso rápido hasta donde se encontraba su prima, que discutía con la bibliotecaria sobre el número de días que podía disponer de los libros.

—Ya nos vamos —comentó Lena, sin mirarla, cuando Casandra se colocó a su lado.

Ella dirigió la vista al lugar por el que había venido. El chico, con una media sonrisa en los labios, le hizo un leve gesto con la mano a modo de despedida y se perdió en el siguiente pasillo.

Lena y Casandra se despidieron al salir de la biblioteca. Su prima salió corriendo tras consultar el reloj, pues había quedado en hacer unos recados para su madre. Casandra, intranquila, solo tenía ganas de volver a casa. No había comentado con su prima nada de lo sucedido a pesar de que Lena la había mirado y había murmurado algo sobre su excitada aura. No quería que se preocupara sin motivo si al final todo aquello resultaba ser solo una absurda paranoia suya.

Se detuvo en la puerta de la biblioteca para observar el cielo. No parecía que fuera a dejar de llover, así que iba a tener que mojarse de nuevo cuando su ropa ni tan siquiera había terminado de secarse. Suspiró mientras echaba a correr bajo la intensa lluvia.

—¡Casandra! —gritó una voz masculina a su espalda.

Se detuvo en el acto. Al volverse vio a Nick ofrecerle refugio bajo su paraguas.

Nick era un chico amable y algo tímido. Tenía unos ojos dulces y muy expresivos de color castaño que siempre le había gustado contemplar, aunque él respondiera a sus miradas desviando la vista y ruborizándose. Era uno de los pocos chicos con los que Casandra se relacionaba. Estaba enamorado de su prima, por lo que ella quedaba fuera de su radar. Y lo que era no menos importante, jamás había visto almas rondarlo. A su lado se sentía en paz.

—¿Un mal día? —le preguntó él al contemplar su expresión.

—Odio la lluvia —respondió Casandra.

Aquello pareció bastarle a Nick, que no hizo más comentarios mientras andaban hacia la parada del autobús.

—¿Irás a la fiesta? —la interrogó con falsa despreocupación, antes de que Casandra subiera al transporte.

—No lo creo, pero Lena seguro que irá —le contestó con un guiño, consciente de que esa era la información que buscaba.

Supo que había acertado al ver a Nick sonrojarse y despedirse rápidamente con la mano.

De camino a casa, trató de relajarse y olvidar todas sus preocupaciones. Apartó a un lado la tristeza que la invadía cada vez que pensaba en su abuela y la ansiedad que le producía creerse vigilada. Se puso los auriculares de su iPod y subió el volumen hasta que no fue capaz de oír nada salvo la música tronando en sus oídos. Dejó la mente en blanco, inspiró profundamente y cerró los ojos para no tener que ver a nadie, ni muerto ni vivo, que le robara aquel pequeño instante de tranquilidad.

CAPÍTULO 2

La casa familiar, situada en un tranquilo barrio residencial, constaba de dos plantas. El jardín, ahora deslucido por el frío invierno, les servía en verano de improvisado solárium. Todos los años su madre plantaba bulbos que florecían en primavera y cuyos intensos colores contrastaban con la fachada blanca. Sus padres se habían mudado allí tras casarse, decididos a permanecer cerca del resto de la familia. Lena vivía a solo unas manzanas y el caserón de su abuela, ahora cerrado, se encontraba también en los alrededores.

Cuando llegó había dejado de llover, lo que mejoró su humor de forma considerable. La voz de su madre la reclamó desde la cocina.

—¿Casie? ¿Eres tú?

—¡Sí, mamá! —gritó para hacerse oír mientras atravesaba el salón.

Encontró a su madre inmersa en uno de sus ataques culinarios. Se había recogido la abundante melena negra en una coleta alta de la que se escapaban varios rizos rebeldes. Valeria era menuda, de ella había heredado Casandra su estatura y también los ojos castaños. Adoraba cocinar y lo hacía realmente bien. A menudo, celebraba reuniones en casa a las que acudían la familia o amigos y para las que preparaba siempre el doble de comida de la necesaria.

La pequeña cocina estaba repleta de cacerolas, bandejas y decenas de ingredientes que cubrían por completo la encimera. Algo olía de forma exquisita, pero a Casandra le fue imposible determinar cuál de los platos era. Aquello solo podía significar que iban a tener visita.

—¿Quién? —preguntó con una mueca. Hoy no era su día, y con su suerte alguno de los invitados traería consigo un alma en pena.

—Compañeros de trabajo —respondió Valeria, mirándola con la culpa reflejada en los ojos—. No te importa, ¿verdad?

Si le decía a su madre que sí le importaba, esta sería capaz de cancelarlo todo y dejar a un lado sus planes para evitar molestar a su hija. Se sintió tentada de asentir con la cabeza, pero eso hubiera sido demasiado egoísta por su parte y le remordería la conciencia durante días. Su madre llevaba una semana llorando todas las noches por la muerte de la abuela, le vendría bien estar con gente y distraerse un poco, aunque solo fuera durante unas horas.

—No te preocupes, mamá. Además, esta noche tengo una fiesta —le aseguró. Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

Había decidido sobre la marcha que llamaría a Lena para avisarla de su cambio de planes y le pediría que pasara a recogerla.

—¡Eso es genial, Casie! Lena ha llamado y ha dicho que vendría a buscarte a las nueve, pero me ha extrañado que no me hubieras contado que ibas a salir —comentó su madre más animada.

La vida social de Casandra era mínima, para su madre aquello era todo un acontecimiento.

—¿Lena ha llamado?

—Hace algo menos de media hora. Me ha dicho que no le vale que vayas en vaqueros y camiseta —explicó Valeria con un tono de disculpa en la voz.

—¿Qué tienen de malo los vaqueros? ¿Y por qué Lena ha dado por sentado que iba a ir? —preguntó en voz alta, más para sí misma que para su madre.

—Lena te conoce mejor que tú misma, a veces pienso que nos conoce a todos mucho más a fondo de lo que creemos. ¿Le habías dicho que no ibas? Puedes quedarte en casa si quieres...

—No, mamá, no me hagas caso. Iba a ir de todas formas —mintió—. Pásalo bien, yo voy a subir a darme una ducha y cambiarme.

Observó su ropa húmeda y arrugada y decidió que lo mejor sería hacer caso a su prima y ponerse algo más adecuado para una fiesta.

Al salir de la ducha se sentía muchísimo mejor. Había permanecido al menos media hora bajo el chorro de agua caliente y por fin había conseguido entrar en calor. Le había dado vueltas y más vueltas a la posible identidad del chico de la biblioteca, hasta que había decidido que era imposible que el chico fuera algo más de lo que parecía. Sí, había algo raro en él, pero lo achacó al hecho de que lo había conocido minutos después de ver aquel extraño humo y se había sugestionado con ello.

«Nadie sabe que puedes ver las almas de los muertos», se había repetido mientras se duchaba, y al final había logrado convencerse de que así era. Aunque, a decir verdad, sentía

curiosidad por saber quién era él en realidad.

Frente al armario, con las dos puertas abiertas y aún en ropa interior, trató de decidir qué ponerse. Escogió un vestido corto de color negro con escote asimétrico y una sola manga de encaje. Le marcaba la cintura y el vuelo de la parte inferior acentuaba sus curvas. Ahora solo le faltaba dar con unos zapatos relativamente cómodos para no acabar con los pies destrozados. Finalmente, escogió unos con tacón medio que le iban perfectos al vestido.

Completó su atuendo con un pequeño bolso cruzado; una cartera de mano puede que hubiera sido más adecuada, pero no soportaba tener que cargar con ella toda la noche. Era una de las cosas más incómodas que alguien hubiera inventado, al menos si la salida consistía en una noche de fiesta adolescente. Se maquilló lo justo, colorete y un poco de brillo de labios.

Cuando Lena llegó a su casa, Casandra ya estaba arreglada y lista para salir y la esperaba charlando con su madre en el salón. Su prima también había elegido un vestido corto, pero de color naranja chillón. Ese era el color básico de su aura, es decir, el color dominante; típico de personas sociables, cariñosas y cuya lealtad suele estar por encima de todo. El color básico del aura de Casandra era el verde, según lo cual debía estar siempre dispuesta a ayudar a los demás o, por el contrario, volverse una persona extremadamente egoísta. Casandra no quería pensar cuál de las dos opciones se acercaba más a la verdad.

Lena la observó fijamente durante un minuto, examinando su aura antes siquiera de saludarla.

—Te salvas por ahora —sentenció al fin.

—¿Hay algo que deba saber? —preguntó Valeria, alternando la mirada entre su hija y su sobrina.

—No le hagas caso, mamá. Tiene uno de esos días —se burló Casandra.

—Tu hija esconde algo —le susurró Lena a Valeria, colgándose de su brazo—. Pero no te preocupes, ya sabes que terminará por sucumbir a mi encanto y contármelo todo. La torturaré si hace falta —añadió con dramatismo.

Valeria le sonrió mientras las acompañaba a la puerta.

—No lleguéis demasiado tarde. Y, Lena —añadió, volviéndose hacia ella—, procura no atormentar demasiado a mi hija.

Tras ponerse los abrigos y despedirse de Valeria, salieron a la fría noche. No llovía, pero se había levantado una ligera brisa que disminuía la ya de por sí baja temperatura. Caminarían hasta la casa donde se celebraba la fiesta, ya que no se encontraba demasiado lejos.

—Por fin te estás animando —afirmó Lena, mirándola de reojo—. Pensaba que ibas a continuar con esa cara de amargada toda la noche.

—¡Eh! ¡No estoy amargada! —le reprochó. Lena elevó una ceja con incredulidad—. Vale, un poco sí. Pero es que no ha sido mi mejor semana.

—Tampoco ha sido fácil para mí —dijo, poniéndose seria de repente—. Adoraba a la abuela, ya lo sabes. Era una mujer única, exigente pero cariñosa y entusiasta. Nunca dejaba que me rindiera y tampoco te dejaba rendirte a ti. Por eso debes seguir adelante y continuar luchando. Sé que mi don no es comparable al tuyo, sé que es duro ver gente muerta día tras día, pero no puedes rendirte. En nuestra familia todos los dones han sido siempre otorgados por algún motivo, descubrirás el tuyo cuando llegue el momento.

—Lo sé. La abuela no dejaba de repetirme que mi don tenía su razón de ser, pero es duro verlos todo el tiempo.

Señaló discretamente hacia una esquina en la que Lena no pudo ver a nadie; allí estaba, sin embargo, una de aquellas almas errantes.

—Sé que en más de una ocasión has ayudado a almas a cruzar al otro lado —le espetó su prima sin contemplaciones.

Cassandra la miró entre sorprendida y culpable, tratando de adivinar si Lena se estaba marcando un farol. Su expresión ceñuda daba a entender que no era así. Aquello amenazaba con convertirse en una ardua discusión si no la atajaba a tiempo.

—Me amenazan, me atormentan para que los ayude —se quejó—. Pero esta vez solo era un niño, no podía negarme —añadió, sabiendo que no resultaba una excusa convincente.

—Es peligroso, demasiado peligroso para hacerlo sola. Prométeme que no lo repetirás. Podrías acabar atrapada al otro lado, sin posibilidad de regresar. Tu madre no puede perder a nadie más, y yo tampoco.

Lena la observaba con ojos vidriosos y la expresión más triste que nadie le hubiera dedicado jamás. Resultaba perturbador verla tan seria, ella que siempre mostraba en su menuda cara una sonrisa sincera. Pero llevaba razón, no solo era consciente del peligro que corría cada una de las veces que había cedido a los ruegos o amenazas de algún muerto para

llevarlo al otro lado, sino que estaba segura de que, si le pasaba algo, su madre no dudaría en quitarse la vida para seguirla hasta el más allá. Y ella mejor que nadie sabía que una suicida jamás encontraría la paz.

—Lo siento mucho, Lena. Yo...

—No quiero disculpas, quiero una promesa. —Lena se detuvo en mitad de la acera y se cruzó de brazos, a la espera.

—Lo prometo —aceptó de mala gana.

—Bien —dijo Lena con una sonrisa. Su rostro había recuperado la expresión de felicidad habitual y comenzó a caminar decidida.

—¿Sabes? A veces me da la sensación de que me manipulas a tu antojo.

—¿Yo? ¿Qué dices? Soy incapaz de algo así —afirmó su prima con un deje sarcástico en la voz.

—Ya, ya veo.

Rieron a la vez. Pasado el momento de tensión, Casandra supo que le costaría mantener la promesa que le había hecho a su prima. Los fantasmas podían ser muy persuasivos y, al contrario que ella, disponían de todo el tiempo del mundo para conseguir su objetivo.

A dos calles de su destino, Nick se unió a ellas. Iba vestido con unos vaqueros y un grueso abrigo bajo el que asomaba una camiseta blanca de AC/DC. Casandra sonrió al ver las miradas que le dedicaba a su prima; pensó que hacían una buena pareja y se prometió a sí misma echarle un cable a Nick con su conquista. La personalidad de Lena resultaba a veces tan arrolladora que estaba segura de que, si lo dejaba solo ante ella, nunca reuniría valor para declararse.

Cuando llegaron a la casa de Marcus, esta se hallaba ya atestada de gente; todo el instituto parecía haberse reunido allí. *Hysteria*, de Muse, sonaba a través de los altavoces distribuidos por el salón, retumbando en los cristales y haciendo saltar a la gente que cantaba a voz en grito el estribillo. Lena se unió a ellos entre risas, tirando de ambos para que la acompañaran. Intentaron resistirse, pero acabaron por ceder y dejarse llevar. Resultaba imposible desafiar el ímpetu de su prima.

Tras bailar varias canciones, los tres se morían de sed.

—Iré a por algo de beber —se ofreció Nick.

Mientras esperaban a que regresara, se sentaron en un sofá cercano a descansar. Casandra le dio un codazo a su prima para llamar su atención.

—Le gustas, Lena.

—¿Te has vuelto loca? Solo somos amigos —respondió su prima con evidente turbación.

—Sí, pero él quiere algo más. Debes de ser la única que no se ha dado cuenta.

Lena miró en dirección a la cocina tratando de localizar a Nick, algo imposible teniendo en cuenta que no hacía más que llegar gente y más gente. Se acercó a Casandra para hacerse oír por encima de la música sin tener que gritar.

—Te equivocas, no le gusto. Lo sabría. Solo somos amigos —repitió, y pareció que trataba de convencerse a sí misma.

—Ay, mi querida prima, ¡por una vez no eres tú la que lo sabe todo!

Casandra rio a carcajadas al verla tan nerviosa, disfrutando de la evidente ansiedad de Lena ante sus palabras. No era habitual sorprenderla, así que se permitió deleitarse durante varios minutos con la sensación. En todos los aspectos de su vida, su prima era una persona que demostraba una gran seguridad, pero en lo referente a los chicos parecía no terminar de decidirse nunca.

Nick volvió con las bebidas y se sentó en el brazo del sillón del lado de Lena. Esta le lanzaba miradas furtivas todo el tiempo a pesar de que Casandra cambió de tema rápidamente y se obligó a llevar la conversación a un terreno seguro. Tras varios minutos de animada charla, su prima pareció relajarse y volvió a actuar con normalidad. Justo en el momento en que Lena tiraba de ella hacia el centro del salón para continuar bailando, Casandra clavó sus ojos en el chico que estaba apoyado al pie de las escaleras que llevaban al primer piso. El desconocido la saludó con un leve gesto de cabeza y una sonrisa arrogante.

Casandra se puso nerviosa de inmediato. Lena tiraba de ella con insistencia, pero su curiosidad le impulsaba a acercarse al chico. Quería saber quién era y por qué de repente parecía que se lo encontraba allá donde iba.

«Claro, porque no te has fijado en lo guapo que es», se reprochó mentalmente.

Llevaba la misma ropa que esa mañana en la biblioteca; el pantalón oscuro le sentaba como un guante y la camiseta gris destacaba su buena forma. Pensó en decirle a su prima que los vaqueros sí eran adecuados para una fiesta, solo dependía de quién los llevara puestos.

Le parecía extraño que no tuviera ya a la mitad de las chicas del instituto babeando a su alrededor, pero estaba segura de que en cuanto se percataran de su presencia sería una utopía tratar de acercarse a él. Las fiestas como aquella siempre acaban con la mitad de la gente enrollada con la otra mitad, y los chicos nuevos llamaban la atención demasiado para terminar solos.

Lena se volvió con una mueca de fastidio en la cara para comprobar qué era lo que la retenía.

—¿Vienes? —le preguntó al verla allí plantada sin moverse.

El flequillo le caía sobre los ojos y soltó la mano que la agarraba para apartarlo. Casandra aprovechó ese instante para ponerse fuera de su alcance, dando un par de pasos hacia atrás y empujando a su vez a Nick en su dirección.

—Bailad vosotros. Voy a buscar algo más de beber —improvisó, sin darle opción a quejarse.

Su prima torció la cabeza ligeramente, observándola. Casandra rezó por que su aura no estuviera lo suficientemente alborotada para alertarla de su nerviosismo. Lena debió decidir que no era así, porque agarró a Nick de la mano y la dejó ir, con un gesto le indicó que estarían allí esperándola.

Casandra giró en dirección a las escaleras y chasqueó la lengua, disgustada, al ver que el chico había desaparecido. Al menos la proporción de chicas que se deslizaban al ritmo de la música por el salón no había descendido, así que supuso que no lo encontraría sumido en una marea de admiradoras. No quería tener que desfilarse delante de él como una más, a pesar de que era evidente que por una vez sus gustos coincidían con los del resto. Aunque no era algo que quisiera admitir.

Hubo algunas protestas cuando *November Rain*, de Guns N' Roses, comenzó a sonar en la sala. Las baladas no solían ser bien recibidas en ese tipo de fiestas, pero ella le dedicó una sonrisa a su prima, que en ese momento bailaba ya agarrada a Nick. Deseó con todas sus fuerzas que aquella noche juntos les diera el empujón definitivo.

Esquivó a compañeros de clase y a desconocidos, dirigiéndose hacia la cocina; había

tal cantidad de gente que tuvo que abrirse paso poco a poco para conseguir llegar hasta allí. Parecía que no dejaban de llegar más y más personas, incluso habían empujado todos los muebles contra la pared y dejado la puerta de la casa abierta para no tener que acudir cada vez que sonaba el timbre. Los padres de Marcus iban a llevarse una buena sorpresa cuando volvieran de donde fuera que estuvieran.

Se preguntó qué era exactamente lo que pretendía. No era capaz de decidir si prefería encontrarlo o no. ¿De qué iban a hablar? No habían empezado de la mejor manera; él la había llamado bruja y ella le había gritado para que se quitara de en medio.

Escudriñó las caras de los que iba dejando atrás, pero no había ni rastro de él. Una vez en la cocina, salió por la puerta trasera a echar un vistazo y de paso tomar un poco el aire, que ya empezaba a estar viciado en el interior.

Se sentó en un banco de madera del pequeño jardín que rodeaba la casa y, de inmediato, se le puso la carne de gallina. Se había quitado el abrigo nada más llegar, y el brazo que dejaba al aire su vestido comenzó a enfriarse con rapidez, así como sus piernas. Taconeo con los pies en el suelo tratando de entrar en calor.

Salvo por el sonido de la música que llegaba desde dentro de la casa, todo estaba bastante tranquilo allí detrás. A la vista solo había una parejita que se había refugiado para besarse bajo el gran árbol que presidía el jardín del vecino.

«Ellos seguro que no tienen frío», pensó Casandra con algo de envidia. Divisó también un fantasma calle arriba, una mujer que lloriqueaba sentada en el suelo. Contuvo las ganas de ir a consolarla y desvió la vista para que no se percatara de que era capaz de verla.

Era muy probable que Lena la estuviera buscando. Aunque tal vez Nick se había decidido y no la buscaba en absoluto, sino que rezaba para que no apareciera. Miró atentamente a la pareja que ahora yacía enredada en el suelo, intentando discernir si no serían ellos, pero la oscuridad no le permitía distinguirlos bien.

—Así que eres una mirona. No parecías esa clase de chica. —La voz la sobresaltó, a la vez que un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

A pesar de que la había escuchado solo una vez, sabía perfectamente a quién pertenecía aquel tono mordaz. Su corazón comenzó a bombear a toda prisa y tuvo que agarrarse al asiento para serenarse. Cuando se hubo calmado, se levantó para darse la vuelta y descubrir que el chico desconocido la estaba mirando con una estúpida sonrisa en los labios.

—No es lo que parece —repuso indignada, y se reprendió a sí misma por usar una

frase tan manida.

—Ya veo —contestó él con gesto socarrón.

—Olvidalo, ¿quieres? —dijo dándose por vencida.

Intentar explicarse solo empeoraría las cosas y parecería que se estaba excusando.

Él continuó observándola en silencio, con aquella mirada oscura que la recorría minuciosamente de arriba abajo. De nuevo, le pareció que la luz de la farola del jardín era engullida por la negrura de sus ojos. No fue capaz de apartar la vista, como si hubiera algo magnético en él que la empujaba a acercarse. Sin darse cuenta avanzó un paso y quedaron separados por escasos centímetros. Aquello tuvo un efecto contrario en él, que retrocedió borrando la sonrisa de su rostro. La frase que salió por su boca a continuación la dejó estupefacta.

—Eres tan rara —dijo sin rastro de desprecio en su voz—. Podrías estar en esa fiesta bailando con cualquiera y estás aquí conmigo.

La afirmación, aunque inocente, irritó a Casandra, que se había preparado para cualquier cosa menos para aquel comentario sin sentido.

—La modestia es una cualidad que no te pega nada. —Casandra procuró usar su tono más sarcástico—. Y ya es la segunda vez que me menosprecias, ¿te hice algo en una reencarnación pasada o qué?

El extraño soltó una carcajada. Su risa era sincera y melodiosa, muy diferente de lo que hubiera imaginado por su aspecto presuntuoso.

Una alarma se encendió en la mente de Casandra, alertándola ante la necesidad repentina y disparatada de pasear sus dedos por la firme línea de su mandíbula. Pasó por alto la advertencia, y el hecho de que se encontraba ante un extraño, alguien al que no conocía de nada, y dejó que su mano se alzara y se acercase a su rostro.

En cuanto él detectó el movimiento la miró horrorizado, como si en vez de acariciarlo ella se dispusiera a acuchillarlo. Casandra escondió la mano tras la espalda y sus mejillas enrojecieron por una mezcla de vergüenza e ira. Su desaire dejaba claro que no quería tener nada que ver con Casandra. Tampoco podía culparle, ella estaba actuando como una psicópata.

«¿Qué demonios te pasa, Casie?», se preguntó.

Sin plantearse las posibles respuestas, dio media vuelta, decidida a entrar en la casa y buscar a Lena para marcharse de allí, pero antes de alcanzar la puerta recordó que la última vez que la había visto estaba en brazos de Nick. No quería fastidiarles la noche. Giró en redondo y se encaminó hacia su propia casa. Ni siquiera se preocupó de recoger el abrigo, por lo que cuando salió del resguardado jardín, y el viento frío le golpeó la cara, comenzó a tiritar.

—¡Espera! ¡Casie, espera! —Casandra se volvió al oír su voz, apretando los dientes y con el ceño fruncido por la ansiedad.

—¡No me llames así! —Alzó la voz hasta convertirla en un grito, indignada porque hubiera usado el apelativo cariñoso con el que su familia se dirigía a ella.

—¿Casie? —repitió él, sin amilanarse por su animosidad.

Lo ignoró. Enfiló la calle y comenzó a andar a paso vivo por la acera, dejándolo solo en medio del jardín. Se estaba comportando como una cría y había perdido los papeles, aunque debería haberle importado poco lo que pensara de ella. Pero empezaba a estar harta de que todos la llamasen rara, incluso alguien a quien no conocía. Si creía que la semana no podía empeorar, se había equivocado por completo.

—Por cierto, no me he presentado —gritó él—. ¡Me llamo Gabriel!

Demasiado desesperada por alejarse de él, echó a correr calle arriba. Su calzado distaba mucho de ser el más recomendable para una carrera, pero siguió corriendo como pudo hasta que resbaló en un charco y se precipitó de bruces contra el suelo. Logró poner las manos en el último segundo, evitando golpearse en la cara.

La caída terminó con el poco control que le quedaba sobre sus emociones. Tras sentarse en el suelo, comenzó a llorar, liberando toda la tensión acumulada en los últimos días. Se hundió más al pensar lo que hubiera dicho su abuela si la hubiese visto en aquel estado, pero, una vez que empezó, le fue imposible parar. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas para terminar cayendo en su escote. Solo cuando oyó pasos acercarse tuvo fuerzas para pasar del llanto desconsolado a un ligero sollozo.

—Lo siento mucho, no quería ser descortés. Yo solo...

—¿Descortés? —lo cortó Casandra—. Me has llamado bruja, rara... Has dejado claro lo que piensas de mí. No sé por qué intentas arreglarlo ahora. Puedes guardarte tu hipocresía para usarla con otra.

Continuaba sentada en el suelo, y hablarle desde allí hacía que se sintiera todavía peor. Se puso en pie, sin pasar por alto que aquel imbécil ni siquiera le había tendido la mano para ayudarla. Por ella se podía ir al infierno.

Se había raspado las manos y las rodillas en la caída, y toda la parte delantera del vestido estaba mojada y llena de barro. Lo sacudió lo mejor que pudo y trató de reunir un mínimo de dignidad para poder mirarlo a los ojos sin parecer más estúpida de lo que se sentía. A poco más de un paso de su cuerpo, fijó la vista en él. Sus pupilas se dilataron cuando lo miró.

Sintió de nuevo la extraña fuerza que la empujaba hacia él. Era una atracción ciega, como si él formara parte de lo que ella era, como si él tuviera algo que le pertenecía y su cuerpo luchara por recuperarlo.

«Te estás volviendo loca», pensó, al darse cuenta de lo inverosímil que resultaba todo.

—Lo siento mucho —se excusó Gabriel con sinceridad—. No pretendía ser desagradable. ¿Te has hecho daño?

Negó con la cabeza, tratando de reprimir nuevas lágrimas. Normalmente no lloraba con tanta facilidad, menos aún delante de un extraño, pero la última semana había hecho aflorar en ella su lado más sensible y, de repente, parecía tener ganas de llorar cada cinco minutos.

—Es que todo esto es tan desconcertante —añadió él, al ver que continuaba callada—. ¿Puedo acompañarte hasta casa? Prometo mantener la boca cerrada si no quieres hablar conmigo.

Gabriel comenzó a ponerse nervioso ante su prolongado silencio, así que Casandra se obligó a contestar.

—Sí, puedes. No hace falta que permanezcas callado. Normalmente no soy tan susceptible —se explicó, tratando de arreglar la pobre visión que estaba segura que tenía de ella—, pero esta semana ha sido algo dura para mí.

Comenzó a andar y Gabriel se colocó a su lado.

—Me hago una idea, yo tampoco es que esté pasando por un gran momento —replicó el chico, apesadumbrado.

El silencio volvió a instalarse entre ellos mientras caminaban. Casandra se moría de curiosidad, pero no quería resultar entrometida y no parecía que él quisiera contarle nada más. Trató de buscar un tema de conversación neutral, algo intrascendente que decirle para que continuara hablando.

—¿Te has mudado hace poco? No recuerdo haberte visto antes en la biblioteca o en el instituto.

—Algo así. No asisto a clases allí, pero puede que el lunes pase a hacer una visita — dijo, torciendo el gesto.

—Supongo que nos veremos entonces. —Casandra no pudo evitar sonreír.

Observó a Gabriel por el rabillo del ojo, pendiente de su reacción. Este abrió ligeramente la boca como si fuese a decir algo, pero volvió a cerrarla. Lo vio dudar varias veces, así que continuó caminando a la espera de que se decidiera a hablar.

Su andar firme y decidido no casaba en absoluto con la vacilación que mostraba. Caminaba con las manos en los bolsillos de los vaqueros, mirando al frente sin siquiera dudar de cuál era el camino para llegar a su casa, lo cual daba un poco de miedo. Lo más extraño era la tranquilidad que Casandra sentía a su lado. Había pasado de evitar a toda costa permanecer a solas con cualquier chico a pasear por la calle en plena noche con uno del que solo sabía su nombre y poco más.

Definitivamente, puede que se estuviera volviendo loca.

Tras atravesar dos calles más en silencio, Gabriel se decidió por fin a hablar. Se paró en mitad de la acera, justo bajo una farola. La luz de esta ahuyentó cualquier mínima sombra de su rostro, permitiendo a Casandra contemplar con detalle su rostro. Sus ojos eran lo único que parecía aún más oscuros. No con poco esfuerzo, le sostuvo la mirada.

—Casandra... —Gabriel dudó una vez más antes de continuar y desvió la vista calle arriba—. ¿Ves fantasmas?

Casandra perdió todo el color de la cara, la sangre huyó de sus mejillas resaltando la palidez de su piel. Pudo sentir incluso cómo le fallaban las piernas. Nadie había descubierto jamás lo que era capaz de hacer, y mucho menos le había hablado abiertamente de ello.

Trató de pensar algo con rapidez, de reírse de él alegando que se había vuelto loco o de salir corriendo para evitar contestar, pero su cuerpo no respondía y lo único que consiguió fue quedarse inmóvil e intentar seguir respirando.

Al ver su reacción, Gabriel negó repetidamente con la cabeza y apretó los dientes.

—No he debido decir nada, no quería... yo...

Sin terminar la frase, Gabriel echó a correr, dejándola muda de asombro. El pelo le azotaba la cara y ni siquiera se molestó en apartarlo. Lo perdió de vista en cuanto dobló la siguiente esquina, aunque le costó al menos cinco minutos recuperarse lo suficiente para volver a moverse.

Miles de pensamientos y posibilidades comenzaron a desfilan por su mente, como si todo dentro de ella se hubiera acelerado. El corazón le latía a un ritmo desenfrenado mientras intentaba inútilmente llevar suficiente aire a sus pulmones.

Lo sabía. De alguna manera conocía su don. ¿Era posible que también él tuviera algún tipo de poder? ¿Que, como ella, fuera capaz de ver las almas errantes? Era lo único que podía justificar su conocimiento. Lo que estaba claro era que tenía que encontrarlo y hablar con él, saber qué era lo que había descubierto de ella y, sobre todo, cómo lo había descubierto.

La idea de poder compartir aquello con alguien que no era de su familia, y que por lo que parecía no se asustaba de ello, resultaba demasiado tentadora. Dudó si echar a correr en la misma dirección en la que Gabriel había escapado, pero le llevaba ya al menos diez minutos de ventaja y correr con tacones había resultado ser una idea nefasta. Tendría que esperar a que el lunes Gabriel apareciera por su instituto.

«Quién quiere esperar», pensó, y, finalmente, echó a correr tras él.

Trató de respirar de forma pausada, pero su cuerpo se negaba a responder. La garganta le ardía por el esfuerzo y un dolor punzante se instaló en su costado izquierdo, obligándola a bajar el ritmo. Al doblar la esquina tras la que Gabriel había desaparecido, se encontró ante una calle totalmente desierta. Se apoyó contra la fachada más cercana mientras esperaba que el dolor se desvaneciera y maldiciendo por su pésima capacidad de reacción. Ahora no le quedaba más remedio que esperar hasta el lunes.

Echó a andar despacio en dirección a su casa; le molestaba ligeramente apoyar uno de los tobillos y el bajo mojado del vestido se le adhería a las piernas mientras andaba. Su móvil comenzó a sonar y, tras comprobar que era Lena, rechazó la llamada. Escribió un mensaje a toda prisa sabiendo que, si no tenía noticias de ella, su prima insistiría una y otra vez hasta que contestase.

«Voy de camino a casa. No te preocupes por mí y disfruta de la fiesta. Mañana

hablamos. Un beso».

Le dio a *enviar* y guardó el móvil de nuevo en el bolso. Esperaba que su prima se estuviera divirtiendo lo suficiente como para no darle importancia a su repentina huida.

Al llegar a casa todo estaba en silencio, su madre debía haberse metido ya en la cama. Apagó la luz de la entrada, que siempre dejaban encendida cuando salía, se quitó los zapatos y trató de deslizarse silenciosamente escaleras arriba. Justo cuando iba a alcanzar la puerta de su habitación, Valeria se asomó al pasillo con cara somnolienta.

—¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado? —le preguntó, acercándose hasta donde estaba.

No había pasado por alto el lamentable estado del vestido ni los arañazos de sus rodillas.

—No es nada, mamá, solo me he resbalado en un charco. Ya sabes, la falta de costumbre. —Alzó los zapatos que llevaba en la mano para indicar a su madre el motivo de su torpeza.

—¿Estás bien? ¿Seguro? —insistió Valeria—. Tienes mala cara.

—¿Hay más como nosotros, mamá? Quiero decir... más gente con dones, poderes o como quieras llamarlos —terció Casandra. Dio medio vuelta y se metió en su habitación, esperando que su madre la siguiera.

—Supongo que sí —contestó Valeria, mientras acompañaba a su hija al interior—. No creo que nuestra familia sea única. Pero ¿a qué viene esa pregunta ahora? ¿Has conocido a alguien?

Se mordió el labio inferior, nerviosa, y comenzó a desvestirse, tratando de ganar tiempo para pensar. Si le hablaba a su madre de Gabriel, estaba segura de que al día siguiente toda su familia lo sabría. Si habían descubierto el poder de Casandra, todos corrían el mismo riesgo. La pregunta le había salido de forma natural, casi como un pensamiento en voz alta, y ahora se estaba arrepintiendo de haberla formulado. Le hubiera gustado poder hablar antes con Gabriel, pero esto era algo que no le afectaba solo a ella.

Mientras se duchaba le explicó a su madre lo sucedido. Se ruborizó al contarle la extraña atracción que había sentido por Gabriel, por lo que agradeció que no pudiera verla. Para cuando salió de la ducha, Valeria ya estaba al tanto de toda la historia, al menos a grandes rasgos.

—¿Esto es lo que le estabas ocultando a Lena? Deberías habérselo contado, ella podría decirnos si detecta algo raro en su aura —la reprendió Valeria.

Cassandra guardó silencio. Lo que Lena había detectado era su preocupación ante la inesperada figura que se había encontrado en el túnel. Su madre ni siquiera sabía que ella viajaba allí de vez en cuando para llevar almas al otro lado. Se lo hubiera prohibido de forma tajante.

—Y ahora... ¿cómo te sientes?

Era muy típico de Valeria apartar todas sus preocupaciones en favor del bienestar de su hija, no importaba si la habían descubierto o si la familia se veía implicada. El sentimiento de culpa de Cassandra continuó creciendo.

—Bien, en realidad es casi un alivio —confesó con un suspiro—, siempre que no descubra que Gabriel es un loco o un seguidor de algún culto satánico que quiere usarme para sus rituales —se burló Cassandra—, o ambas cosas.

—Te gusta. —Fue claramente una afirmación, no una pregunta—. Deberías tomártelo con calma, al menos mientras no sepas algo más sobre él. No todo el mundo está preparado para asumir tu... poder.

Cassandra enrojeció de nuevo. Su madre la conocía bien, y aunque ella se había prometido no acercarse más a ningún chico, que Gabriel conociera su don lo hacía todo menos complicado. Sin contar con que realmente le atraía, por mucho que tratara de engañarse a sí misma.

El vello de todo el cuerpo se le erizó al imaginar los carnosos labios de Gabriel deslizándose sobre su boca, casi pudo sentir sus manos acariciándole la espalda y cómo sería hundirse en su pecho y respirar su aliento. Su temperatura corporal empezó a elevarse con cada pensamiento hasta que Valeria agitó una mano delante de su cara tratando de llamar su atención.

A regañadientes, dejó ir las imágenes que tenía en mente para volver a la realidad.

—¿Me estabas escuchando?

—Lo siento, estaba... pensando —farfulló, evitando la mirada de su madre.

—Ya veo —contestó Valeria, reprimiendo una sonrisa—. Bueno, sé prudente, por favor.

Cassandra asintió.

—Y si ocurre algo más o vuelves a verlo —apostilló, ahora con seriedad—, quiero que me lo cuentes.

—Lo haré.

—Eso espero. Ahora será mejor que te metas en la cama y descanses un poco.

Su madre le dio un beso de buenas noches y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Aún envuelta en la toalla, se dejó caer sobre la cama. Adoraba a su madre, sentía una profunda admiración por ella y sabía que su criterio era normalmente acertado.

El padre de Cassandra había fallecido en un brutal accidente de tráfico cuando ella contaba siete años. Su abuela tuvo una visión antes de que ocurriera, pero con muy poca antelación. Valeria había acudido a toda prisa en su busca, pero lo único que había conseguido había sido presenciar en directo la muerte de su marido.

Tras el accidente, su abuela se había sumido durante semanas en un estado de profunda amargura por no haber sido capaz de vislumbrar algo antes y poder salvar a su yerno; daba igual que supiera que el destino siempre acaba por situarnos donde tenemos que estar. Finalmente, fueron sus tres nietas: Cassandra, Lena y Mara, quienes la empujaron a volver a la vida y dejar atrás aquella desgracia.

Cassandra superó la muerte de su padre de una manera muy diferente. Ella sí que pudo despedirse de él. Cuando su madre ni siquiera había llamado para decirle que había muerto, su padre ya se hallaba frente a ella como un fantasma.

—Cuida de tu madre y de tu abuela —le había dicho, mientras Cassandra trataba de que las lágrimas no nublaran su vista para poder grabar esa última imagen de su padre en su memoria—. Sé fuerte, y nunca permitas que un alma te arrastre al otro lado antes de tiempo.

Cassandra no entendió del todo su mensaje hasta que cumplió algunos años más, pero nunca había olvidado sus palabras.

Su madre había asumido la muerte de su marido con una entereza admirable. Volvió a trabajar solo dos días después y no derramó ni una sola lágrima en el funeral. Pero cada noche la oía llorar en su habitación y, cuando creía que nadie la miraba, se quedaba totalmente inmóvil y cerraba los ojos con fuerza, como si quisiera borrar de su mente las imágenes que había tenido que contemplar.

Casandra solo había sido una niña entonces, pero lidiar con la muerte era parte de su vida, así que pasaba el día intentando animarla y, por las noches, se metía en su cama y la abrazaba. Aquello solía hacer que dejara de llorar. Poco a poco, las cosas habían ido mejorando y, en cuanto su abuela volvió a ser la misma, también tiró de su hija para que saliera del pozo de tristeza en el que se encontraba.

Cuando Casandra creció, Valeria se convirtió además en una amiga, lo que sin duda era uno de los motivos que la había ayudado a no volverse loca por ver gente que ya no debería estar allí. No podía evitar sentir otra cosa que admiración y un profundo amor por su madre.

Decidió que le haría caso e intentaría ser prudente en lo que respectaba a Gabriel.

CAPÍTULO 3

Se despertó al día siguiente totalmente congestionada. Había pasado la noche dando vueltas en la cama, despertándose y durmiéndose a ratos. Las pesadillas la habían perseguido y había una en concreto que era incapaz de olvidar: Gabriel y ella se encontraban en el largo túnel que daba paso al más allá, rodeados de cientos de almas que se aferraban a ellos y trataban de separarlos y arrastrarlos hasta lo más profundo, desde donde ya no había marcha atrás. En el sueño, Gabriel sujetaba su mano con fuerza, intentando mantenerla a su lado, y le gritaba angustiado que no se soltara.

Se había despertado llorando y envuelta en un sudor tan frío que le costó algo más de una hora volver a entrar en calor. Su experiencia en aquel túnel convertía la pesadilla de esa noche en algo todavía más angustiante.

El dolor de cabeza comenzó a ganar intensidad, enviándole oleadas de pequeños pinchazos hacia la parte posterior de la cabeza. Decidió que era un buen momento para levantarse e ir a por un analgésico. Justo en ese instante, su móvil comenzó a sonar. Tuvo que rebuscar en el bolso que llevaba la noche anterior hasta dar con él.

Leyó el mensaje de su prima, sabiendo que más tarde o más temprano iba a tener que contárselo todo.

«¿Qué pasó anoche? Ven a casa en cuanto puedas. Hay novedades ».

Sonrió al leerlo. Esperaba que el icono sonriente significara que Nick y ella por fin se habían decidido a ser algo más que amigos. Pensó en llamarla de inmediato, pero antes decidió tomar algo para su persistente dolor de cabeza. Tendría que hablarle a Lena de Gabriel, y una conversación de ese tipo con su prima implicaba tener todos sus sentidos al cien por cien.

Escribió a toda prisa un mensaje:

«He pillado un gripazo, estoy fatal. ¿Puedes venir tú?».

No esperó respuesta. Era probable que a su prima le faltara tiempo para salir corriendo en dirección a su casa. Bajó a la cocina y rebuscó en uno de los armarios hasta dar con una aspirina, que masticó y tragó en el acto. Su madre le había dejado una nota diciéndole que estaba haciendo la compra. Aunque no tenía demasiada hambre, se sirvió un zumo de naranja y se preparó unas tostadas que engulló rápidamente para poder volver a la

cama cuanto antes.

Antes de subir se asomó a la ventana y observó el cielo que, de un azul intenso, no acogía ni una sola nube.

«Para un día que sale el sol en todo el invierno y yo con gripe», pensó, contrariada.

En días como aquel, a pesar de que aún hacía frío, aprovechaba para tumbarse en la terraza y escuchar música mientras leía un libro. Suspiró y se resignó a pasar el día sin su dosis de sol. Cogió varios paquetes de pañuelos de papel y una revista del salón, por si se sentía con fuerzas para leer algo mientras esperaba a que Lena hiciera su aparición.

Una vez arriba, se metió en la cama de nuevo. Se tapó con el edredón y se acurrucó entre las sábanas todavía calientes. Cerró los ojos y trató de decidir qué era lo que iba a contarle a su prima sobre Gabriel. Se había sentido estúpida al confesarle a su madre cómo se sentía respecto a él.

Aquello era absurdo, ¡apenas lo conocía! Y, sin embargo, todo cuanto deseaba en ese momento era que él la envolviera con sus brazos y la besara sin dejarla siquiera respirar. Se recreó en esa fantasía una y otra vez, obviando el hecho de que él ni siquiera había manifestado interés por ella. Pero ¿por qué la buscaba?, ¿por qué había querido acompañarla a casa? No encontraba respuestas, y hasta que no volviera a verlo no podía hacer nada más que elucubrar sobre sus intenciones.

Cuando se hallaba al borde del sueño, Lena irrumpió en su habitación como si hubiera un incendio en la casa y ella fuera la responsable de evacuar a todo el mundo.

—¿Qué pasó anoche? Ya puedes empezar a hablar y no parar hasta que me dé por satisfecha —inquirió Lena. Se plantó de pie frente a la cama, apuntándola de forma acusadora con el dedo. Hablaba sin detenerse siquiera para tomar aire—. Y espero que tuvieras un buen motivo para desaparecer sin más. ¡Tienes toques dorados en tu aura! ¿Qué te propones? ¡Habla ya!

—¡Buenos días! Yo también me alegro de verte.

—Corta el rollo, Casie —la atajó su prima.

—¿Quieres calmarte? ¿Doradas has dicho? ¿Y eso qué significa? —terció Casandra, en un vano intento de distraerla.

—¡Ah, no! No cambies de tema. He hablado con tu madre esta mañana y me ha dicho

que tenías algo que contarme, pero no he conseguido que me dijera de qué se trata.

Lena se acercó a la cama y se sentó en el borde. Aún llevaba puesto el abrigo, que no se había quitado en su afán por llegar lo más rápido posible hasta su habitación. Se deshizo de él y se descalzó, dejando sus zapatillas rojas sobre la alfombra. Algo más tranquila, miró fijamente a su prima.

—El dorado que luces con tanta alegría indica que estás totalmente concentrada en algo que quieres conseguir y vas a hacer lo humana y no humanamente posible para salirte con la tuya —explicó Lena—. Así que cuéntame qué es eso sin lo que de repente no puedes vivir.

Las acertadas palabras de Lena aturdieron por un instante a Casandra.

—¿Me lo vas a contar o no? —le reclamó Lena al ver que continuaba callada.

—Sí, claro que sí. Pero no sé muy bien por dónde empezar.

—¿Por el principio? —se burló.

Tras respirar profundamente un par de veces comenzó a relatarle todo lo ocurrido. Primero el incidente en la biblioteca, cuando Gabriel la había llamado bruja. No le contó lo del humo, no creía que hubiera relación entre ambas cosas. Tal y como había esperado, el encontronazo con Gabriel no hizo otra cosa que divertir a Lena.

—Casie, me faltan detalles jugosos —la interrumpió, sonriendo con malicia—. Te estás guardando lo mejor. ¿Está bueno?

—Dudo que hayas visto en toda tu vida a un tío tan guapo —le aseguró Casandra.

—Es taaaan perfecto —se burló Lena—. Prima, siento decírtelo, pero estás babeando.

—Si lo vieras, tú también babearías —se defendió.

—Espero tener ocasión de hacerlo. No me importa babear, es sano —subrayó Lena—. Ya sabes, toda esa liberación de endorfinas y esa cara de panoli que se te pone, exactamente como la que tienes tú ahora mismo.

Casandra intentó tirarla de la cama de un empujón, pero Lena resistió su embestida y le pidió que continuara hablando, impaciente por conocer toda la historia. Pasó a explicarle que había vuelto a verlo en la fiesta de Marcus y que ella, por alguna estúpida razón, había

hecho ademán de tocarle la cara, con la consiguiente mueca de desprecio por parte de Gabriel.

—Capullo —murmuró Lena entre dientes.

—Eso mismo pensé yo. Me marché de inmediato, con tan mala suerte que acabé cayendo de bruces en un charco —prosiguió Casandra.

—¡No! —exclamó su prima, riendo a carcajadas.

—¡Sí! —confirmó Casandra, acompañándola en sus risas—. ¿Y adivinas quién apareció de nuevo para hacerme sentir aún peor?

—¡Dios, Casie! Hubiera dado... lo que fuera... por haberte visto... —Lena era incapaz de contenerse. Reía y hablaba al mismo tiempo.

—Ahora me río, pero no te imaginas la humillación. El vestido mojado, las rodillas raspadas y tirada en mitad de la calle llorando.

Lena dejó de reírse al enterarse de que había estado llorando. Casandra continuó explicándole lo que había sucedido después y cómo, tras mucho dudar, Gabriel le había preguntado por su don.

—Así que sabe que ves muertos —replicó Lena, pensativa—. ¿Crees de verdad que también él podría tener algún tipo de poder?

—No lo sé, pero no veo cómo si no podría saber lo que hago —le contestó, alzando levemente los hombros. Era la única explicación que se le ocurría.

—¿Y esto es por lo que has estado tan preocupada? —preguntó Lena con evidente perplejidad—. Tampoco es para tanto.

—¿No estás preocupada? Ya sé que la mayoría de la gente sabe que puedes ver auras, pero lo mío... Bueno, no es lo mismo —concluyó Casandra.

—Si hubiera querido contárselo a alguien, ya lo sabría medio instituto —finalizó su prima—. Ya sabes lo que les gusta un cotilleo. No creo que debas preocuparte. Deja de vivir eternamente preocupada, te saldrán arrugas antes de tiempo.

El comentario la hizo sonreír. Debería haber confiado en ella y contárselo antes. Lena era optimista por naturaleza y siempre terminaba por animarla, no importaba cuán

preocupada estuviera.

—Hay algo más, algo que no te he contado —añadió, decidida a ponerla al corriente de toda la historia.

Retiró la manta y se levantó de la cama. Para evitar mirar a su prima, recogió la ropa de la noche anterior, que había dejado en el suelo al desvestirse. Metió el vestido en el cesto de la ropa sucia y dejó los zapatos junto a la puerta, iba a tener que limpiarlos antes de poder guardarlos. Paseó la vista por la habitación, pero el resto estaba en orden. Fue hasta el escritorio que había junto a la ventana y se quedó mirando la calle.

—¡Escúpelo ya, Casie! Me estás empezando a preocupar —la apremió su prima desde la cama.

—Hay... hay algo en él —dijo, volviéndose para encararla—, algo oscuro que me invita a retroceder a la vez que me desafía a acercarme. Las dos veces que lo he visto he sentido como si tirara de mí. He tenido que apelar a toda mi fuerza de voluntad para no abalanzarme sobre él —finalizó Casandra, abochornada.

Tenía muchísima confianza con Lena, pero aquello le resultaba sumamente vergonzoso, y expresado en voz alta parecía aún más inverosímil.

—Oh, *l'amour* —dijo Lena con un pésimo acento francés.

—Apenas lo conozco y no creo en el amor a primera vista —replicó ella, guardándose para sí ese último pensamiento.

—Pero eso no significa que él no crea en ti —contestó, guiñándole un ojo.

—No me pidas que te explique de qué se trata, pero la atracción que siento por él es... —Casandra trató de encontrar una palabra que definiera la fuerza que la empujaba hacia él, pero no fue capaz.

—¿Almas gemelas? —preguntó su prima, frunciendo el ceño.

Cruzó las piernas y se acomodó, apoyándose en la almohada.

—¡Oh, vamos! Creo aún menos en eso —dijo Casandra, poniendo los ojos en blanco.

—A ver si lo entiendo. Puedes ver las almas de gente que ha muerto, crees firmemente en que yo soy capaz de ver auras y en que la abuela predijera el futuro. Admites sin más que

hay gente que tiene dones y que es capaz de hacer cosas extraordinarias, pero ni te planteas que haya alguien en el mundo que esté hecho a tu medida. Muy lógico, Casie —ironizó su prima.

—Eso es distinto.

—¿Por qué? ¿Porque aún no lo has vivido? ¿O porque te da miedo que Gabriel sea ese alguien y no te corresponda?

Casandra no contestó. Dolida por el comentario de su prima, permaneció observándola en silencio.

—Lo que en realidad me da miedo es no poder controlar lo que él provoca en mí —puntualizó Casandra finalmente—. La atracción que ejerce sobre mí.

—Habla con él, es lo único que puedes hacer. Hazle frente y pregúntale qué sabe de ti y cómo lo ha descubierto. —Lena se puso en pie y se acercó a Casandra para abrazarla—. Yo estaré a tu lado.

—Creo que me estoy volviendo loca —confesó Casandra, apoyando la cabeza sobre su hombro. El característico olor de su champú, una mezcla de cítricos, la envolvió junto con sus brazos.

Lena ahogó una carcajada mientras se separaba de ella para mirarla a los ojos.

—Lo que realmente te preocupa es que te guste —juzgó su prima sin darle opción a réplica—. ¿Tan malo es eso? ¡Empezaba a creer que no te corría sangre por las venas! Ya era hora de que encontraras a un tío lo suficientemente interesante como para dejarte de tonterías e ir a por todas —dijo sin parar de sonreír—. ¿Cuándo vas a presentármelo? Si lo tuyo no le da mal rollo, lo mío no le importará en absoluto. Me muero por ver su aura.

—No te emociones demasiado, puede que mi don sí que le desagrade.

—Dale tiempo, Casie. El pobre chico tiene que hacerse a la idea de que ves muertos, no es algo fácil de tragar.

—Lo sé, créeme que lo sé.

Pasaron el resto del día juntas y comieron con Valeria, omitiendo en todas las conversaciones cualquier referencia a Gabriel. Agradeció que no insistieran en el tema, aunque ella fue incapaz de quitárselo de la cabeza. Nunca había deseado con tantas ganas

que llegara el lunes para ir al instituto. Por regla general, disfrutaba de los fines de semana con su madre. Aprovechaba para leer, ver películas y dejarse arrastrar por Lena a algún que otro centro comercial para ir de tiendas. Pero esta vez lo único que quería era que llegara de una vez el lunes y poder ver a Gabriel de nuevo. Necesitaba saber qué era lo que sabía de ella.

Antes de que su prima se marchara, Casandra recordó que Lena no había mencionado a Nick en ningún momento.

—No me has dicho qué tal fue la fiesta después de que me marchara —comentó mientras abría la puerta principal. Su prima estaba poniéndose el abrigo y, por un momento, se peleó con una de las mangas hasta que consiguió introducir el brazo por ella.

—No hay mucho que contar —contestó de forma escueta, sin señal alguna de estar feliz o contrariada.

—¿No pasó nada? —preguntó Casandra, alzando una ceja en señal de que no se lo creía.

—Nos besamos —confesó Lena.

—¡Ah! No te veo muy contenta.

—No sé, Casie —dijo mirando hacia la calle—. Nick me gusta, pero siempre hemos sido amigos, es raro.

—Bueno, tómatelo con calma.

—Hemos quedado mañana para ir al cine a ver esa película nueva de extraterrestres que invaden la tierra.

—Muy romántico todo —se burló Casandra, haciendo que Lena volviera a sonreír.

—Ya sabes que no me van los dramas. En fin, veremos qué sale de todo esto. Solo espero no perder un amigo.

—Ya verás como no. Quiero que mañana por la noche me llames y me lo cuentes todo, incluidos los detalles más turbios.

—¡Cotilla! —le gritó Lena, saliendo ya por la puerta.

—¡Le dijo la sartén al cazo! —replicó ella antes de volver al interior de la casa.

CAPITULO 4

Esa noche durmió sin sueños perturbadores. Dado que seguía resfriada, Valeria había puesto una manta más en su cama y le había preparado una sopa caliente antes de que se acostase.

Sus cuidados dieron resultados. Al despertar, se estiró durante unos minutos y comprobó agradecida que ya podía respirar algo mejor por la nariz. Se permitió remolonear entre las sábanas durante al menos media hora, hasta que sus tripas rugieron y decidió levantarse en busca de algo de comida que aplacara su hambre. En la cocina, su madre se afanaba preparando el almuerzo.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó, mientras le tendía una tostada recién hecha.

Cassandra se la pasó de una mano a otra para no quemarse.

—Un poco mejor, al menos ya no me duele la cabeza.

—Bien. —Valeria se concentró de nuevo en montar la nata para la tarta que estaba preparando—. ¿Tienes planes para hoy?

—No —admitió, apoyándose en la encimera—. Pensaba ponerme con un par de trabajos que tengo que entregar la próxima semana. Ya llevo retraso.

—Yo voy a almorzar en casa de Kate y Josh. ¿Por qué no te vienes?

Kate y Josh eran los tíos de Cassandra. Tenían una única hija, Mara, también dotada de un don que le permitía percibir a sus allegados o amigos; algo así como lo que dicen que les pasa a los gemelos. Su don se basaba en la intensidad de los sentimientos emitidos en determinadas circunstancias. Mara los sentía a distancia, con mayor intensidad en el caso de la familia y de forma muy difusa con los amigos. Si alguno sufría una situación de gran estrés o peligro, ella lo notaba. De pequeña lo había pasado extremadamente mal, peor aún que Cassandra, dado que padecía el sufrimiento de los demás como propio. Una vez que fue creciendo, comenzó a controlar su don y consiguió que dejara de afectarle de una manera tan directa.

Cassandra valoró por un momento la posibilidad de acompañar a su madre a casa de sus tíos, pero la descartó al darse cuenta de que Mara no se sentiría cómoda si ella empezaba a darle vueltas a la cabeza una vez más. Su estado de ánimo en esos momentos era como una montaña rusa, y muy posiblemente su prima ya hubiera estado recibiendo algunos

de sus sentimientos más intensos. No quería tener que contarle lo que estaba sucediendo. Aunque, por otro lado, era probable que Mara ya hubiera informado a sus padres de que algo iba mal y la invitación a comer fuera precisamente una forma de enterarse de qué iba aquello.

—Creo que hoy voy a pasar. Necesito terminar esos trabajos.

—¿Seguro que estás bien? —insistió Valeria, y Casandra supo que no le preguntaba por su resfriado.

—Estoy bien, mamá. Me quedaré estudiando y me prepararé yo misma algo para almorzar.

—No te preocupes, en la nevera hay una lasaña lista para calentar en el microondas.

—¡Genial! —contestó Casandra con genuina sinceridad. La lasaña era su plato preferido.

Su madre terminó de preparar la tarta y se marchó poco después de forma apresurada, ya que quería pasar por el supermercado a comprar una botella de vino de camino a casa de sus tíos. Antes de que fueran las diez de la mañana, Casandra ya estaba sola en casa.

Vagabundó un rato por el piso inferior, reuniendo fuerzas para ponerse a estudiar, hasta que al final se obligó a subir a su habitación. Se sentó en su escritorio y aprovechó para hacer primero los deberes que debía entregar el lunes; después de comer se concentraría en lo demás. Mientras trabajaba, miraba de vez en cuando por la ventana hacia el camino bordeado de macetones que llevaba hasta la casa. Al menos en dos ocasiones le pareció que algo se movía en el borde de su campo de visión, pero al alzar la vista la inquietante sensación desaparecía.

Sobre la una, decidió tomarse un respiro para almorzar. Descendió por las escaleras hasta la planta baja y se dirigió a la cocina. Antes de llegar a ella, percibió un movimiento a su espalda, pero al girarse todo era normal. El salón, cuya decoración era íntegramente obra de su madre, resultaba muy luminoso gracias a la hilera de grandes ventanas que daban a la calle. No había sombra alguna ni nada fuera de lugar.

«Solo son imaginaciones tuyas», pensó, riéndose de sí misma.

Se dirigió a la cocina, calentó la lasaña unos minutos en el microondas y se sentó a comerla en un taburete de la isla central. Estaba deliciosa, como casi todo lo que preparaba su madre, por lo que tardó poco en terminar con la mitad de ella. Dio gracias por tener un metabolismo rápido que no la dejaba engordar comiera lo que comiera; si no hubiera sido

así, a esas alturas, con lo bien que cocinaba Valeria, ya pesaría al menos el doble.

Tras lavar lo poco que había ensuciado, cogió una manzana del frutero y se sentó en el salón a mordisquearla. Se sentía algo pesada después del almuerzo y sus ganas de estudiar habían disminuido al menos a la mitad de las iniciales. Consultó el reloj y decidió llamar a Lena para ver si ya se estaba preparando para su cita.

—Mi madre no se cree que vaya a salir con Nick —la informó su prima en cuanto descolgó el teléfono—. Dice que no saldrá bien.

—Tu madre siempre tan positiva.

—Me ha dicho que somos demasiado amigos y que no me hacen los ojos chiribitas como cuando salí con Adam. Palabras textuales.

—Es que por Adam babeabas —le recordó Casandra—. Incluso tu madre, con lo despistada que es, se daba cuenta de ello.

—Ya, hasta que Adam decidió que Danielle resultaba más interesante que yo y me dejó para salir con ella —alegó su prima.

—Bueno, luego ella lo dejó en el baile de fin de curso delante de todo el instituto. Pero estás divagando —terció Casandra. Su prima evitaba el tema y, si la conocía bien, eso era porque algo no marchaba bien—. ¿Qué crees tú? ¿Te gusta realmente Nick?

Lena tardó un rato en contestar. Casandra se recostó en el sofá y esperó pacientemente para no presionarla; no era una buena señal que tuviera que pensar la respuesta.

—Creo que nos conocemos demasiado bien —contestó, evasiva.

Lena adoraba a Nick, pero hacía tanto que se conocían que lo sabían prácticamente todo el uno del otro. Él era y sería siempre el mejor amigo de su prima, y ella quería que le gustara como algo más, no quería hacerle daño, pero empezaba a darse cuenta de que todo lo que había entre ellos era una profunda amistad.

—¿Qué vas a hacer?

—No quiero que sufra. Veamos qué tal va la cita.

—Llámame luego si necesitas hablar —se ofreció Casandra.

Lena podía ser algo excéntrica e impulsiva, pero ella sabía lo mal que lo pasaba cuando alguien salía lastimado por su culpa.

—Lo haré. Deséame suerte.

—No la necesitas. Eres una Blackwood, y ya sabes lo que decía la abuela...

—Las Blackwood crean su propio destino —añadió Lena, terminando la frase por ella.

Tras bromear con su prima durante unos minutos y asegurarse de que estaba algo más animada, se despidió de ella y colgó el teléfono. Encendió la televisión y cambió varias veces de canal hasta que dio con el de la MTV. Cerró los ojos a pesar de que sabía que acabaría por dormirse, lo que ocurrió justo cuando Adele cantaba desde la televisión *Someone like you*.

Despertó poco a poco. En la calle, un coche pasó demasiado deprisa y varios niños gritaban, probablemente discutiendo por algún juguete. Mientras su mente conseguía volver a ponerse en marcha, y todavía con los ojos cerrados, notó un leve roce en la mejilla, como si alguien hubiera pasado la yema de los dedos por su piel, pero aún más sutil.

Alguien se movía a su alrededor.

Creó que su madre había vuelto demasiado pronto del almuerzo con sus tíos o bien ella había dormido más de lo debido. Maldijo en silencio y abrió los ojos, pero en el salón no había nadie más que ella.

—¿Mamá? —llamó desconcertada—. ¿Mamá, estás ahí?

Cuando su madre no contestó, se levantó de inmediato del sofá. Giró en redondo, observándolo todo, tratando de encontrar algo inusual, pero todo seguía tal y como ella lo había dejado. Caminó hacia la cocina y se asomó con cierto temor; estaba en orden y tampoco había nadie allí. Finalmente, revisó todas y cada una de las habitaciones de la casa, comprobando que puertas y ventanas estuvieran cerradas.

—Sal de donde quiera que estés —dijo en voz alta, tratando de llamar la atención del fantasma que estaba segura de que se había colado en la casa—. Sé que estás ahí —insistió, cuando no obtuvo respuesta.

No sucedió nada.

Suspiró y comenzó a subir las escaleras, dispuesta a terminar los trabajos que le quedaban pendientes. Una vez que llegó a la planta alta, se detuvo al ver que había alguien en mitad del pasillo.

La figura avanzó hacia ella con tanta rapidez que no le dio tiempo a reaccionar, cuando quiso apartarse ya la había atravesado. Casandra sintió cómo cada célula de su piel rechazaba el contacto, cómo su propia alma se debatía y tensaba los lazos que la anclaban a su cuerpo. Varios segundos después, la sensación cesó de repente.

El fantasma desapareció con tal celeridad que no tuvo tiempo de captar ningún detalle de su físico, pero eso no impidió que su esencia, torturada y siniestra, dejara un rastro en ella. Había captado con nitidez la maldad que lo había condenado en vida, la codicia, su soberbia y la arrogancia que derrochaba con todos los que le rodeaban. Un odio profundo latía en cada rincón de su mente perturbada.

No era la primera vez que le pasaba algo así y estaba, en cierta medida, acostumbrada a vislumbrar las vidas de otros, pero no por ello dejaba de resultarle espeluznante cuando ocurría.

«A ti no puedo ayudarte», pensó, mientras se dirigía a su habitación. El sitio en el que terminaban las almas condenadas no era un lugar al que ella deseara ir.

Lo sucedido la dejó intranquila el resto de la tarde. No podía concentrarse y apenas consiguió avanzar en el trabajo de Literatura. Su nerviosismo aumentó cuando se dio cuenta de que apenas le quedaban unas horas para ver a Gabriel de nuevo, si es que finalmente aparecía por el instituto. Trató una y otra vez de apartarlo todo de su mente y continuar con el trabajo, pero fue inútil.

Cuando su madre llegó a casa, optó por bajar para charlar un rato con ella hasta la hora de la cena. Quería acostarse temprano y olvidar lo ocurrido.

—¿Qué tal ha ido la comida? —preguntó Casandra, recelosa.

Sabía que Mara no perdía ocasión de ponerla en evidencia delante de su madre.

—Bien, muy bien. Tenías que haber venido, había comida para todo un ejército —contestó Valeria mientras dejaba un par de bandejas en la nevera.

—He comido bien. La lasaña estaba buenísima, como siempre.

—Mara ha venido a hablar conmigo —comentó su madre de forma distraída.

—¿Y qué te ha dicho? —Se cruzó de brazos a la defensiva, empezaba a ponerla de los nervios que todos en su familia parecieran saber cómo se sentía.

—Nada que no supiera, Casie. Me ha dicho que la pasada noche se despertó en la cama sudando. Sentía escalofríos y sabía que te pasaba algo. Le llegaban sentimientos de todo tipo mezclados. Pensó en llamarte, pero cuando notó que te relajabas lo dejó pasar.

—Odio que todo el mundo sepa lo que me pasa. Lena no deja de observar mi aura a ver qué encuentra y ahora Mara rebusca en mis sentimientos.

—Se preocupan por ti, solo eso —explicó Valeria, conciliadora—. No puedes culparlas por algo que no está en sus manos controlar. Mara estaba dormida, la pilló con la guardia baja o hubiera rechazado lo que le llegaba sin pararse a analizarlo.

—Ya, claro, como si no estuviera encantada de poder cotillear todo lo que recibe —replicó con sarcasmo.

Su madre le lanzó una mirada de reproche, pero al pasar por su lado le apretó el hombro para hacerle saber que no había nada que ella pudiera hacer al respecto. Aquella era su familia y cada uno tenía que lidiar con lo que le había tocado.

Evitó comentar con su madre nada sobre el fantasma que había visto. Bastante difícil era para Valeria saber que estaban a su alrededor como para tener que hacerse a la idea de que había uno vagando por la casa. De mal humor, se acomodó en el sillón para dejar pasar lo que restaba del día. Pocos minutos después, Valeria se sentó a su lado y le pasó una taza de chocolate caliente con una sonrisa en los labios. Esos detalles eran los que hacían que adorara a su madre, siempre sabía lo que necesitaba y cómo hacerla sentir mejor. Le agradeció el gesto con una tímida sonrisa.

Pasaron la siguiente hora charlando, con la televisión encendida, pero sin mirarla. Su madre trabajaba en una de las más prestigiosas galerías de arte de Londres y amaba su trabajo. Cuando hablaba sobre alguna pintura o escultura que le gustaba, se apasionaba de tal forma que Casandra siempre terminaba por sentirse conmovida.

—Es un prodigio —le explicó, refiriéndose al autor de la exposición que estaba preparando esos días—. Y muy joven.

Ella asintió, encantada de ver los ojos de su madre brillar de nuevo y el entusiasmo que demostraba.

—Este mismo fin de semana debo viajar a Plymouth para supervisar el traslado de parte del material.

Casandra acostumbraba a quedarse sola a menudo cuando su madre viajaba por negocios. Valeria confiaba en ella, y la mayoría de las veces Lena pasaba la noche en su casa para acompañarla.

Trasladaron la conversación a la cocina para cenar y, cuando hubieron acabado, Casandra subió a su habitación, ansiosa por acostarse cuanto antes. Preparó su bolso y los libros que necesitaba llevarse al instituto, y se metió en la cama a la espera de que el sueño no tardara demasiado en llegar.

CAPÍTULO 5

Durante la clase de Literatura, no fue capaz de prestar la más mínima atención. Había pasado la noche dando vueltas en la cama sin apenas pegar ojo. La pesadilla en la que Gabriel y ella eran arrastrados hacia el fondo del túnel volvió, más oscura y aterradora. Por la mañana había tratado de mejorar su aspecto con algo de maquillaje, pero las ojeras moradas que lucía bajo los ojos no eran algo que pudiera esconder fácilmente. Dándose por vencida, y tras tomarse doble dosis de café, se había marchado hacia el instituto confiando en que tal vez podría ver a Gabriel.

Pasó las tres primeras horas sumida en un estado de puro nerviosismo, su mente iba y venía sin concentrarse en ningún punto durante más de un par de segundos. Se distraía continuamente mirando por la ventana, esperando ver en cualquier momento a Gabriel avanzar por el camino de acceso al instituto, lo que le valió varias llamadas de atención por parte de sus profesores.

Durante los cambios de clase, escrutaba cada una de las caras con las que se cruzaba y, en su afán por dar con él, incluso cruzó la mirada con el fantasma de un chico que vagaba por los pasillos; desvió la vista rápidamente y trató de simular que no había percibido su presencia.

Mantecía una lucha consigo misma sobre la razón real de su repentina obsesión. Puede que fuera testaruda, pero no era propio de ella empeñarse de esa manera, sin tener en cuenta que apenas si había cruzado unas cuantas frases con aquel chico. Intentó convencerse a sí misma de que lo único que le preocupaba era mantener a salvo su secreto y el de su familia.

Según fue avanzado la mañana, fue perdiendo la esperanza de que él apareciera. Puede que simplemente hubiera querido confirmar sus sospechas acerca de su rareza, puede que le bastara con saber que era una *bruja*. Como había dicho Lena, ver muertos era algo difícil de digerir. Lo único que le quedaba era esperar y rezar para que en algún momento apareciera.

Esa débil ilusión le duró poco. Para la hora de la comida ya estaba convencida de que no volvería a verlo. Al sentarse a la mesa que ocupaba su prima, Casandra soltó la bandeja y se dejó caer en la silla sin tratar de disimular su abatimiento.

—¿No ha venido? —preguntó Lena mientras la observaba detenidamente.

—Ni se te ocurra mencionar mi aura —le espetó Casandra al ver cómo la miraba.

—Tampoco es que haga falta. Basta mirarte para ver que no estás muy contenta. He visto zombis con mejor cara que tú.

Cassandra fulminó a su prima con la mirada a pesar de que sabía que no exageraba en absoluto. No conseguía entender del todo qué le estaba pasando, pero sus ansias crecían segundo a segundo.

Su prima dedujo que no era momento para bromas y se concentró en comer sin decir nada durante varios minutos. Su silencio terminó por irritar aún más a Cassandra, que tuvo que luchar consigo misma para no acabar pagando su mal humor con Lena. Para cuando terminaron el postre, Cassandra se sentía lo suficientemente mal como para hablar de nuevo y disculparse.

—Lo siento. No quería ser borde.

—¡Pues menos mal! —contestó Lena, alzando las cejas. A pesar de todo, un inicio de sonrisa corría ya por sus labios—. Venga, ámate, ya verás que acaba apareciendo. Puede haberle surgido cualquier imprevisto; si no se presenta hoy, seguro que lo hará mañana.

—Ya, lo sé. Es solo que... necesito verlo —confesó Cassandra avergonzada—. No puedo explicarlo, pero necesito hablar con él.

—Vale, ahora das miedo, Casie —se mofó su prima—. Es la primera vez en mi vida que te veo obsesionarte de esta forma con una persona, menos aún cuando apenas sabes nada de él.

—Es la primera vez en mi vida que me siento así —concluyó Cassandra.

—Aparecerá. Ten fe —la animó Lena.

—Eso espero.

Su humor mejoró de forma sutil tras esos treinta minutos con Lena, pero decayó drásticamente en las siguientes horas. Estuvo tentada de marcharse a casa alegando que no se encontraba bien, algo que no era del todo mentira, pero decidió quedarse solo por si él aparecía antes de que acabaran las clases. Cuando el último timbre anunció el final del horario lectivo, recogió su bolso y los libros y abandonó el instituto con la seguridad de que no volvería a verlo.

Recorrió el corto trayecto hasta la parada con la cabeza agachada, evitando la mirada

del fantasma de un chico de su edad que solía encontrar a menudo en la puerta del instituto. Se sentó a esperar a que llegara el autobús y sacó su iPod del bolso. *Crazy*, de Aerosmith, retumbó en sus oídos, y no pudo más que sonreír al escuchar la letra. Se dedicó a tararearla bajito, consciente de que cantaba fatal.

Como surgido de la nada, Gabriel apareció a su lado y la miró con una media sonrisa que le dibujó un hoyuelo cerca de la boca. Una vez más notó cómo su cuerpo tiraba de ella. Sin pensarlo, se inclinó levemente hacia él y, o bien Gabriel no se dio cuenta, o no le importó. Durante al menos un minuto, permaneció mirándolo como si todo lo que los rodeaba hubiera desaparecido, como si lo único que hubiera en el mundo fuera él. Si no se contenía iba acabar por abalanzarse sobre él y hundir la cara en su cuello, que era lo que realmente le apetecía hacer.

Meneó la cabeza, confundida por su visceral reacción. No se trataba solo de que aquel chico pudiera gustarle o de que provocara en ella emociones extrañas. Era algo más, como si existiera algo que los uniera. Algo dentro de ella parecía querer salir de su cuerpo y fundirse con el suyo. En ese instante, comprendió que esa atracción que despertaba en ella se asemejaba a lo que había sentido en más de una ocasión en el túnel.

El pensamiento la perturbó y se dio cuenta de que, por la fijeza con la que lo observaba, empezaba a parecer un poco idiota. Usó toda su fuerza de voluntad para zafarse de su mirada y respiró profundamente mientras se quitaba los auriculares y los guardaba en el bolso de nuevo.

—Parecía bueno —dijo Gabriel, sin dejar de sonreír y señalando su bolso—. ¿Qué estabas escuchando?

—Aerosmith —respondió Casandra, aún turbada—. Pensaba que ya no vendrías —añadió, bajando la voz.

—Bueno, me ha costado un poco llegar hasta aquí —dijo él, mirando alrededor como si fuera la primera vez que veía la calle en la que se encontraban.

—Ah. —Fue todo lo que se le ocurrió decir.

Gabriel la miraba con una sonrisa en los labios, una sonrisa encantadora y radiante; esa clase de sonrisa que en una cara como la suya solo podía contribuir a ponerla más nerviosa. No estaba preparada para que finalmente él apareciera. Ya había asumido que volvería a casa sin verlo, y ahora que lo tenía delante no sabía por dónde empezar.

—Habíamos quedado —dijo Gabriel, en un tono que Casandra interpretó más como una pregunta que como una afirmación.

—Dijiste que te pasarías por aquí, aunque no estaba segura de que aparecieras. —
Casandra apartó la vista de él.

—¿Por qué?

—¿Por qué pensaba que no aparecerías?

—No. ¿Por qué querías verme?

—¿Me tomas el pelo? —le preguntó a su vez Casandra.

Él había mencionado que se pasaría por su instituto hoy, ella no se lo había pedido.

—No, en absoluto —contestó burlón.

—Fuiste tú el que dijo que te pasarías por aquí —le recordó Casandra con cierta irritación—. ¿Es que ni siquiera te acuerdas?

Gabriel no respondió, sino que se quedó mirándola con una ligera expresión de incredulidad en el rostro, justo con la apariencia de alguien que acaba de recordar algo de suma importancia. Casandra se cruzó de brazos y aguantó su mirada, esperando una explicación. Durante un instante, le pareció que el negro de sus ojos se tornaba más oscuro. Pestañeó y, al segundo siguiente, la ilusión desapareció.

—Creo que no sucedió exactamente como lo cuentas —puntualizó él.

—Pues háztelo mirar, porque eso es justamente lo que dijiste —le espetó sin miramientos mientras volvía a sacar su iPod del bolso.

—¿Por qué eres tan borde? Ser amable no cuesta dinero.

—Aplicate el cuento, guapo.

—¿Ves? Me has echado un piropo, ahora yo debería darte las gracias, ¿no? —Gabriel le habló despacio, de la manera en la que se le habla a los niños pequeños.

—Lo que deberías hacer es irte, entonces la que te daría las gracias sería yo —contestó Casandra, y esta vez fue ella la que sonrió.

—Venga ya, si estabas deseando volver a verme.

Casandra le mantuvo la mirada, tratando de aparentar sentirse más segura de sí misma de lo que en realidad estaba. Puede que Gabriel tuviera razón, puede que desde su último encuentro lo único en lo que hubiera pensado fuera en volver a verlo, y lo que era seguro es que, a pesar del comportamiento enervante de Gabriel, continuaba luchando contra esa invisible fuerza que la arrastraba hacia él. Pero por nada del mundo iba a admitirlo delante de él para que pudiera seguir regodeándose, no era más que un imbécil prepotente que debía estar lo suficientemente aburrido como para dedicarse a molestarla.

—¿No tienes nada mejor que hacer? Porque yo sí —arguyó Casandra con desprecio. Se puso uno de los auriculares, decidida a no escuchar ni una sandez más.

—Sí, miles de cosas, pero resultas francamente divertida —contestó Gabriel, sentándose a su lado.

—Olvídame.

Casandra se deslizó por el asiento para alejarse de él, aunque para ello tuvo que luchar con la acuciante necesidad que sentía de acercarse más. Una sensación que, por otro lado, le molestaba y le preocupaba en la misma medida.

Se ajustó el otro auricular y subió el volumen; esperaba que Gabriel se diera por aludido y se marchara de una vez.

Pasados unos minutos, y viendo que este permanecía sentado a su lado, mirándola fijamente y sin la menor intención de moverse, volvió a quitarse los auriculares.

—¿Qué?! —gritó, desquiciada.

—¿Qué de qué? —respondió Gabriel con fingida inocencia.

—¿Vas a quedarte ahí sentado mirándome embelesado? —preguntó Casandra. Estaba dispuesta a resultar al menos tan exasperante como él y, por la leve expresión contrariada que cruzó su rostro, supo que lo estaba consiguiendo. Se permitió sonreír antes de continuar hablando—. Comprendo que observarme te resulte excepcional, pero empiezas a resultar algo cargante.

Gabriel se levantó, aparentemente molesto, lo que le dio alas a Casandra para dejar escapar la risa que estaba conteniendo. Él se giró para taladrarla con una oscura y profunda mirada que, muy a su pesar, reavivó la atracción de Casandra.

—Tienes razón en una cosa, eres excepcional. Nunca he conocido a una chica como tú. —Su tono ambiguo hizo que Casandra no supiera si lo decía como un cumplido o, por el contrario, continuaba burlándose de ella—. Puedes dar gracias por ello, no creo que el mundo esté preparado para que haya dos Casandras pululando por ahí sin control alguno. Sería una temeridad.

—¡Vete al infierno! —le contestó ella, consciente de que no iba a escuchar un solo halago salir de su boca.

Gabriel le dirigió una mirada hermética, sin rastro de la expresión burlona que hasta hacía unos segundos le había mostrado. Tras unos largos segundos, se giró y echó a andar calle abajo.

Casandra hirvió de rabia ante su insolencia y rebuscó en su mente, tratando de añadir alguna incisiva frase más antes de que él se alejara del todo. Fue incapaz de hilvanar una sola idea coherente cuando se percató de que realmente se estaba marchando, de que había perdido una oportunidad para hablar con él y preguntarle qué era exactamente lo que sabía de ella. Aquello terminó de enfurecerla.

Le resultaba pedante, prepotente y pretencioso más allá de lo humanamente concebible. No quería volver a verlo y, sin embargo, ahora que una vez más se separaba de él, la ansiedad volvía a apoderarse de su cuerpo. Parecía una incongruencia que se sintiera así. De forma racional, lo despreciaba, lo odiaba, le daría una patada en su pomposo trasero. Pero algo en lo más profundo de su ser clamaba rogando por averiguar algo más sobre él.

Apartó la mirada de la espalda de Gabriel antes de que la lejanía lo hiciera desaparecer de su vista y, sin querer, se centró en una chica que parecía observarla desde la acera de enfrente, hasta que se dio cuenta de que era un fantasma. Dejó vagar la mirada un poco más en su dirección, simulando no percibirla.

Su teléfono sonó con la conocida melodía de *Use somebody*, de Kings of Leon. Rebuscó en su bolso hasta dar con él y miró la pantalla. Suspiró al ver el nombre que aparecía en ella.

—No estoy de muy buen humor —contestó en cuanto aceptó la llamada.

—Dime algo que no sepa.

—¿Qué quieres, Mara? —preguntó, impaciente.

—Solo saber que no te ha dado un infarto o algo por el estilo. Llevas días enviando tus emociones de manera tan intensa hacia mí que he pensado que merecía la pena llamarte y comprobar que sigues cuerda.

—Estoy bien, solo algo nerviosa. Nada de lo que debas preocuparte —se excusó Casandra, odiando intensamente que el don de su prima la convirtiera a ella en un libro abierto.

—¿Algo nerviosa? Eso es quedarse corta —le rebatió con cierta sorna—. ¿Qué tal si practicas un poco de meditación, yoga o alguna chorrada de esas? Por tu bien y por el mío.

—Deja de husmear y no me hables como si no estuvieses más que pendiente de lo que siento o de lo que dejo de sentir. Te encanta estar al corriente de mis miserias —le espetó Casandra.

Conocía perfectamente a Mara y sabía que, cuando así lo deseaba, era capaz de bloquear a toda la familia junta si era necesario. No se tragaba que de repente no pudiera solo con sus emociones. Aunque lo que más le molestaba a Casandra era darse cuenta de que, en realidad, estaba tan alterada como su prima insinuaba.

—¡Me ofendes, prima! —exclamó Mara.

—Sí, seguro —ironizó ella—. Ahora que ya has comprobado que estoy sana y cuerda, ¿te importaría ir a molestar a otro? Tengo cosas más importantes que hacer que hablar contigo.

—Está bien. Aunque sobre lo de que estés cuerda, me vas a permitir que discrepe. No creo que tus sentimientos...

Casandra cortó la llamada, incapaz de aguantar las bravatas de su prima un segundo más. Al contrario que Lena, Mara usaba su don, siempre que podía, para incomodar a los demás. Por eso tanto Lena como ella trataban de evitarla en la medida de lo posible.

Guardó el móvil en su bolso, no sin antes silenciarlo, sabiendo que era probable que Mara volviera a llamarla.

El autobús asomó por la esquina de la calle tan solo unos minutos más tarde. En cuanto se detuvo frente a ella, subió y se apretó entre la pequeña multitud de estudiantes que regresaban a sus hogares después de clase.

Todo lo que deseaba en aquel momento era llegar a casa y encerrarse en su habitación

sin ver o hablar con nadie. Todavía era lunes y aquella tenía toda la pinta de que iba a ser una semana muy larga.

CAPÍTULO 6

A la mañana siguiente, Casandra casi había olvidado el afilado odio que sentía por Gabriel. De nuevo le había costado conciliar el sueño. Las horas habían desfilado en el despertador de su mesilla mientras ella se debatía en un estado de semiinconsciencia. En los pocos momentos en los que había conseguido quedarse dormida, las pesadillas habían vuelto a acosarla con renovada crudeza. Como en anteriores ocasiones, había soñado con Gabriel y con todas las tétricas almas que intentaban arrancarlo de sus brazos. Se había despertado justo en el momento en que, empujado por aquellos brazos sin cuerpo, atravesaba el final del túnel sin posibilidad de retorno.

La estremecedora angustia que la pesadilla le había provocado la desveló sin remedio. Abandonado el sueño, seguía persiguiéndole la idea de que algo terrible iba a ocurrirle a Gabriel, de que las pesadillas no eran otra cosa que una clara advertencia que no debía ignorar.

El cielo comenzó a clarear por el este. La alarma del despertador la sacó del ensimismamiento en el que se había sumido. Levantarse, vestirse e ir a clase le parecía una tarea titánica. La angustia seguía atenazándola por dentro y el agotamiento era tal que, al poner los pies en el suelo, se mareó momentáneamente. Se aferró al borde de la cama y respiró trabajosamente, tratando de reunir el mínimo de fuerzas suficiente para ponerse en marcha.

Contempló su habitación mientras trataba de serenarse. Apenas entraba claridad por la ventana y fuera el viento azotaba los árboles con fuerza. Como si el tiempo quisiera congraciarse con la inquietud que sentía, un trueno sonó a lo lejos, anunciando una más que probable tormenta. Otro inconveniente que añadir a la lista. Suspiró más nerviosa aún, sabiendo que no solo tendría que lidiar con sus sentimientos, sino que fuera, en la calle, almas y más almas erraban en busca de cualquier cosa que los hiciera sentirse parte del mundo de los vivos. Si alguna adivinaba que ella podía verlos, su día se complicaría más si cabe.

No podía quitarse de la cabeza al Gabriel del sueño ni la entristecida sonrisa que le había dedicado antes de que sus manos se separasen, insuflándole por breves instantes la esperanza de que permanecerían juntos. Casandra había luchado con feroz determinación por mantenerse con él, llegando a clavarle las uñas en el brazo y dejando su piel marcada con profundos arañazos cuando le fue imposible resistir las sacudidas que lo arrancaron de su lado.

¿De verdad era capaz de odiar a Gabriel después de todo lo que había sentido en el

sueño? ¿De seguir aborreciendo su desbordante petulancia tras sufrir de aquella manera una pérdida que solo había tenido lugar en el terreno onírico? En ese momento, una parte de su ser no podía dejar de anhelar los pocos minutos que había pasado a su lado. Era como estar dividida en dos, y no parecía que ambas partes fueran fácilmente conciliables.

Cuando empezó a calmarse y respirar de forma regular, se sintió por fin preparada para ponerse en pie. Se levantó de la cama y fue hasta el baño con paso tambaleante. Aún algo angustiada, se metió bajo el chorro de la ducha esperando que el agua arrastrara sus pesadillas y miedos. Apenas mejoró su ánimo, pero se obligó a vestirse y bajar a desayunar antes de que su madre viniera a buscarla a su habitación.

Encontró a Valeria en la cocina, picoteando distraída unas tostadas y bebiendo café mientras hojeaba el periódico. Al levantar la vista, su madre frunció el ceño.

—No tienes buen aspecto. ¿Te encuentras bien?

—No he pasado buena noche —contestó ella, sentándose a la mesa—. Pesadillas —añadió, metiéndose media tostada en la boca para no tener que seguir hablando.

Su madre le dedicó una larga mirada, dudando entre insistir en que le contara con qué había estado soñando o dejarle espacio y esperar a que Casandra deseara hablar de ello. Optó por no agobiarla más de lo que ya parecía estarlo y desvió la vista de nuevo hacia el periódico.

Un interrogatorio a esas horas de la mañana era algo que no iba a poder soportar. La tarde anterior Casandra le había contado a Valeria su encuentro con Gabriel. No había entrado en demasiados detalles, pero su madre sabía que habían estado discutiendo; si bien, no había dejado de sonreír mientras Casandra le relataba lo sucedido.

—Arreglarás las cosas con Gabriel, no te preocupes —sentenció, mirándola de nuevo.

—No hay nada que arreglar, mamá —la contradijo Casandra.

—Si así fuera, no te preocuparía tanto. Te caería mal sin más, pero le sigues dando vueltas, ¿no es así?

—Puede —terció ella, sin querer darle del todo la razón.

—Lo arreglaréis —repitió Valeria con convicción.

Casandra apuró el zumo que estaba bebiendo. Cogió su bolso y, tras despedirse, se

escabulló por la puerta antes de que su madre le hiciera más preguntas. Como de costumbre, llegaba tarde.

Trotó por la calle hasta la parada del autobús mientras miraba el cielo encapotado que anunciaba lluvia. No sabía si deseaba ver de nuevo a Gabriel o no, pero, mientras corría bajo las nubes grises, tuvo la corazonada de que las cosas no iban a hacer más que empeorar. Esperaba equivocarse.

Para cuando llegó al instituto sus oscuras predicciones se habían ido cumpliendo sin más. Ensimismada como iba durante el trayecto, había cometido el error de levantarse al ver a una embarazada avanzar buscando asiento; para cuando quiso darse cuenta de lo que ocurría, el fantasma que era aquella mujer le rogaba sin cesar que la ayudara. Casandra apretó los dientes mientras escuchaba los ahogados sollozos y las súplicas entrecortadas de la joven que solo ella podía oír.

Trató de ignorarla, y en otro momento puede que lo hubiera conseguido, pero ese día se sentía tan falta de fuerzas que no sabía si sería capaz de seguir aguantando un minuto más. Al final, bajó precipitadamente del autobús dos paradas antes y no paró de correr hasta que lo perdió de vista. Cuando dobló la esquina y divisó el instituto, frenó en seco y se apoyó contra una pared.

Escrutó el impersonal edificio donde estudiaba sin saber lo que buscaba. Las paredes rojas con grandes ventanales le parecieron más llamativas que de costumbre, y la inacabable hilera de columnas que adornaban su fachada, algo excesivas para un simple centro educativo. Allí parada, con la respiración todavía acelerada por la carrera y el corazón golpeándole con fuerza el pecho, Casandra trataba de fijar su atención en cualquier cosa que la distrajese.

Un escalofrío le recorrió la espalda en el mismo instante en que todo el vello de su cuerpo se erizaba. Giró automáticamente la cabeza en la misma dirección por la que había venido y se encontró frente a frente con la joven del autobús.

—¡Ayúdame! ¡Te lo suplico! —le rogó esta, al ver que la miraba.

—No puedo —contestó Casandra, recordando la promesa que le había hecho a su prima.

Echó a correr de nuevo. Subió los escalones de la entrada principal de dos en dos y aceleró una vez que enfiló el pasillo, dirigiéndose al baño femenino que se encontraba en esa misma planta. Tropezó en dos ocasiones y a punto estuvo de caer al suelo, pero no disminuyó el ritmo. No había sonado el timbre que daba inicio a las clases, por lo que tuvo que empujar a varios compañeros para abrirse paso. Susurró algunas disculpas incoherentes

que ni siquiera llegaron a oídos de sus destinatarios.

Entró al servicio dispuesta a echar sin miramientos a cualquier chica que se encontrara dentro, pero no fue necesario. Tras revisar uno a uno los pequeños cubículos del baño, se dio cuenta de que estaba sola. Fue entonces cuando se derrumbó. Apoyándose contra la pared del fondo, se dejó caer hasta quedar sentada en el suelo.

«No puedo seguir huyendo de todo», pensó.

No había dónde esconderse, no cuando en cada esquina había más y más de ellos. No podía continuar apartando la mirada, agachando la cabeza e ignorándolos para siempre. Su don era parte de ella y de su destino.

Casandra no se sorprendió cuando la embarazada atravesó la puerta por la que ella acaba de entrar.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, sin fuerzas para fingir.

—Puedes verme.

—Así es —admitió, animándola con un gesto para que se acercase.

La mujer avanzó hasta quedarse a solo unos pasos de ella. Se acariciaba la abultada barriga de forma sistemática, y Casandra se preguntó de qué habría muerto. No mostraba heridas externas, pero eso podía deberse a que su tiempo en este lado se estaba agotando.

—¿Puedes ayudarme? No quiero estar aquí —gimoteó angustiada—. Él está bien. Andrew lo cuida, se desvive por nuestro hijo. Todo está bien ahora.

Casandra estaba segura de que, si los muertos pudieran llorar, aquella mujer lo estaría haciendo en ese momento. Dedujo que había fallecido durante el parto y que su hijo se había salvado. Ahora que se había cerciorado de que él estaba bien, la mujer comenzaba a comprender que ya no formaba parte de este mundo.

—Es pequeño, muy pequeño aún —continuó explicándole—. Pero ya se ríe.

Casandra suspiró al ver el cariño con el que hablaba de su hijo. Eran ese tipo de situaciones las que le hacían odiar su don. La angustia de las almas siempre la traspasaba y dejaba un regusto amargo en su boca, como si cada una de ellas le arrancara un pedazo de su propia vida. Percibía el dolor en sus ojos tan claramente como la veía a ella.

Sintió la imperiosa necesidad de ayudarla, de tomarla de la mano y acompañarla al otro mundo. Podía calmar su pesar y quería hacerlo, aun sabiendo que parte de su amargura quedaría para siempre con ella, impregnando su propia alma.

Cassandra se apoyó contra la pared, dejando que el frío de las baldosas se colara lentamente a través de su abrigo. Lo haría. Incluso antes de tomar conscientemente la decisión, ya sabía que la ayudaría a atravesar el túnel.

—Ven conmigo —le pidió con voz amable.

La embarazada caminó tras sus pasos. Cassandra entró en uno de los cubículos y cerró la puerta tras de sí. Miró durante unos instantes a la chica, tratando de grabar los pequeños detalles en su memoria. Quería recordar su rostro cuando ya se hubiera ido. Algunos mechones habían escapado de un descuido recogido que debía haberse hecho a toda prisa antes de morir, quizás cuando comenzaron las primeras contracciones.

Era guapa, con su cara redondeada y sus pequeños ojillos marrones; dos diminutas arrugas alrededor de la boca dejaban entrever que en vida sonreía a menudo. Llevaba puesta una bata de hospital y en sus pies descalzos lucía una pedicura perfecta, color azul oscuro. En aquel momento no sonreía, esperaba impaciente a que ella le indicara qué debía hacer.

Cassandra suspiró una vez más. No sabía cuánto le llevaría acompañarla para que cruzase. Lo que en el túnel eran segundos en su mundo bien podían representar minutos u horas; el tiempo en aquel lugar no transcurría de la misma forma, solo esperaba estar de vuelta antes de que alguien entrara en el baño y la encontrase inconsciente.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Alexa.

—Pon tus manos sobre las mías, Alexa —le indicó Cassandra cuando estuvo preparada.

La obedeció sin prisa. Los dedos de Alexa atravesaron el dorso de sus manos, provocándole escalofríos. Cassandra tiritó durante un instante cuando completó el movimiento y sus manos fantasmales estuvieron sobrepuestas a las suyas. La temperatura de sus brazos descendió inmediatamente.

La habilidad de trasladarlas entre ambos mundos era de Cassandra, pero, sin un alma que sirviera de portal, no había manera de desencadenar el viaje. Ella no era más que la llave que permitía abrir la entrada al más allá. Nunca había podido ir hasta allí sola, y eso que lo había intentado en repetidas ocasiones.

—¿Dolerá? —inquirió Alexa nerviosa.

—No —la tranquilizó—. A ti no.

Cassandra cerró los ojos para concentrarse en la sensación de calma que la iba envolviendo, mientras el frío se extendía por sus hombros hasta llegar a su pecho. Cuando llegó hasta su corazón, se preparó para ahogar el grito que ya se estaba formando en su garganta.

Separar su propia alma de su cuerpo resultaba siempre doloroso. Era un estado antinatural para alguien cuyo corazón continuaba latiendo, por lo que tenía que romper uno a uno los íntimos lazos que los mantenían unidos. La primera vez apenas había aguantado la situación unos segundos antes de que su alma regresara a su sitio apresuradamente y se encontrara lloriqueando sobre la alfombra de su habitación.

Con el paso del tiempo le había ido resultando más sencillo, pero no menos desgarrador. Una vez en el túnel, las ataduras desaparecían, diluyéndose en las sombras de esa tierra de nadie.

Uno a uno, tironeó de los vínculos con rapidez pero de forma delicada. Cuando el último se hubo roto, percibió agudas laceraciones en su interior que ya le eran de sobra conocidas. Las ignoró en la medida en que le fue posible y se concentró en la textura de las manos de Alexa, que ahora era capaz de percibir.

Al abrir los ojos, ambas flotaban en medio de una oscuridad total. Todo lo que antes la rodeaba había desaparecido. Podía ver la cara de Alexa gracias a la débil luz que esta emitía, pequeños destellos que provenían de su interior y que hacían que aquella oscura nada resultara más tétrica. Lo único que desentonaba era la sonrisa sincera que había comenzado a dibujarse en la cara de Alexa. Su miedo había desaparecido y atrás había quedado la tristeza que arrastraba desde su muerte.

Un pequeño punto de luz apareció a lo lejos y Alexa lo observó esperanzada. Cassandra, por el contrario, no se rindió ante el impulso de avanzar en su dirección; agarró con fuerza la mano de Alexa y esperó. El punto se agrandó, convirtiéndose en una mancha que se desvaneció segundos más tarde. Surgieron otros reclamos luminosos, pero continuó esperando. Durante todo ese tiempo, oía ruidos siniestros que la hacían pensar que había algo o alguien a su alrededor, pero tampoco se dejó influir por ellos.

Rocosas paredes surgieron por delante de ellas, asustando brevemente a su acompañante. Cassandra permaneció impasible; no era la primera vez que ocurría. El engaño formaba parte del viaje y sabía que no debía prestar atención a nada de lo que viera o

creyera ver en aquel lugar. Ignoró las miles de entradas que se abrieron simultáneamente en la piedra, aunque tiró con más firmeza de la mano de Alexa, que parecía verse tentada por uno de los múltiples caminos.

—No te muevas de mi lado —le ordenó al ver que trataba de soltarse.

No aflojó su agarre hasta que un haz de luz dorada asomó sobre ellas. La piedra que las rodeaba comenzó a erosionarse y se convirtió en un fino polvo que se alzaba en espirales frente a sus ojos. Un suelo arenoso y de color negro se materializó bajo sus pies. El ambiente adquirió mayor claridad y lo que era ya un gran círculo dorado se movió lentamente, hasta quedar justo a su espalda. Se giraron para contemplar cómo se replegaba sobre sí mismo y un segundo después se expandía hasta el doble de su tamaño inicial.

Era uno de los pocos instantes en los que disfrutaba, cuando la cálida luz comenzaba a filtrarse desde el otro lado. Pero también era el momento más peligroso. Su alma se sentía atraída y corría el riesgo de continuar avanzando y perderse para siempre.

—No puedo continuar, debes seguir sola.

Se giró para mirar a Alexa. Bajo aquella luz resultaba aún más guapa de lo que le había parecido. Los destellos que brotaban de su interior se habían intensificado y su tímida sonrisa se había ampliado, transformando su cara en un espectáculo fascinante.

Soltó su mano para animarla a avanzar.

—Gracias —dijo Alexa. Dudó unos segundos, pero enseguida comenzó a caminar hacia la luz.

Cassandra se obligó a pensar en Lena y en su madre, en recuperar la imagen de sus rostros de su memoria. Era todo cuanto necesitaba para no seguir los pasos de Alexa.

—Adiós —susurró antes de verla desaparecer, engullida por el brillante halo.

Cuando se preparaba para volver a su cuerpo, una silueta se recortó contra la intensa luz que atravesaba la puerta. Una figura alta y desgarbada, un hombre, su padre.

Cerró los ojos un momento, luchando por mantenerse inmóvil. Podía retornar al mundo de los vivos solo con pensarlo. Sabía que aquello solo era una treta más, pero resultaba tan tentador observar sus ojos y su cara...

—Corre, Casie, hija mía —la apremió con gravedad la voz de su padre—. Ya vienen.

Abrió los ojos de nuevo, alarmada. No era una farsa. Era él de verdad, lo supo en cuanto escuchó la advertencia.

La invadió un terror súbito cuando algo tiró de su padre desde el otro lado y el agujero se cerró, dejándola totalmente a oscuras.

Impactó en su cuerpo como si la hubieran empujado contra un sólido muro de hormigón. Nunca su vuelta había resultado dolorosa hasta ese punto y, sin embargo, notaba los músculos agarrotados y una punzada insistente en la espalda. Su corazón latió durante un momento a destiempo y luego inició una carrera desbocada. Aspiró aire en una amplia bocanada que le llenó por completo los pulmones.

La imagen de su padre reapareció en su mente y las lágrimas desbordaron sus ojos. Su cuerpo estaba helado. Se estremeció ante los escalofríos que recorrían su espalda y se obligó a moverse, esperando con ello entrar en calor.

Salió del cubículo y, al alzar la vista, se encontró con Gabriel. Vestía totalmente de negro y algunos mechones de pelo le tapaban parte de la cara. La miraba extrañado, ladeando la cabeza en lo que a Casandra le pareció un gesto de incompreensión.

—¿Por qué lloras?

Por un momento, volvió a verlo arrastrado por las almas al fondo del túnel, gritando su nombre y extendiendo las manos hacia ella a pesar de saber que no podía llegar hasta él.

La imagen se difuminó y el Gabriel real avanzó un paso más hacia donde se encontraba.

—¿Por qué lloras? —repitió él.

Casandra se sintió tentada a contestar y explicárselo todo. De hablarle de las almas que la atormentaban, de sus pesadillas, del aviso de su abuela y de la extraña aparición de su padre. Pero fue incapaz de decir nada, solo continuó mirándolo mientras intentaba ahogar los sollozos que la sacudían.

—No vas a contármelo.

La voz de Gabriel fue apenas un dulce susurro. Casandra luchó con la necesidad de refugiarse en sus brazos y olvidarse así de la angustia que sentía; notar algo real contra su piel, carne y hueso.

—No me creerías —contestó ella tras un breve silencio—. Y tampoco sabría por dónde empezar.

Gabriel alzó ligeramente las cejas y volvió adoptar aquella pose de suficiencia que tanto irritaba a Casandra. Esta apartó la mirada para secarse las mejillas con el dorso de la mano e intentar recomponerse. No buscaba su compasión, y menos aún quería que se burlase de ella y la tratara como a una loca.

Él continuó plantado en mitad del servicio, esperando su respuesta. Había cruzado los brazos, algo tenso por el silencio de Casandra. Si alguien irrumpía de repente allí, iban a tener que dar muchas explicaciones.

—¿A qué viene tanto drama? —dijo al ver que ella no contestaba.

—Deja de fingir que te importa —le reprochó Casandra con desprecio—. Si quieres cotilleos ¿por qué no vas a buscar a Anna y su séquito? Ellas sí que te darán carnaza para aplacar tu sed de miserias.

Gabriel dudó un instante. Casandra cayó en la cuenta de que no asistía a clases allí, así que era muy probable que ni siquiera conociera a Anna y su club de seguidoras. Aunque, dado el atractivo de Gabriel, estaba segura de que no tardarían mucho en tirarse en sus brazos y pelearse entre sí por ver quién de ellas conseguía ligárselo antes.

El pensamiento, muy a su pesar, le resultó molesto.

—¿Y esa Anna es...? —preguntó él, con un deje de burla.

—Haríais buena pareja, te encantaría... Es casi tan gilipollas como tú. —Se adelantó para quedar solo a un paso de él—. ¿Quieres que te la presente?

—Seguro que no es ni la mitad de interesante que tú —contraatacó Gabriel, con una sonrisa entre brillante y siniestra revoloteando en sus labios.

Dijera lo que dijera, Casandra se sentía atacada. Pero aquello, más que hundirla, la empujaba a salir de la profunda crisis que la había sepultado minutos antes. En su interior, la amargura iba siendo desplazada en favor de dos sentimientos encontrados. Por un lado, se moría de ganas de cruzarle la cara a Gabriel de un bofetón, a ver si continuaba sonriendo; pero por otro, comenzaba a acusar la insistente fuerza de atracción que Gabriel le provocaba. Esperaba que ambos sentimientos no fueran a más, porque la lucha interna que sostenía consigo misma ya era lo suficientemente encarnizada. Terminaría por volverse loca.

—Piérdete, Gabriel. Busca diversión en otro lado y hazme feliz —dijo Casandra.

Mantuvo su mirada fija en él mientras hablaba, tratando de no perderse en sus ojos y demasiado consciente de la cercanía de su cuerpo. Le resultó curioso que, al tiempo que ella pensaba en eso, Gabriel cruzara sus manos a la espalda, como si también estuviera conteniéndose para no tocarla.

—Estoy bien aquí, gracias. Aunque irritarte empieza a ser demasiado sencillo, está dejando de ser divertido. Por otro lado...

—¿Qué? —lo interrogó Casandra. Acto seguido se maldijo por morder el anzuelo que le había lanzado, dándole pie a que continuara con sus burlas.

—Casie, Casie, Casie...

—No me llames así, no tienes derecho.

—Casie —repitió Gabriel una vez más.

—Eres un imbécil. ¿Crees que me importa lo que pienses de mí? Si estás aquí incordiando, es porque no tienes a nadie con quien estar, cosa que no me extraña nada. —El torrente de palabras acudió sin más a la boca de Casandra. Continuó hablando sin apenas pararse a respirar—. Estás solo, nadie quiere compartir su tiempo contigo y por eso andas detrás de mí. Te gusta darme caña solo porque soy tan estúpida como para contestarte. Ni siquiera entiendo por qué malgasto mi tiempo contigo.

Casandra sabía que no estaba diciendo toda la verdad. En realidad, sí que le importaba lo que pensara de ella. Pero eso era algo que no pensaba admitir delante de él.

La mirada de Gabriel se oscureció.

—Tienes razón —contestó Gabriel, bajando levemente la cabeza. Al subirla de nuevo para mirarla, sonreía, y Casandra supo que lo que iba a decirle no le gustaría—. Sobre lo último que has dicho. Eres estúpida.

Casandra tensó el cuerpo con la intención de empujarlo para apartarlo de su camino y dejarlo allí plantado, pero la puerta que daba al pasillo se abrió y se quedó paralizada en el sitio.

Su prima Lena entró y se les quedó mirando con expresión horrorizada. Supuso que

sus respectivas auras destellaban en una gama de colores cercana a la del arcoíris y por eso estaba poniendo esa cara de alucinada. No era la forma en que esperaba que Gabriel y ella se conocieran, pero, dado que no veía otra alternativa, pensó que lo mejor sería presentarlos.

—Lena, este es...

—¡Casandra, apártate! —la interrumpió su prima alarmada.

—No pasa nada, Lena. No te preocupes.

—Ven aquí. Ven hacia mí despacio —la instó, tendiéndole las manos.

—¡No exageres, Lena! Deja que te explique —la persuadió Casandra.

Gabriel continuaba callado, mirándolas alternativamente.

—¿Que me expliques el qué? Santo Dios, ¿sabes lo que es eso? —dijo, señalando a Gabriel. Casandra no pudo evitar echarse a reír al ver la mueca de disgusto de este.

—Bueno, yo no me hubiera referido a él así —contestó ella riendo.

—¿De qué te ríes? Casie, me estás asustando. —Lena se acercó un poco a ellos con las manos alzadas, como si tratara de tranquilizarla.

—Venga, es gracioso. Deja de poner esa cara. Solo es Gabriel —comentó Casandra.

Aquello iba a costarle caro, Gabriel no iba a pasar por alto que, si Lena conocía su nombre, era porque tenía que haberle hablado antes de él. Ese comentario aumentaría, a buen seguro, su ego.

—¡¿Gabriel?! —exclamó su prima, más alarmada que antes.

—Sí, él es Gabriel. Lena, ¿te encuentras bien?

Casandra dejó de sonreír. No era propio de su prima montar numeritos delante de la gente y empezaba a creer que no estaba bromeando. Rodeó a Gabriel y avanzó hasta ella para tomarla de la mano. Estaba temblando.

—¿Estás bien? —insistió Casandra.

Su prima no la miraba, sino que continuaba con los ojos fijos en el chico, el ceño ligeramente arrugado y los labios apretados. Casandra tiró de sus manos para ver si reaccionaba, pero no obtuvo respuesta. Cuando se planteaba zarandear a su prima para sacarla de aquel estado catatónico, Lena por fin la miró.

—¿Gabriel? —susurró.

—Sí.

—¿Es sorda? —preguntó Gabriel.

—Cállate, imbécil —lo reprendió Casandra.

—Casandra... —Lena la agarró por los hombros y la miró con una mezcla de compasión y arrepentimiento.

—¿Qué pasa, Lena? ¡Di algo, por Dios!

—Gabriel está muerto.

—¡¿Qué?! —gritaron Casandra y Gabriel al unísono.

—Está muerto, Casie —sentenció Lena.

—Está loca —dijo Gabriel con una risita nerviosa.

—Lena...

—Casie...

—Te digo que está muerto —insistió su prima.

—No estoy muerto —negó Gabriel.

—No está muerto, Lena.

—Vivo desde luego no está. ¿Cómo no te has dado cuenta? —preguntó su prima. Se apartó el flequillo con gesto nervioso.

—Explícate, porque no entiendo nada. Si está muerto ¿por qué puedes verlo? No has dejado de mirarlo desde que has entrado —argumentó Casandra—. Y si fuera así, yo me habría dado cuenta, ¿no crees?

Gabriel miraba ahora también a Lena, esperando su respuesta. No aparentaba inquietud alguna, más bien parecía excesivamente tranquilo. Casandra no estaba del todo segura de querer conocer lo que Lena tuviera que decir.

—No lo veo, Casie. Esa es la cuestión —explicó Lena—. Solo veo una extraña mancha negra flotando en mitad de la nada. Es lo más inquietante que he visto nunca.

—¡Genial! Tu prima es una flipada —rio Gabriel, alzando las manos hacia el techo.

—Deja que se explique —gruñó Casandra.

—La única explicación es que esté muerto. Tú lo ves y yo no, solo veo esa mancha... Puede que sea un residuo de su aura —añadió Lena, pensativa.

—No —atajó Casandra.

No iba a creerse una sola palabra más de toda aquella locura, no estaba dispuesta a asumir que él estuviese muerto. Un dolor sordo comenzó a extenderse desde su corazón por todo su cuerpo, dejando a su paso solo un vacío atroz. Cuando quiso darse cuenta había empezado a temblar. Su prima tiró de sus manos hasta dejarla encarada con el gran espejo que presidía la fila de lavamanos que había a su derecha.

—¿Lo ves ahora? —le preguntó, señalando el espejo.

Buscó el reflejo de Gabriel. Sabía que estaba en la habitación, lo sentía como un centro de gravedad que atraía irremediablemente su cuerpo hacia él. Sin embargo, allí no había nada; el espejo solo devolvía el reflejo de ellas dos.

No quería creerlo. No podía asumir que ya no formara parte del mundo de los vivos, de su mundo. Ese hecho lo cambiaba todo. Aturdida, volvió la vista hacia el chico, que continuaba mirándolas con altivez, mostrando la misma seguridad que era tan propia de él.

CAPÍTULO 7

—No estoy muerto —repitió él cuando Casandra lo miró.

—Sí que lo estás, Gabriel. —Casandra estaba segura de que había notado el leve temblor de su voz al pronunciar su nombre.

—¿Qué dice? —preguntó Lena, más tranquila ahora que Casandra por fin lo había aceptado.

—Que no está muerto.

—Tú puedes verme —indicó él.

Casandra suspiró al oírlo pronunciar esas palabras. Iba a tener que contárselo todo.

—Es mi don, es lo que hago. Puedo ver a los muertos, sus almas...

Algo se iluminó en los ojos de Gabriel al escucharla. Hubiera jurado que, durante un segundo, sonreía tras su afirmación.

—No estoy muerto —insistió una vez más.

—¿Qué dice ahora? Esto es ridículo... —bufó Lena, exasperada ante el aparente monólogo de su prima—. Está muerto, finito, *caput*.

Gabriel rompió a reír a carcajadas y Casandra lo miró pensando que lo más probable era que estuviera perdiendo la cabeza.

—Esto es como en esa película, la del niño que ve fantasmas —rio Lena—. Ya sabes, esa en la que el prota no sabe que está muerto.

Casandra le lanzó a su prima una mirada que pretendía ser airada, pero al ver su expresión se contuvo. Era obvio que Lena no se estaba enterando de nada. Para ella, Casandra estaba hablándole a una mancha negra.

—Un momento. —Casandra cayó en la cuenta de algo que no había recordado hasta ese momento—. Tú lo sabías, lo has sabido desde el principio. ¡Me llamaste bruja!

—Así que eres una bruja...

—¡No! —chilló Casandra—. No lo soy.

—¿Qué ha dicho ahora? —Lena se había sentado en el suelo, en previsión de lo que parecía una larga charla.

—Que soy una bruja —contestó Casandra indignada.

—La verdad es que a veces un poco sí.

Lena y Gabriel rieron el comentario de esta. Casandra los miró de hito en hito, incapaz de aceptar lo surrealista que era la situación. Lena no veía a Gabriel; Gabriel, aparentemente, estaba muerto; Casandra veía muertos, pero no se había dado cuenta de que Gabriel era uno de ellos; y su prima, que en teoría solo veía las auras de la gente, se dedicaba a bromear con lo que para ella era una nebulosa oscura que flotaba de un lado a otro.

Se cruzó de brazos y esperó, con gesto serio, a que sus risas se apagarán.

—Veo almas, no soy una bruja —les reprochó Casandra—. No es gracioso.

—Bien por ti —contestó Gabriel—. Pero te aseguro que yo no soy una de ellas.

—Tócalo —la instó Lena—. Nos sacaría de dudas. Quiero decir, es raro que no te hayas percatado de su... aparente falta de vida.

Casandra puso los ojos en blanco ante el eufemismo.

—He estado algo distraída últimamente —se defendió.

Sabía que no era una excusa válida. Una cosa era confundir momentáneamente un muerto con un vivo, como le había pasado con la chica del autobús, y otra bien distinta que ni siquiera hubiera sospechado que había algo raro en Gabriel.

—De todas formas, no es tan fácil. Si él lo desea, sabes que puedo tocarlo sin problemas.

—Nadie va a tocarme —señaló Gabriel, dando un paso atrás.

El gesto hirió a Casandra, aunque no iba a reconocerlo. ¿Tanto lo desagradaba la idea de que lo tocara?

—Vamos, Casie, ni siquiera cree que está muerto, dudo mucho que sea capaz de haber adquirido esa habilidad aún.

Su prima tenía razón. Lo más probable era que, al intentar tocar a Gabriel, su mano lo atravesara. Notaría el mismo cosquilleo que se aprecia cuando pasas la mano por encima de una nube de vapor, pero poco más. No sabía si quería enfrentarse a eso, si quería comprobar que toda su dichosa y absurda historia terminaba así.

—Podría ayudar. —Casandra se adelantó un paso hacia Gabriel, dudando, pidiéndole permiso a este con la mirada.

—¿A qué esperas? —le preguntó Lena.

—No quiere que lo toque.

—¡Oh, vamos! Está mintiendo, sabe perfectamente que está muerto.

—¡¡No estoy muerto!! —repitió una vez más Gabriel. Su voz adquirió un matiz grave que retumbó en las paredes.

—¡Cállate, ¿quieres?! —le gritó Casandra, frotándose las sienes.

Estaba empezando a hartarse de su insistencia. Un agudo dolor había comenzado a instalarse en la parte posterior de su cabeza.

—¡Cállate tú!

—Si me callo, no tendrás con quién hablar —lo amenazó Casandra, con una sonrisa perversa surcando su rostro.

De repente, empezaba a encontrarle el lado divertido a la situación.

—Creo que podré vivir con ello —contestó él con solemnidad.

—Querrás decir morir con ello —lo pinchó Casandra.

Gabriel la miró con odio y, por un momento, le dio la sensación de que iba a decir algo, pero se mantuvo en silencio.

—Estás muerto, Gabriel.

—Apoyo la moción —se mofó Lena desde el suelo.

—¿Os burláis de mí?

Gabriel comenzó a dar vueltas por el servicio. Caminaba a grandes zancadas y, dado el pequeño espacio en el que se encontraban, se volvía una y otra vez para cambiar de dirección. Era obvio que estaba enfadado. Tanto Lena como Casandra lo observaban sin saber qué decir. ¿Qué se le decía a alguien que había muerto y ni siquiera era consciente de ello?

—Gabriel —lo llamó Casandra.

—Déjalo —contestó él con un gruñido.

—Gabriel, tú lo sabías, siempre lo has sabido. Por eso me has buscado todos estos días. Soy la única que puede verte.

Al empezar a hablar, Casandra ni siquiera sabía qué era lo que iba a decir. Las palabras habían ido saliendo solas, y una vez pronunciadas fue consciente de lo que significaban. Gabriel no buscaba su compañía, no buscaba acercarse a ella. Lo único por lo que se le había aparecido una y otra vez era porque no tenía a nadie más a quien recurrir. Solo le interesaba su don.

Casandra agachó la mirada y se quedó observando las desvaídas baldosas del suelo. En aquel mismo instante, podía notar como todo su cuerpo se veía empujado hacia Gabriel, como incluso sus músculos estaban preparados para avanzar hacia él, solo esperando la orden de su cerebro para iniciar el movimiento. Sus manos ansiaban tocarlo y las yemas de sus dedos cosquilleaban, anticipando lo que supondría deslizarse por sus labios. Su respiración se agitó de tal manera que se le escapó un pequeño jadeo. No levantó la cabeza, no quería volver a mirar a Gabriel y ver el odio reflejado en sus ojos. Bastante tenía con lidiar con la maraña de sentimientos que él le provocaba.

Cuando creía que no podía sentir mayor desprecio por Gabriel, reaparecía el deseo de tenerlo cerca. Aunque ahora poco podía hacer al respecto. Gabriel estaba muerto, no habría oportunidad alguna de descubrir si el anhelo que su cuerpo sentía por él no era otra cosa que un incipiente sentimiento que trataba de acallar; ya no podría darse tiempo para conocerlo y ver si eran capaces de dejar de pelearse y mantener una conversación civilizada. Más tarde

o más temprano, Gabriel pasaría al otro lado y no volvería a verlo nunca.

Abrumada, se sentó bruscamente, ignorando las miradas de su prima y de Gabriel. Cerró los ojos, apretándolos con fuerza. La misma imagen que ya la había atormentado se abrió paso en su mente: Gabriel siendo arrastrado al fondo del túnel, alejándose de ella. Sus pesadillas finalmente se estaban convirtiendo en realidad. Entrelazó las manos sobre su regazo, tratando de calmarse, intentando obligarse a decir algo para que Lena no se alarmara.

Finalmente, levantó la cabeza y buscó los ojos de Gabriel, y lo que vio la sumió de nuevo en la misma desesperante angustia que ya había sufrido esa mañana. Su rostro era el de alguien atormentado, apretaba los puños y en sus ojos casi podía palpase el dolor y la agonía. Casandra deseaba más que nada en el mundo aliviar ese dolor, deseaba abrazarlo y consolarlo, decirle que todo saldría bien, aunque supiera que era imposible que su historia tuviera un final feliz.

La fuerza que la atraía hacia él creció en intensidad, y Casandra se puso de pie sin ser apenas consciente de lo que estaba haciendo. Olvidó dónde estaban, la presencia de su prima, el odio que había visto en sus ojos y el suyo propio.

Lo único en lo que podía pensar era en él, en sus labios que ahora se entreabrían para dejar paso a su respiración acelerada, en cómo sería si sus manos pudieran acariciarla. Avanzó despacio hacia él, temiendo que retrocediera al verla acercarse.

Lena murmuró algo, pero no le prestó atención.

—Casandra —susurró Gabriel, mientras se acercaba, negando con la cabeza.

No quería que se acercara más, no quería que al alargar la mano atravesara su cuerpo y confirmara que estaba muerto y que no había nada en este mundo que pudieran hacer para cambiarlo. Pero Casandra siguió andando y, en unos pocos pasos, estuvo frente a él. Lo miró a los ojos y se dejó arrastrar por la oscuridad que había en ellos, desechando de forma definitiva parte del rechazo que sentía por él. Lo necesitaba, necesitaba tocarlo; así que simplemente alargó la mano.

Emitió un jadeo cuando su mano se topó con su mejilla. Todo a su alrededor se desvaneció, todo quedó cubierto por un denso manto negro que los rodeaba, casi abrazándolos. En ese instante, solo existían ellos dos, cerca, muy cerca el uno del otro; apenas separados por unos pocos centímetros que a Casandra le seguían pareciendo kilómetros. Quería estar aún más cerca, quería que cada milímetro de su piel estuviera en contacto con la de él.

Se apretó contra su cuerpo.

Gabriel se puso tenso, pero al segundo siguiente relajó todos los músculos y la acomodó entre sus brazos. Sentía un débil hormigueo en la piel. Nada incómodo, solo algo raro. Gabriel la apretó más contra sí y escondió la cabeza en su cuello, aspirando el leve olor a vainilla que desprendía su pelo. Casandra podía notar su agitada respiración, que se acompañaba con los acelerados latidos de su propio corazón.

Quería quedarse allí para siempre, entre sus brazos, sentirlo cerca, con sus manos paseándose por su espalda, enviando miles de pequeñas descargas que la sumían en un estado de placer continuado. Pero ella sabía que aquello no era posible, que no tenían nada que hacer frente al destino que había decidido unirlos cuando ya era demasiado tarde.

Él la tomó por los brazos y la separó lo suficiente para mirarla a los ojos y que Casandra pudiera contemplar la sonrisa entristecida que asomaba en su boca. Gabriel entreabrió los labios, quizás para decirle que estaban cometiendo un error, que se estaban haciendo más daño que el que sus riñas infantiles pudieran haberles hecho hasta ahora. Pero no habló, se quedó mirándola y esperando.

Casandra reunió valor y decidió que no iba a separarse de él sin besarlo, que aquel era el momento, probablemente el único que tendrían. Quería un beso, un primer y último beso que pudiera atesorar el resto de su vida, un beso inolvidable que recordar cuando él ya se hubiera marchado.

Gabriel pareció leerle el pensamiento. Parecía rogarle con la mirada que lo hiciera, que lo besara, que necesitaba sentirla tanto como ella a él.

Se humedeció los labios, anticipando la deliciosa sensación que supondría besarlo. Se fue acercando muy despacio hasta que sus bocas casi se rozaron y su cuerpo aumentó en varios grados su temperatura. Su corazón latía frenético. Ella temblaba. Pero, una milésima de segundo antes de que diera el paso definitivo, un repentino estruendo la sacó del aislamiento en el que se encontraba. Gabriel se separó de ella y Casandra sintió de inmediato el vacío que se abrió paso en su interior, desgarrándola por dentro.

Giró en redondo para percatarse de que el director del instituto las miraba enfurecido desde la puerta del baño. Era un hombre alto e imponente. Rondaba los cuarenta años y hacía ya tres que dirigía el centro con mano implacable. Tenía fama de no perdonar una.

Lena se había levantado de un salto y lo observaba cohibida, mientras que ella continuaba aturdida y confusa; todo a su alrededor estaba ligeramente borroso, todo su cuerpo temblaba. La separación de Gabriel le provocaba un lacerante dolor que no dejaba de aumentar segundo a segundo. Y aún peor, era consciente de que Gabriel ya no se

encontraba en la habitación. No quería mirar a su espalda porque sabía que él ya no estaba allí.

—Señoritas Blackwood, ¿qué están haciendo aquí? Todo el mundo las está buscando —las reprendió el director con brusquedad.

Blackwood no era su apellido paterno, ni tampoco el de su prima Lena, pero ambas usaban el apellido de su abuela. Era una tradición familiar a la que nadie se oponía.

Casandra quiso contestar, pero era incapaz de encontrar su voz. El dolor seguía ahí, latiendo en su interior. Lena la miró y pareció percatarse de que estaba luchando por reprimir las lágrimas.

—Casandra estaba mareada —mintió su prima—. La he acompañado para que se refrescase un poco.

—Hagan el favor de acompañarme. Sus familias están esperando.

Asintieron extrañadas. Debía haber ocurrido algo grave para que sus padres fueran a buscarlas al instituto. Casandra avanzó hasta la puerta. Antes de abandonar el baño, echó una última mirada a su interior a sabiendas de que lo que buscaba no estaba allí.

Efectivamente, Gabriel había desaparecido. Una punzada le atravesó el pecho cuando se dio cuenta de lo mucho que su vida había cambiado en ese pequeño espacio.

El pasillo estaba desierto, el timbre había sonado hacía ya rato y todos los estudiantes estaban en sus respectivas clases. Mientras avanzaban siguiendo los rápidos pasos del director, Lena extrajo de su bolso el móvil y comprobó si tenía alguna llamada.

—Tengo cinco llamadas perdidas de Mara —le susurró a Casandra.

—Lo habrá sentido todo —se lamentó Casandra—, y debe haber avisado a nuestros padres.

Lena chasqueó la lengua, molesta.

Era muy probable que Mara, alertada por la intensidad de sus emociones, hubiera llamado a sus padres después de ser incapaz de localizarlas. Casandra no se molestó en revisar su móvil, por las mañanas lo dejaba en silencio hasta que terminaban las clases. Seguramente tendría otras tantas llamadas. La magnitud de las sensaciones que había experimentado era tal que su madre estaría muy preocupada. Mara no se habría cortado en

modo alguno a la hora de contárselo todo, recreándose en los detalles.

Cassandra suspiró, desanimada. Lo único que deseaba era volver a casa y meterse en la cama. No sabía cuándo volvería a ver a Gabriel o si volvería a verlo siquiera.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Lena en un susurro—. No sé qué es lo que ha ocurrido ahí dentro, pero...

—Luego —respondió de forma escueta Cassandra. Había demasiado que contar y ahora mismo no estaba preparada para hablar de ello.

El director abrió la puerta principal del edificio y su madre se abalanzó sobre ella. La apretó con fuerza contra su pecho.

—¿Estás bien, Cassandra? ¿Qué demonios ha pasado? —le preguntó Valeria fuera de sí. Pocas veces había visto a su madre tan alterada.

—Ambas han hecho novillos —contestó el director antes de que Cassandra pudiera responder a su madre. Recalcó la palabra *novillos*, dando a entender que aquello era imperdonable.

—No me encontraba bien, solo eso —explicó Cassandra.

Miró a su madre, suplicándole en silencio que no hiciera más preguntas delante de todos.

Sus tíos, los padres de Lena, también estaban allí. Se habían quedado algo más rezagados, fuera del alcance de los oídos del estricto director. Lena hablaba de manera atropellada, explicándoles que todo estaba bien, que no habían corrido ningún tipo de peligro. Mientras, Mara sonreía con una despreciable arrogancia, apoyada en el coche de sus tíos, con su melena rubia perfectamente alisada y su pequeña y redonda cara aniñada.

No engañaba a Cassandra. Estaba segura de que disfrutaba de la situación. A saber qué le había contado a su familia sobre lo que había percibido. Lo que estaba claro era que no se había dejado ni un solo detalle, si fuera así su madre no estaría abrazándola de aquella forma, como si Cassandra hubiera estado al borde de la muerte o algo parecido.

—Quiero irme a casa, mamá —rogó Cassandra.

—Nos vamos, señor Wells —informó Valeria al director—. Gracias por todo. Cassandra no asistirá al resto de las clases hoy. Le ruego la disculpe con sus profesores.

—Está bien. Espero que tomen las medidas oportunas dado el comportamiento de su hija y de su sobrina. Y deseo que esa urgencia familiar se solucione de la manera más favorable.

El director dio media vuelta y se adentró de nuevo en el edificio. Casandra adujo sus últimas palabras a la excusa que su madre habría tenido que utilizar para presentarse allí y exigir que buscaran a su hija. No quería pensar en lo que habría tenido que decirle.

Se separó de su madre, que la seguía mirando como si hubiera vuelto de una guerra y quisiera comprobar que no le faltaba ninguna extremidad, y bajó los escalones para ir al encuentro de Mara, que sonreía orgullosa del revuelo que había armado.

—No tenías por qué, los has preocupado sin necesidad —le reprochó Casandra.

—Vamos, prima, pensé que os había ocurrido algo —le contestó con falso dramatismo—. Pero cuéntame, ¿quién es él?

Casandra se envaró ante la pregunta. No era que no esperara algo parecido de su prima, pero en aquel momento creía que dominaría un poco su afilada lengua.

Mara amplió su sonrisa al percibir la incomodidad de Casandra.

—No es de tu incumbencia. No vuelvas a inmiscuirte en mi vida —la amenazó Casandra—. No eres bienvenida en ella.

Sin darle opción a responder, se encaminó hacia el viejo Ford de su madre. El coche tenía bastantes años, pero su madre se negaba a desprenderse de él. Abrió la puerta mientras Lena se acercaba corriendo a ella. Esperó, agarrándola para evitar que el fuerte viento se la arrancara de las manos.

Al llegar a su altura, Lena la miró con gesto triste. El aura de Casandra le indicaba de forma obvia el estado en el que se encontraba, así que era inútil fingir con ella que no estaba luchando por mantener una pose de tranquilidad que estaba muy muy lejos de sentir.

—¿Hablarás con tu madre? Necesitas contárselo a alguien, Casie —suplicó preocupada.

—Lo intentaré, solo quiero... pensar, necesito... —Casandra luchaba por encontrar las palabras que reflejaran de algún modo lo que necesitaba.

—No pasa nada, hablaremos más tarde.

Lena le apretó la mano antes de alejarse para reunirse con sus padres.

Casandra se introdujo en el coche y aspiró el conocido olor a menta y cuero viejo que siempre lo inundaba. Se abrochó el cinturón de seguridad mientras su madre se sentaba a su lado y ponía el coche en marcha. Valeria la miró antes de salir del aparcamiento con una expresión que Casandra no consiguió descifrar, pero supuso que únicamente estaba preocupada por lo sucedido.

Recorrieron el camino en silencio. Casandra apoyaba la frente contra el cristal, dejando que su aliento lo empañara. La temperatura parecía ser aún más baja que por la mañana, o al menos ella sentía un frío gélido instalado en su interior. Cerró los ojos para no tener que ver el mundo que la rodeaba, un mundo del que Gabriel ya no podía formar parte.

No podía dejar de ver en su mente, una y otra vez, la mirada atormentada que le había lanzado antes de que se acercara a él, cómo se había resistido a que lo tocara, pero cómo luego la había acariciado con idénticas ansias que las que sentía ella de su cuerpo.

Se arrebujó un poco más en el abrigo tratando de calentarse un poco, aunque dudaba que aquel frío persistente fuera solo un efecto del clima. Su madre aparcó en la parte delantera de su casa, se desabrochó el cinturón y esperó en silencio con las manos aferradas al volante.

—¿Qué ha pasado, Casie? Tu prima Mara...

—Mara no hace más que meterse en los asuntos de los demás —repuso Casandra.

—Sea lo que sea, puedes contármelo. Todo esto tiene que ver con Gabriel, ¿verdad?
—Casandra se encogió al oír su nombre, el dolor de su pecho pareció acentuarse.

—¿Podemos hablar más tarde, mamá? No me encuentro demasiado bien.

—Vas a tener que contármelo, Casandra. Si no es ahora será luego.

La miró mordiéndose el labio inferior en un esfuerzo por retener las lágrimas. Tras un momento de duda, su madre cedió y la instó a entrar en la casa.

Casandra miró al cielo mientras recorría la distancia que separaba el coche de la vivienda. Las nubes se deslizaban veloces, empujadas por el viento. Eran nubes negras, nubes de tormenta que casaban a la perfección con sus perturbadores pensamientos.

Pequeñas gotitas comenzaron a mojarle la cara, mezclándose con las gruesas lágrimas que Casandra se permitió dejar fluir.

Una vez en el interior, corrió escaleras arriba para encerrarse en su habitación. Más tarde o más temprano iba a tener que enfrentarse a su madre, pero no quería —dudaba que pudiera siquiera— hacerlo en ese momento. De un tirón deshizo la cama y se metió en ella tras quitarse únicamente las botas. Apretó la cara contra la almohada para ahogar los gemidos que le desgarraban la garganta y lloró intentando disminuir la profunda agonía que la atenazaba.

Sin poder evitarlo, evocó una vez más la pasión y el deseo que la habían consumido al notar las manos de Gabriel recorriendo su piel, lo que no hizo más que aumentar su pesar. Estaba muerto, era un alma perdida que no había hallado su camino para abandonar este mundo, pero que en algún momento lograría encontrarlo, y entonces Casandra nunca volvería a verlo.

La sola idea de saber que abandonaría este mundo separándose definitivamente de ella la envolvía en un lacerante dolor que apenas si podía soportar. Era como si una parte de ella muriera por no poder estar a su lado, como si le estuvieran arrancando un trozo de su propia alma para llevárselo lejos, fuera de su alcance.

Casandra volvió a sentir aquel penetrante frío colándose en su interior. Se tapó con el grueso edredón verde que colgaba por un lateral de la cama y continuó llorando hasta que su mente decidió dejar de luchar y le permitió dormirse.

CAPÍTULO 8

Unos suaves golpes la sacaron del sueño inquieto en el que se había sumido. Abrió los ojos con pereza, resistiéndose a abandonar la inconsciencia. La luz menguaba ya en la habitación y ni siquiera recordaba haberse metido en la cama. Los golpes se repitieron una vez más; su madre entreabrió la puerta y se asomó con expresión preocupada.

—¿Quieres comer algo? He preparado una ensalada y tengo adobados varios filetes para hacerlos a la plancha. —Valeria abrió completamente la puerta y se acercó hasta la cama.

Cassandra recordó de repente todos y cada uno de los sucesos de esa misma mañana y su estómago se cerró automáticamente.

—No me apetece comer nada, mamá.

—¿Qué pasó esta mañana, Casie? Habla conmigo, necesitas hablar con alguien —le rogó su madre, repitiendo las mismas palabras que Lena había usado antes de despedirse.

Cassandra reconoció que tenía razón. Su cordura amenazaba con abandonarla, aunque dudaba que nada de lo que su madre pudiera decirle fuera a brindarle el menor consuelo. No había consuelo posible, solo dolor. Demasiada muerte a su alrededor.

—Es Gabriel... —empezó Cassandra.

—¿Habéis vuelto a discutir? —preguntó su madre, animándola a continuar.

—Ese no es el problema, casi me he acostumbrado a nuestros constantes encontronazos. Ojalá se tratara de eso —añadió, negando con la cabeza.

—Y entonces, ¿cuál es?

Valeria suspiró y se sentó a los pies de la cama, mirándola con cierta inquietud.

—Hoy... —susurró Cassandra, sin contestar a la pregunta. La humedad comenzó a llenar de nuevo sus ojos. Sin embargo, se reprimió y las lágrimas no terminaron de cuajar—. Gabriel está muerto.

—¿De qué hablas? —se alarmó Valeria.

—Está muerto —repitió ella.

El color abandonó por completo el rostro de su madre.

—Eso es imposible, lo habrías notado, te habrías dado cuenta, ¿no?

—Parece ser que no. Está... muerto, mamá... está... —Casandra no pudo continuar hablando.

Pequeños gemidos de dolor escapaban de su boca sin que pudiera evitarlo en modo alguno. Recogió las piernas apretándolas contra el pecho y rodeándolas con los brazos. Tenía la sensación de que su cuerpo iba a romperse en mil pedazos, que el dolor no haría más que aumentar hasta que alcanzara la superficie y abriera grandes grietas en su piel.

Valeria se deslizó por la cama hasta ella y la estrechó entre sus brazos. Podía notar los temblores y espasmos que sacudían el cuerpo de su hija.

—No pude verlo, mamá —gimoteó—. No me di cuenta de que estaba...

—No pasa nada, no te culpes por ello —la consoló Valeria.

Continuó sollozando contra el pecho de su madre durante un rato, hasta que poco a poco su llanto comenzó a menguar y pudo controlarse lo suficiente como para separarse de ella.

—Quiero saber lo que le pasó —afirmó decidida. Encontrar algo a lo que aferrarse le dio cierta fuerza—. Necesito saberlo.

—Casie, no sé si deberías. No hará más que aumentar el dolor que ya sientes. — Valeria le apartó el pelo de la cara y le secó las mejillas con la yema de los dedos—. No puedes cambiarlo.

—Lo sé —admitió Casandra—. Pero quiero saber por qué sigue aquí, por qué no se ha marchado al otro lado. Algo tiene que estar reteniéndolo.

—Investiga lo que quieras, pero no hagas ninguna locura, por favor —la conminó su madre, a sabiendas de que Casandra podía decidir llevar el alma de Gabriel hasta el otro lado ella misma, con el consiguiente riesgo para su propia vida.

—No haré nada peligroso —mintió Casandra.

—Promételo —le exigió Valeria. Conocía demasiado bien a su hija—. No pienso permitir que te pongas en peligro.

Asintió en silencio, incapaz de mirar a su madre a los ojos y de confirmar su mentira en voz alta. No solo había decidido descubrir qué era lo que había terminado con la vida de Gabriel, sino que lo llevaría hasta las mismísimas puertas del cielo si con eso se aseguraba de que su alma no se perdía por el tortuoso camino que llevaba hasta él.

Tras la falsa promesa que le había hecho a su madre, le pidió a esta que la dejara sola. Con cierta reticencia, y no sin antes depositar un pequeño beso en su frente, Valeria se marchó de la habitación, dejando la puerta abierta. Casandra la cerró tan pronto como se aseguró de que su madre ya estaba en la planta baja.

Encendió el ordenador y se dispuso a hacer varias búsquedas en internet sobre accidentes en la zona en los que hubiera fallecido alguien. Lo más probable era que hubiera muerto no muy lejos de allí. Puede que no en un accidente, sino por cualquier enfermedad, pero esas muertes no salían en los sucesos de los periódicos, así que optó por empezar sus indagaciones por lo más accesible.

Resultó una búsqueda infructuosa, era como buscar una aguja en un pajar. No encontró ninguna referencia a una muerte de alguien tan joven como Gabriel en los últimos meses, aunque tampoco estaba segura del tiempo que llevaba vagando como alma. Puede que hubiera muerto hacía años.

Encendió el reproductor de música del ordenador, esperando que la música la ayudara a calmarse. A punto estuvo de caerse de la silla cuando el estribillo de *Knockin' on Heaven's Door*, de Guns N' Roses, sonó a través de los altavoces. Cambió de canción de inmediato.

Pasó a revisar cientos de esquelas, lo que no hizo más que deprimirla aún más. Después de dos horas buscando alguna pista que pudiera llevarla hasta Gabriel, no había encontrado absolutamente nada. ¡Ni siquiera conocía su apellido!

Exhausta, se levantó de la silla y se dejó caer en la cama, rebuscando en su mente hasta dar con cada uno de los detalles que conocía de él. Le había visto primero en la biblioteca, luego en la fiesta de Marcus y por último en el instituto. Todos ellos lugares donde había compañeros suyos. Debía estar atado a alguno de ellos emocionalmente. La pregunta era: ¿a quién?

Marcus era una buena opción, uno de los chicos más populares del instituto. Guapo, con carisma y, al contrario de lo que solía suceder, encantador con todo el mundo sin importar de quién se tratara. No era el típico atleta ególatra. Los asistentes a la fiesta superaban el centenar. La casa era casi un palacete y recordaba que incluso había habido gente en el exterior. Pero al menos era un comienzo. Al día siguiente buscaría a Marcus para que le hiciera una lista de todos los que habían estado allí.

Lena tenía buena memoria, era posible que ella pudiera darle también un pequeño listado por donde empezar. Lo que no tenía tan claro era cómo conseguiría adivinar a quién estaba ligado. No podía ir por ahí preguntando a la gente si se le había muerto alguien, aunque quizás, si lo describía y les decía su nombre, alguien lo reconocería.

No encontraba una solución mejor por ahora, por lo que no le iba a quedar otro remedio que preguntar e inventarse alguna historia convincente que justificara su macabro interés. Al menos hasta que Gabriel apareciera tendría que ajustarse a ese plan. Cuando volviera a verlo intentaría que le contara quién era, pero las almas no siempre recordaban su pasado o, como era su caso, su muerte.

Resonaron un par de golpes en la puerta y su madre entró sin esperar respuesta. Se había duchado y el pelo mojado le caía sobre los hombros, empapando su camiseta. Llevaba una bandeja con un plato de ensalada y un vaso de leche. Casandra la miró y su mente voló años atrás, cuando su padre vivía y Valeria sonreía más a menudo. Comprendió de repente por qué su madre no había vuelto a casarse y ni tan siquiera había salido con nadie. Había vivido de cerca el estado de tristeza profunda en el que se había sumido tras la muerte de su padre, pero ahora entendía mejor que nunca lo que había sido para ella perderlo. Aunque era solo una niña cuando su padre murió, sabía perfectamente lo mucho que se habían amado.

Suspiró y volvió al presente.

—Tienes que comer algo.

Valeria dejó la bandeja sobre el escritorio y se giró para mirarla. Una arruga de preocupación le surcaba la frente.

—Gracias... por todo —murmuró Casandra.

—No tienes nada que agradecerme, hija. Come algo, te sentirás mejor. —Se acercó a la ventana y descorrió las finas cortinas blancas para que la luz tenue del ocaso iluminara la habitación—. Puedes hablar conmigo siempre que quieras, y confía en Lena, te quiere muchísimo y haría cualquier cosa por ti —añadió, volviéndose hacia ella.

—Lo sé, yo también por ella —admitió Casandra.

—Te dejo a solas —le indicó Valeria, dirigiéndose a la puerta—. Cena algo, por favor, y si me necesitas estaré en mi habitación, no importa la hora que sea.

Casandra asintió para hacerle comprender a su madre que la avisaría si la necesitaba. De nuevo a solas, comenzó a valorar la idea de no dormir. Temía volver a soñar con él, regresar al túnel y que las almas lo arrancaran de nuevo de sus brazos. Sabía que en esa ocasión no lo soportaría, pero dudaba que fuera a resistir toda la noche en vela. Estaba agotada y adormecida, y necesitaba descansar.

Se levantó de la cama para acomodarse frente a su escritorio. Apartó a un lado la comida y encendió el ordenador, dispuesta a escribirle un correo a Lena.

Necesito tu ayuda, hazme una lista de todas las personas que recuerdes que asistieron a la fiesta de Marcus. Mañana te cuento.

Un beso,

Casie.

No era tarde, seguramente su prima vería el correo antes de acostarse y llevaría la lista al instituto al día siguiente.

No tenía nada más que hacer. Decidió darse una ducha y ponerse el pijama. Mientras se duchaba le pareció oír un ruido en su habitación. Había dejado la puerta entreabierta, así que apartó la cortina y se asomó para ver si su madre había vuelto para controlarla. No vio nada raro, la puerta de su dormitorio continuaba cerrada; lo más probable era que solo fuera el aullar del viento en el exterior, o tal vez un trueno.

Cogió del estante un nuevo gel de limón que su madre le había comprado unos días antes y se enjabonó todo el cuerpo. Sus movimientos eran mecánicos, guiados únicamente por la inercia, que era lo que en ese momento la mantenía entera. Ni siquiera se permitió disfrutar de un largo baño como en otras ocasiones. En cuanto eliminó todos los restos de jabón, salió de la ducha y se envolvió en una toalla.

Buscó por la habitación, tratando de encontrar su bolso, en el que todavía permanecía su teléfono móvil. Hasta darse cuenta de que, en su carrera por llegar lo antes posible a su dormitorio, lo había lanzado sobre el sofá. Farfulló una maldición y se dirigió a la planta baja para recuperarlo.

El salón estaba a oscuras, iluminado solo por el resplandor de la luz de las escaleras. No se molestó en encender ninguna lámpara, sino que avanzó esquivando los muebles hasta dar con él. Su madre lo había colgado del perchero donde ella misma solía dejarlo siempre al llegar de clase. Metió la mano dentro y, tras apartar varias libretas y la cartera, encontró el móvil.

Al darse la vuelta para volver a su habitación, sus ojos se desviaron automáticamente hacia Gabriel, que se encontraba junto a la puerta de entrada. El miedo, el dolor, el deseo..., todo lo que sentía explotó en algún lugar de su interior y desbordó sus maltrechas defensas cuando él le sonrió. Su mente se colapsó, y cayó desmayada sobre la alfombra.

Cassandra se incorporó de golpe, quedando sentada en el confortable sofá del salón. La manta de lana que la cubría cayó hasta su cintura. Gabriel la observaba, sentado en una butaca a pocos metros de ella. Reposaba la cabeza sobre una de sus manos, totalmente relajado. Era como si nada de todo lo que estaba sucediendo le importara. Quizás llevaba tanto tiempo siendo un fantasma que estaba acostumbrado a aparecer y desaparecer de los sitios, a vagar de un lado a otro. Pero si así era, ¿por qué había negado estar muerto? No comprendía nada. No sabía qué buscaba en ella. Aunque solo había una cosa que ella podía darle: acceso al otro lado.

—¿Me he desmayado? —preguntó ella, mareada.

—Baja la voz, tu madre duerme —la reprendió él en un susurro.

—Como si no lo supiera —ironizó Cassandra.

—Veo que hay cosas que no cambian. Eres igual de irritante con los muertos que con los vivos.

Cassandra no pudo reprimir una mueca de disgusto al oírlo decir aquello. A pesar de que estuviera bromeando al respecto, se daba cuenta de que sus ojos conservaban la tristeza de saberse más allá de su mundo.

—Ya, bueno... No es culpa mía.

—Ahora me dirás que te dibujaron así —rio Gabriel.

—¿Qué dices? —alegó ella, confusa.

—No me digas que no has visto *¿Quién engañó a Roger Rabbit?* —le preguntó,

asombrado.

—No, ¿qué pasa? ¿Es un clásico o algo así? —se defendió Casandra, cruzándose de brazos.

—Debería —señaló Gabriel, poniéndose en pie.

La escasa luz de las farolas de la calle se colaba por las ventanas del salón, iluminando el sitio en el que él se había colocado.

Casandra no pudo evitar darle un repaso con la mirada. Sus ojos descendieron por su pecho hasta la cinturilla de sus vaqueros. Las manos comenzaron a picarle, ansiosa por tocarlo. Interrumpió el último pensamiento demasiado tarde, cuando él ya se había percatado de cómo lo estaba mirando.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó con sorna.

—Pero ¿qué dices? Solo buscaba pistas de tu estado.

—¿Mi est...? Ah, ya. Entiendo. —La comisura de sus labios se curvó apenas hacia arriba—. ¿Y qué es lo que buscas exactamente? ¿La cadena y la sábana sobre la cabeza? —bromeó de nuevo.

—Eres inaguantable, ¿lo sabías? —lo acusó Casandra.

Era imposible tener una conversación con él sin que terminaran tirándose los trastos a la cabeza.

—No dejas de repetírmelo, pero no por ello es verdad.

—Eso es lo que tú te crees. Tienes una visión demasiado generosa de ti mismo.

Casandra apartó la manta para darse cuenta de que solo llevaba encima la toalla que se había puesto alrededor del cuerpo al salir de la ducha. Gabriel la miró inclinando de forma leve la cabeza hacia un lado, y su sonrisa se amplió hasta llegarle a los ojos.

—Te has quedado inconsciente alrededor de dos horas, es posible que haya echado un vistazo bajo la toalla —la picó, a sabiendas de que ella respondería indignada.

—¡Serás perverso!

Gabriel alzó las manos, dando a entender que era solo una broma.

Cassandra se dejó caer en el sofá de nuevo, preguntándose de dónde podía sacar él los ánimos para incordiarla continuamente.

—¿Por qué estás aquí? —lo interrogó Cassandra.

—Quería ver tu casa —respondió él, evitando con habilidad el significado real de la pregunta.

Cassandra lo observó curiosear por la sala. Paseaba de un lado a otro, deteniéndose de vez en cuando para mirar alguna cosa que llamaba su atención. Aprovechó que no la miraba para analizarlo a fondo en busca de la clase de detalles que normalmente le indicaban que estaba ante un fantasma.

Por regla general, la figura de un fantasma emitía una especie de latido, no llegaba a ser un parpadeo, era algo mucho más sutil. Además, sus expresiones denotaban la desesperación propia de los que andan entre dos mundos. En muchos de ellos la locura se asomaba a sus ojos y no había margen para el error.

Sin embargo, nada de eso se aplicaba a él. La imagen de su cuerpo era real, increíblemente real teniendo en cuenta que estaba en su casa y ella solo llevaba puesta una toalla, que en aquellas circunstancias se le antojó muy muy pequeña. Le pareció que la temperatura aumentaba repentinamente.

—Ya sabes a qué me refiero, ¿qué haces aquí, en este mundo? —preguntó finalmente.

Gabriel se paró delante de una de las estanterías, de espaldas a ella. Disimuló observando los títulos de varios libros, pero Cassandra percibió su incomodidad ante la pregunta.

—¿Qué crees tú que hago? —le preguntó a su vez, sin girarse.

—¿Un asunto pendiente? —aventuró—. ¿No es eso siempre?

—Podría llamarlo así.

Gabriel se volvió con una sonrisa apenas esbozada en el rostro. La tensión había desaparecido de su cuerpo. Se acercó al sofá y alargó una mano hacia ella, que sorprendida por el gesto se inclinó hacia el lado contrario. Dejó su mano suspendida en el aire, su

mirada oscura clavada en ella. La escasa luz parecía desvanecerse al llegar al negro casi sólido de sus ojos.

—¿Ahora te doy miedo? —rio Gabriel, divertido por su debilidad.

—¿Por qué iba a tenerte miedo?

—Porque estoy muerto, por ejemplo. O a lo mejor no es miedo, puede que estés cohibida, puede que te parezca increíblemente atractivo... ¿Tienes novio?

Cassandra volvió a sentarse erguida, su hombro derecho quedó rozando la mano de él, que mantenía aún el brazo en alto. Un pequeño cosquilleo se extendió por la zona.

—Ese ego tuyo que tienes... —lo reprendió con sarcasmo.

—No has contestado a mi pregunta.

—¿Y a ti qué te importa?

—Llámalo curiosidad.

—O estupidez.

—Podrías contestar —insistió Gabriel.

—O no.

Cassandra notaba el calor que se extendía por su hombro, sentía el punto mínimo de contacto entre las pieles de ambos, pero se negaba a abandonarse al placer de esa caricia. No soportaba su tono pretencioso y le era imposible dejar de arremeter una y otra vez contra él.

—Intuyo que la respuesta es no.

—¿Qué pasa? ¿Quieres pedirme una cita? —se burló Cassandra.

—¿Saldrías con un muerto?

—¿Y tú con una bruja?

—Podríamos estar así toda la noche. —Retiró la mano y se alejó de ella para ir a sentarse de nuevo.

El cosquilleo de su piel cesó, provocando una sensación de vacío que la molestó aún más.

—Estás muerto, no creo que tengas nada mejor que hacer.

Se maldijo por el estúpido comentario en cuanto lo pronunció. No era una persona cruel, y la agonía de su situación continuaba retorciéndose en algún lugar dentro de ella, pero Gabriel sacaba su lado más insidioso.

Sin contestarle, se levantó de la butaca de forma precipitada y se acercó a ella en dos largas zancadas. La ira brillaba en su mirada. La cogió de los brazos y tiró de ella para ponerla de pie. Antes de que pudiera siquiera darse cuenta de sus intenciones, la apretó contra él y la besó con una furia violenta, empujando con su lengua hasta conseguir que entreabriera los labios sin dejarla apenas respirar y acercándola todo lo posible a su cuerpo, como si quisiera eliminar cualquier pequeño espacio que hubiera entre ellos. Ella no se paró a pensar en lo que hacía ni en las posibles consecuencias. Se abandonó al beso y le respondió tal y como su cuerpo le ordenó que lo hiciera, con pasión.

Enredó las manos en su pelo, para deslizarlas luego cuello abajo y dejarlas finalmente apoyadas sobre su pecho. Le ardía el cuerpo, cada centímetro de piel que los dedos de Gabriel rozaban le quemaba. Retiró ligeramente la cabeza hacia atrás, tratando de llevar aire a sus pulmones, pero Gabriel la asió con más fuerza y volvió a acercarla a él, dándole apenas tiempo suficiente para ello. No opuso resistencia alguna. Quería seguir besándolo. Lo deseaba como jamás había deseado a ningún chico.

Gabriel comenzó a dibujar la línea de su mandíbula con sus labios, dejando a su paso un reguero de besos que le calentaba aún más la piel. Continuó deslizando la boca hasta su cuello, consiguiendo que la piel de la nuca se le erizara. Gruñó al percibir que Casandra le clavaba las uñas en la espalda. De repente, las caricias se detuvieron abruptamente.

—Dime ahora que estoy muerto —susurró contra su oído antes de soltarla sobre el sofá y desaparecer.

Llevaba al menos una hora intentando dormirse. Después de que Gabriel se marchara, había subido a su habitación y se había metido rápidamente en la cama. Pero estaba demasiado nerviosa para conciliar el sueño. No era la primera vez que besaba a un chico, pero aquello había sido algo más que un simple beso.

Todavía notaba un suave cosquilleo en el cuello y le había costado cerca de diez

minutos serenarse lo suficiente como para poder maldecirlo de forma medianamente coherente. Estaba claro que una vez más se había salido con la suya, pero Casandra no tenía nada que objetar al respecto. Al menos ahora sabía que Gabriel se sentía atraído por ella.

Se tocó los labios por enésima vez. No se trataba solo del ímpetu o la pasión con que la había abordado, sino de todo lo que le había hecho sentir; el hormigueo que conservaba en sus manos, la calidez que seguía manteniendo su cuerpo, y, sobre todo, la extraña sensación de plenitud que había experimentado. Sin embargo, nada de aquello tenía sentido. No podía estar enamorándose de él. No había final feliz posible para ambos.

«No vas a olvidarte de él, ¿verdad?», se preguntó a sí misma.

Conocía perfectamente la respuesta. Se había obsesionado en solo unos pocos días con un chico al que no conocía de nada, un chico muerto, contradiciendo todo el buen juicio del que había hecho gala hasta ahora.

CAPÍTULO 9

—¿Mejor? —le preguntó Valeria a la mañana siguiente mientras desayunaban.

Cassandra dudó unos instantes. No creyó necesario comentarle la inesperada visita nocturna que había tenido; aunque le ocultaba pocas cosas a su madre, esta iba a ser una de ellas.

—Sí, algo mejor —contestó, rememorando el beso.

Se removió inquieta en la silla y su madre la miró extrañada.

—¿Algo más que deba saber?

—No —contestó más rápido de lo que debía—. Estoy bien, de verdad —añadió, tratando de arreglarlo—. Todo esto... Todavía lo estoy digiriendo.

—No vas a hacer ninguna estupidez, ¿verdad?

—Ni siquiera sé lo que voy a hacer, mamá.

—A eso me refiero, Casie. No quiero que hagas nada peligroso. Sé cuánto te duele, pero Gabriel ya no pertenece a este mundo.

Cassandra era consciente de que su madre estaba escogiendo con delicadeza las palabras, intentando minimizar el daño, aunque dada la situación fuera prácticamente imposible.

—Yo estaré aquí, cuenta conmigo, te apoyaré en todo lo que necesites. Pero no corras riesgos, por favor —le suplicó.

—¿Y qué quieres que haga? —le recriminó, levantándose bruscamente de la silla—. ¿Sentarme a esperar a que pase al otro lado? ¿Atarle a este mundo para que no me abandone nunca? Haga lo que haga, estamos condenados. Ambos. Para siempre.

Tras aquel súbito estallido de ira, se dejó caer en la silla y comenzó a sollozar. Creía haber tomado una decisión la noche pasada, ayudar a Gabriel a cruzar el túnel. Pero eso había sido antes de que él apareciera, la besara y todo lo que ya sentía en su presencia se

multiplicara por mil. Antes de que aquel núcleo de vacío se instalara en su interior y no dejara de crecer minuto a minuto en su ausencia.

Valeria se levantó de la mesa y acudió a su lado.

—Tranquila, tranquila. —Trató de consolarla.

—Es solo que... No puedo dejar de pensar una cosa y al minuto siguiente pensar lo contrario. Y da igual lo que haga, porque es verdad que estamos condenados.

—Casandra, yo...

—Lo sé, mamá, no hay nada que puedas decirme. No creas que no lo sé.

El timbre de la puerta sonó tres veces seguidas. Casandra se levantó, consciente de lo que se avecinaba. Los tres timbrazos anunciaban que Lena hoy había decidido venir a buscarla para ir al instituto juntas. Abrió la puerta después de secarse la cara con la manga de la camiseta.

Lena la observó durante un minuto sin decir nada, y Casandra puso los ojos en blanco.

—Deja de analizarme —le ordenó, dándose media vuelta y regresando a la cocina.

—Buenos días, Lena —la saludó Valeria.

—Hola, tía —le respondió Lena, mirándola también detenidamente—. ¿Te vas ya? Creo que tengo una conversación pendiente con tu hija —añadió, señalando a Casandra.

—Si no fuera porque te conozco, pensaría que me estás echando de mi propia cocina —le contestó Valeria sonriendo.

—Bueno, de todas formas, llegamos tarde a clase. —Lena se acercó para darle un beso en la mejilla a su tía—. Te informo de que este viernes me llevo a tu hija a otra fiesta, a ver si puede ser que se le quite esa expresión de vieja amargada.

—¡Lena! —la reprendió Casandra.

—Me parece una idea estupenda. Le vendrá bien salir un rato —indicó Valeria—. Quédate a dormir aquí, salgo de viaje y así Casie no tendrá que quedarse sola.

—Sigo aquí —les recordó Casandra, viendo que nadie le preguntaba si quería ir a la maldita fiesta.

—Vámonos, Casie, harás que llegue tarde al instituto.

Lena la agarró del brazo y la arrastró hacia la calle.

—Tú siempre llegas tarde, Lena.

Casandra tomó sus cosas y se puso el abrigo.

—Ya, pero hoy será culpa tuya.

Una calle antes de llegar al instituto, Lena se desvió en otra dirección.

—Tienes mucho que contarme —le explicó, al ver que se había detenido y no la seguía.

—¿Quieres faltar a clase? Después de lo de ayer...

—Precisamente por eso. Vas a contármelo todo —amenazó Lena, y volvió a tirar de ella.

Casandra dejó que la llevara hasta un parque cercano. El viento había desaparecido, llevándose consigo el frío intenso de los últimos días, y el sol asomaba de vez de cuando entre las nubes, por lo que el lugar estaba bastante concurrido. Lena la guio hasta una zona tranquila y se sentaron en un incómodo banco de madera.

—¿Y bien? —la interrogó su prima—. ¿Qué pasó ayer?

Casandra siguió con la mirada a dos chicos que pasaron corriendo por delante de ellas, tratando de ganar algo de tiempo para ordenar sus ideas. Suspiró antes de comenzar a relatarle la parte que se había perdido la mañana anterior.

—Puedes tocarle. Eso es bueno, ¿no? —concluyó Lena al terminar su explicación.

—Anoche apareció en mi casa.

Lena arqueó las cejas y le lanzó una sonrisa traviesa. Se puso de pie de repente.

—Necesitamos irnos de compras —sentenció Lena.

—Querrás decir que «tú» necesitas ir de compras —le indicó sin salir de su estupor—. Yo estoy muy bien aquí sentada.

—Venga, Casie. Será divertido. No tienes nada mejor que hacer.

—¿Ir a clase?

—He dicho «mejor». ¿Desde cuando te gusta más ir a clase que salir de compras con tu adorada prima?

Lena puso su cara más inocente y simuló un puchero.

—Está bien. Iré contigo —accedió, sin fuerzas para resistirse.

Lena sonrió de oreja a oreja.

Pararon un taxi y su prima le indicó al conductor que las llevara a un centro comercial que habían abierto recientemente en las afueras. Casandra trató de protestar, alegando que estaba demasiado lejos, pero tuvo que resignarse cuando el coche se puso en marcha siguiendo las indicaciones de su prima.

Una vez allí, y mientras su prima la llevaba de una tienda a otra, Casandra continuó contándole todo lo sucedido la noche anterior.

—¿Que hizo qué?

Lena se detuvo en mitad de uno de los pasillos y se giró hacia ella.

—Me besó —repitió Casandra.

—Vaya con el chico fantasma.

—No lo llares así —la reprendió—. No es algo que me guste recordar.

—¿El beso o que es un fantasma?

—Lo segundo —respondió Casandra apesadumbrada—. El beso fue increíble, casi irreal.

Lena la miró y torció el gesto al darse cuenta de que su prima amenazaba de nuevo con venirse abajo.

—Sé exactamente lo que necesitas. —Lena la agarró de la mano y tiró de ella, arrastrándola al interior de una tienda de lencería.

—Lena, ¿qué demonios haces?

—Si se presenta de nuevo en mitad de la noche en tu habitación, no querrás que te pille con las braguitas de Hello Kitty y un sujetador de algodón blanco, ¿no? Necesitas lencería *sexy*.

—Me tomas el pelo —adujo, pensando que su prima estaba bromeando.

—Este es perfecto. —Lena le tendió un conjunto de encaje negro—. Pruébate también estos dos.

—¿No crees que te estás excediendo un poco?

—Dale gracias a Dios de que no te busque un ligero a juego —la amenazó.

—Lena, no creo... —comenzó a negarse Casandra.

—Vete al probador, yo te llevaré alguno más —la cortó. No parecía estar dispuesta a dar su brazo a torcer—. Elige al menos tres, yo pago, así los remordimientos te obligarán a usarlos.

—¿Me estás insinuando que seduzca a un muerto? —preguntó, al darse cuenta de que su prima hablaba totalmente en serio.

—Olvídate de eso de una vez —dijo, volviendo su atención hacia ella—. Está bueno, ¿no? Puede tocarte y tú a él también. Te pone a cien solo con mirarte y nunca, en todos estos años, te había visto tan colgada de un tío. En realidad, creo que nunca te he visto colgada de un tío, ni poco ni mucho. —Alzó un dedo para hacerla callar cuando vio que iba a interrumpirla—. Sí, ya sé, está muerto. Pero cosas más raras se han visto.

—Dime una —exigió Casandra, que a estas alturas empezaba incluso a verle sentido a lo que decía Lena.

—Vale —contestó tras una pausa—. Ahora no se me ocurre ninguna, pero seguro que la hay. ¿Qué más da? Date una alegría, ¡desfasa un poco, por Dios! ¡*Carpe dies!*

—Se dice *Carpe diem* —la corrigió riendo.

—Es igual. Lo que quiero decir es que ya basta de lloriquear a todas horas. Tienes un don, y ese don ha hecho posible que conozcas a Gabriel. No sabes cuánto durará, así que aprovecha el tiempo, Casie.

La retorcida lógica de Lena caló en la mente de Casandra poco a poco. Era un argumento estúpido, pero ella quería darle la razón. Por una vez, su don podía hacerla feliz. Sin él nunca hubiera conocido a Gabriel, y más tarde o más temprano él desaparecería de su vida para siempre. Desde niña había vivido angustiada por su extraña capacidad, y en los últimos días había permitido que esa angustia creciera hasta controlar cada uno de sus movimientos.

No podía seguir viviendo de esa manera. Solo tenía diecisiete años y se comportaba como si su vida estuviera llegando a su fin. Había llegado el momento de vivir, de dejar atrás los temores y actuar como lo que en realidad era: una adolescente. En aquel momento, mientras Lena esperaba cruzada de brazos su reacción, se prometió intentar salir de esa oscuridad en la que ella misma se había metido de forma voluntaria.

—¿Sabes? —le dijo sonriendo—. Tienes razón, al diablo con todo.

Agarró los conjuntos que le tendía su prima y se dirigió a la zona de probadores. Lena apareció al cabo de un momento con gesto triunfal y al menos diez perchas más entre las manos.

—No te pases, Lena —dijo Casandra, devolviéndole un salto de cama transparente que dejaba bastante poco a la imaginación.

Lena se encogió de hombros y, con una pícaro sonrisa, se metió en el probador de al lado.

—¿Qué tal tu cita con Nick? —le preguntó Casandra, mientras se probaba un sujetador de puntilla en color azul noche.

—Hay poco que contar. Fuimos al cine, vimos la película, cenamos algo y volvimos a casa. ¿Seguro que no quieres probártelo? Dudo que el chico fantasma se te resistiera con esto puesto. ¡Dios, no tapa nada!

—Qué quieres que tape si es transparente, de eso se trata. ¿Y qué vas a hacer?

—No me lo compro ni loca, mi madre alucinaría si me ve aparecer con esto —le respondió entre risas.

—Me refiero a Nick —le aclaró Casandra.

—¡Ah! Bueno... La verdad es que no lo sé. Sabes cuánto lo quiero, pero no quiero hacerle daño, y...

—¿Y? —la interrogó.

Se puso su camiseta y salió para asomarse al probador donde estaba Lena.

—Pues... que tú has abierto la veda. —La miró con expresión culpable—. Yo quiero uno como tu chico fantasma, que me revolucione por dentro y me corte la respiración. Alguien del que no sepa qué esperar, alguien que me sorprenda.

Casandra puso los ojos en blanco ante la falta de tacto que su prima mostraba ante el estado de Gabriel, parecía no preocuparle en absoluto todo aquello. Lena era optimista por naturaleza, alegre y despreocupada, una soñadora que creía en el «fueron felices y comieron perdices» con el que terminan todos los cuentos para niños.

—Ten cuidado con lo que deseas, no vaya a hacerse realidad.

—Ya, claro, más quisiera —concluyó con dramatismo.

Se dirigieron a la caja con las prendas que cada una había decidido llevarse. Casandra había optado por quedarse con el primer conjunto que le había enseñado su prima y otros dos más que le trajo luego. Eran algo atrevidos para lo que solía usar, pero cuando se había mirado en el espejo se había sentido segura de sí misma imaginando la cara que pondría Gabriel, si es que llegaba a verlos. Quizás resultara un poco estúpido por su parte, pero se había prometido a sí misma que iba a tratar de ser feliz momento a momento. E iba a intentar cumplir su promesa.

Lena pagó todo, insistiendo en que la idea había sido suya y argumentando que así le debía una. Tras dos horas más de compras, en las que disfrutó de la compañía de su prima como hacía tiempo que no lo hacía, se sentaron exhaustas en una de las cafeterías con las que contaba el centro comercial. Las mesas se agrupaban alrededor de una fuente y apenas si había sitio libre. Al encontrar por fin donde sentarse, Lena se derrumbó en la silla soltando un quejido.

—Estoy muerta —bromeó.

—Tienes la sensibilidad de una piedra —replicó Casandra, pero, muy a su pesar, rio su broma.

—Al menos ya vuelves a sonreír. No sabes cuánto me alegra verte así.

—He decidido que voy a dejar de lloriquear a todas horas.

—Citas mis palabras, chica lista. Veo que por fin haces caso a tu inteligente y, por otro lado, hermosa prima. —Lena asintió complacida, mientras trataba de llamar la atención del muchacho que atendía las mesas.

—Eres incorregible —la censuró Casandra, negando con la cabeza—. Entonces, ¿fiesta el viernes?

—¡Quememos la ciudad! ¡Casie por fin ha resurgido de sus cenizas! —coreó Lena en el momento justo en el que el camarero llegaba a su mesa—. Aquí mi prima —le explicó—, que se ha enamorado.

—¡Lena! —exclamó Casandra, dándole un manotazo que esta esquivó sin problemas.

—Enhorabuena —la felicitó el chico—. ¿Qué vais a tomar?

—Para mí un zumo de papaya y naranja —contestó Casandra, algo avergonzada—. A mi prima puede usted ponerle una tila o, mejor aún, un calmante.

—Una cola está bien, gracias —pidió Lena, con una sonrisa que aturdió más al pobre chico.

—Enseguida —respondió él entre risas, y se dirigió al mostrador.

CAPÍTULO 10

Los siguientes días pasaron con una lentitud exasperante para Casandra. La lista que Lena le había pasado, con los nombres de los asistentes a la fiesta de Marcus, resultó ser un callejón sin salida. Lo único que consiguió fue que todos a los que preguntó la miraran como a un bicho raro. Marcus había prometido confeccionarle una lista también, pero por ahora no se la había dado.

Además, ya era viernes y no había podido hablar con Gabriel. Le había visto el día anterior de forma fugaz, apenas unos segundos. Sentada en su habitación, se afanaba por terminar el trabajo de Literatura que debía entregar al día siguiente. Había levantado la cabeza y echado un vistazo a través de la cortina para observar la calle. Desde el acceso de entrada, él la había saludado asintiendo con la cabeza y ella había salido corriendo escaleras abajo tan deprisa que a punto estuvo de tropezar y caer rodando. Cuando finalmente había abierto la puerta principal, ya no estaba allí; pero no había dudado en maldecir en voz alta, esperando que desde donde estuviera pudiera oírla.

Ahora, sin embargo, estaba preparándose para la fiesta a la que había prometido acudir con Lena ese día. Salir dos viernes seguidos era todo un récord para ella, pero estaba intentando con todas sus fuerzas no romper la promesa que se había hecho y empezar a disfrutar un poco de la vida. No quería dejar que la muerte, con la que lidiaba a diario, siguiera controlándola.

Se ajustó el vestido negro que había decidido ponerse para la fiesta. Un vestido corto que ni siquiera había estrenado. Bajo este llevaba uno de los conjuntos que había comprado con su prima. Se recogió el pelo en una coleta alta, dejando su cara totalmente despejada.

Sacó el iPod de su bolso y lo conectó al sistema de altavoces que le había regalado su madre por uno de sus cumpleaños.

Mientras terminaba de maquillarse, *Feeling good*, de Muse, una de sus canciones favoritas, comenzó a sonar. Subió el volumen y se permitió cantarla a pleno pulmón.

Birds flying high you know how I feel

sun in the sky you know how I feel

reeds drifting on by you know how I feel

it's a new dawn, it's a new day, it's a new life for me

and I'm feeling good.

—¿Sales con Lena? —Casandra dio un pequeño bote y se volvió rápidamente para encontrarse a su madre observándola desde la puerta.

—Mamá, me has asustado.

Casandra se acercó al iPod para bajar el volumen.

—Estás guapísima —señaló Valeria, observando a su hija con detenimiento.

—Según Lena, vamos a quemar la ciudad esta noche. He decidido que bien vale la pena hacerlo de punta en blanco —bromeó Casandra.

—Bueno, portaos bien y no llegues tarde, y procura que no me llamen los bomberos —le advirtió, sin dejar de sonreír.

Era lo bueno de ser siempre responsable, Valeria no solía poner ningún tipo de pegase a que saliera de noche. Confiaba en ella, aunque no tanto en su prima. Pero por norma era ella la que contenía a Lena, así que su madre no se preocupaba mucho al respecto.

—Me marcho ya. Tienes el teléfono del hotel en el que me alojaré apuntado en la pizarra de la cocina. —Miró el reloj y se acercó para darle un beso—. ¿Lena se quedará a dormir contigo?

—Sí, tiene que estar al llegar. Ha quedado en pasar por aquí antes para dejar sus cosas.

—Si necesitas cualquier cosa, llámame. Tienes las llaves del coche en la entrada. Sé prudente.

—Venga, márchate ya, que vas a perder el tren —la instó.

—Llámame si me necesitas —repitió Valeria—. No me gusta tener que irme ahora.

Casandra sabía que su madre continuaba dándole vueltas a la conversación que habían

tenido sobre Gabriel; estaba segura de que, de haber podido aplazar aquel viaje, lo habría hecho.

—Estaré bien —la tranquilizó.

Valeria le dio otro beso a su hija y se marchó de forma apresurada. Casandra subió de nuevo la música y terminó de arreglarse mientras esperaba a su prima.

—¿Tu madre te ha dejado el coche? —preguntó Lena, asombrada—. Pues sí que está desesperada por que te diviertas.

—Soy una conductora responsable —se pavoneó ella—. Tus padres no te lo dejan porque la primera y última vez que lo cogiste le abollaste todo un lateral.

—Te juro que aquella columna se movió mientras aparcaba —señaló su prima con solemnidad. Levantó la mano derecha totalmente seria.

—¡Venga ya! En aquel aparcamiento hubiera cabido un camión.

Su prima la miró con una mueca de falsa indignación. Dejó su bolsa al pie de las escaleras y se dirigió a la puerta.

—Tampoco era tan grande. Bueno, a lo que vamos... ¿Vas equipada? —le preguntó, cortándole el paso antes de salir.

—¿Eh?

—¿Que qué llevas bajo la ropa? —Lena tiró del escote de su vestido para comprobar qué sujetador llevaba puesto—. Y parecía tonta.

Sin darle tiempo a reaccionar, su prima echó a correr entre risas hacia el coche, lejos del alcance de Casandra. Ella resopló mientras recogía sus cosas y cerraba la puerta.

—¡Algún día me vengaré! —la amenazó, mientras cerraba con llave la casa.

Su prima continuó riéndose mientras se metía en el coche. Casandra se acomodó tras el volante y se unió a sus risas.

—Me gusta esta nueva «tú» —dijo Lena, manipulando la arcaica radio del coche de su tía.

—A mí también. Además, no sé la razón, pero estos últimos días he visto bastantes menos fantasmas que de costumbre. Incluso esa chica que ronda hace ya tiempo dos calles más arriba ha desaparecido.

Casandra se incorporó al tráfico y, siguiendo las instrucciones de su prima, puso rumbo al lugar de la fiesta. Mientras conducía, su mente voló de nuevo al lado de Gabriel. Estaba preocupada por su aparente desinterés en verla. En realidad, estaba más molesta que preocupada. Si había podido aparecer durante un instante en la puerta de su casa, no veía razón alguna para que no le hiciera una visita algo más prolongada si así lo deseaba.

«Está muerto, por el amor de Dios, no creo que lleve una vida social muy agitada», pensó, mientras esperaba a que el semáforo cambiara a verde.

Pero la cuestión era que seguía sin aparecer, y que las ansias por tenerlo cerca crecían en su interior sin dejar espacio para nada más.

Lena, que por norma general ya era como una fuerza desatada de la naturaleza, estaba eufórica anticipando la diversión de esa noche. Hablaba sin apenas pararse a respirar del chico que daba la fiesta, mientras que Casandra asentía de forma distraída, tratando de no perderse nada de lo que le contaba. Había conseguido captar que era nuevo y que estaba en último curso.

La noche cayó sobre ellas conforme atravesaban varios barrios hasta llegar a una imponente mansión de aspecto victoriano. Casandra observó la fila de coches que se agolpaban en la entrada principal. Reconoció algunos que pertenecían a sus compañeros de clase, aunque había otros que no pudo identificar.

Apagó el motor y se giró hacia Lena.

—¿Quién has dicho que da la fiesta?

—Francesco. —Su acento italiano resultó ser aún peor que el francés.

—¿Italiano?

—Y guapísimo. ¿Cómo es que no te has fijado? Lleva dos semanas asistiendo a nuestro instituto.

Lena bajó del coche y saludó a varias chicas que pasaron a su lado de camino a la entrada. Casandra la siguió. No pudo evitar elevar la vista para observar la fachada

profusamente decorada. Contó al menos cinco torres octogonales, alzándose contra el cielo, e incontables ventanales, todos ellos iluminados. La música llegaba desde el interior arrastrando también una multitud de voces.

Lena se había parado a su lado y contemplaba perpleja las dimensiones de la casa.

—Vaya con el italiano —exclamó su prima sorprendida.

Cassandra asintió sin dejar de observar todo a su alrededor. El césped estaba cortado de forma meticulosa y grandes árboles se distribuían por toda su extensión. Un paseo de antorchas, clavadas en la gravilla del camino, conducía al porche principal, por donde no dejaba de avanzar gente. La fiesta de Marcus, en comparación con esta, había sido solo una reunión de amigos.

—¿Entramos? —propuso Cassandra—. Me estoy quedando helada.

Comenzó a andar hasta incorporarse al desfile de adolescentes que se dirigían a la casa. Lena caminaba a su lado.

Accedieron a un ostentoso salón que hacía palidecer la decoración exterior de la casa. *Lonely day*, de System of a Dawn, resonaba en la estancia, pero por más que buscó fue incapaz de encontrar de dónde procedía la música; casi parecía brotar a través de las paredes.

Dejaron los abrigos en un ropero de considerable tamaño. Cassandra calculó que era más grande que su propio salón.

—¿Tendrá novia? —le susurró Lena, acercándose para hacerse oír.

—Pondría la mano en el fuego por que Anna ya le está mostrando todos sus encantos.

Avanzaron hasta toparse con la improvisada pista de baile, que de improvisada tenía más bien poco. Todo el instituto parecía estar allí.

—¡Mira! ¡Ahí está! —Cassandra se sobresaltó por un instante, hasta que se dio cuenta de que Lena acababa de ver al anfitrión y no a Gabriel. Torció el gesto algo disgustada por su evidente ansiedad—. Y cómo no, ahí está Anna.

Cassandra no se había equivocado. Siguió con la mirada la dirección que su prima le indicaba y se encontró con dos ojos, de un azul casi transparente, que la miraban fijamente. Francesco le dedicó una sonrisa mientras Anna, a su lado, le hablaba al oído, apretándose

con descarada lujuria contra su cuerpo.

Comprendía el interés de esta por él. Tal y como su prima había asegurado, era muy guapo. Debía rondar el metro ochenta. El pelo negro le caía sobre la frente, resaltando la claridad de aquellos ojos que parecían dos trozos de hielo. Su boca de labios gruesos seguía sonriendo a Casandra a pesar de que Anna trataba de reclamar su atención.

Desvió la vista, cohibida por su insistente mirada, y se concentró en observar al resto de los asistentes. Creyó ver a Nick cerca de la alargada barra que se extendía en uno de los laterales de la sala, aunque lo perdió de vista antes de estar segura de que era él de verdad.

Se sobresaltó cuando una mano la agarró del brazo y tiró de ella con insistencia.

—Estás un poco nerviosa, ¿no? —indicó Lena, que trataba de avanzar entre la gente a la vez que tiraba de Casandra para no perderla de vista.

—No, perdona, estaba...

—Ya, mirando a Francesco. Me he dado cuenta, y también he visto cómo te ha sonreído.

Caminaron abriéndose paso entre los cuerpos que bailaban al ritmo de la música.

—Solo lo miraba, Lena —aseguró—, no lo había visto por el instituto. Parece más un profesor que un alumno.

—Debe de haber repetido algún año, claro que si yo tuviera esta casa y ese cuerpo tampoco estudiaría demasiado —añadió su prima con gesto pícaro.

Se acercaron a la barra, donde un camarero vestido de etiqueta servía sin pausa una copa tras otra. Lena pidió dos refrescos, y en menos de un minuto tenían delante sus vasos con hielo y un trozo de limón.

—Creo que podría acostumbrarme a este tipo de fiestas. —Lena dio un sorbo del vaso y le pasó el suyo.

—¡Yo también! —gritó Nick, que había aparecido de repente a su lado. Estaba exultante, teniendo en cuenta que normalmente era algo tímido y retraído—. ¿Bailas, princesa?

Tendió una mano a Lena, que alzó una ceja y le dirigió una mirada de duda a Casandra.

Los dejó marchar con un gesto. Advirtió que Nick pasaba un brazo por la espalda de su prima, con una extraña seguridad impropia de él, y la empujaba hasta perderse entre la gente.

«Bien por él», pensó.

Se apoyó en la barra mientras tomaba pequeños sorbos de su bebida.

—No nos han presentado. —Casandra se giró hacia su izquierda, para encontrarse de nuevo con aquella mirada glacial—. Francesco, Francesco Rosso.

Tomó su mano y rozó sus labios contra el dorso de esta. Casandra se sintió sumamente incómoda. A pesar de su elegancia había algo sórdido y oscuro en el gesto.

Reprimió las ganas de limpiarse la mano en el vestido.

—Tú debes ser Casandra —añadió ante su silencio.

Que supiera su nombre hizo que se le pusieran los pelos de punta.

—¿Cómo sabes mi nombre? —lo interrogó, de forma algo brusca.

—Tenemos amigos comunes.

Immune a la reticencia que ella mostraba ante sus atenciones, Francesco la tomó de la mano con naturalidad y la condujo entre la gente. Anna, que ahora se encontraba rodeada de todas sus amigas, le lanzó una mirada desdeñosa.

—Si las miradas matasen —susurró Casandra para sí misma.

Francesco la llevó hasta la doble escalera que presidía la entrada. Casandra buscó a Lena con la mirada, segura de que su prima acudiría a su lado a un gesto suyo. Pero era imposible encontrarla entre tanta gente. No estaba segura de a dónde la llevaba Francesco ni por qué se tomaba la libertad de actuar con ella como si se conocieran desde siempre.

—Debería buscar a mi prima. —La voz de Casandra sonó con menor convicción de la que trató de darle.

—¿No quieres ver la casa? Permite que te la muestre —dijo, invitándola a subir las escaleras.

Sus anticuados modales lo hacían parecer mayor, pero bajo aquella capa de amabilidad Casandra percibía algo más, aunque no podía especificar de qué se trataba.

—Me estará buscando —arguyó, tratando de resistirse.

Francesco desestimó sus excusas con un gesto y la invitó a ascender hacia la segunda planta. Lo siguió sin ganas, consciente de que la casa estaba llena de gente y de que sus miedos solo eran fruto de su habitual carácter desconfiado. Una vez arriba, le mostró sala tras sala, haciendo comentarios sobre la ostentosa decoración y las maravillosas pinturas que ocupaban las paredes. No pudo evitar pensar que su madre disfrutaría muchísimo más que ella de aquella visita guiada.

Accedieron por una pesada puerta, tallada de forma sublime, a lo que Francesco llamó su rincón de lectura: una amplia habitación llena hasta el techo de libros que no era otra cosa que una inmensa biblioteca. Gruesos cortinajes de color rojo sangre tapaban por completo las ventanas. La sala estaba iluminada en distintos puntos por lámparas de pie y apliques, y varias butacas y sofás se distribuían en dos zonas separadas.

—Esto es el sueño de cualquier lector —reconoció Casandra.

Su amor por los libros convertía la sala en un paraíso para ella.

—Una parte de mi humilde colección —aseguró Francesco, tomando asiento e invitándola a acompañarlo.

—Creo que de humilde tiene poco.

Francesco rio de forma exagerada, echando incluso la cabeza hacia atrás. Ella ignoró su sugerencia y permaneció de pie. Por mucho que la estancia le resultara agradable, seguía sintiéndose incómoda en su presencia.

—Puedes coger prestado cualquier ejemplar que llame tu atención —la invitó Francesco, indicándole con un gesto las estanterías.

—Lo tendré en cuenta.

Casandra trató de sonar amable, pero la voz se le atascaba una y otra vez en la garganta y no podía dejar de lanzar miradas furtivas a la puerta cerrada.

—Quizás desees regresar abajo —dijo él, poniéndose de pie.

El alivio la inundó al escuchar sus palabras. Se reprendió por sus irracionales miedos y por no haberse mostrado más simpática con él. Al girarse y avanzar hacia la puerta, sus tacones repiquetearon en el suelo de mármol. Asió el tirador y luchó con él unos segundos hasta darse cuenta de que la puerta estaba firmemente cerrada. Empujó una vez más, tratando de no dejarse llevar por el pánico que se había instalado en su estómago.

—O puede que desees quedarte un poco más aquí conmigo —añadió Francesco.

Casandra se rindió y dejó caer la mano al costado.

—Mi prima me estará buscando.

Permaneció de espaldas a él buscando una salida. La música estaba muy alta y, aun así, ni el más mínimo murmullo traspasaba la puerta. Gritar no le serviría de nada, nadie iba a oírla.

—No te acerques a ella. —La voz de Gabriel, de una frialdad cortante, se extendió por todo su cuerpo aplacando su ansiedad.

Se volvió para descubrirlo de pie entre Francesco y ella, en actitud amenazadora. Quiso reír ante lo absurda que resultaba la situación. Su amenaza nunca llegaría a oídos del anfitrión.

—Gabriel —gimió Casandra en voz alta, sin ser apenas consciente de ello.

—¿Gabriel? —Francesco se carcajeó, cayendo incluso sobre la butaca que había tras él—. Ah, viejo amigo, no podías haber escogido otro nombre —añadió, cuando la risa le permitió hablar de nuevo.

—Y me lo dices tú, que te haces llamar Francesco —le contestó Gabriel con resentimiento.

Casandra asistía atónita a la conversación que habían iniciado. ¿Sería posible que Francesco disfrutase de su misma habilidad? ¿O se encontraba ante otra alma errante que por error había identificado como una persona de carne y hueso? No, Francesco estaba vivo. Ella misma había visto cómo Anna se apretaba contra su cuerpo.

Sacudió la cabeza tratando de despejar su mente y entender qué estaba pasando.

—Abre la puerta y deja que se marche. —Gabriel la miró durante un segundo, y en sus

ojos había una mezcla de emociones que perturbó a Casandra.

—Charlemos antes. No voy a hacerle daño, mi querido amigo.

Francesco se acomodó en la butaca con una sonrisa maliciosa dibujada en el rostro.

—Tampoco yo te lo permitiría. —Gabriel avanzó y tomó asiento, indicándole a Casandra que hiciera lo mismo.

Esta se obligó a soltar el tirador de la puerta, que sin querer había vuelto a agarrar.

—Me quedaré de pie, gracias. —Se cruzó de brazos y los miró a ambos. No podía comprender qué estaba pasando, pero no iba a sentarse a tomar el té con ellos, dijeran lo que dijeran.

—Casandra, por favor —rogó Gabriel.

—Tiene carácter. Me gusta —terció Francesco.

—¿Sabéis? Creo que podéis continuar esta pequeña reunión sin mí —señaló Casandra—. A no ser que alguien decida contarme quién eres y por qué puedes ver a Gabriel.

Francesco rio de nuevo, complacido ante su actitud desafiante.

—Deliciosa —señaló, antes de pasarse la lengua por los labios en un gesto que ella encontró repulsivo.

—Puedes verlo, ¿no es así?

—Más de lo que me gustaría.

La curiosidad pudo con Casandra, que avanzó hasta el sofá más cercano a la puerta y tomó asiento. Nunca había encontrado a alguien que pudiera ver y hablar con fantasmas.

—¿Tienes un don? —inquirió Casandra. Francesco rio una vez más ante su pregunta—. Puedes dejar de hacer eso, es bastante molesto.

—Discúlpame, pero eres francamente divertida.

—No hago más que repetírselo —apuntilló Gabriel, sin rastro de la agresividad que

minutos antes había dedicado al italiano, aunque tampoco enteramente relajado.

—Vale, todo es muy gracioso —ironizó ella—. ¿Vais a explicarme de qué va todo esto?

El silencio que siguió a la pregunta de Casandra fue interrumpido por un golpe en la puerta. Casandra se puso de pie automáticamente, mientras que los demás permanecieron sentados. Para su asombro, la puerta que había sido imposible mover minutos antes se abrió para dejar paso a Anna. Su expresión de fastidio dejaba claro que no le gustaba la idea de encontrarlos encerrados juntos.

—Te dije que estaban aquí —susurró a alguien que se encontraba a su espalda.

Tras ella asomó Lena, que observó la habitación y dio un pequeño respingo al dirigir la vista hacia donde se encontraba Gabriel. Casandra acudió al lado de su prima, mientras que Anna se tiraba sin ningún tipo de pudor en los brazos de Francesco.

—Te estaba buscando —ronroneó melosa su compañera de instituto.

—Os dejo a solas —remarcó Casandra, mirando a Gabriel y luego a Francesco.

Sin esperar respuesta, empujó a su prima hacia el pasillo.

—¿Qué estaba pasando ahí dentro? —le preguntó Lena, una vez que Casandra cerró la puerta—. ¿Era Gabriel lo que he visto en uno de los sillones?

—Sí, era él —le confirmó.

—¿Te estabas enrollando con el nuevo en las narices del chico fantasma?

—¡No! ¡Por Dios! Él también puede verle.

Su prima abrió los ojos como platos, asombrada ante la confesión. Tiró de ella un poco más, a pesar de que era poco probable que pudieran escucharlas.

—Casandra —la llamó Gabriel a sus espaldas.

—¡Quieres dejar de aparecer de esa forma! —gritó ella, con el corazón desbocado. Gabriel había aparecido unos pasos más atrás.

—¡Hola, chico fantasma! —lo saludó Lena.

Casandra la fulminó con la mirada, no solo por usar el ridículo apodo con el que lo había bautizado, sino por su aparente tranquilidad. Ella estaba de los nervios.

—No estoy muerto —aseguró Gabriel, poniendo los ojos en blanco.

—Empiezo a creer que dices la verdad.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Lena.

—Insiste en que no está muerto.

Casandra comenzaba a plantearse la posibilidad de que Gabriel fuera algo más que un alma perdida. Todo a su alrededor era demasiado extraño. Él insistía en que no estaba muerto, aunque Casandra lo había achacado al desconocimiento. Y ahora aparecía Francesco, que también era capaz de verlo y que, por su forma de hablar, parecía conocerlo desde hacía mucho tiempo.

—Si vais a empezar otra vez a discutir, me piro. —Lena se soltó de su agarre y comenzó a avanzar por el pasillo.

—Dile que te espere, tú también te vas a casa —le ordenó Gabriel.

Casandra se moría de ganas de marcharse de la fiesta, pero permaneció quieta, observándolo.

—¿Quién eres?

Algo no cuadraba en toda su historia y no iba a marcharse sin descubrirlo.

Lena pasaba en ese justo instante al lado de él, decidida a marcharse y dejarlos solos. Gabriel estiró el brazo y la sujetó con fuerza.

—¡Joder! —El grito de su prima retumbó a lo largo de todo el pasillo.

Lena miró a Gabriel a los ojos y luego desvió la vista hacia Casandra. Su cara de estupefacción le bastó para adivinar que ahora ella también podía verlo.

—Llévala a casa. Ahora. ¡Ya! —le ordenó él, antes de desaparecer de la vista de

ambas.

Lena volvió sobre sus pasos y se plantó frente a ella con la confusión todavía bailando en su rostro.

—No está muerto. —Fue todo lo que atinó a decirle.

—No me digas —respondió Casandra entre dientes—. Es bastante obvio que no.

CAPÍTULO 11

Decididas a abandonar la fiesta, comenzaron a andar por el pasillo hasta encontrarse de nuevo en lo alto de las escaleras. A Casandra no le quedaban ganas de continuar en aquella casa, y su prima se mostró de acuerdo en que lo mejor sería marcharse. Sin embargo, mientras descendían a la planta baja, su paso se volvió menos enérgico. Y para cuando llegaron al recibidor apenas si recordaban por qué tenían tanta prisa.

Una densa niebla envolvía los pensamientos de Casandra, impidiéndole concentrarse, pero ese pequeño malestar se fue reduciendo hasta que quedó aislado en un rincón profundo de su cerebro y dejó de importarle.

—Podríamos quedarnos un rato más —propuso Lena, sonriendo.

—Sí —aceptó Casandra—. Quiero tomarme otra copa.

—¿Qué tal un *whisky*?

—No bebo alcohol —le susurró con poca convicción—. Pero me tomaré uno.

Se internaron en la agitada muchedumbre que ahora danzaba frenética en la pista de baile. Casandra se sentía ligeramente atontada mientras seguía a su prima hasta la barra. Sabía que algo iba mal; una idea pugnaba por salir a flote en su mente sin conseguirlo. Cada vez que intentaba enfocar esa idea, esta se escurría con rapidez.

Su prima se deslizaba entre los cuerpos de sus compañeros llevándola de la mano. Pasaron al lado de Nick, al que Casandra observó con curiosidad cuando lo vio besar a una chica y luego a otra. Su prima asintió, dedicándole una sonrisa, mientras continuaba moviéndose al ritmo de la música. Por un momento pensó que Lena se sentiría mal por la actitud de Nick, pero acto seguido no encontró motivos para que fuera así.

Casandra quería bailar, su cuerpo ansiaba moverse y liberarse de todas sus inhibiciones. Decidió que antes se tomaría un par de copas, luego su prima y ella podrían perderse entre la marea de cuerpos. Quemarían la noche y arderían bajo su fuego tal y como Lena había dicho. Le entró la risa floja y su prima se contagió de su entusiasmo.

Una pequeña idea pasó veloz por su mente, un deseo mayor que el que ahora sentía, alguien a quien necesitaba. Antes de que el rostro de esa persona tomase forma, el pensamiento se esfumó.

—Tengo la extraña sensación de que me olvido de algo —le comentó a su prima, soltando una carcajada.

—Sea lo que sea, no es importante. —Lena se apoyó en la barra y buscó al camarero con la mirada.

Un brazo se deslizó por la cintura de Casandra, que volvió a reír mientras se giraba, quedando frente a frente con Francesco. Este sonreía complacido mientras la apretaba contra su cuerpo.

—No hemos podido terminar nuestra conversación, querida Casandra. —Sus ojos, antes azules, se habían tornado totalmente negros.

Casandra guardó silencio sin poder desviar la mirada. Había algo desagradable en aquella situación, un atisbo de incomodidad que palpitaba en su interior pero que era incapaz de exteriorizar.

Agitó la cabeza, y el pelo que había recogido en una cola se balanceó con ella. Francesco alzó la mano y liberó su cabello, dejando que cayera sobre su espalda. Una bobalicona sonrisa afloró en su rostro.

«¿Qué estás haciendo?», susurró una voz en su cabeza.

Se agitó inquieta entre los brazos de Francesco, que continuaba mirándola embelesado. Se acercó más a ella, sus labios apenas a unos milímetros de su cuello, y aspiró profundamente.

—Deliciosa —murmuró Francesco con un tono inequívocamente lascivo.

Y por fin la escurridiza idea explotó en la mente de Casandra, rompiendo las ataduras que la habían mantenido prisionera. La bruma se deshizo y sus pensamientos consiguieron tomar forma. Todo estaba mal, no tenía que estar allí. Casandra buscó ayuda en la gente que la rodeaba, pero incluso su prima contemplaba la escena con gesto ausente, mirando sin ver nada de lo que ocurría ante sus ojos.

Trató de desembarazarse de Francesco, empujándolo sin apenas éxito.

—¡Suéltame ahora mismo! —gritó furiosa.

Francesco no solo no se inmutó ante su rechazo, sino que este pareció azuzar más la

lujuria de sus caricias. Deslizó las manos por las caderas de Casandra mientras ella se revolvía con todas sus fuerzas.

Consciente de que sus intentos eran inútiles, se abalanzó hacia delante con el poco impulso que su posición le permitió tomar y consiguió que Francesco perdiera el equilibrio durante un momento. Pero el efecto no fue suficiente. El italiano la aprisionó de nuevo entre sus brazos, esta vez con más fuerza, impidiendo casi por completo que Casandra pudiera respirar.

—Me haces... daño... —se quejó en un susurro ahogado.

Su lastimero quejido pareció convencer a Francesco, que moderó la intensidad de su agarre. Pero la tregua solo duró unos instantes. Casandra arqueó su cuerpo cuando algo traspasó su piel allí donde Francesco mantenía su mano. Hubiera jurado que eran sus uñas, pero la sensación de que le cortaban la carne con precisión era demasiado dolorosa para tratarse de eso. Su siniestra sonrisa la atemorizó aún más que el punzante dolor que le desgarraba la espalda.

—No pienses que puedes huir de mí —susurró él, demasiado cerca de su oído.

—¡Asmodeo! —La voz de Gabriel resonó a lo largo de toda la sala, incluso por encima de la música—. ¡Suéltala ahora mismo!

—¿Cómo te atreves? —rugió Francesco en respuesta—. ¡No puedes intervenir!

Los compañeros de instituto de Casandra, que seguían asemejándose más a zombis que a personas, abrieron un pasillo entre ellos.

Casandra descubrió a Gabriel en la entrada del salón. Un brillo acerado relucía en sus negros ojos y el odio endurecía sus rasgos. Todo su cuerpo estaba en tensión, amenazante y listo para pelear.

—¡Suéltala! —repitió Gabriel, con voz aún más grave.

La gran lámpara de cristal que colgaba en el centro de la estancia tintineó, pero Francesco no aflojó su presa. Casandra notaba cómo el líquido caliente que era su sangre resbalaba espalda abajo.

—No te incumbe. No tienes poder —le recriminó Francesco.

La ira empañó los ojos de Gabriel.

—Eso lo veremos —replicó este.

Acto seguido, dejó caer al suelo la chaqueta de cuero que hasta entonces había llevado puesta. Miró a Casandra, que descubrió una súplica velada en su rostro. Gabriel le estaba pidiendo perdón, pero su mente no encontraba motivo alguno por el que debiera hacerlo. Pensó entonces que iba a abandonarla, que daría media vuelta y la dejaría allí a merced de las oscuras intenciones de Francesco, Asmodeo o comoquiera que se llamase.

Las lágrimas acudieron a sus ojos con rapidez; pero, antes de que la primera de ellas descendiera por su mejilla, todo a su alrededor comenzó a temblar, y un penetrante zumbido fue aumentando de volumen. Gabriel, que había agachado la cabeza evitando su mirada, volvió a alzarla. Sus labios se curvaban hacia arriba en las comisuras.

Casandra percibió la oscuridad que crecía en torno a él y cómo el aire que lo rodeaba se volvía denso, casi sólido. El sonido de un trueno rasgó la tensa atmósfera de la sala un instante antes de que dos grandes alas negras emergieran desde su espalda. Su envergadura rondaría los tres metros, si bien Gabriel no parecía tener problema alguno para dominarlas. Las plegó a los costados y miró a Francesco con actitud desafiante. Resultaba tan siniestro y aterrador como hermoso.

—No dudes de mi poder.

Casandra apenas reconoció su voz, teñida de tal autoridad que Francesco la soltó en el acto. Ella corrió hacia Gabriel sin dudarle. Sintió un alivio inmediato al percibir en su piel el calor que emanaba de su cuerpo. No le importaba lo que fuera. No le importaba nada salvo que estaba allí, protegiéndola.

Gabriel la examinó con ojos preocupados. Sus alas se desplegaron, y la rabia se apoderó de sus ojos cuando observó las cinco heridas sangrantes de su espalda. La apretó contra él y desvió la mirada hacia Francesco, que ahora se mostraba mucho más sumiso.

—¡Fuera todo el mundo! —rugió Gabriel.

Todos se dirigieron a la salida con paso apresurado. Casandra trató de encontrar la cara de Lena entre la gente, pero le fue imposible dar con ella. En apenas unos minutos solo quedaban en la sala ellos tres. Fue entonces cuando se percató de que la oscuridad se concentraba a su alrededor, como si la luz huyera de su presencia.

Alzó la vista para observar a Gabriel, que continuaba mirando fijamente a Francesco. Parecía haber algún tipo de comunicación silenciosa entre ellos. No hablaban en voz alta, pero estaba segura de que se estaban diciendo algo.

—Sujétate —le ordenó Gabriel.

Reaccionó aferrándose con todas sus fuerzas a él, temerosa de lo que quiera que fuera a suceder a continuación. Gabriel la envolvió con sus alas, y con ellas llegó la oscuridad.

Cassandra se dejó llevar por la sensación de tranquilidad que la rodeaba, a pesar de que no era capaz de distinguir nada, ninguna figura, ninguna forma. Todo se desdibujaba frente a sus ojos para dejar a su paso solo sombras. Parecían encontrarse más allá de todo, en ninguna parte.

Reposaba contra el pecho de Gabriel y, por primera vez, fue consciente de que un corazón latía frenético en él. Se maravilló ante ese sonido que jamás había pensado escuchar, dejándose llevar por la alegría que la embargaba al pensar que había vida en su cuerpo. Le aterró la idea de que ese instante terminara, que la intimidad del momento que estaban compartiendo se perdiera. Lo único en lo que podía pensar era en que no estaba muerto.

Cuando sus alas se abrieron dejando pasar la luz, temió mirarlo a los ojos.

—¿Estás bien? —le preguntó Gabriel al ver que no se movía.

Cassandra permaneció inmóvil unos segundos más, grabando a fuego en su memoria el retumbar de su pecho bajo su oído.

—Estoy bien —dijo al fin.

Levantó la cabeza para enfrentarse a su mirada. Su rostro era una impenetrable máscara, ninguna expresión asomaba en él.

—Te rogué que te fueras de la fiesta, no debiste...

—¿Quién eres? —lo cortó, dolida por el tono de reproche que impregnaba su voz.

Gabriel suspiró, negando con la cabeza. De nuevo aquella mirada suplicante, que parecía rogar su perdón, apareció en sus ojos. Cassandra recordó la risa que había atacado a Francesco al pronunciar su nombre.

—No te llamas Gabriel, ¿verdad?

Notaba sus mejillas encendidas y el deseo rugiendo con fuerza en su interior. Gabriel estaba tan cerca que le costaba concentrarse en sus palabras.

—Deberías descansar —contestó evasivo, poniéndose de pie. Plegó por completo las alas a su espalda para poder moverse con comodidad.

Su cuerpo protestó cuando se separó de ella, llevándose la calidez con él. Fue entonces cuando Casandra se percató de que se encontraba en su habitación, sobre su cama.

—Necesito saberlo —rogó ella, y estiró la mano, tratando de alcanzar la de él.

Gabriel se acercó y se arrodilló frente a la cama. Deslizó los dedos por su mejilla, dejando un rastro de calor a su paso.

—¿Quién eres? —preguntó de nuevo—. Tus alas... son negras.

Gabriel ladeó la cabeza, sonriendo ante lo obvio de su afirmación.

—Así es. ¿Es el color lo que te preocupa? —No sonó a reproche. Continuaba sonriendo y mirándola con aparente fascinación.

Casandra le devolvió la sonrisa, esforzándose para parecer menos sorprendida de lo que en realidad estaba. La verdad era que le preocupaba todo.

Conocía solo en parte la Biblia. Sabía que, según las escrituras, al principio de los tiempos un ángel se había rebelado ante Dios y otros lo habían seguido. Una feroz batalla se había librado hasta que los ángeles rebeldes fueron finalmente expulsados del cielo.

—¿Eres un ángel caído? ¿Un demonio? —lo interrogó Casandra con voz temblorosa.

Él desvió la vista y permaneció en silencio.

—¿Es eso lo que crees? —le preguntó a su vez.

—¡No sé qué creer! —respondió alzando la voz, sucumbiendo finalmente a todas las dudas que la acechaban. Las palabras comenzaron a brotar de su boca sin control alguno—. Cada vez que te veo siento esa fuerza que me atrae hacia ti... es como una necesidad, tira de mí sin cesar. Y luego te comportas como un imbécil, pero estás muerto, así que procuro no tenértelo en cuenta. Y ahora esto —continuó, señalándolo—. ¡Tienes alas! Apareces de la nada y me salvas de Dios sabe qué clase de perverso. Pero estás vivo, por lo que no puedo dejar de alegrarme, y me da igual que seas un demonio porque ¡no eres un fantasma!

Se calló de repente, consciente de todo lo que había dicho. Gabriel se había acercado de nuevo a ella y la miraba con expresión culpable. La abrazó con delicadeza, como si temiera que fuera a romperse en pedazos en cualquier momento.

—Todo va a ir bien —dijo, tratando de tranquilizarla. Alzó la mano para acariciarle la mejilla—. Mañana todo esto no será más que un mal sueño. Ahora tienes que descansar.

Gabriel la recostó sobre la almohada. Ella emitió un quejido al apoyarse sobre la espalda.

—Déjame ver —le pidió, incorporándola de nuevo—. Tendrás que quitarte el vestido.

Casandra se envaró ante su petición.

—Solo quiero ver la herida —añadió él de forma apresurada.

Gabriel desvió la vista mientras ella se bajaba la parte superior del vestido, dejándolo a la altura de la cintura. Se tapó nerviosa el pecho con las manos y se giró para que pudiera ver los arañazos. Era plenamente consciente de lo cerca que estaban ambos, así como de su desnudez. Su cuerpo insistía en eliminar la escasa distancia que había entre ellos; se mordió el labio reprimiendo sus ansias.

Las manos de Gabriel desabrocharon con destreza su sujetador y dejaron su espalda al descubierto. Sus dedos rozaron con cuidado cada uno de los cinco cortes que las uñas de Francesco le habían causado, deteniéndose brevemente en cada uno de ellos. El deseo de Casandra aumentó, llenando por completo su cuerpo, eliminando cualquier otro sentimiento. Agradeció que él no pudiera verle la cara, de otro modo sabría con seguridad la clase de pensamientos que afloraban en su mente.

—Se curará —murmuró Gabriel, con la mano aún sobre su piel.

—Gracias —contestó ella con apenas un hilo de voz.

—Siento que mañana no vayas a poder recordar todo esto.

Casandra se sobresaltó ante la afirmación. Era imposible que olvidara ni siquiera un instante de todo lo acaecido esa noche.

—¿Qué quieres decir?

—Lo olvidarás —susurró Gabriel—. Mañana nadie recordará nada. Todos bebieron algo en esa casa, incluida tú. No solo afectó a vuestro comportamiento, también ayudará a borrar cualquier recuerdo posterior.

Las palabras calaron en su mente y comprendió a qué se refería. Todo el desenfreno que había presenciado, la actitud desinhibida de sus compañeros, así como la suya propia, la repentina despreocupación que había experimentado... Todo había sido inducido.

—Francesco —murmuró Casandra.

Gabriel asintió.

—Pero... me olvidaré de todo —indicó ella, girándose para enfrentarlo.

No quería olvidar. Volvería a pensar que él estaba muerto y desaparecía el mágico sonido de su corazón, que había acallado todos sus temores.

Los labios de Gabriel se entreabrieron y dejaron escapar su aliento en un profundo suspiro. Se acercó a ella despacio, temiendo su rechazo por todo lo que había contemplado de él esa noche. Pero ella no titubeó, se inclinó hacia adelante hasta que sus bocas se encontraron.

Lo besó con desesperación, sabiendo que el recuerdo de sus labios también desaparecería junto con el resto. Se maravilló al percibir que sus alas los envolvían y formaban un capullo protector que los aislaba del resto del mundo.

Gabriel tomó su cara entre las manos y gimió en su boca al mirarla. Sus ojos brillaban con el mismo deseo que sentía ella e idénticas ansias. Volvió a besarla, profundizando en su boca y arrebatándole la poca cordura que le restaba.

Estaba excitada, sentía cada uno de los movimientos de Gabriel. Sus manos resbalando hasta la parte baja de su espalda, repasando la línea de sus caderas. Al abrigo de la oscuridad que le proporcionaban sus alas, olvidó el pudor que había sentido. Se separó lo justo de él para poder quitarse del todo el vestido y, de inmediato, se apretó de nuevo contra su cuerpo, como si pudiera incrustarse bajo su piel. La respiración de él se aceleró. Sin embargo, separó su cuerpo del de Casandra.

—Esto no está bien —dijo con evidente esfuerzo—. Mañana no lo recordarás.

—No me importa —aseguró ella.

—Pero a mí sí.

Casandra sintió que se le cerraban los ojos. Trató de mantenerlos abiertos, pero le resultó imposible. Su cuerpo se relajó en contra de su voluntad, rindiéndose a la placentera sensación de ser acariciado por cada una de las sedosas plumas de sus alas. El sueño la alcanzó acurrucada entre sus brazos y se quedó dormida.

—¿Qué me estás haciendo, Casandra? —musitó Gabriel, desconcertado.

CAPÍTULO 12

La insistente melodía de su teléfono móvil la fue sacando poco a poco de su letargo. La llamada se cortó, pero enseguida comenzó a sonar de nuevo. Casandra tanteó la mesilla en un acto reflejo hasta que dio con él.

—¿Diga? —atinó a contestar, más dormida que despierta.

—¿Casandra? ¿Te he despertado? —le habló la familiar voz de su madre.

—Mamá, por Dios, ¿qué hora es?

Se estiró en la cama, perezosa. Su cerebro se negaba a colaborar y una densa maraña ocupaba su mente sin que ningún pensamiento racional escapara de ella.

—Son las once de la mañana, Casie. ¿A qué hora os acostasteis Lena y tú anoche?

Casandra se sentó en la cama de un solo movimiento.

«¿Dónde está Lena?», se preguntó alarmada.

No recordaba haber vuelto a casa ni haberse metido en la cama. Ni siquiera era capaz de recordar haber abandonado la fiesta y, lo que era aún peor, no sabía dónde estaba su prima.

—Casandra, ¿sigues ahí?

—Sí, sí, mamá. Te llamo luego, ¿vale?

Colgó el teléfono sin darle a su madre oportunidad de contestar. Se levantó tan deprisa de la cama que resbaló y cayó al suelo, golpeándose la cadera. Masculló una palabrota al sentir una punzada de dolor, pero se levantó enseguida y corrió hasta llegar a la habitación de invitados.

La puerta estaba entornada. La abrió de un empujón y vio a su prima tendida boca abajo en la cama.

—¡Lena! —gritó histérica—. ¡Despierta, Lena!

Su prima se giró lentamente para mirarla. Adormilada, se restregó los ojos y dejó caer de nuevo la cabeza en la almohada.

—Doble de café y los huevos poco hechos —farfulló, con la boca pastosa y la voz ronca.

Acto seguido, cerró los ojos y se acurrucó entre las mantas, encogiendo las piernas contra el pecho.

—No he venido a traerte el desayuno —le reprochó Casandra.

Que su prima estuviera allí, aparentemente ilesa, aplacó en parte su malestar. Pero continuaba teniendo la extraña sensación de que algo iba mal.

Lena se sentó con esfuerzo en la cama, se llevó las manos a la sien y comenzó a masajearlas.

—Vaya resaca. Lo de anoche tuvo que ser épico —comentó sonriendo.

—¿Recuerdas cómo vinimos a casa?

—Mmm... no —respondió, ampliando la sonrisa.

—¿Recuerdas algo? ¿Qué hicimos? ¿Si nos trajo alguien? ¿Cualquier cosa? —insistió Casandra, cada vez más preocupada.

—No, pero espero que no condujera yo de vuelta, por el bien del coche de tu madre.

—¡El coche! —exclamó Casandra, cayendo en la cuenta de que lo habían llevado a la fiesta.

Se puso de pie y corrió de vuelta a su habitación. Apartó las cortinas de un manotazo para comprobar, con inmenso alivio, que el Ford de su madre estaba aparcado en su sitio habitual. A simple vista, parecía no haber sufrido daño alguno.

Regresó caminando junto a su prima.

—Tú sí que lo pasaste bien, ¿eh? —le dijo Lena, tratando de reprimir la risa, y Casandra la miró sin comprender.

—¿A qué viene eso?

—Yo sigo vestida, y tú... —dijo señalándola—, ¡tú estás en bragas!

Lena rompió a reír, incapaz de aguantar la risa por más tiempo. Casandra había salido de la cama de forma tan impulsiva que ni siquiera se había dado cuenta de que lo único que llevaba encima eran las braguitas de encaje que se había puesto bajo el vestido. Tomó una manta que había a los pies de la cama y se la pasó por los hombros. Desconcertada, se sentó al lado de su prima.

¿Cómo era posible que no recordara lo que había pasado? Había algo, un recuerdo que arañaba en lo más profundo de su mente, pero que no conseguía sacar a la superficie. En cuanto se acercaba a él, su mente se nublaba.

—¿Qué pasa? —le preguntó Lena, ahora seria y con gesto preocupado.

—No recuerdo qué ocurrió anoche. Sé que fuimos a esa fiesta. Recuerdo haber entrado en la casa e incluso me suena vagamente haber hablado con Francisco...

—Francesco —la corrigió su prima.

—Lo que sea —replicó, restando importancia al nombre del anfitrión—. Pero después de eso...

—Esto da un poco de yuyu. ¿Cuántas copas nos tomamos?

—Lena, yo no bebo, y tú, hasta donde yo sé, tampoco.

—Quién lo diría. —Lena se dejó caer en la cama—. Puede que nos emborracharan —sugirió insegura.

—Hay algo más. No consigo acordarme...

Se quedaron en silencio durante un rato. Casandra continuó escarbando en su memoria, tratando de recordar. Quería pensar que habían tomado algo que les había sentado mal, quizás Lena tenía razón y las habían emborrachado, pero ¿con qué motivo? Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar de nuevo en su cuerpo desnudo bajo la manta.

—Desayunemos —propuso Lena, poniéndose en pie—. Nos vendrá bien llenar el

estómago.

Una vez que hubo comido, Casandra no se sentía mucho mejor. Se había duchado y vestido sin dejar de pensar que algo estaba fuera de lugar. Sabía que estaba pasando por alto algo importante y la frustraba y aterraba a partes iguales no conocer el qué. Lena trató de animarla, bromeando todo el tiempo sobre lo bien que tenían que haberlo pasado, pero Casandra se daba cuenta de que ella también estaba preocupada por su misteriosa amnesia.

Tras devolverle la llamada a su madre y pedirle disculpas por haberle colgado el teléfono, se sentaron ante la televisión a ver un documental sobre la selva amazónica. En realidad, ninguna de las dos prestaba mucha atención. Lena ocupaba el sofá central y jugueteaba nerviosa con el mando a distancia, mientras que Casandra se había aovillado en el sillón de dos plazas con la vista fija en la pared.

—Llama a Nick —le propuso Casandra—. Él tiene que saber algo.

Lena asintió y subió las escaleras para ir en busca de su móvil. Pasaron varios minutos hasta que oyó a su prima hablar en la planta de arriba, aunque no podía escuchar exactamente lo que decía. Al cabo del rato, Lena regresó con expresión seria y negando con la cabeza.

—Está igual que nosotras —le confirmó su prima—. No le ha dado mayor importancia. Ha dicho que no está acostumbrado a beber y que seguramente se le fue la mano.

El presentimiento de que había sucedido algo desagradable, que no conseguía recordar, la persiguió durante el resto del día. Procuró restarle importancia y concentrarse en realizar algunas de las tareas pendientes para el instituto, pero su imaginación no le concedió tregua.

—Tu aura me está volviendo loca —se quejó Lena.

Se habían instalado en la habitación de Casandra. Lena descansaba, rodeada de apuntes, sobre la cama, y ella había optado por invadir la alfombra con sus libros.

—Es que no dejo de darle vueltas a lo de la fiesta.

—Ya —coincidió Lena.

Casandra alzó la vista para mirarla, intrigada por la escueta respuesta de su prima. No sonreía. Mala señal.

«¿Dónde estás, Gabriel?», gimió ella para sus adentros.

Que Gabriel no se le hubiera aparecido de nuevo tampoco contribuía a tranquilizarla. Llevaba días sin verlo, pero no había dejado de pensar en él y en cómo la había besado tras su desmayo; su ansia, la forma de estrecharla contra su cuerpo, sus caricias... Por un momento, Casandra pudo sentir incluso el tacto suave de sus dedos en la espalda.

Una punzada le atravesó la cabeza de parte a parte. Se llevó la mano a la frente, tratando de contener el dolor. La imagen de Gabriel, suplicándole perdón con la mirada, parpadeó un segundo en el fondo de su mente.

—La fiesta... —murmuró Casandra, atrayendo la atención de su prima—. Gabriel estuvo en la fiesta de Francesco.

—¿De qué estás hablando?

—Sé que estaba allí —insistió, y la corazonada de que algo terrible había ocurrido en ese lugar regresó con más fuerza—. Tenemos que ir allí, a la casa de Francesco —sugirió Casandra, poniéndose de pie—. Creo que algo malo le ha pasado a Gabriel.

—Casie, está muerto. No puede pasarle nada.

Su corazón latió a destiempo cuando Lena pronunció aquellas palabras, como si quisiera negar lo que ya sabía, que Gabriel estaba muerto y que lo único que podía ocurrir era que pasara al otro lado. ¿Y si fuera eso? ¿Y si se había marchado para siempre?

Apartó el pensamiento.

—Me voy —anunció Casandra—. Quiero saber qué ha pasado.

—Voy contigo —se ofreció su prima.

Casandra condujo en silencio durante todo el trayecto, tratando de que la profunda inquietud que sentía no afectara a su destreza al volante. La tensión flotaba en el reducido espacio del coche. Lena tampoco parecía tener ganas de hablar, lo que no hacía más que aumentar su nerviosismo. Su prima no era la clase de persona que permanece mucho tiempo callada.

Al llegar a la mansión de Francesco, aparcaron el coche y se quedaron unos segundos mirándola. Casandra se acordaba de la casa, era una de las pocas cosas que recordaba. Eso

y atravesar el umbral de la puerta para unirse a la gran fiesta que se celebraba en su interior. El resto era poco más que un borrón en su mente.

Se bajaron del coche despacio, intimidadas. Comenzaba a oscurecer y las farolas de la calle aún no se habían encendido. Sombras danzaban entre los árboles, extendiéndose sobre el césped y las paredes de la casa.

Avanzaron hasta la puerta principal y, tras intercambiar una mirada, Casandra oprimió el timbre. Esperaron unos minutos sin obtener respuesta. Se inclinó para llamar de nuevo, pero la puerta se abrió antes de que pudiera hacerlo.

—¿Qué hacéis aquí? —les espetó Francesco sin miramiento alguno.

No habían planeado qué iban a decirle ni qué pensaban hacer una vez en la casa.

—Anoche nos olvidamos algo —terció Lena.

— Ah, ¿sí? ¿El qué?

«La memoria», pensó Casandra, pero no dijo nada.

—Mi bolso —continuó explicando su prima—. Puede que me lo olvidara sobre la barra.

—No está aquí. Marchaos.

El tono de Francesco era cortante. Quería que se fueran, cuanto antes mejor.

—Quizás podríamos echar un vistazo a... —sugirió Lena.

—No te quiero aquí —la interrumpió Francesco. Sin embargo, era a Casandra a quien apuntaba con el dedo.

—Bien, seré yo la que eché un vistazo entonces —repuso su prima.

Lena avanzó sin que Francesco le cortara el paso. Casandra trató de detenerla para evitar que entrara sola, pero reaccionó demasiado tarde y esta ya se había colado por la puerta entreabierta. Casandra aprovechó que Francesco se había girado parcialmente, para seguirla con la mirada, y atravesó el umbral para ir en su busca.

Sintió una breve punzada de pánico en cuanto puso un pie dentro de la casa, pero la apartó a un lado y no se paró a analizarla. Se acercó hasta el gran salón que había alojado al grueso de los asistentes, con Francesco maldiciendo a su espalda.

Todo estaba limpio y en orden, sin rastro alguno de que la noche anterior allí se hubiesen concentrado un par de cientos de personas. Recorrió con la vista cada rincón de la sala, deteniéndose en la gran lámpara de cristal que colgaba del techo. Su mente luchaba por deshacerse de la fina tela de araña que la recubría, pero cuanto más trataba de recordar, más esquivos se volvían sus pensamientos.

—¿Satisfechas?

Francesco clavó su fría mirada en Casandra y algo se removió en su interior.

—Ahora quiero que salgáis de mi casa —les ordenó, tajante.

—Me importa una mierda lo que quieras —respondió Casandra con firmeza.

Su prima se volvió para mirarla, advirtiéndole con la mirada que se estaba excediendo, pero Casandra no se amilanó. Estaba exhausta, aturdida y aquel lugar y su dueño le daban escalofríos, pero no pensaba marcharse de allí sin algunas respuestas. No iba a huir más, no a partir de ahora. Llevaba demasiado tiempo huyendo de todo, esquivando fantasmas y resignándose cada vez que un obstáculo se interponía en su camino. No pensaba dejarse intimidar ni agachar más la cabeza o mirar hacia otro lado. Ya no.

—¿Qué pasó anoche? —preguntó, remarcando cada palabra.

Francesco pareció evaluar su determinación, y ella aguantó su mirada escrutadora sin apartar la vista. Si en algún lugar recóndito de su alma sentía miedo, no lo demostró.

—Azrael —gritó Francesco al aire—. ¡Azrael! —repitió tras una pausa.

Elevó tanto el volumen de su voz que el nombre retumbó en sus oídos.

Casandra alzó la mirada hacia las escaleras, esperando que en cualquier momento alguien del servicio descendiera por ellas, pero nadie apareció.

—Llámalo —exigió Francesco, dirigiéndose a Casandra.

—No sé de qué me hablas.

—Lámalo. Estoy seguro de que vendrá si eres tú quien lo llama. Y si no es así —añadió—, abandonaréis de inmediato mi casa. Llama a... Gabriel.

Cassandra se sorprendió al escuchar su nombre en los labios de Francesco. Salvo su prima y su madre, nadie conocía su existencia. Aquello no hizo más que confirmar sus sospechas; Gabriel había estado allí la noche anterior, cómo lo sabía Francesco era algo que no lograba entender.

—Lámalo ahora o marchaos —insistió de nuevo.

Lena la miraba tratando de comprender qué estaba pasando.

—Gabriel —lo llamó Cassandra, insegura.

Un silencio opresivo cayó sobre ellos. Lena se acercó hasta colocarse a su lado. Todos esperaron, pero Gabriel no apareció.

—¡Gabriel! —gritó, con mayor intensidad.

Gabriel se materializó frente a ella con expresión de sorpresa en el rostro. Cassandra soltó de golpe todo el aire que había estado conteniendo en los pulmones. En realidad, ni siquiera pensaba que fuera a aparecer. En el fondo de su ser estaba convencida de que había cruzado al otro lado y no volvería a verlo.

—Gracias por honrarnos con tu presencia —ironizó Francesco—. Ahora llévatelas.

—¿Qué parte de «no te acerques a Francesco» no has entendido? —Gabriel observó brevemente a Francesco para luego volver a centrarse en ella.

—¿De qué me hablas? —repuso Cassandra, sin saber a qué se estaba refiriendo.

—La nota —le explicó—, la nota que dejé anoche en tu habitación.

—¿Anoche?

—Podéis continuar con vuestra apasionante discusión fuera de aquí —señaló Francesco. Se acercó a la puerta y con un gesto les invitó a que se marcharan.

Lena, que hasta ahora había permanecido callada, se inclinó hacia ella. Cassandra la

miró para darse cuenta de que observaba a Gabriel con la mandíbula desencajada por la sorpresa.

—Lo veo —le susurró su prima, acercándose a su oído—. Veo a Gabriel.

Por algún motivo, Casandra no se sorprendió ante su afirmación, como si fuera algo que esperase que pasara antes o después.

—Y él —añadió, señalando a Francesco—, sea lo que sea, no es nada bueno.

Casandra frunció el ceño. Ella también percibía algo inquietante y oscuro en Francesco.

—¿Quién eres, Gabriel? —le preguntó Casandra, intentando resolver aquel rompecabezas.

—Esto promete —se mofó Francesco, cruzándose de brazos.

—No es un buen lugar.

—Es uno tan bueno como cualquier otro —replicó ella, aun cuando su incomodidad iba en aumento.

Gabriel suspiró y se llevó las manos al pelo, revolviéndolo mientras pensaba.

—Lo único que necesitas saber es que debes mantenerte alejada de él —dijo, señalando a Francesco, que ahora sonreía, divertido por la situación.

—Tengo preguntas —insistió ella—. Muchas preguntas.

—¿Qué clase de preguntas?

Gabriel pareció arrepentirse de haber pronunciado esa frase.

—Quiero saber quién eres, quién es él, por qué mi prima ahora puede verte —tomó aire para continuar— y qué fue exactamente lo que pasó noche.

—Pequeña ignorante insensata —murmuró Francesco.

—Arrogante gilipollas —replicó Casandra con mordacidad.

—No tienes ni idea de con quién estás hablando —la amenazó él, acercándose un par de pasos.

Gabriel se puso tenso y advirtió a Francesco con la mirada, conminándolo a no avanzar más.

—Yo ya andaba por este mundo siglos antes de que tú fueras siquiera una idea en la mente de tus padres. He hecho sucumbir a ciudades enteras al poder de mi lujuria. Miles de mujeres han mentido, traicionado e incluso asesinado en mi honor. Cuida tu lengua. Tienes suerte de que te esté protegiendo alguien a quien respeto más de lo que debería, porque si no fuera así es probable que ya contaras con alguna extremidad de menos.

Cassandra había ido retrocediendo, sin ser consciente de ello, mientras Francesco soltaba su airado discurso. No dudaba de que todo lo que había dicho fuera más que la pura y aterradora verdad. Casi temía saber qué escondía Gabriel.

—¿Te mantendrás ahora alejada de él? —Gabriel se acercó a ella mientras hablaba.

—Va a ser algo más complicado que eso —dijo Francesco. Se apoyó en la puerta con gesto despreocupado.

—Asmodeo, no juegues conmigo.

Cassandra no pasó por alto el cambio de nombre del italiano. Parecía que nadie era quien decía ser.

—Bueno, digamos que hay «gente» interesada en cierta chica con extrañas facultades.

—¿Lo saben? —lo interrogó Gabriel.

Francesco asintió.

—Yo que tú la mantendría bien vigilada, si es que quieres conservarla.

—Tenemos que irnos.

Gabriel la agarró del brazo con una mano y con la otra tiró de Lena, que había contemplado en silencio toda la escena. Se la veía nerviosa y preocupada. No dejaba de retorcer las manos una contra otra, y dio un pequeño respingo cuando notó que Gabriel la

tocaba.

Cassandra quería preguntarle quién la buscaba, porque no tenía ninguna duda de que alguien quería dar con ella, tal y como su abuela le había advertido, aunque no veía cómo pretendían sacar provecho de su don.

—Lena, llévate el coche y vete a casa —le ordenó Gabriel, con un tono que no invitaba a discutir con él—. Yo llevaré a Cassandra a la suya.

—No voy a separarme de ella —se negó su prima.

—Hazle caso, Lena —la tranquilizó Cassandra—. Estaré bien.

Le tendió las llaves del coche y Lena las aceptó a regañadientes.

Cassandra confiaba en él. Pasara lo que pasara, sabía que no le haría daño. Miró a su prima y asintió, dándole a entender que podía marcharse. Si alguien la perseguía, no quería arrastrar a Lena con ella.

—Llámame cuando estés en casa, quiero saber que estás bien. Y tú —añadió su prima, señalando a Gabriel—. Si le pasa algo a Cassandra, no habrá mundo para ti en el que puedas esconderte.

Acto seguido, Lena dio media vuelta y se metió en el coche. Cassandra esperó de pie sobre el césped hasta que la perdió de vista. Encaró a Gabriel y lo miró con los ojos entornados analizando su rostro, como si pudiera extraer de él las respuestas que deseaba.

—¿Y bien? ¿Dónde está tu coche?

—No creo que vaya a hacernos falta —anunció Gabriel.

Curvó los labios en una media sonrisa y avanzó hasta que sus labios casi se rozaron. Tras rodearla con sus brazos, el cielo retumbó sobre sus cabezas y la oscuridad los envolvió.

CAPÍTULO 13

La piel de Casandra se estremecía bajo cientos de caricias simultáneas. Notaba el cuerpo de Gabriel pegado al suyo, los músculos de su torso en tensión y sus manos firmemente apoyadas en la curva de su espalda. Alzó la mano y tanteó su cara, acariciando sus labios con la punta de los dedos y percibiendo el calor que emanaba su agitado aliento.

Una pizca de luminosidad se coló en la bruma que los cobijaba, permitiendo a Casandra ver su propia mano sobre la boca de Gabriel. Este se separó de ella, alejándose varios metros, y Casandra jadeó ante el perturbador espectáculo. La figura de Gabriel se erguía poderosa ante ella. Dos grandes alas negras brotaban de su espalda y se extendían desplegadas por completo. Apretaba la mandíbula con saña y su mirada estaba clavada en ella, esperando su reacción.

—Querías saber quién soy. —Gabriel agitó las alas y las elevó ligeramente hacia el cielo, como si planeara escapar de allí en cualquier momento.

—Tus alas... son negras. —Fue cuanto atinó a decir.

Él rio de forma sincera, abiertamente, como si ya no tuviera nada que esconder.

—Esto es como un *déjà vu*. Cabezota hasta el final.

Casandra lo miró sin comprender, de nuevo con aquella extraña sensación de que estaba olvidando algo importante.

—Y ahora me dirás que soy un ángel caído o, lo que es peor, un demonio —añadió al ver su confusa expresión—. Ya hemos hablado de esto, Casie.

Casandra sonrió con timidez al escuchar la dulzura con la que pronunció su nombre.

—Ven aquí —la instó Gabriel, extendiendo su mano.

Casandra se acercó para tomarla y, en un sencillo movimiento y sin esfuerzo, él la cogió en brazos, provocando que su pulso se acelerara.

Estaban en lo alto de una escarpada colina. Esta terminaba en un pronunciado acantilado que caía a plomo hasta el mar. El sonido de las olas golpeando furiosas contra

las rocas acompañó al leve balanceo de sus brazos.

Gabriel se sentó peligrosamente cerca del borde y la depositó sobre su regazo. Casandra siguió su mirada para observar el extenso océano brillar salpicado con los reflejos de una luna llena inmensa. El paisaje resultaba embriagador, tan hermoso como el corazón que Casandra estaba segura de sentir latiendo en el pecho de Gabriel. Era más de lo que había soñado conseguir desde el momento en que, de forma errónea, había creído que él estaba muerto.

Se dio cuenta en ese preciso instante de que lo amaba. Aunque a ella misma le resultara inverosímil la idea de haberse enamorado de aquella manera, sin apenas darse cuenta. No le importaba lo que fuera: un demonio, un ángel caído o cualquier otra criatura. Para ella siempre sería su chico fantasma. Si en su momento había pensado en llevar el alma de Gabriel hasta las puertas del cielo, ahora estaba dispuesta a ir hasta el mismísimo infierno para permanecer a su lado.

Feliz y relajada, continuó observando la luna, sintiéndose completa como ella. Gabriel la sostenía contra su pecho mientras jugueteaba distraído con un mechón de su pelo. Casandra notó el aliento de él contra su cuello y la piel se le erizó en respuesta.

—Supongo que querrás saber quién soy —le comentó Gabriel, hablándole en susurros, dejando que sus labios rozaran la nuca de Casandra.

—Ya sé quién eres —afirmó con firmeza ella—, al menos para mí. No me importa quién seas, Gabriel, ¿o debo llamarte Azrael?

—Azrael, por favor.

—Quiero conocer tu historia solo si tú quieres contármela. Pero antes...

—¿Sí? —la animó él a continuar.

—Anoche... ¿Pasó algo entre nosotros que debería recordar?

No había olvidado que se había despertado casi desnuda, y Azrael había asegurado haber estado en su habitación.

El cuerpo de Azrael se sacudió por la risa contra su espalda. Eso la puso nerviosa, pero no se movió, sino que continuó con la cabeza apoyada en su pecho, con la vista fija en el punto donde el mar se unía con el cielo.

—¿Qué crees que pasó?

Cassandra supo que sonreía sin necesidad de mirarlo.

—Me desperté casi desnuda. Si ocurrió... algo entre nosotros, me gustaría saberlo — le contestó, cohibida.

Azrael le puso la mano bajo la barbilla para que lo mirara. Por un momento, pensó que se perdería en la negrura de aquellos ojos fascinantes.

—No pasó nada. Solo nos besamos —le aseguró él, mientras le acariciaba los labios con la yema de los dedos—. Te aseguro que si pasa algo más entre nosotros, no voy a permitir que lo olvides.

«Nos hemos besado de nuevo y no lo recuerdo».

Le dieron ganas de golpearse contra algo. Si se lo contaba a Lena, su prima estaría haciendo bromas al menos durante un mes.

Cassandra no se reprimió esta vez, sino que se lanzó buscando su boca como si necesitara su aliento para poder seguir respirando. Dio rienda suelta por fin a todo lo que sentía. Liberó la furiosa atracción que poco a poco había conseguido controlar, el deseo que la acosaba cada vez que lo veía y las ansias que padecía en su presencia. Acarició su espalda mientras se bebía con codicia su boca. Rozó el nacimiento de sus alas, provocando que un gemido escapara de la boca de Azrael.

—Tienes que dejar de hacer esto —gimió Azrael contra su cuello.

—¿Besarte?

—No, hacerme olvidar que soy un ángel —le susurró, rozando su oído con los labios.

Cassandra se separó bruscamente de él para buscar su mirada.

—¿Un ángel caído?

Gabriel negó con la cabeza.

—Un ángel. Para ser más exactos, el Ángel de la Muerte.

Azrael habló no con orgullo ni altanería, sino con tristeza. De repente parecía exhausto. Casandra casi pudo ver en sus ojos siglos y siglos de soledad.

—Cuéntame tu historia —le pidió ella, acurrucándose de nuevo contra su pecho.

Él la acomodó entre sus brazos y rodeó los cuerpos de ambos con sus alas, concediéndoles un pequeño refugio contra la fresca brisa marina. Se mantuvo algunos minutos en silencio, pero Casandra permaneció callada, esperando. Supuso que necesitaba tomarse tiempo para ordenar sus pensamientos.

—Hace demasiado tiempo de mi creación —comenzó a relatar él—. Ya apenas recuerdo cuándo vieron mis ojos este mundo por primera vez, ni lo que sentí. Lo que jamás podré olvidar es la caída de mis hermanos, de aquellos que osaron enfrentarse a Él. Perdí con ellos parte de una inocencia que nunca debió corromperse.

Azrael hizo una pausa, antes de continuar, para enlazar los dedos con los suyos.

—Desde que el hombre comenzó a vagar por la Tierra, mía fue la tarea de recuperar sus almas, de buscar a los perdidos, de salvar a los injustamente condenados. Me veía en la necesidad de abandonar a mis hermanos continuamente para acudir en su busca. Vuestro dolor, la agonía... —inspiró profundamente.

Casandra casi podía palpar la amalgama de sentimientos que bullían en su interior. Le apretó la mano, infundiéndole ánimo para continuar.

—Durante miles de años, he sido testigo de cómo llorabais a vuestros seres queridos, cómo perdíais la cordura tras su muerte, e incluso de cómo, a veces, os arrebatábais vuestra propia vida desbordados por la pena.

»He tenido que descender hasta el infierno en busca de almas que nunca debieron poner un pie en él. Y por desgracia, también me he visto obligado a llevar hasta allí a despiadados monstruos que jamás deberían haber disfrutado de una vida entre vosotros.

Lágrimas silenciosas corrían por el rostro de Azrael mientras hablaba.

Su tristeza conmovió a Casandra. Pensó en los diecisiete años de su vida, en las pocas almas que había visto en comparación con él y en cómo su sola visión la trastornaba, apagando una parte de su vitalidad. Su amarga experiencia no representaba nada al lado de la larga existencia de Azrael.

—Al principio, iba y venía del paraíso a tu mundo —continuó explicándole—. Mis

hermanos toleraban mis ausencias, conscientes de la importancia del trabajo que desempeñaba. Cada vez pasaba más tiempo aquí, rodeado de vuestro dolor, tratando de que todas y cada una de las almas de los que perecían encontraran el camino correcto hacia el otro lado.

»Pero llegó un momento en el que me di cuenta de que debía elegir, y cuando así fue no dudé al respecto. Elegí quedarme entre vosotros, compartir vuestra vida y ayudaros en vuestra hora final. Abandoné a mis hermanos, pero nunca he dejado de cumplir la tarea que Él me impuso —concluyó, con la voz ronca por la emoción.

Cassandra trataba de reprimir el llanto, compartiendo la tristeza que se adivinaba a través de sus palabras. Alzó la mano y secó una a una las lágrimas que había derramado. Azrael lo agradeció con un beso fugaz pero de una dulzura infinita. Ella se apretó más contra él, tratando de consolarlo con el calor de su cuerpo.

—Me has preguntado por el color de mis alas.

Cassandra asintió contra su pecho, aunque ahora ese detalle ya no le parecía importante.

—Atravesar las puertas del infierno no es fácil. Solo yo, de entre todos mis hermanos, puedo ir hasta allí. Y un ángel llama demasiado la atención en un sitio como ese. Para poder permanecer allí el tiempo necesario no me quedó más remedio que transformarme en lo que ves: alas, pelo y ojos negros, oscuridad. Los ángeles son seres luminosos. Sus alas son tan blancas que iluminarían una noche sin luna. No hay sitio para ellos en el infierno, pero sí para mí.

Levantó la cabeza para mirarlo al sentir la agonía que desprendía su voz. Se inclinó hasta rozar apenas sus labios, en una lenta y dulce caricia que pareció confortarlo a él tanto como a ella. A Cassandra no le importaba la negrura de sus ojos, que brillaban en aquel momento por la intensidad de sus recuerdos, ni tampoco la densa oscuridad que lo rodeaba. Él había renunciado a su apariencia pura para conseguir rescatar las almas de los crueles e injustamente castigados. Y para ellos, él había sido la luz liberadora. Era un ángel oscuro, pero hermoso más allá de toda duda.

—¿Por qué me dijiste que te llamabas Gabriel? Es un arcángel, ¿no?

—Gabriel me acompañó durante mucho tiempo en mi labor. Es un arcángel, sí, y por lo tanto se ocupaba además de otro tipo de tareas. Cree fervientemente en lo que hace y cumple con sus misiones de forma recta y diligente —le explicó, mientras continuaba manteniéndola entre sus brazos—. Nunca llevó demasiado bien mi transformación, y con el tiempo dejó de acompañarme en mis visitas a este mundo. A pesar de ello, atesoro con

cariño los momentos que compartimos. Pensé que darte mi nombre real podía llevarte hasta mi verdadera identidad; el suyo fue el primero que vino a mi memoria cuando me preguntaste.

—Dejaste que pensara que estabas muerto —le recordó Casandra, y su voz adquirió un ligero matiz de reproche.

—Lo negué en varias ocasiones —protestó Azrael, con un amago de sonrisa que no llegó a borrar la tristeza de sus ojos—. Te dejé que pensaras lo que era más fácil de asumir para ti. No podía presentarme ante ti y decirte que era un ángel. Hubieras enloquecido.

—Casi enloquezco de todas formas —le confesó ella—. Estaba convencida de que en cualquier momento pasarías al otro lado y no volvería a verte.

Azrael la depositó a su lado y se giró para quedar frente a frente. La miró con adoración, como si ella fuera el ángel y él un simple mortal.

—Lo lamento —se disculpó. Agachó la cabeza un momento para volver a levantarla luego—. Desde la primera vez que te vi supe lo especial que eras. Quería acercarme a ti, poder hablarte. Causarte cualquier tipo de daño era lo que menos deseaba, pero dadas tus capacidades me pareció la forma menos llamativa de poder entrar en tu vida.

—Me llamaste bruja —dijo Casandra, ahora sin ánimo de recriminarle nada, tratando de hacerle reír.

—En otros tiempos esa palabra no tenía unas connotaciones tan negativas —le aseguró él.

—En otros tiempos las quemaban en la hoguera.

Azrael rio a carcajadas y Casandra se maravilló ante el sonido melodioso de su risa.

—Hacía mucho tiempo que no hablaba con nadie, y puede que no eligiera la mejor manera, pero necesitaba llamar tu atención y parece que dio resultado —confesó él, guiñándole un ojo con picardía.

—Créeme, cualquier cosa que hicieras hubiera llamado mi atención —confesó, sonrojándose.

Azrael la atrajo una vez más hacia él y dejó que sus dedos dibujaran el perfil de su rostro. La alegría que había iluminado sus ojos fue desapareciendo hasta convertirse en

preocupación.

—Debería llevarte a casa —comentó, mientras le retiraba un mechón rebelde de la cara.

Casandra hubiera permanecido junto a él en aquel lugar hasta el fin de sus días. Contempló de nuevo el mar embravecido y la luna que lo alumbraba. A pesar de todo lo sucedido, sentía una extraña calma interior. Por primera vez desde que era capaz de recordar, estaba en paz consigo misma.

—¿Tienes más preguntas? —la interrogó Azrael, nervioso por su silencio.

—Solo uno o dos millones —le contestó sonriendo.

—Bueno, van a tener que esperar. Tienes que descansar y yo necesito atender ciertos asuntos.

Casandra no quiso preguntar de qué se trataba aquello tan urgente que debía hacer. Era el Ángel de la Muerte, resultaba obvio que, fuera lo que fuese, no admitiría demora.

Azrael se puso de pie y abrió las alas, extendiéndolas por completo. Cada una de las plumas se erizó como si se desperezaran tras la larga inactividad. Su figura, bañada por la luz de la luna, se recortaba imponente contra un cielo plagado de estrellas parpadeantes. La imagen resultaba de una belleza abrumadora y dejó de nuevo a Casandra sin aliento. Desvió la mirada tratando de asimilar el intenso sentimiento que no dejaba de crecer dentro de ella.

—¿Puedo preguntarte algo?

Casandra asintió en silencio, turbada por sus emociones.

—Ahora que sabes quién soy realmente, ¿hubieras preferido que fuese un alma perdida? —le preguntó él con voz queda, apenas un susurro.

Casandra hizo un leve gesto para que se acercara y Azrael se aproximó, inquieto, hasta quedar piel con piel. Ella apoyó el oído contra su pecho y escuchó fascinada el latido de su corazón.

—No puedes hacerte una idea de lo que significa este sonido para mí —confesó—. Cuando creía que estabas muerto, hubiera vendido mi alma al diablo con tal de poder escucharlo.

—Ten cuidado con lo que dices, Casie. Nunca se sabe quién podría estar escuchando.

CAPÍTULO 14

Reaparecieron en mitad del salón de la casa de Casandra.

—Suerte que mi madre no está en casa —comentó, algo mareada por el viaje. Arrugó el ceño al percatarse de que las luces estaban encendidas.

Azrael plegó sus alas, y en unos segundos volvió a ser, en apariencia, un chico normal.

—¿Casie? —Lena salió de la cocina con el gesto desencajado—. Gracias a Dios.

—Creía que estarías ya en tu casa —comentó Casandra, acercándose a ella. Miró el reloj y se sorprendió al ver que eran las cuatro de la madrugada. Había perdido la noción del tiempo.

—He venido a recoger mis cosas, pero alguien, o algo, me ha seguido.

Azrael carraspeó para llamar su atención. Ambas se volvieron hacia él.

—Es culpa mía —les explicó—. Quería asegurarme de que llegabas bien a casa. Daniel, por favor —llamó, sin dirigirse a nadie.

Un muchacho apareció junto a Azrael, e inclinó la cabeza ante él con evidente respeto. Parecía no ser mayor que Lena o Casandra. El pelo, del color de la miel, le tapaba en parte la cara, aunque bajo él se adivinaban unos ojos de un azul similar al del cielo.

—Casandra, Lena, este es Daniel. Forma parte de mi coro.

—¿Tenéis un coro? ¿Y cantáis bien? —preguntó Lena perpleja.

Azrael y Casandra rompieron a reír. Daniel, sin embargo, miró a Lena con expresión ofendida.

—Casie, ¿puedes explicárselo a tu prima? —sugirió Azrael, aún con la sonrisa en los labios—. Necesito discutir un asunto con Daniel.

—Lo tuyo es de estudio clínico, Lena —la reprendió Casandra, mientras ambas entraban en la cocina.

—¿Qué he dicho ahora? Si tiene un coro, digo yo que será para cantar.

Cassandra se sentó en un taburete, cabeceando atónita ante el desparpajo de su prima, y se dispuso a contarle quién era en realidad Azrael. Le llevó alrededor de media hora hacerle un resumen mientras ella asentía una y otra vez de forma mecánica. Hubo un momento en que pensó que no se estaba creyendo nada de lo que le decía, pero siguió adelante.

Le tembló la voz al describir lo que había sentido al contemplar a Azrael con las alas extendidas sobre el acantilado. Al terminar su narración, Lena sonreía de oreja a oreja. Cassandra se preguntó si en algún momento de su vida su prima se tomaría algo en serio.

—¿Lo has entendido todo? —le preguntó Cassandra, al ver que no decía nada.

—Lo más básico, sí. Gabriel, que pensábamos que estaba muerto, ni está muerto ni se llama Gabriel, es el Ángel de la Muerte. Francesco, que tampoco se llama Francesco, es un demonio. Y el del coro no canta, sino que también es un ángel —le respondió, resumiendo sus explicaciones—. Alucino —añadió, tras un momento—. Has pasado de un muerto a un ángel. Cómo te las gastas, ¿eh?

Cassandra suspiró, sabiendo que se avecinaba una buena tanda de burlas.

—Volvamos al salón —le indicó resignada.

—Vale —aceptó Lena alegremente—. Pero deberías saber que Mara ha llamado unas doscientas veces.

Cassandra se volvió horrorizada.

—Me ha dicho que te ha bloqueado porque está harta de tus salidas de tono. Dice que o te tranquilizas un poco, o hablará con tu madre.

—¿Qué le has dicho?

—Que se busque un *hobby* —contestó su prima, encogiéndose de hombros—. Le he sugerido el punto de cruz. Dicen que relaja mucho.

—Un día me va a meter en un lío.

Se dirigieron de vuelta al salón, donde Azrael y Daniel continuaban conversando en voz baja. Azrael se giró hacia ellas y se quedó observando a Lena. Esta lo miró y esbozó una sonrisa maliciosa.

—¿De verdad te llamas como el gato de los pitufos? —soltó sin más.

Casandra se sentó en el sillón y apoyó la cabeza en las manos, aceptando definitivamente que su prima no tenía remedio. Daniel la miró, confuso, mientras que Azrael trataba de contener una carcajada.

—Así es.

—Y él es un ángel —añadió, señalando a Daniel.

Azrael asintió.

—Casandra necesita protección, y tú, si estás a su lado. Yo necesito ausentarme y no sé cuánto voy a tardar en averiguar lo que necesito saber.

—¿Vas a marcharte? —lo interrumpió Casandra.

—Casie, no lo entiendes —dijo con pesar—. Saben lo qué eres.

—¿Quiénes? —No había rastro de humor en la voz de Lena.

—Demonios —admitió Azrael—. Casandra puede llevar almas al otro lado. Ya lo ha hecho antes —aseguró, dirigiéndole a Casandra una enigmática mirada—. Y esa clase de don es justo lo que necesitan para aumentar su poder.

Casandra palideció ante la afirmación de Azrael, al comprender por fin las palabras de su abuela. Los demonios la buscaban y así era como pensaban utilizar su don: obligándola a llevar almas desde su mundo al infierno. Le horrorizó la idea de condenar a algún pobre infeliz a ese tipo de crueldad y sufrimiento.

Azrael se plantó junto a ella en un par de zancadas y le habló al oído.

—No va a pasarte nada, Casie —la tranquilizó con dulzura—. Daniel se quedará con vosotras todo el tiempo que haga falta, y yo volveré en cuanto pueda.

Tomó su cara entre las manos, sujetándola con delicadeza para hacer que lo mirara.

—Hablaré con Asmodeo. Negociaré con él si hace falta para que nos ayude.

—Pero él es uno de ellos —repuso Casandra, inquieta ante la idea de tener que depender de la ayuda que él pudiera prestarles.

—Él no está interesado en tu don, no le resulta útil para sus fines. En realidad, lo único que le interesa de ti es tu cuerpo —admitió, apretando la mandíbula con rabia.

—Me pone los pelos de punta —confesó ella.

—Lo sé, pero puede convertirse en un poderoso aliado. Prométeme que serás prudente mientras yo no esté, por favor.

Azrael le dio un pequeño beso en los labios y ella asintió. Hubiera deseado que no tuviera que marcharse ahora que por fin sabía que no estaba muerto, que había una pequeña posibilidad de que pudieran estar juntos.

—¿Cuánto tardarás?

Cuando él se marchase, el vacío que había sentido hasta ahora durante sus ausencias crecería hasta dejarla hueca por dentro. Dejó que su cabeza descansara sobre el pecho de Azrael para llenarse los oídos con el sonido de su corazón.

—Volveré lo antes posible —dijo él, rodeándola con sus brazos—. Daniel os acompañará el lunes al instituto si es necesario.

La mirada de Casandra vagó por su rostro, observando las pequeñas arrugas de preocupación que surcaban su frente y los labios apretados en una mueca de disgusto, hasta que llegó a sus ojos, sus pupilas engrandecidas por la inquietud que sentía. Tenía milenios de existencia a sus espaldas y, sin embargo, allí estaba, terriblemente preocupado por una chica de tan solo diecisiete años. No podía entender qué veía en ella ni por qué estaba dispuesto incluso a pactar con demonios para mantenerla a salvo.

—Te amo —confesó ella con timidez. No quería dejarlo marchar sin que lo supiera.

Azrael cerró los ojos durante unos segundos con un gesto de dolor dibujado en la cara.

Casandra pensó que se había precipitado. Puede que él sintiera por ella más compasión que otra cosa, o que simplemente se sintiera obligado a protegerla. Al volver a abrirlos, vio una amarga tristeza en sus ojos que la empujó un paso más hacia el abismo.

—¿Qué clase de vida puedes tener a mi lado, Casie? ¿Qué tipo de amor puedes encontrar en alguien como yo?

—Me da igual lo que seas. Solo quiero estar a tu lado —dijo con una desesperación palpable, olvidándose por completo de que no estaban solos—. Mi vida es finita, apenas un parpadeo en tu extensa existencia. Es todo lo que pido.

—Mi existencia no será nada después de ti —confesó Azrael, abatido por la verdad que encerraban sus palabras.

Cassandra lo besó, tratando de ahuyentar no solo el temor de Azrael, sino el suyo propio. Estaba agotada, y todo lo que deseaba en ese momento era dormir acurrucada contra él, sin importar quiénes fueran o quién la estuviera persiguiendo. Lo amaba y, tal y como le había dicho, quería pasar el resto de su corta existencia a su lado. Encontrarían una forma, fuese cual fuese. Tendrían que encontrarla.

—Vuelve pronto, por favor —rogó Cassandra.

—En cuanto me sea posible.

Azrael se giró para dirigirse a Daniel, que observaba con gesto impertérrito la escena. Cassandra no sabía cómo se tomaría la relación entre ellos; al fin y al cabo, Azrael era un ángel.

—Cuida de ellas. No sé cuánto me va a llevar esto. Si surgen problemas, y no puedes dar conmigo, llama a los otros.

—Marcha tranquilo. —Fue su escueta respuesta.

Azrael se despidió de Cassandra con un beso cálido y prolongado, y después desapareció sin más. La estancia se sumió en un tenso silencio tras su marcha. Cassandra observó con cierta curiosidad a Daniel, que seguía parado en mitad del salón sin decir nada.

Lena lo miraba también.

—Creo que me quedaré aquí esta noche —dijo su prima, disolviendo la incomodidad de la situación.

—Será lo mejor —aprobó Cassandra, que se preguntaba si los ángeles dormían—. Vosotros... ¿dormís?

—A veces —contestó Daniel con ambigüedad.

—Hay dos camas en la habitación de invitados —sugirió ella.

—¿Pretendes que duerma conmigo? —Lena se hizo la ofendida, pero Casandra era consciente de que dormir en la misma habitación que un ángel le resultaba, como poco, fascinante.

—No es estrictamente necesario —se apresuró a decir el ángel—. Puedo permanecer despierto.

—Vale, vale. Que duerma conmigo —aceptó Lena con rapidez.

Casandra rio por lo bajo y compadeció a Daniel. Ángel o no, su prima no se lo iba a poner nada fácil.

Al día siguiente, Casandra y Lena charlaban en pijama mientras desayunaban en la cocina. Según su prima, Daniel se había levantado un rato antes y le había dicho que iba a dar una vuelta por los alrededores.

—Yo creo que no duerme de verdad —le susurró Lena, refiriéndose a Daniel—. Creo que ha pasado la noche tumbado en la cama mirándome.

—¿Y no será al revés? —la picó Casandra—. Es guapo, parece tu tipo.

—¡Oh, vamos! Es un estirado. ¿Crees que me gustan los estirados?

Lena untaba con insistencia mermelada en una tostada, a pesar de que esta ya tenía más de la que cualquier persona normal le pondría.

—Es un ángel, Lena, puede que no esté acostumbrado a estar con humanos.

Casandra tomó un trago de café que le calentó la garganta. Algo golpeó en la ventana y ambas pegaron un chillido, asustadas. Al volverse, Daniel las saludó con la mano y se quedó allí quieto observándolas.

—Es un poco raro —le susurró su prima, sin apartar la vista de él.

Casandra le hizo un gesto al ángel para que entrara. Desapareció de su vista y, en

pocos segundos, se encontraba en la cocina con ellas.

—¿Has dejado la puerta sin llave al salir? —lo interrogó Lena.

—Sí.

—Pues vaya vigilante. Te vas y nos dejas solas en la casa con la puerta abierta.

—La casa tiene guardas. Si algo las traspasa, lo sabré —replicó Daniel con seguridad.

—¿Guardas? —inquirió Lena confusa.

Cassandra le lanzó una mirada de advertencia para acallar la probable respuesta jocosa de su prima.

—Una especie de alarma sobrenatural —se limitó a decir Daniel.

—Vale, vale —refunfuñó Lena.

Cassandra atendía a la conversación a medias. Pensaba en Azrael, preguntándose dónde estaría y si tardaría mucho en volver. Ya notaba los efectos de su ausencia. Había pasado la noche dando vueltas en la cama, aunque agradecía no haber tenido pesadillas. Aun así, echaba terriblemente en falta la sensación de sus brazos alrededor de su cuerpo.

—... instituto? —Oyó que decía Lena.

—Sí —respondió el ángel.

—¿De qué habláis? —preguntó Cassandra, tratando de centrarse.

—Va a venir con nosotras al instituto. Se lo comerán vivo —la informó su prima. Dio un mordisco a la tostada y acto seguido la dejó en el plato.

Daniel la miró confundido.

—Pero ¿vas a asistir a clase? —le preguntó Cassandra.

—No, gracias. Estaré cerca por si me necesitáis.

—Chico listo —replicó Lena—. Casie, ¿qué piensas decirle a tu madre cuando

vuelva?

—Puedo mantenerme al margen para que no me vea —les indicó Daniel.

Apenas gesticulaba y continuaba de pie con gesto serio pero amable.

—Sí, me hago una idea. Azrael ya nos enseñó ese truco y lo dimos por muerto —le aclaró Lena.

—¿Por qué no vas a ducharte, Lena? —le sugirió Casandra, alzando las cejas.

—¿Es una indirecta? Porque huelo maravillosamente bien.

Casandra le hizo un gesto con la cabeza para que saliera de la habitación. Lena se percató enseguida de sus intenciones y caminó hasta el salón tras sus pasos.

—¿Qué es lo que te pasa? —le preguntó Casandra una vez en el salón—. Dale un poco de tregua a Daniel.

—Me pone nerviosa. No veo su aura y, además, me mira por encima del hombro —se defendió Lena.

—No te mira por encima del hombro. Vete a la ducha, te sentará bien relajarte un poco.

Su prima no discutió. Dio media vuelta y subió las escaleras murmurando algo que no consiguió entender. Casandra volvió a la cocina junto a Daniel, que continuaba de pie en el mismo sitio en el que lo había dejado.

—Puedes sentarte —le indicó Casandra, señalando uno de los taburetes de madera que rodeaban la isla central.

—Gracias.

Daniel tomó asiento frente a ella.

Permanecieron callados mientras Casandra terminaba su desayuno. En realidad, a ella también le ponía un poco nerviosa la presencia de Daniel. Estaba acostumbrada a Azrael, que desde el principio había mostrado una actitud del todo humana.

El ángel también parecía inquieto. Casandra se obligó a hablar para tratar de aligerar un poco el ambiente.

—¿Hace mucho que conoces a Azarel? —Le pareció una pregunta algo estúpida, pero por algo tenía que empezar.

—He formado parte de su coro desde mi creación.

Casandra no percibió que su pregunta lo incomodara, aunque tampoco parecía muy hablador.

—Y ¿sois muchos?

—Varias decenas, pero no nos reclama a menudo. Suele realizar su tarea solo.

—¿Y qué hacéis vosotros mientras? —le preguntó ella con genuina curiosidad.

—Esperar.

—¿Esperar qué?

—A que nos necesite —aclaró él, como si fuera lo más lógico del mundo que decenas de ángeles pasaran el rato esperando a Dios sabe qué.

Casandra no tenía mucha idea de a qué se dedicaban los ángeles en su tiempo libre, si es que lo tenían, pero estaba claro que a socializar con humanos no.

—No quiere que nos contaminemos —añadió el ángel ante su evidente perplejidad—. Él puede llegar donde nosotros no. Estar allí lo ha cambiado. —Casandra supo que se refería al infierno—. No solo su aspecto exterior. Ese sitio... ni siquiera puedo imaginar del todo cómo es...

Por primera vez, su expresión había variado; un ligero atisbo de pesar le ensombrecía el rostro.

—¿Está allí ahora?

—Sí, aunque supongo que hablará antes con Asmodeo —puntualizó Daniel.

Casandra percibió un leve tono de desaprobación en su voz.

—No te parece bien que me proteja, ¿verdad?

—No cuestiono sus motivos, pero se arriesga demasiado. Su actitud hacia ti —hizo una breve pausa, escogiendo las palabras que iba a usar— puede traerle ciertas consecuencias. No estoy del todo seguro de que se haya parado a valorarlas de forma adecuada.

—¿Pueden castigarlo?

Daniel asintió.

Casandra apretó los dientes, furiosa consigo misma por no haber pensado en ello. No le importaban las consecuencias que tuviera para ella estar con Azrael, nada iba a impedirle estar junto a él, pero no quería que él sufriera por su culpa; ya había sufrido demasiado durante su larga existencia para que acumulara aún más dolor.

—Y tú, ¿puedes tener problemas? —le preguntó Casandra, sintiéndose culpable.

—La cuestión de todo esto no está en que te protejamos, no hay nada realmente malo en ello, aunque sea algo irregular. El problema está en lo que Azrael siente por ti. Hace tiempo que él no acata de manera estricta las normas. No vive en el cielo y nunca tenemos noticias tuyas. Solo yo he sabido siempre dónde se encontraba. Los demás incluso han llegado a pensar que había muerto.

—¿Podéis morir? —inquirió Casandra. Una punzada de terror le atenazó el corazón.

—Así es.

Daniel no se mostraba inquieto ante la conversación que estaban manteniendo. No parecía ser consciente de lo importante que era para ella todo lo que le estaba contando. Azrael no solo podía recibir un castigo por su relación con ella, sino que podía morir. Algo en lo que ni siquiera había pensado.

—¿Lo saben ellos? ¿Saben lo que hay entre nosotros? —Daniel negó con la cabeza—. ¿Vas a contárselo?

—No —afirmó con rotundidad, lo que alivió al menos en parte su preocupación—. No logro comprender del todo lo que él siente por ti, y puede que no lo haga nunca, pero Azrael lleva mucho tiempo solo, aislado de todos y con una terrible carga. Tú pareces hacerle sentir mejor y no te asusta lo que es o lo que hace. Es más de lo que ha tenido nunca, y no

seré yo quien lo traicione.

—Él nunca... No ha... —Agachó la cabeza, sabiendo que era una cuestión demasiado delicada que quizás no debería formular.

—No —negó él, comprendiendo cuál era su pregunta—. Nunca ha sentido esa clase de interés por nadie. No solemos albergar ese tipo de sentimientos, menos aún hacia humanos.

No lo dijo con desdén, para él solo era la constatación de un hecho: los ángeles no se enamoraban de humanos.

Casandra apoyó la cabeza en las manos y se quedó mirando la encimera. Todo estaba saliendo terriblemente mal. Quería que Azrael volviera, quería pedirle que lo olvidara todo y la dejara a merced de los demonios que venían a por ella, pero ni siquiera podía pensar en la idea de no volver a verlo, y eso era en realidad lo más peligroso para él. Se sintió egoísta por desear pasar su efímera vida con él cuando lo más probable era que eso lo condenara para toda la eternidad.

—¿Crees que esta historia puede tener un final feliz? —preguntó Casandra. Era consciente de que podía no llegar a gustarle su respuesta, pero aun así formuló la pregunta.

—Creo que en tu mundo todo lo bueno siempre requiere un sacrificio —puntualizó el ángel—. La cuestión es qué clase de sacrificio vais a tener que realizar vosotros.

—Hay algo que no logro comprender. ¿Cómo puede ser malo el amor? ¿Cómo podéis castigar ese tipo de sentimiento?

—Incluso el amor más puro puede corromper al más fuerte de los corazones.

Casandra agachó la cabeza para esconder el rostro entre los brazos. Hubiera querido llorar, pero sentía que ya no le quedaban lágrimas para derramar. La conversación con Daniel le había revelado más de lo que esperaba y, aunque deseaba con toda su alma ser fuerte, en ese momento, con Azrael lejos de ella, le parecía que iba a ser incapaz de conseguirlo.

—¿He dicho algo inoportuno? —preguntó Daniel, al ver la expresión compungida de ella.

Casandra deseó gritar, decirle que todo lo que decía era no solo inoportuno, sino cruel; pero sabía que todo aquello no era más que la realidad a la que se enfrentaban Azrael y ella. Y era bastante probable que Daniel ni siquiera se diera cuenta del dolor que sus

palabras le provocaban.

—No te preocupes, solo trato de digerir todo esto. Estoy bien —mintió, levantando la cabeza para mirarlo—. Azrael no debería ser castigado por esto, no es justo que le pase algo por mi culpa.

—Lo lamento —se disculpó el ángel con sinceridad.

Ella inspiró profundamente, decidida a saber de una vez por todas lo que les esperaba.

—¿Cuál es el castigo?

Daniel se quedó observándola y negó con un gesto. Casandra pensó que no iba a decir nada más, que quizás era algo prohibido que no le estaba permitido revelar.

—No lo sé. Lo único que puedo decirte es que solo hay alguien que aplique ese tipo de sanción: Gabriel.

Casandra iba a replicar, discutiendo la imposibilidad de que Azrael pudiera castigarse a sí mismo, hasta que se dio cuenta de que Daniel no hablaba de él.

—¿Te refieres al arcángel Gabriel?

Azrael y él habían sido amigos, o algo similar, habían compartido la tarea de guiar las almas de los muertos durante un tiempo. Recordó las palabras de Azrael: «Cree fervientemente en lo que hace, y cumple con sus misiones de forma recta y diligente». ¿Sería capaz de condenar a Azrael al castigo que le impusieran?

«Puedes apostar a que sí», pensó apesadumbrada.

Casandra se levantó del taburete tan bruscamente que este cayó hacia atrás con estrépito. Le hubiera gustado decir algo, quejarse, gritar, incluso patalear como una niña pequeña, pero se marchó corriendo escaleras arriba hacia su habitación, demasiado furiosa para demostrarlo. Necesitaba silencio, un poco de tranquilidad para pensar sin estar bajo la atenta mirada de nadie, divino o humano.

Una vez que se encerró en su dormitorio, se dedicó a pasear de una pared a otra como lo haría un león enjaulado. Debía existir algún tipo de solución, algo que pudieran hacer antes de que alguien más se enterara de la relación que mantenían, pero lo único que acudía a su mente una y otra vez era la imagen de Azrael arrastrado por las almas hacia el fondo del túnel, esa que la había estado acosando en sueños.

—¿Era eso una advertencia? ¿Es lo que tratabas de decirme? —aulló, levantando la cabeza hacia el techo—. ¿Qué clase de Dios castiga el amor que sienten sus hijos? Dime, ¿qué clase de Dios permite que sufra solo durante milenios?

Cassandra se dejó caer de rodillas sobre el suelo. Gruesas lágrimas se agolpaban en sus ojos, apagando el color de estos y dejando surcos húmedos en la piel de su rostro. Se hundió en su dolor y dejó que la ira la envolviera, que la zarandeara sin piedad.

Había perdido y recuperado a Azrael. Estaba muerto para luego estar vivo. Un alma errante y luego un ángel. Era suyo y luego..., luego lo perdería de nuevo. Lo castigarían, se lo arrebatarían de entre sus brazos y lo condenarían solo por amarla. Y su dolor sería eterno.

Permaneció en el suelo sollozando sin apenas fuerzas para ello, sintiendo cómo algo se rompía en su interior. Sabía que debía hacer algo al respecto. No podía quedarse cruzada de brazos mientras todos a su alrededor decidían qué estaba bien y qué mal. Amaba a Azrael, no podía siquiera plantearse dejarlo marchar y simular que nunca se habían conocido, pero tampoco pensaba permitir que sufriera daño alguno.

Su fatigada mente trabajaba mientras ella continuaba llorando. Pasaron los minutos, deslizándose a su alrededor sin que se diera apenas cuenta. Y poco a poco, entre las lágrimas, el dolor y la pesadumbre, una pequeña idea se abrió paso ofreciéndole algo de consuelo. Era una idea descabellada y bastante temeraria, pero por ahora era lo único que tenía y pensaba aferrarse a ella.

Se sentó en el suelo, con el corazón palpitando en su pecho y enviando adrenalina a todo su cuerpo. Sopesó las distintas posibilidades, muchas de ellas con un final aterrador. Sin embargo, existía una probabilidad de que su plan saliera bien y con eso le bastaba.

Los ojos de Cassandra tropezaron con un papel que quedaba parcialmente oculto bajo la cama. Lo tomó entre los dedos y acarició cada una de las elegantes letras que había escritas en él: «Mantente alejada de Francesco», rezaba la nota. La firmaba Azrael, aunque empleando el nombre de Gabriel.

Cassandra lo echaba de menos. La necesidad física que tenía de sentirlo cerca tironeaba de ella de forma constante. Se puso de pie, dolorida por el tiempo pasado en el suelo y por el cansancio acumulado. Fue hasta el baño contiguo y se apoyó en el lavabo para observar su rostro en el espejo. Le costó reconocer la imagen que le devolvía. A las ojeras ya habituales en los últimos días había que añadir los ojos llorosos e hinchados, pero en su mirada había una determinación que nunca había visto hasta entonces. Iba a luchar por Azrael. No iba a permitir que nadie le dijera que su amor era algo malo o que merecía una

condena.

CAPÍTULO 15

Cassandra regresó despacio hasta el salón, tomándose tiempo suficiente para tranquilizarse e intentar borrar de su cara las huellas que había dejado el llanto. Lena y Daniel compartían el sillón, pero ambos actuaban como si el otro no estuviera sentado a pocos metros. Mientras bajaba la escalera no había oído ninguna voz y había esperado encontrar el salón vacío. Pero allí estaban, sentados juntos y sin mirarse.

La luz que entraba por el ventanal del salón, filtrada por la delicada cortina blanca, incidía sobre el rostro de ambos, dándoles un aspecto casi místico. El pelo negro de su prima emitía destellos de un tono azulado, mientras que el de Daniel relucía como si estuviera bañado en oro. Y si la cara de Lena reflejaba una clara preocupación, la del ángel transmitía serenidad. Cassandra envidió su templanza, era una de las cualidades que ella nunca había tenido.

Lena se puso de pie en cuanto se percató de su presencia.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Cogió de la mano a Cassandra y le dio un cariñoso apretón. Daniel debía de haberle contado a Lena al menos una parte de la conversación que habían mantenido mientras estaba en la ducha.

Cassandra asintió y cruzó una mirada con el ángel. Quizás se arrepintiera de haber sido tan sincero con ella, pero Cassandra no podía más que agradecerle que le hubiera contado todo lo que ahora sabía.

—Ha llamado tu madre —la informó Lena—. Ha dicho que se le ha complicado el viaje. Parece que el autor de las obras no termina de decidir qué quiere exponer y va a tener que quedarse uno o dos días más. Ha sugerido que te quedes en mi casa.

—Me quedo aquí —respondió Cassandra de forma tajante—. No quiero poner en peligro también a tus padres.

—¿De verdad estás bien? —insistió Lena—. Tu aura...

Cassandra hizo una mueca que persuadió a su prima de continuar con la frase.

—Vale, ¿cuál es el plan? —terció Lena.

Daniel se giró hacia ella, de nuevo interesado en la conversación.

—¿Plan?

—Sí, ¿qué pasa? ¿Nos vamos a quedar sentados aquí sin hacer nada?

—Sí —le contestó él con su acostumbrado gesto sereno.

—Pues vaya mierda de plan.

—No empieces —la reprendió Casandra—. Azrael no puede tardar, veremos qué ha logrado descubrir.

Casandra deseó tener razón y que él se materializase en ese momento en la habitación. Se sentó en el sillón fingiendo una tranquilidad y una despreocupación que ni de lejos sentía. Era bastante probable que Lena se percatara de que tramaba algo, pero no había nada que ella pudiera hacer al respecto.

Mientras ella le daba vueltas a cómo enfocar las preguntas que necesitaba hacerle a Daniel, este se puso repentinamente de pie. Le pareció que murmuraba algo sobre las guardas de la casa, aunque ni siquiera le dio tiempo a pensar en lo eso que significaba.

Casandra tuvo que protegerse los ojos con la mano cuando un fognazo de luz la cegó momentáneamente. Parpadeó varias veces para recuperar del todo la visión. Daniel se encontraba en mitad de la sala con las alas totalmente desplegadas. Las suyas, al contrario que las de Azrael, eran blancas; de un blanco tan puro que molestaba a la vista. El aire a su alrededor brillaba, envolviéndolo en un halo luminoso.

—¿Qué demonios...? —exclamó Casandra sorprendida.

—Ese soy yo.

Asmodeo se encontraba apoyado en la puerta principal, que ni siquiera estaba abierta. Impecablemente vestido con una camisa gris oscuro y unos pantalones negros, y con el pelo mojado y peinado hacia atrás. Su porte aristocrático acompañaba a la perfección a la media sonrisa que lucía con indiferencia, como si no acabara de aparecer de la nada.

Daniel lo observaba con desprecio, manteniendo su cuerpo entre él y las dos chicas. Lena, asombrada, miraba las alas con los ojos abiertos como platos; Casandra sabía exactamente cómo se sentía.

—¡Oh, vamos! ¿Te importaría guardar tus alitas? —se burló Asmodeo—. Los ángeles tenéis la fea costumbre de sacar a relucir vuestros atributos enseguida.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Daniel, sin moverse ni variar lo más mínimo su postura. Su rostro no parecía el de un niño, como momentos antes; su expresión era gélida e incluso algo salvaje.

Ángel y demonio. Casi podía palparse el odio que ambos se profesaban. La aparente postura despreocupada de Asmodeo no engañaba a Casandra, se sentía tan preparado para una pelea como lo estaba el ángel. El demonio se cruzó de brazos, esperando a que Daniel plegara las alas.

—Yo también puedo sacar toda mi parafernalia demoníaca si eso te hace sentir mejor —comentó Asmodeo, y algo oscuro atravesó su mirada.

Casandra no quería saber a qué se refería, ya le ponía bastante nerviosa en su forma humana.

—Responde a mi pregunta —insistió Daniel.

—Guarda las alas, niño —le exigió Asmodeo—. No he venido a pelear.

—Daniel, por favor —le rogó ella. Si el demonio estaba allí, lo más probable era que hubiera sido enviado por Azrael.

Las palabras de Casandra surtieron efecto y el ángel replegó las alas sobre la espalda, segundos más tarde ya no estaban allí. Con todo, se mantuvo entre el demonio y ellas, reacio a confiar en él.

—¿Y bien? —lo interrogó de nuevo el ángel.

—Me envía Azrael —explicó Asmodeo de mala gana—. Ni siquiera sé por qué le hago caso, así que procura no ponerme las cosas más difíciles —le indicó, avanzando por el salón hasta dejarse caer en una de las butacas—. Lo tienes crudo, preciosa —añadió una vez sentado, dirigiéndose a Casandra.

—¿Le has visto? ¿Está bien? —preguntó ella, deseosa de tener alguna noticia de su paradero.

—Por lo que veo, no mejor que tú.

Asmodeo le lanzó una mirada lasciva, y Casandra hizo como si no se hubiera percatado de ello.

—¿Está bien? —repitió con paciencia.

—Por ahora —contestó con una media sonrisa—. Mañana, quién sabe.

—No hay necesidad de asustarlas —le reprochó Daniel.

Lena, que hasta ahora había permanecido callada, salió de su trance.

—Deja de fanfarronear de una vez. Si vas a contarnos algo de utilidad, dilo ya, y si no, cállate.

El demonio trasladó su atención de Casandra a Lena, que le mantuvo la mirada sin pestañear siquiera. Casandra puso los ojos en blanco y no escondió su exasperación al hablarle.

—¿Te importaría dejar de mirarnos como si solo fuéramos un trozo de carne?

—Viene con el pack, preciosa —contestó con socarronería a la vez que le guiñaba un ojo.

Casandra abrió la boca para replicar, pero Asmodeo se le adelantó.

—Te buscan. Básicamente, quieren condenar tu alma para hacerte luego su esclava, ya sabes. —Hizo un ademán con la mano, como si lo que le estaba contando fuera lo más natural del mundo, aunque quizás en su mundo sí lo era—. Azrael va a tener que ofrecerles algo realmente succulento para que te dejen en paz.

—¿Cómo de interesados están en mí? —preguntó Casandra, aprovechándose del rumbo que tomaba la conversación. Necesitaba saber ciertas cosas si quería llevar a cabo su plan.

—No creo que lo dejen correr así como así, no se trata solo de lo que puedes hacer por ellos. Durante siglos, Azrael ha estado robando almas que nos pertenecían. Ahora tienen la oportunidad de vengarse de él.

Asmodeo sonreía en todo momento. No es que fuera ajeno a lo que implicaban sus

palabras para Casandra, más bien le resultaba divertido todo el lío en el que ella se había metido. Daniel, por el contrario, apretaba la mandíbula y los puños, sin molestarse en esconder la animosidad que sentía por él. Y eso que el ángel se había mostrado bastante inexpresivo hasta ahora.

«Bueno, al menos parece que tiene sentimientos. Sean del tipo de que sean», pensó Casandra.

—Daniel —lo llamó, volviéndose para mirarlo—. ¿Cómo de interesados están los tuyos en que yo no caiga en malas manos?

Asmodeo resopló al escuchar cómo se refería a los demonios. El ángel desvió su vista hacia ella.

—Azrael no permitirá...

—No me refiero a él —lo cortó ella.

Daniel permaneció callado, observándola en silencio, lo que la impacientó aún más. Pero no podía permitirse el lujo de presionarlo y que terminara por no contarle nada. Esperó hasta que, finalmente, fue Asmodeo quien contestó a su pregunta.

—Estoy seguro de que por una vez sus intereses coinciden con los nuestros.

A continuación, se acomodó más en el asiento y enarcó una ceja mirando a Daniel, retándolo a que lo contradijera.

—No voy a hablar delante de él. —El ángel escupió las palabras una a una, sin dejar de mirarlo.

—¡Ah, los ángeles! Siempre tan desconfiados. Luego los malos somos nosotros —se mofó Asmodeo.

—Este tío me gusta —bromeó Lena, señalando al demonio.

Casandra no fue capaz de saber si hablaba en serio. Aunque conociendo a su prima era probable que acabara llevándose bien con él. Era capaz de llevarse bien con cualquiera, excepto, al parecer, con Daniel.

—¿Daniel? —lo reclamó de nuevo, esperando que diera su brazo a torcer.

El ángel pareció dudar un poco más, pero terminó por ceder a su petición.

—Bastante interesados. Antes todo era distinto, en cambio, ahora... —Hizo una pausa antes de continuar—. No podemos permitir que se lleven más almas. Desequilibraría demasiado la balanza.

—Querrás decir que la igualaríamos —terció Asmodeo.

—Digo lo que quiero decir.

—Dices gilipollecas —lo contradujo el demonio.

Las miradas de Casandra y Lena iban y venían de uno a otro.

—¡Basta! —atajó ella.

Era perfecto, tal y como Casandra había pensado. Los demonios la buscaban, pero los ángeles no podían permitir que se salieran con la suya.

—Qué más da, preciosa. No es de ellos de quienes deberías preocuparte —comentó Asmodeo, interrumpiendo sus pensamientos con su acostumbrada arrogancia.

—Es bueno saber que ellos —dijo Lena refiriéndose a los ángeles— no dejarán que te pase nada.

—No van a enterarse de nada. No será necesario. —Daniel torció la cabeza mientras la miraba.

—¿Y si se enterasen? ¿Y si alguien se lo dijera? —continuó Casandra.

—Si se enterasen... —Asmodeo rompió a reír a carcajadas en mitad de la frase—. Preciosa, no sé exactamente en qué estás pensando, pero yo que tú tendrías cuidado o terminarás por provocar una guerra.

No parecía que la idea de una batalla entre el bien y el mal disgustara demasiado al demonio. Casandra se preguntó si el otro bando también estaría tan predispuesto para la lucha.

—No voy a quedarme de brazos cruzados viendo cómo castigan a Azrael solo por ser

capaz de sentir amor.

—Estás entrando en un juego peligroso, las apuestas aquí son demasiado altas para una simple mortal —le advirtió Asmodeo. Viniendo de él, el aviso resultaba escalofriante.

—No subestimes la capacidad de amar de su raza —terció el ángel.

—No lo hago. La historia está repleta de guerras iniciadas por el simple amor de dos mortales, es por eso por lo que lo digo. Lo suyo ni siquiera es una pareja normal.

Daniel dirigió su atención a ella. Desaparecida la rabia que hasta ese instante velaba su rostro, quedó de nuevo solo su cara infantil con una mirada suplicante en los ojos.

—Ten fe, Casandra. No tomes decisiones precipitadas.

—¿Fe? ¿Fe en tu Dios? ¿Por qué habría de tener fe en Él? —se revolvió ella con rabia—. Cada día muere gente, hay asesinatos, violaciones, guerras, hambre... niños mueren por todo el mundo. ¿Qué hace Él mientras tanto? ¿Observarnos? ¿Esperar? —Tomó aire para continuar—. Azrael lleva siglos y siglos descendiendo al infierno para salvar almas sin importarle en lo que ha tenido que convertirse para ello, y cuando encuentra algo de consuelo ¿qué va a recibir a cambio? Una condena eterna —concluyó—. ¿Y me pides que tenga fe?

Asmodeo la miraba fijamente, sin restos de arrogancia o burla en su expresión. Lena asentía ante su arenga.

Daniel agachó la cabeza, avergonzado por las palabras de Casandra. Esta hervía de rabia y determinación. Puede que su idea fuera arriesgada, puede que provocara una guerra, pero al menos ella estaba haciendo algo al respecto.

—Los males de tu mundo no son culpa nuestra —se defendió el ángel—. Libre albedrío, ¿recuerdas?

—Esa ha sido siempre vuestra mejor excusa, el libre albedrío. Pues con toda la libertad de la que dispongo he decidido luchar por lo que quiero, y ni tú ni un ejército de ángeles o demonios me lo va a impedir.

Todos guardaron silencio tras sus palabras, aunque el eco de su última afirmación parecía repetirse una y otra vez. Casandra apartó la vista y se acercó a la ventana para tratar de tranquilizarse y recobrar al menos en parte la compostura.

Contempló la niebla que poco a poco iba descendiendo en torno a los edificios, rodeándolos con suavidad. Recordó sin querer la sensación que le producían las alas de Azrael en torno a su cuerpo, la caricia de cada una de sus plumas sobre la piel. No pudo evitar suspirar deseando una vez más que él estuviera a su lado.

Permaneció un rato con la vista perdida en la oscuridad cada vez más intensa que se adueñaba del cielo, a pesar de que no era más que mediodía.

—¿Qué piensas hacer? —Oyó que le preguntaba Lena a su espalda.

—Chantajear al cielo —afirmó ella sin dudar.

Tal y como Casandra esperaba, aunque no por ello la irritó menos, Asmodeo rio a carcajadas.

—¿Qué quieres decir? —la interrogó el ángel.

—Alitas, estás un poco lento —se burló Asmodeo—. Esa mente bondadosa tuya no te deja pensar con claridad.

Casandra oyó que Lena trataba de contener la risa, y ella misma sonrió ante el apodo que el demonio había escogido para ridiculizar a Daniel.

—Va a solicitar inmunidad a cambio de no entregarse a los demonios —añadió Asmodeo, adivinando las intenciones de Casandra—. ¿No es así, preciosa?

—A grandes rasgos, sí —confirmó ella.

Se giró para enfrentarse a sus miradas, no iba a esconderse de ellos. No tenía nada que ocultar ni nada de lo que avergonzarse.

—Esta chica me gusta cada vez más —afirmó el demonio, señalando a Casandra—. Si alguna vez te cansas de Azrael, no dejes de llamarme. No te preocupes, tú también puedes llamarme —añadió, dirigiéndose a Lena.

—Deja de soñar —replicó esta.

Lena no sonreía. Casandra no sabía hasta qué punto podía contar con su aprobación, pero esperaba que al menos lo entendiera. Ella mejor que nadie sabía lo que su don había hecho con su vida, la angustia que le había provocado durante todos estos años. Si alguien era capaz de comprender su lucha, esa era su prima.

—Pero si no aceptan —le dijo Daniel, haciendo caso omiso a los comentarios de Asmodeo—, ¿sabes a lo que te expones?

—Mi vida no vale nada al lado de la de Azrael. Es su inmunidad lo que quiero.

—Tu condena será eterna —indicó el ángel—. Y no solo la tuya, sino la de las almas que te obliguen a llevarles.

Cassandra había sopesado esa posibilidad. Si lo que buscaban de ella era que les proporcionara almas, entregándose al mal arrastraría a más gente con ella. Pero si todo salía mal y finalmente tenía que descender al infierno, contaba con un as en la manga para impedir que su don les resultase útil. Esta era su guerra y no pensaba sentenciar a nadie más a ese terrible sufrimiento.

—También he pensado en eso.

—¿Y cómo piensas evitarlo? —exigió saber Daniel, alzando las manos para dejar claro que todo aquello le parecía una locura—. Te obligarán. Da igual lo fuerte que pienses que eres y la voluntad que tengas de resistir. Acabarás por hacer lo que ellos quieren.

—En eso lleva razón Alitas —corroboró Asmodeo.

Cassandra no contestó. No pensaba contarles esa parte del plan.

—¿Cassandra? —insistió Daniel ante su silencio.

Ella negó con la cabeza, dándoles a entender que no iría más allá en sus explicaciones. Sabían lo que necesitaban saber, nada más.

—Da igual, Azrael no lo permitirá —puntualizó el ángel, cruzándose de brazos de un modo que a Cassandra le pareció infantil—. Es una locura.

—Él no va a enterarse de esta conversación, ninguno va a decirle nada.

Si de algo estaba segura Cassandra era de que Azrael no le permitiría arriesgarse de ese modo.

—Pues llegas tarde, preciosa —la informó el demonio—, porque tienen esa especie de radio interna por la que no dejan de cotorrear.

—¿Puedes comunicarte con él? ¿Por qué no lo has dicho antes? —lo interrogó Casandra, acercándose más a Daniel.

El ángel avanzó esquivándola y fue a sentarse en el mismo sillón en el que se encontraba su prima, que permanecía callada asumiendo sus planes.

—No puedo comunicarme con él ahora —admitió Daniel—. Mis pensamientos no pueden atravesar las puertas del inframundo. En cuanto salga de allí...

El ángel no terminó la frase, pero Casandra sabía que en cuanto Azrael estuviera a su alcance le contaría su arriesgada idea.

—No le dirás nada, no quiero que lo sepa. Esperaremos para saber qué es lo que ha averiguado y luego, si es necesario, continuaré adelante para ponerlo a salvo. Y si sabes lo que te conviene —añadió Casandra señalándolo—, no dirás una sola palabra. ¿A quién prefieres condenar? ¿A él o a mí?

Daniel apretó los dientes ante la elección que Casandra le proponía. Esta casi podía ver a través de sus ojos la lucha que se libraba en su interior. Su lealtad a Azrael estaba más allá de toda duda. Era parte de su coro y jamás lo traicionaría. Por otro lado estaba ella, solo una humana a la que acababa de conocer. Casandra contaba con que, a pesar de su aparente frialdad, Daniel antepusiera la seguridad de Azrael a la suya.

El ángel se pasó la mano por la cara en un gesto tan humano que la conmovió. Casandra desvió la mirada para darle algo de intimidad. Saltaba a la vista que trataba de poner orden en sus ideas y no quería empujarlo más hacia el límite, consciente de que si después de todo decidía contárselo a Azrael, este trataría por todos los medios de detenerla.

—Casie, ¿lo has pensado bien? —la interrogó Lena.

Casandra suspiró y asintió lentamente. Su prima le mantuvo la mirada, buscando en ella posibles dudas, tratando de encontrar una fisura que resquebrajase su firmeza. No pareció encontrarla, porque momentos después se levantó y se acercó para abrazarla.

—Te apoyaré hagas lo que hagas, pero no me dejes al margen. Si hay algo que pueda hacer... —le susurró con la cabeza apoyada en su hombro.

Casandra se sintió arropada por la dulzura de su gesto. Se permitió no pensar en nada de lo que estaba ocurriendo mientras disfrutaba del cariño profundo e incondicional que desprendía su prima. No podía decirle que, si las cosas empeoraban, pensaba separarse de

ella. No porque no la quisiera a su lado, sino porque no podría perdonarse a sí misma si le pasaba algo.

El resto de la tarde pasó para ella en medio de una especie de sopor del que ni siquiera las continuas peleas de Asmodeo y Daniel pudieron sacarla. Su prima no dejaba de meter cizaña. Admiraba su capacidad para sacar siempre algo bueno de todo lo que le ocurría. Allí estaba, metiéndose en medio de dos seres cuyos linajes llevaban enfrentados prácticamente desde que el mundo era mundo, y además se lo estaba pasando increíblemente bien. Se alegraba de que por lo menos ella disfrutara de la peculiar compañía.

Daniel, por su parte, aguantaba estoicamente las burlas del demonio. Al menos había que reconocerle que tenía paciencia. No había vuelto a mencionar nada al respecto de la conversación que habían mantenido, ni siquiera para contarle a Casandra si pensaba poner al tanto a Azrael cuando consiguiera comunicarse con él. Ella esperaba que fuera señal de que no iba a decirle nada, aunque más de una vez se percató de que rehuía su mirada.

El demonio, por el contrario, parecía dispuesto a guardar silencio. Casandra no podía discernir si era porque sus argumentos lo habían convencido o bien porque creía que su proceder desataría una guerra en la que se moría por participar. Ni siquiera entendía del todo qué podía haberle prometido Azrael para que estuviera allí con ellos, y casi prefería no saberlo, aunque con toda seguridad sería un motivo más a añadir a la lista de normas infringidas.

Para cuando llegó la hora de la cena parecían un grupo de amigos que se hubieran reunido para tomar unas pizzas y pasar el rato juntos. Incluso Daniel daba la sensación de estar más relajado.

Se habían sentado en el salón, repartidos entre el sillón y el sofá, y para su sorpresa todos comieron. Casandra lamentó no haberles ofrecido nada de comer antes a Daniel y a Asmodeo. La televisión sonaba de fondo, aunque nadie le prestaba especial atención. Lo cotidiano de la escena resultaba casi ridículo.

Casandra trataba de no perder el hilo de la conversación, pero se sentía intranquila por la larga ausencia de Azrael. Había pensado que a esas alturas ya estaría de vuelta, pero quería creer que su tardanza no indicaba que las cosas fueran mal. En algunos momentos le pareció que Daniel se distraía, quedándose en silencio sin mirar a nadie en concreto, y se preguntó si estaría hablando con algún otro ángel a través de esa especie de telepatía que Asmodeo había mencionado.

En otras circunstancias puede que Casandra hubiera disfrutado de la extraña reunión. A pesar de su don, de que en su familia fueran plenamente conscientes de que no todo se acababa al morir, no eran estrictamente creyentes. Nunca se habían planteado realmente que

existiera el cielo como tal, que los ángeles vivieran en él y que hubiera también un aterrador infierno. Su familia creía en una especie de paraíso donde reencontrarnos con nuestros seres queridos, sin criaturas que lucharan entre ellas por hacerse con sus almas o sin un Dios cuya palabra fuera ley. Y, sin embargo, tenía sentada a su mesa la prueba viviente de que tanto cielo como infierno eran reales.

Cuando llegó la hora de dormir, Casandra se planteó qué hacer para evitar que los invitados no terminaran matándose durante la noche. Pero Asmodeo aseguró que permanecería en el salón, mientras Lena y Daniel volverían a compartir habitación. Casandra le sugirió a su prima que echara el pestillo antes de meterse en la cama, aun cuando lo más probable era que una simple cerradura no detuviera al demonio si se le ocurría hacerles una visita nocturna. De todas formas, ella se encerró también en su dormitorio, no sin antes asegurarse de que Daniel seguía sin tener noticias de Azrael.

Casandra había detenido al ángel justo antes de que entrara en la habitación de invitados. Alargó la mano y lo asió por el brazo de forma inconsciente, ya que no parecía que Daniel estuviera muy dispuesto a hablar con ella.

—¿Sabes algo de él?

Él negó con la cabeza en un gesto que a ella se le antojó sombrío y luego desvió la mirada hacia la mano de Casandra, que se cerraba en torno a su antebrazo. Lo dejó ir.

Una vez en su habitación, corrió las cortinas y se vistió con una vieja camiseta que usaba a menudo para dormir. Se cepilló los dientes con gesto ausente, sin prestar demasiada atención a lo que hacía. Puso algo de música en el reproductor, bajando el volumen al mínimo para no molestar a los demás, y se tumbó en la cama a sabiendas de que el sueño tardaría en llegar.

No había salido de casa en todo el día y tampoco había hecho grandes esfuerzos, pero su mente había sobrepasado el límite del cansancio para entrar en el terreno del puro agotamiento. A pesar de ello, estaba totalmente despejada. Su cabeza bullía con imágenes de Azrael y de las posibles consecuencias de su decisión. Deseaba que no fuera necesario llegar a tal extremo, pero tenía claro que, si algo amenazaba a Azrael, ella no dudaría un instante en ofrecerse como moneda de cambio.

Mientras daba vueltas en la cama, pensaba también en su madre. Era el único motivo que hacía tambalearse su plan. Casandra no quería que sufriese, pero no veía manera alguna de ahorrarle el dolor que supondría su desaparición. Si todo salía mal y ella acababa en el infierno, temía que Valeria cayera en la locura. Había perdido a su madre y a su marido, perder también a su hija resultaría el golpe definitivo. Quizás hubiera algo que Azrael o Daniel pudieran hacer al respecto llegado el caso. Tal vez ellos encontraran la manera de

suavizar su agonía.

Se giró por enésima vez hacia la ventana, tratando de encontrar una postura más cómoda. Cuanto más intentaba atraer al sueño, más despierta se sentía. Se rindió y decidió bajar a la cocina y prepararse una infusión; al menos así no continuaría retorciéndose entre las sábanas.

Descorrió el pestillo y salió al oscuro pasillo descalza. La puerta de la habitación donde dormían Lena y Daniel estaba cerrada, aunque pudo ver un leve resplandor por debajo. Dirigió sus pasos sigilosamente hasta las escaleras, para evitar que quien fuera de los dos que estuviera aún despierto la oyera.

Al llegar al salón, se encontró con Asmodeo tirado sobre el sofá e igual de despierto que ella.

—¿Es que no duerme nadie en esta casa? —se lamentó Casandra en voz alta.

—Dormir es aburrido, preciosa. Siempre hay algo interesante que hacer —le respondió este mientras se incorporaba.

—Lo de estar tirado en la oscuridad parece muy interesante.

Asmodeo ignoró su sarcasmo y, con un gesto, la invitó a sentarse a su lado. Casandra se derrumbó en el asiento sin dejar de mirarlo. Él esperó a que se acomodara para continuar hablando.

—¿Qué tal tu espalda?

—Bien —respondió ella frunciendo el ceño, sin saber muy bien a qué se refería—. ¿Por qué lo preguntas?

—Tuvimos un pequeño encontronazo que probablemente no recuerdes. Nada grave —añadió el demonio al ver la incertidumbre con la que lo miraba—. Supongo que no me dejarías echar un vistazo.

Lo fulminó con la mirada antes de levantarse e ir hasta el espejo de la entrada. Encendió una pequeña lámpara para poder observar su espalda. Pudo ver perfectamente cinco líneas rosadas en la parte baja, como si se trataran de antiguas heridas ya cicatrizadas. Dejando la luz encendida, fue a sentarse de nuevo.

—¿Tú me hiciste esto?

Hubiera querido sonar enfadada, pero apenas consiguió tal efecto. Por contra, su voz dejaba claro el agotamiento que sentía.

—Un terrible accidente —se disculpó el demonio, pero no había arrepentimiento en su voz—. Aunque veo que Azrael lo ha arreglado bastante bien y apenas se nota.

—Prefiero no saber cómo sucedió. No sé si mi mente puede asimilar más información por hoy —señaló Casandra—. Me enfadaría si me quedaran fuerzas para ello.

—Tienes mucho valor o eres realmente estúpida —comentó Asmodeo, elevando una de las comisuras de la boca—. Aún no lo tengo decidido. Sin embargo, he de decirte que durante mi existencia pocas veces he visto a nadie tentar de esta forma al destino.

—¿Por qué nos ayudas?

Casandra seguía sin poder entender qué sacaba el demonio de todo aquello. No olvidaba quién era y que, si estaba allí, era porque iba a ganar algo protegiéndola.

—Aún no he decidido ayudarte, estoy aquí para ver qué pasa. Como humana te has ganado mi respeto. Pero no te emociones demasiado, los demonios carecemos del sentido de la lealtad, y el respeto es algo que va y viene según nuestros intereses.

No pasó por alto que Asmodeo había acertado ligeramente la distancia que los separaba y que, de vez en cuando, lanzaba fugaces miradas a sus piernas. En respuesta, ella se removió en el asiento, pegándose al reposabrazos que quedaba a su espalda.

—Así que lo que en realidad te interesa es tener la oportunidad de dar caña a unos cuantos ángeles —concluyó ella.

—Eso siempre es un aliciente —admitió con malicia—, aunque hace mucho que deseché la idea de la venganza. Hay alguien fuera.

En un primer momento, Casandra no entendió lo que quería decir el demonio, y no se dio cuenta sobre qué hablaba hasta que lo vio levantarse e ir hasta una de las ventanas. Se acercó a él y contempló la calle, sin ser capaz de descubrir nada anormal. Las farolas estaban encendidas, así como la luz que alumbraba la entrada de la casa, pero había multitud de sombras en las que cualquiera podría esconderse.

Algo se movió entre los árboles del jardín del vecino. Tanto Asmodeo como Casandra se inclinaron y pegaron la cara al cristal, pero ninguno de los dos pudo distinguir nada. El

vaho de sus alientos empañó el vidrio con rapidez.

Cassandra dio un grito cuando oyó la voz de Daniel a sus espaldas.

—Es Azrael —los informó el ángel desde lo alto de las escaleras.

Cassandra no perdió ni un segundo.

Fue directa a la puerta principal, la abrió de par en par y salió corriendo al porche. Las baldosas de la entrada estaban casi heladas, pero ignoró el frío y se aventuró escalones abajo en busca de Azrael. Cuando este salió de entre las sombras y se acercó hasta ella, su corazón se aceleró de tal forma que pensó que terminaría por explotarle en el pecho. Pudo sentir de nuevo cómo era empujada hacia él e incluso cómo su piel se calentaba al instante a pesar de la baja temperatura.

Él levantó la mano y paseó los dedos por su rostro, acariciándole los pómulos, el mentón y los labios. Sus ojos, por norma general oscuros, brillaban con una luz distinta, atravesándola con tal intensidad que no se atrevió a decir nada. Quería disfrutar ese momento, el instante antes de que él le contara lo que había descubierto. Puede que lo que fuera a decirle lo cambiara todo, puede que solo le sonriera y le contara aliviado que no había nada de qué preocuparse. Pero eso sería después, cuando ella se hubiera llenado los ojos con sus miradas y los oídos con los latidos de su corazón.

—No imaginas cuánto te he echado de menos —susurró él, estrechándola entre sus brazos.

Cassandra le tapó la boca con una mano, impidiéndole decir una palabra más. Decidida a disfrutar al menos durante unas horas de su feliz ignorancia, lo tomó de la mano y lo arrastró al interior de la casa. Al pasar junto a Asmodeo, que había contemplado la escena desde la puerta, este les dedicó una sonrisa de suficiencia.

—¿Puedo mirar? —preguntó con sorna el demonio al ver que se dirigían al piso superior.

Azrael le advirtió con una mirada, pero Cassandra tiró de él sin darle opción a que respondiera.

Al llegar a la habitación, ella se contuvo a duras penas el tiempo suficiente para cerrar la puerta. Se tiró en sus brazos, disfrutando del familiar contacto de su piel, y, al besarlo, notó que las lágrimas comenzaban a resbalar por sus mejillas. Él le devolvió el beso con idéntica pasión mientras sus manos no dejaban de acariciarla. Cassandra volvió a descubrir una vez más la sensación de plenitud que la embargaba en su presencia, llenándola por

completo.

Era consciente de que había algo desesperado en las caricias de Azrael, al igual que en la ansiedad de sus propios besos. Rechazó cualquier idea que amenazara con interrumpir su reencuentro y continuó deleitándose con el placer que le proporcionaba perderse en sus labios.

Cuando sus lenguas se unieron, no pudo retener el gemido que escapó de su boca. Las manos del ángel se colaron bajo su camiseta para acariciarle la espalda, cargadas del mismo deseo que acechaba bajo su piel.

Ansiosa por sentirle aún más cerca, tiró de su camiseta para dejar al descubierto el musculoso pecho del ángel, tras lo cual se quitó también la suya, quedándose en ropa interior. Su habitual vergüenza se hallaba sepultada bajo la frenética necesidad que la había invadido. Su cuerpo vibraba de deseo.

Empujó a Azrael hasta hacerle caer sobre la cama y el ángel la miró sorprendido por el gesto. En sus ojos resplandecían miles de puntos de luz diminutos, danzando sobre sus pupilas negras.

—Empiezo a pensar que has pasado demasiado tiempo junto a Asmodeo —bromeó él, torciendo la cabeza para admirar su cuerpo.

—He pasado demasiado tiempo lejos de ti —contestó Casandra mientras se tumbaba encima suyo—. Te necesito.

Acercó los labios hasta su pecho y fue dejando un pequeño reguero de besos. Dibujó la línea de su clavícula y ascendió por su cuello hasta llegar a su oído. El ángel parecía tratar de contenerse, pero Casandra advirtió que su respiración se había vuelto trabajosa.

—Te deseo —gimió Casandra.

Pudo notar el cuerpo de Azrael tensándose bajo el suyo, y, con un rápido movimiento, este rodó en la cama hasta quedar encima de ella.

—Casie —la llamó Azrael entre risas—. ¿Estás tentando a un ángel?

Y, con aquella simple pregunta, toda la pasión de Casandra se esfumó.

CAPÍTULO 16

Cassandra se tumbó al lado de Azrael, respirando de forma irregular y maldiciendo por haber permitido que sus palabras la afectaran. Él, confundido por su repentino cambio de actitud, se incorporó y se apoyó sobre uno de sus codos.

—¿He dicho algo malo? —le preguntó dubitativo.

Mirándolo en ese momento, Casandra casi podía olvidar que estaba ante el Ángel de la Muerte. Parecía solo un chico inseguro y desconcertado.

—¿Crees que todo esto merece la pena? No me entiendas mal —le explicó Casandra, cerrando los ojos para no enfrentarse a su mirada—. Para mí es impensable que no estés a mi lado, pero tú estás arriesgando demasiado por mí.

Notó la mano de Azrael sobre su estómago, dibujando pequeños círculos con la yema de sus dedos y provocando que la piel se le erizara.

—Cualquier riesgo que corra es demasiado pequeño si tú eres la recompensa —afirmó el ángel—. No puedes hacerte una idea de lo que supone para mí tenerte cerca; el simple hecho de que estés aquí tumbada a mi lado...

Azrael no terminó la frase, sino que se inclinó para darle un suave beso en los labios. Fue apenas un leve roce, pero el gesto desarmó a Casandra.

—Es más de lo que me he permitido siquiera soñar en toda mi larga existencia —añadió tras besarla—. Lo único que me importa perder en este momento es a ti.

Cassandra abrió los ojos y se encontró con los del ángel. En su mirada solo veía adoración y suficiente amor para enfrentarse a cielo e infierno por ella. No había dudas ni mentiras, nada que esconder. Era como mirar su alma desnuda, el alma de un ángel que arriesgaba las alas y la eternidad por estar con ella. Aunque quisiera, nunca podría separarse de él.

Enredó una mano en su pelo y lo atrajo hacia ella, deseando perderse de nuevo en sus cálidos besos. Azrael recorrió con sus manos cada curva de su cuerpo, despertando otra vez sus ansias y haciendo que olvidara por completo todas sus preocupaciones. Pequeños gemidos se escapaban de sus bocas, entremezclándose con el aire cada vez más caldeado de la habitación.

Estaba decidida a llegar hasta al final. Jamás había llegado tan lejos con un chico; apenas había salido con nadie y nunca había sentido la acuciante necesidad de ir más allá que la embargaba en ese momento. Pero mientras besaba a Azrael, su cuerpo reclamaba poder sentirlo aún más cerca de ella. Lo deseaba tanto como lo amaba.

Deslizó las manos hasta agarrar el borde de su pantalón y, con mano temblorosa, desabrochó el primer botón. Azrael buscó su mirada, tomó su mano y besó cada uno de sus dedos. La tranquilizó acariciándola con ternura, como si fuera consciente de que eso era lo que necesitaba. Casandra no olvidaba que todo aquello resultaba nuevo también para él. Según Daniel, nunca se había interesado por nadie y, aunque no estaba del todo segura, dudaba que tuviera más experiencia que ella.

Azrael se irguió para contemplarla. El pelo le caía desordenado tapándole parte de la cara. Casandra lo retiró dejando al descubierto unos chispeantes ojos negros que parecían más vivos que nunca. Era como ver danzar las estrellas en un cielo sin luna, aunque ni siquiera el firmamento más hermoso podría competir con la belleza de su mirada en ese momento. Pero él cerró los ojos, privándola sin saberlo de aquel extraordinario espectáculo.

El ángel frunció el ceño, como si se concentrara, e inclinó la cabeza. Giró sobre su cuerpo y se tumbó al lado de Casandra, exhalando un profundo suspiro que a ella le pareció una terrible señal. La confirmación llegó segundos después con un leve golpeteo en la puerta que precedió a la voz de Daniel.

—¿Azrael?

—Lo sé —contestó él sin moverse de su lado.

Casandra se tapó con la sábana y lo miró expectante, preguntándose si de nuevo iba a tener que marcharse lejos de ella.

—Parte del coro está aquí —le aclaró Azrael—. He tenido que avisarlos.

Alivio e inquietud se entremezclaron al escuchar sus palabras.

—No traigo buenas noticias. Definitivamente, vienen a por ti.

Azrael la abrazó con cierta cautela, como si esperase que de un momento a otro le diera un ataque de nervios. Ella, en cambio, se maravilló ante la tranquilidad que le produjo saber que no era él el que estaba en peligro.

—Es magnífico —murmuró sin querer en voz alta.

—¿Magnífico? —Azrael la miró sin comprender—. Como mínimo deberías estar aterrada. Dime que Asmodeo no ha estado convenciéndote en mi ausencia de las bondades del infierno.

—No... No quería decir eso —se excusó ella—. Es solo que...

Cassandra dejó escapar un suspiro y se removió entre sus brazos, tratando de ganar tiempo.

—¿Casie? ¿Hay algo que deba saber? —le preguntó él al ver que se quedaba callada.

—Hablé con Daniel. —Hizo una breve pausa para ordenar sus pensamientos—. Me contó que pueden castigarte por lo nuestro.

Azrael no pareció inquietarse lo más mínimo, permaneció abrazándola y acariciando su pelo.

—Es una posibilidad.

—Puedes perder las alas —continuó ella.

—Ajá —respondió él, escueto.

—¿No te preocupa? —insistió ante su falta de preocupación—. Pueden condenarte.

Para su sorpresa, Azrael rio. Su risa fue tan suave que Cassandra sintió ganas de besarlo.

—Lo sé. No debes preocuparte por eso.

Trató de protestar, pero Azrael la besó sin darle tiempo a ello. Se abandonó solo en parte; le resultaba difícil no olvidarse de todo cuando la besaba de aquella forma, con fuerza, apretándola contra su cuerpo y sin darle apenas margen para respirar. A regañadientes, lo empujó para separarlo de ella. Seguía sin comprender que tratara de quitarle importancia al tema.

Azrael se resistió e intentó continuar besándola.

—Pensaba que te gustaban mis besos —bromeó cuando ella imprimió un poco más de fuerza para separarlo.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

Azrael resopló ante la insistencia de Casandra.

—Le estás dando demasiada importancia.

—¡Como si no la tuviera! —exclamó ella en respuesta.

—Deja de preocuparte.

—No puedo.

—Sí que puedes —terció él, divertido por la rapidez de sus respuestas.

—Tú te preocupas por mí, ¿por qué no puedo yo hacerlo por ti?

—Eres una portadora de almas, es lógico que me preocupe. Y sin ánimo de ofender, yo soy un ángel —contestó él.

—Pero puedes morir —afirmó ella.

Azrael se quedó callado un momento, estudiando la expresión seria y preocupada de Casandra.

—¿Qué te ha contado Daniel? —preguntó él, frunciendo el ceño.

—Que pueden castigarte por estar conmigo.

—He pasado demasiado tiempo tras las puertas del infierno como para que me preocupe que decidan enviarme allí definitivamente.

—Pero...

Azrael se sentó en la cama, obligando a Casandra a incorporarse también, y tomó su cara entre las manos.

—Lo que importa ahora es tu seguridad. Eso, y que dejes de evitar que te bese — añadió sonriendo de nuevo.

Casandra hubiera querido devolverle la sonrisa; pero, a pesar de la tranquilidad que trataba de transmitirle, le resultaba imposible resignarse a aceptar que le impusieran ese tipo de castigo.

—Estás arriesgando tu alma por mí.

—Estoy recuperando mi alma gracias a ti —la corrigió él—. Las consecuencias de mis actos, si las hay, las pagaré en su momento. Cada segundo que pase a tu lado será suficiente para soportarlo. No hay nada que ellos puedan hacer para arrebatarme eso.

Casandra se sintió abrumada por la vehemencia con la que hablaba Azrael. Le pareció que, si en ese momento estiraba la mano, podría palpar el amor que sentía por ella, como si los sentimientos que albergaba en su interior pudieran atravesar su piel y envolverla. Las lágrimas llenaron sus ojos y Azrael fue recogéndolas una a una mientras se deslizaban por sus mejillas.

—Solo tendrán sobre mí el poder que yo quiera darles. No voy a permitir que me separen de ti.

Ahora más que en ningún otro momento, Casandra se reafirmó en su decisión. Por mucho que él no temiera el posible castigo, ella no iba a dejar que alguien capaz de amarla hasta ese punto fuera arrastrado hasta el infierno.

—Me has llamado portadora de almas —comentó Casandra, interesándose por el apelativo que había utilizado para referirse a ella.

No tenía sentido seguir discutiendo con él. Casandra no lo haría cambiar de opinión y ella ya había trazado su propio plan. Apoyó la cabeza en su pecho y se dejó acunar por el sonido de su corazón.

—Así es como se conoce a los que, siendo humanos, sois capaces de llevar almas al otro lado —le explicó Azrael—. Suelo controlar a los que tienen dicho poder.

—¿Me vigilabas?

Azrael asintió.

—Desde que eras solo una niña y desarrollaste tu don. En esa época solo te visitaba de vez en cuando y nunca dejaba que me vieras —le explicó él con ternura y la vista fija en ninguna parte, como si evocara los recuerdos de la niñez de Casandra—. A partir de la primera vez que fuiste capaz de llegar hasta el túnel, aumenté la frecuencia de mis visitas. Tenías tanto miedo y estabas tan aterrorizada por lo que podías hacer...

Azrael le acariciaba el pelo mientras hablaba, deslizando la mano suavemente por su ondulada melena. Casandra escuchaba con atención, envuelta por la calma que su voz dulce y melodiosa le proporcionaba.

—Así que siempre has estado ahí —afirmó ella, invitándolo a continuar.

—Es parte de mi deber, pero contigo fue... distinto. Tú siempre has sido diferente.

Azrael entrecruzó los dedos de su mano con los de ella y depositó un beso sobre su pelo antes de continuar.

—A pesar de tu miedo, a pesar del dolor y la angustia que tu poder siempre te ha producido, has regresado al túnel en innumerables ocasiones. Has conducido almas hasta el otro lado, acogiendo dentro de ti una parte de ellas sin importarte el precio que tuvieras que pagar por ello. Muchos portadores ni siquiera llegan a adentrarse nunca en el túnel —añadió, tras un breve silencio.

Casandra inspiró profundamente, sintiendo que nunca, en toda su vida, la habían comprendido mejor de lo que él lo hacía. Todo lo que ella hubiera padecido durante su vida, Azrael ya lo había experimentado durante siglos.

—Pasaron los años y fuiste creciendo, y te convertiste en una preciosa e inteligente chica. Quería conocerte, quería poder hablar contigo —confesó él—. Temía acercarme a ti y que descubrieras quién era, y a la vez deseaba con todas mis fuerzas estar a tu lado.

Las plumas de sus alas se erizaron. Casandra alargó la mano y las acarició, y descubrió que su tacto era tan sedoso como parecía. Azrael inclinó la cabeza y cerró los ojos al percibir la caricia.

—Eras tú la figura que vi en el túnel hace solo unos días, ¿no es así? —preguntó ella, recordando ese detalle.

—Pensé que no me habías visto —alegó Azrael.

—¿Y en la biblioteca? ¿Aquella especie de nube negra?

—Era yo, pensé en hacer una entrada espectacular, pero luego preferí presentarme con una apariencia algo más vulgar.

—Te hubiera dado una patada en el culo —confesó Casandra algo avergonzada.

—Ya, me percaté de ello —aceptó Azrael, y sin necesidad de mirarlo supo que sonreía—. Permite que te diga que eres un poco susceptible.

—Y tú de lo más irritante —se defendió ella.

—Tengo que confesar que hacía mucho tiempo que no hablaba con nadie. Tu comportamiento resultaba tan adorable que fui incapaz de resistirme a ver cómo reaccionabas a mis ataques.

—Así que te divertías a mi costa —resumió Casandra—. Pues vaya angelito estás hecho; casi consigues volverme loca.

—Pensaba que estabas loca por mí.

Casandra se incorporó para golpearle con uno de los cojines que había sobre la cama. Azrael esquivó el golpe y la rodeó con los brazos, evitando que se moviera.

—Espero que estés loca por mí porque yo lo estoy por ti.

Azrael la besó con furia, rodeando su cintura con los brazos para pegar sus cuerpos y eliminar cualquier pequeña distancia que los separase; como si el deseo que sentía por ella se hubiera desbordado y no pudiera contenerlo. A su vez, Casandra succionó su labio superior, dejándose llevar también por su pasión. Repasó con sus dedos los tensos músculos de su espalda mientras Azrael se entretenía perfilando con sus besos uno de sus hombros, ascendiendo luego hacia el cuello.

Un leve golpe resonó de nuevo en la puerta. Azrael masculló una maldición poco apropiada para un ángel. Ella se soltó de su cuerpo y se dejó caer sobre la cama. Estaba segura de que Daniel sabía exactamente lo que estaban haciendo, segura de que los interrumpía adrede; no entendía para qué servía si no su maldita telepatía.

—Me esperan —se disculpó el ángel.

Su tono exasperado daba a entender que se sentía igual que ella. La tapó con la sábana que colgaba por un lado de la cama antes de contestar.

—Pasa, Daniel.

—¿Lleva todo el rato esperando detrás de la puerta? —le preguntó Cassandra en un susurro mientras la puerta se abría.

—Él es... un poco cuadrículado —murmuró Azrael en respuesta.

—Me hago una idea.

Daniel terminó de abrir la puerta y se quedó mirándolos desde el umbral, con manifiesta incomodidad.

—¿Están todos? —preguntó Azrael sin moverse de la cama.

—Los veinte que mandaste llamar —contestó Daniel.

Mientras hablaban, Azrael deslizó la mano bajo la fina tela con la que se tapaba Cassandra hasta llegar a su muslo y comenzó a trazar líneas imaginarias sobre él. Ella rezó por que la oscuridad no le permitiera a Daniel ver su cara, segura de que en ese instante estaba enrojeciendo.

«Para ser un ángel tiene las manos muy largas», pensó Cassandra.

—Bajaré enseguida —le indicó Azrael, conteniendo la risa.

Daniel dio media vuelta y desapareció en el pasillo. Si se había percatado de algo o no, resultaba imposible saberlo. Tan estricto como era, Cassandra no creía que pudiera comprender nada de lo que pasaba entre ellos.

—Tengo que irme —le dijo Azrael, a pesar de lo cual se tumbó a su lado y continuó acariciándola.

—No parece tener mucha prisa —bromeó Cassandra.

—Llámame insensato, pero la idea de quedarme aquí contigo es bastante más atractiva que presentarme delante de veinte ángeles a los que hace siglos que no veo. No obstante... tengo que hacerlo.

El ángel le dio un beso cálido y dulce, más pausado y tranquilo que los anteriores,

pero aun así cargado de intenciones. Se levantó de la cama y fue hasta la puerta, desde donde se volvió para mirarla.

—Descansa un poco, mañana tienes clase.

—Llámame insensata —lo citó Casandra, sonriendo—, pero la idea de quedarme aquí contigo es bastante más atractiva que asistir a clase. Me parece absurdo ir al instituto cuando me persiguen demonios y mi casa se ha convertido en un hostel para ángeles.

—No obstante —repitió él—, tienes que ir.

Azrael le dedicó una última sonrisa antes de desaparecer siguiendo los pasos de Daniel. Casandra se inclinó y, desde la cama, recogió la camiseta que usaba para dormir. Se la puso antes de mirar el despertador de la mesilla. Eran las dos de la mañana y no tenía ni una pizca de sueño. Estaba eufórica. Sentía la piel caliente por las caricias de Azrael y dudaba de que fuera a ser capaz de quedarse dormida.

Salió disparada e irrumpió en la habitación de invitados sin molestarse en llamar. Lena dormía y ni siquiera se dio cuenta de su precipitada entrada hasta que saltó sobre su cama. Su prima se despertó gruñendo incoherencias. Cuando advirtió la presencia de Casandra, metió la cabeza bajo la almohada, no sin antes fulminarla con la mirada.

—Dime que todos los demonios del infierno están rodeando la casa y por eso me has despertado —le espetó Lena, somnolienta. Su voz sonó ahogada contra el colchón.

—En realidad, tenemos la casa llena de ángeles —la contradijo ella—. No puedo dormir —añadió haciendo un puchero, tratando de ganarse su perdón por haberla despertado de aquella forma.

Lena alzó la cabeza para mirarla y comprobar si se estaba burlando de ella.

—Bromeas.

Casandra negó con la cabeza. Se sentía extrañamente feliz a pesar de todo lo que estaba ocurriendo y comprendió que, pasara lo que pasase, conocer a Azrael era lo mejor que le había sucedido nunca. Por una vez, su don resultaba de verdad un don y no una maldición.

—Azrael ha llamado a veinte ángeles de su ejército.

—¿Habéis estado metiéndoos mano? —le preguntó Lena, alzando ligeramente las

cejas—. Porque tienes esa cara bobalicona que se nos pone a todas cuando el chico que nos mola se pone cariñoso.

—Soy imbécil, ¿verdad? —replicó, sin darle una respuesta—. Es decir, estoy metida en este lío y lo más probable es que todo acabe terriblemente mal, pero no puedo evitar sentirme bien cuando estoy con él.

Lena la cogió de la mano y se la apretó en señal de que entendía perfectamente que se sintiera feliz. Era una persona demasiado optimista para dejarse amedrentar por algo que todavía no había ocurrido.

—Disfruta de lo que tienes —le dijo tras un momento—. No hay más que ver cómo te mira para darte cuenta de que está dispuesto a cualquier cosa por estar a tu lado. Es más de lo que muchas personas tendrán en toda su vida. Ya veremos cómo solucionamos lo demás.

Se quedaron un momento en silencio, cada una perdida en sus propios pensamientos. Casandra sabía que su prima tenía razón. Amaba tanto a Azrael que pensar en que pudiera sucederle algo la volvía loca de dolor. Llegado el momento, sacrificaría su vida y su alma por protegerlo y alejarlo de cualquier represalia que los suyos decidieran tomar contra él. También era consciente de que él estaba dispuesto a entregarlo todo por ella. Mientras cielo e infierno no los alcanzaran, iba a disfrutar de cada uno de los momentos que pasara a su lado.

—¿Por qué Daniel es tan diferente de Azrael? —le preguntó su prima de forma distraída.

—Supongo que porque él hace mucho tiempo que decidió vivir entre humanos y Daniel ha pasado toda su existencia alejado de ellos —aventuró Casandra—. Azrael ha padecido el sufrimiento de cada alma que ha llevado al otro lado, y eso en cierta forma debe haberlo marcado.

—Lo quieres —afirmó Lena.

—Empiezo a creer que decir eso es quedarse corto.

—Qué dramática te pones cuando quieres.

Casandra la pellizcó y su prima se quejó de forma exagerada.

Se quedaron tumbadas en la cama, una junto a la otra, tapándose con un grueso edredón naranja que su madre había comprado en uno de los mercadillos a los que solía

acudir con frecuencia. Continuaron charlando durante un rato. Hablaron de Daniel, de Azrael e incluso del irritante Asmodeo. Su prima le confesó que, a pesar de que el demonio resultaba inquietante, tenía su encanto. Ella, por el contrario, le recomendó encarecidamente que se mantuviera alejada de él. Le enseñó las cicatrices de su espalda, y, aun así, no consiguió que Lena mostrara algo más de respeto por el lujurioso demonio que ocupaba su sillón.

Cuando ya apenas podían mantener los ojos abiertos, Casandra regresó a su habitación y se metió en la cama para descansar un rato. En apenas unas horas tendría que levantarse para ir a clase y lidiar con lo que quiera que le deparara el nuevo día.

CAPÍTULO 17

Cassandra sintió el calor del cuerpo de Azrael a su lado incluso antes de abrir los ojos. Sonrió al saber que él había vuelto a la cama para dormir con ella. Pero para su desgracia, y como era habitual, llegaba tarde a clase.

—Cinco minutos, solo cinco minutos —rogó Cassandra, tirándose encima de Azrael cuando este insistió para que se levantara.

El ángel la acomodó entre sus brazos.

—Llegarás tarde —dijo sin convicción.

Cassandra se acercó a él, dejando los labios a escasos centímetros de los suyos. Tal vez la presencia en su casa del demonio de la lujuria estaba afectándola.

Azrael tiró de ella para salvar la escasa distancia entre sus bocas. La habitación se difuminó a su alrededor y Cassandra sintió de nuevo la suavidad de sus alas acunándola. La inesperada caricia de sus plumas hizo que se olvidara de todo salvo del deseo que sentía por él.

Las manos del ángel se deslizaron por sus caderas y sus besos se hicieron más exigentes, menos dulces. Cassandra lo miró y vio en sus ojos el ansia, el deseo y el amor que sentía por ella bullendo dentro de él.

Abordó de nuevo su boca, pero notó que Azrael se ponía tenso. Se separó de él, confusa.

—¿Qué pasa? —le preguntó al ver su gesto contrariado.

—Los demás han echado a suertes quién de los tres sube a ver por qué tardamos tanto. Ha ganado Asmodeo y arde en deseo de pillarnos —la informó el ángel.

—No se atreverá a entrar.

Cassandra tomó el edredón y se cubrió con él.

—Lo de «arder en deseo» en este caso es literal.

Iba a pedirle que le explicara a qué se refería cuando oyó unos pasos avanzando por el pasillo.

—Asmodeo, si traspasas esa puerta...

La advertencia de Azrael no llegó a completarse. La puerta de la habitación se abrió de par en par y el demonio se apoyó en el marco para observarlos. Les dedicó una sonrisa ladeada y una mirada tan salvaje que a Casandra le puso los pelos de punta.

Antes de que pudiera moverse, Azrael ya se encontraba situado delante de la cama, interponiéndose entre el demonio y ella.

—O bajáis o me uno a la fiesta —los amenazó Asmodeo.

Su voz había cambiado hasta convertirse en un ronco gruñido. No parecía bromear.

—Vuelve abajo —le ordenó Azrael.

Sus alas parecían llenar toda la habitación. Casandra no podía verle la cara, pero la ira que desprendía su voz dejaba claro que, si el demonio se atrevía a avanzar un paso más, no dudaría en atacarle.

Hubo un momento de silencio y luego la tensión del ambiente se disipó, aunque Azrael tardó unos instantes en girarse de nuevo hacia ella. Al hacerlo, sus alas desaparecieron. Asmodeo se había marchado.

—Deberíamos vestirnos y bajar con los demás —sugirió el ángel.

—Creo que tiene un serio problema con sus bajos instintos —comentó ella, mientras se ponía en pie.

Azrael paseó la vista por su cuerpo y Casandra casi pudo sentir su mirada como una suave caricia sobre la piel.

—Si no te pones algo de ropa encima, yo también voy a empezar a tenerlo.

Se sonrojó y trató de llegar hasta el armario para coger cualquier cosa. Allí, de pie ante Azrael, retornó su vergüenza y se sintió cohibida ante el deseo impreso en la voz del ángel. Se preguntó si Asmodeo no estaría jugando con sus emociones sin que lo supieran.

Tomó del armario unos pitillos vaqueros y la primera camiseta que encontró. Azrael se situó a su espalda y pasó los brazos alrededor de su cintura, atrapándola contra su pecho.

—No te puedes hacer una idea de lo hermosa que eres —le susurró al oído.

Mariposas danzaron en su estómago al escuchar la ternura con la que pronunció la frase. Azrael depositó un beso en su hombro.

—Será mejor que te vistas —añadió con la boca aún contra su piel—. No creo que pueda seguir comportándome como un ángel durante mucho tiempo.

Cassandra bajó de dos en dos las escaleras con una amplia sonrisa dibujada en el rostro. Su prima, Daniel y Asmodeo, que parecía haber recuperado su carácter habitual, charlaban en torno a la isla de la cocina, que estaba llena de café, zumo, tostadas e incluso unos exquisitos bollos que Cassandra no tenía ni idea de dónde habían salido.

Miró a su alrededor, buscando al resto de los ángeles.

—Están fuera —la informó Azrael, que había bajado tras ella.

El ángel la tomó de la mano para acercarla hasta el desayuno y le pasó un vaso de zumo de naranja en cuanto estuvo sentada en uno de los taburetes.

—¿De dónde habéis sacado las naranjas? —preguntó Cassandra, perpleja, tras tomar un trago de su vaso.

—Azrael ha obrado su magia —le contestó Lena—. Este pastelito está divino —añadió con la boca llena.

—¿Lo has hecho aparecer sin más? —preguntó Cassandra volviéndose sorprendida hacia él.

Azrael rio, y Cassandra pudo ver de reojo que Daniel también esbozaba un amago de sonrisa.

—He ido al supermercado temprano. No entra dentro de mis poderes hacer aparecer comida de la nada —aclaró Azrael, aún sonriendo.

Cassandra permaneció embobada mirándolo, disfrutando del momento, de su amable

sonrisa y su despreocupación. Le pareció que estaba más guapo que de costumbre, con el pelo revuelto cayéndole en torno a la cara. Llevaba puesta ropa negra, como siempre, una camiseta de manga corta y unos vaqueros que, para su alegría, le sentaban demasiado bien.

—Llegamos tarde, tropa —anunció Lena.

Todos se pusieron en marcha, y Casandra no pudo evitar pensar que su prima era capaz de movilizar, sin apenas proponérselo, a criaturas con siglos de antigüedad.

—Deja de babear —murmuró Lena al pasar por su lado.

Daniel, que estaba apenas a un metro de ella, soltó una risita que sorprendió incluso a Azrael. Este la miró frunciendo el ceño y ella no pudo más que alzarse de hombros.

«Puede que Daniel no sea tan estirado como parecía», pensó Casandra, mientras tomaba a Azrael de la mano y se dirigían juntos al exterior.

Fuera llovía con tanta intensidad que apenas si podían ver la casa de enfrente, por lo que regresaron al interior. Se miraron unos a otros como si alguno de ellos fuera a agitar la mano y hacer que la lluvia parase.

—Cojamos el coche —sugirió Lena.

—Sí, claro, para empotrarnos en la primera curva —replicó Casandra con una mueca.

—Daniel, lleva tú a Lena, por favor —dijo Azrael señalando a la chica.

Casandra vio que su prima iba a protestar; pero, antes de que dijera nada, Daniel desplegó las alas y la envolvió con ellas. Desaparecieron delante de sus ojos en lo que Casandra tardó en parpadear.

—Si los de allá arriba os vieran —dijo Asmodeo, negando con la cabeza—. Abusando de vuestro poder para llevar a jovencitas al instituto.

Azrael elevó las comisuras de la boca al escuchar las palabras del demonio y rodeó a Casandra con los brazos.

—Como si no estuvieras disfrutando de todo esto —le contestó el ángel.

Las primeras horas de clase transcurrieron con relativa tranquilidad. Para su sorpresa,

Asmodeo estaba ahora con ella en todas las asignaturas, Casandra no quería imaginar a quién había seducido o amenazado para ello. Azrael y Daniel las habían dejado en una de las clases de la segunda planta, que estaba vacía, y acto seguido habían desaparecido de nuevo, aunque Azrael le había asegurado que estarían cerca.

En el instituto todo el mundo comentaba la fiesta que había dado Asmodeo, al que ellos continuaban llamando Francesco. No se hablaba de otra cosa a pesar de que nadie recordaba con claridad lo que había ocurrido en ella.

Casandra tuvo que esforzarse para prestar atención a los profesores, y para cuando llegó la hora de la comida, lo único que ansiaba más que ver a Azrael de nuevo era que le inyectaran café directamente en vena.

—Hacer manitas con un ángel toda la noche perjudica seriamente la salud —se burló Asmodeo mientras caminaban juntos hacia la cafetería.

Casandra puso los ojos en blanco y continuó andando.

—Aunque no tanto como hacerlo con un demonio —fanfarroneó Asmodeo, entusiasmado ante su silencio.

—Necesito café. —Fue toda su respuesta.

—Yo, en cambio, necesito...

Casandra lo cortó rápidamente antes de que dijera algo que no estaba dispuesta a escuchar.

—Ahórrame los detalles, gracias.

Lena se unió a ellos a mitad de camino. Llevaba varios libros bajo el brazo y lucía su eterna sonrisa.

—Solo es lunes y ya tengo dos trabajos para entregar la semana que viene. No entiendo por qué, pudiendo hacer lo que te dé la gana, vienes al instituto —señaló Lena, dirigiéndose a Asmodeo.

—En la actualidad, es uno de los mejores sitios para mis... —El demonio hizo una pequeña pausa hasta encontrar la palabra adecuada—. Intereses; si obviamos los bares y las discotecas. Vosotros, los jóvenes, solo necesitáis un pequeño empujoncito para dar rienda suelta a vuestras bajas pasiones.

—Supongo que tiene sentido —coincidió Lena.

Sin previo aviso, Asmodeo las empujó a través de la puerta de una las clases, ahora desiertas, y cerró la puerta tras de sí. Tiró de Casandra con una mano hasta una de las esquinas mientras sujetaba y llevaba casi a rastras a Lena con la otra. Antes de que pudieran reaccionar, ya las tenía arrinconadas entre su cuerpo y la pared.

Al mirarlo, Casandra se percató de que sus ojos azules eran ahora dos esferas llameantes que iban del naranja al amarillo, pasando por el rojo. Lena se revolvió y trataba de zafarse de su agarre, pero ella era incapaz de apartar la vista de la siniestra exhibición que era su mirada.

Su prima terminó por rendirse y se quedó quieta a su lado, observando al demonio. Su cara se estaba transformando; la línea de su mandíbula y sus pómulos quedaron marcados con sendas protuberancias que sobresalían de la piel. De repente, parecía como si su rostro estuviera esculpido en piedra.

Durante varios minutos, ambas permanecieron inmóviles, hipnotizadas por los cambios que se iban sucediendo ante sus ojos. La primera en gritar fue Lena, que comenzó a llamar una y otra vez a Daniel, con la voz tan colmada de angustia que Casandra pensó que estaba a punto de desmayarse.

Casandra optó por intentar arañarlo en la cara y ver si con ello conseguía que las soltase, pero se topó con la piel endurecida del demonio, imposible de atravesar tan solo con sus uñas. Se unió a los gritos de su prima, si bien fue a Azrael a quien reclamó. Asmodeo trató de acallarlas, pero le fue imposible dominarlas a ambas.

Daniel apareció a su espalda y se abalanzó sobre él. Agarrándolo por la camiseta, lanzó a Asmodeo volando hacia la pared opuesta. Azrael se materializó solo un momento después.

—¡No te atrevas a tocarla! —gruñó Daniel, avanzando de nuevo hacia él.

Ni siquiera se molestó en rodear las mesas que se interponían en su camino, todo el mobiliario salía despedido a su paso.

Al llegar hasta el demonio, lo alzó del suelo con una sola mano. Sus alas desplegadas ocupaban casi el ancho del aula. Azrael, tras comprobar que ambas chicas no habían sufrido daño alguno, fue también en su busca.

—¡Guarda tu lujuria para quien la quiera! —le gritó Daniel, enfurecido—. ¿Me oyes?

El ángel apretó la mano que rodeaba el cuello del demonio, y, de no ser por Azrael, que en ese momento llegaba a su lado, lo hubiera lanzado a través del gran ventanal que quedaba a su izquierda.

—Daniel, bájalo —le ordenó Azrael. En su voz se percibía con claridad el esfuerzo que estaba realizando para mantener la calma.

Tras un momento de duda, el ángel abrió la mano y lo dejó caer al suelo, que retumbó por el golpe.

Asmodeo tosió y se llevó la mano al cuello, frotándoselo con insistencia.

—Parece que, después de todo, Alitas sí que tiene su corazoncito —se burló el demonio.

La broma desató de nuevo la furia de Daniel. Todas y cada una de las plumas de sus alas se erizaron y Azrael tuvo que interponerse entre ellos para evitar un nuevo enfrentamiento.

Daniel se volvió hacia las chicas, que contemplaban la escena atónitas. Cruzó una breve mirada con Lena y se esfumó ante sus ojos.

Azrael respiró profundamente al menos tres o cuatro veces antes de girarse hacia Asmodeo, que continuaba en el suelo. Desde donde estaba, Casandra veía sus ojos todavía llameando.

—Tientas tu suerte, viejo amigo —le espetó el ángel, sin rastro de amabilidad en la voz—. Y se me acaba la paciencia.

—Había dos demonios en el pasillo —contestó Asmodeo, y señaló la puerta a través de la cual las había arrastrado—. Puedes darme las gracias luego —añadió con sarcasmo.

Azrael frunció el ceño y volvió la mirada hacia la puerta, que continuaba cerrada.

—Solo pretendía ponerlas a salvo —continuó explicando el demonio mientras se ponía de pie y sacudía la camiseta que Daniel había convertido en jirones.

—Podías haberlo dicho —terció Casandra.

El estupor que había sentido la abandonó y atravesó la clase evitando las sillas y pupitres caídos.

—Te prefería cuando eras Francesco —añadió su prima, que seguía algo seria tras el repentino arrebató de Asmodeo—, el nuevo tío bueno de último curso.

Se reunieron en torno a Asmodeo. Casandra sentía la adrenalina corriendo por sus venas y su cuerpo en tensión. Tras atisbar una pequeña parte de la verdadera naturaleza del demonio, se prometió no olvidar nunca quién era en realidad.

—¿Qué clase de demonios? —preguntó Azrael.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —le contestó Asmodeo, alzando las manos—. Las he metido aquí en cuanto los he percibido.

—¿Y Daniel? —los interrumpió Lena.

Todos se giraron hacia ella y se quedaron mirándola.

—¡¿Qué?! —exclamó, sonrojándose—. Se ha ido cabreado. Solo preguntaba.

Después de asegurarle que Daniel estaba bien, Azrael fue hasta la puerta y se asomó con cautela al pasillo. Miró a un lado y a otro varias veces y, tras convencerse de que no había peligro, les hizo un gesto para que lo siguieran. Casandra volvió la vista atrás antes de abandonar la clase; el destrozo no iba a pasar desapercibido y alguien terminaría por cargar con la culpa.

Reanudaron la marcha hacia la cafetería. Ángel y demonio caminaban delante, hablando en voz tan baja que era imposible entender lo que decían. Lena y ella los seguían en silencio. Casandra miró de reojo a su prima. Resultaba evidente que se había quedado más preocupada por la huida precipitada de Daniel que por el hecho de que dos demonios rondaran por el instituto.

«Algo debe funcionar mal en la cabeza de mi familia», pensó Casandra, tras darse cuenta de que, en apariencia, la supervivencia no estaba en los puestos más altos de sus prioridades.

Se sentaron juntos en una de las mesas, aunque ninguno parecía muy dispuesto a comer. La mitad de los alumnos permanecían atentos a sus movimientos, sobre todo la parte femenina. Asmodeo, con la camiseta totalmente destrozada, ya llamaba bastante la atención,

pero Azrael era un desconocido para todos, un guapo desconocido al que era inevitable no mirar. Más de una ya estaría perfilando una estrategia para acercarse a él.

Cassandra recorrió el lugar con la mirada, observando a sus compañeros y a algunos de sus profesores. Pensaba en que nunca había sido como ellos. Su don siempre había pesado sobre ella como una losa, impidiéndole llevar una vida normal. Y ahora que por fin había encontrado algo que la impulsaba a luchar, ahora que conocía a Azrael, todo se complicaba mucho más.

«Un ángel, me he enamorado de un ángel», pensó, como si por primera vez fuese consciente de ello.

Trató de no reírse, pero una carcajada algo histérica se le escapó antes de poder sofocarla.

Azrael levantó la cabeza, que había mantenido ligeramente agachada, para mirarla.

—¿Estás bien? —le preguntó con gesto preocupado. Sus labios formaban una delgada línea.

—Casie, tu aura... —comenzó su prima.

—¿Demasiada presión, preciosa? —añadió Asmodeo.

—¿Casandra? —insistió Azrael, al ver que ella se dedicaba a sonreír.

—No es nada —les contestó finalmente, desechando con un gesto su preocupación.

Por un momento, todos continuaron mirándola y analizando su expresión.

—¿Sabéis lo que necesitamos? —dijo Lena, atrayendo la atención sobre ella—. Una fiesta, salir de marcha por ahí, distraernos.

—Lena, es lunes y, lo que es más importante, nos persiguen varios demonios. Demonios —silabeó Cassandra.

—Yo me apunto —aceptó enseguida Asmodeo.

Cassandra desvió la vista para mirarlo. Daba igual lo que propusieran, el demonio estaría de acuerdo con cualquier cosa que implicara algo de emoción, aunque el plan fuera

salir con dos adolescentes. Pero, para qué negarlo, hacer algo relativamente normal le apetecía a ella más que a nadie.

—Vale —murmuró Casandra ante la atenta mirada de Azrael, que los observaba ahora como si hubieran perdido la cabeza.

—¡Genial! —respondió Lena. En cuestión de segundos había recuperado su habitual buen humor—. Casie, tienes que llamar a tu madre. Necesitamos saber cuándo va a volver. Asmodeo, tú te ocupas del sitio. Digo yo que conocerás algún lugar al que podamos ir un lunes a pasarlo bien.

—Cuenta con ello —le respondió el demonio con una sonrisa torcida.

Azrael permaneció callado. El timbre que anunciaba el final del descanso sonó y, cuando Lena y Asmodeo se marcharon, Casandra se sentó junto a él. Esperó pacientemente a que hablara, mientras el resto de los estudiantes abandonaban poco a poco el comedor.

—¿De verdad quieres salir? Aun con todo lo que está pasando.

—No podemos estar escondiéndonos, ¿de qué va a servirnos? —Casandra se giró hacia él antes de continuar hablando—. Quiero salir contigo, quiero divertirme, besarte mientras bailamos, volver a casa de madrugada con los zapatos en una mano mientras tú me coges la otra. Quiero poder disfrutar de cada minuto que pueda tenerte a mi lado.

Azrael le acarició la mejilla, la piel le cosquilleaba allí por donde sus dedos pasaban. Casandra estuvo a punto de perder el hilo de sus pensamientos, distraída por la cercanía de su cuerpo, pero se obligó a seguir hablando.

—Nada en mi vida ha sido normal desde que nací. Tú tampoco eres normal, eres lo mejor que me ha pasado nunca y pienso hacer todo lo posible para que el tiempo que pasemos juntos, sea el que sea, cuente.

—Está bien —aceptó Azrael, rindiéndose ante su discurso—. Si es lo que quieres, saldremos. Y después te llevaré a que conozcas mi casa.

—¿Tienes casa? —preguntó ella, desconcertada. Nunca se lo había planteado.

—¡Pues claro que tengo casa! —Tiró de ella hasta sentarla sobre sus piernas. Los rezagados que quedaban en las mesas adyacentes no dejaban de mirarlos—. Entonces, ¿tenemos una cita esta noche?

—Tenemos una cita —afirmó Casandra.

Una vez más, Lena se había salido con la suya. Casandra murmuraba mientras intentaba enfundarse en el vestido más corto de la historia de los vestidos cortos. Por más que había tratado de convencer a su prima de que aquel trozo de tela ni siquiera merecía llamarse vestido, ella había insistido una y otra vez hasta que Casandra cedió a sus súplicas para no tener que seguir aguantándola. Era elástico y de un azul eléctrico que llamaba poderosamente la atención. Cuando Casandra terminó finalmente de colocarlo en su sitio, se ajustó a su cuerpo como una segunda piel. Se miró en el espejo y, muy a su pesar, se dio cuenta de que parecía hecho a su medida.

—Estás increíble —le aseguró Lena satisfecha.

Estaban en casa de su prima, que había arrastrado hasta allí a Casandra jurando que tenía justo lo que necesitaba para salir esa noche. Clarissa, la madre de Lena, la había saludado al entrar, aunque apenas tuvo tiempo de acercarse a ella. Lena la había empujado rápidamente hacia su habitación.

—Azrael perderá la cabeza —añadió guiñándole un ojo—. De esta noche no pasa.

A la salida del instituto, Casandra le había contado todo lo sucedido la noche anterior antes de que Daniel los interrumpiera. Lena la había escuchado atentamente, sin pestañear siquiera, y al finalizar la historia se había dedicado durante varios minutos a dar saltitos a su alrededor.

Tras su desproporcionado momento de euforia, Lena concluyó que Casandra no podía ir esa noche vestida de cualquier manera. Por lo que allí estaban, vistiéndose para su «despertar al mundo del sexo desenfrenado», tal y como su prima se había empeñado en llamarlo.

Casandra se giró para observar su espalda en el espejo y Lena aplaudió emocionada. Quería protestar, ni siquiera era fin de semana y ella parecía ir arreglada como para una fiesta de gala, pero tras unos minutos de duda desterró la queja que empezaba a ascender por su garganta y sonrió a la imagen que le devolvía el espejo.

Desoyendo sus propios consejos, su prima escogió ropa más discreta. Aunque incluso así estaba guapísima con el vestido blanco que había elegido: un palabra de honor que dejaba sus hombros al descubierto y realzaba su estilizado cuello. Tras decidir qué zapatos llevaría cada una, terminaron de arreglarse entre risas y bromas mientras escuchaban *I wanna do bad things to you*. En cuanto la canción comenzó a sonar, Lena le había lanzado una mirada pícaro y le había dado al botón de «repetir» para que sonara una y otra vez.

Al verlas, Clarissa había insistido en que volvieran a dormir a su casa para poder cerciorarse de que iban a cumplir con la hora de llegada. Lena, quien ya había hecho mil y una promesas para conseguir que la dejaran salir un lunes por la noche, se afanó en convencerla de que no regresarían más tarde de las doce, si bien su tía no cedió hasta que fue Casandra la que le aseguró que cumplirían dicho horario.

—Odio mentir a tu madre —confesó Casandra en cuanto atravesaron la puerta de la calle.

—No entiendo por qué siempre te cree a ti y a mí no —replicó Lena, enfurruñada.

—Yo sí.

Casandra rio y empujó a su prima para que continuara caminando. Un Hummer negro atravesó la calle a toda velocidad y fue a pararse justo delante de ellas, haciendo chirriar las ruedas. El cristal del conductor descendió de forma perezosa hasta descubrir el rostro de Asmodeo; por la satisfacción que mostraba, se podía adivinar que aprobaba de sobra la vestimenta de ambas.

—Y luego decís que soy yo el lujurioso —dijo el demonio bajando del coche. Repasó con la mirada primero a Casandra y luego a Lena—. Esta noche más de un ángel va a desear haberse quedado en el cielo.

Azrael asomó en ese momento por detrás del coche. Casandra sintió que el aire escapaba de sus pulmones al contemplarlo avanzar hacia ella. Llevaba el pelo alborotado y una sonrisa traviesa adornándole el rostro. Había cambiado su habitual camiseta por una camisa de color azul oscuro que llevaba por fuera del pantalón. Se acercó despacio hasta ella y, ante la atenta mirada de los demás, la abrazó y hundió la cara en su cuello para depositar allí un fugaz beso.

—¡Oh, vamos! Buscaos un motel —los reprendió Lena en tono de burla mientras subía al coche.

Azrael rio entre dientes y se separó de ella.

—Si no fuera por que sé que está bromeando —le susurró el ángel al oído—, seguiría su consejo en este mismo instante.

Casandra notó que se le enrojecían las mejillas. Tuvo que desviar la vista al descubrir que Asmodeo la observaba con gesto burlón. Al subirse al Hummer, comprobó que Daniel los esperaba dentro con expresión huraña. No habían vuelto a verlo desde por la mañana y, por lo que parecía, continuaba sin hacerle demasiada gracia la compañía del demonio.

—¿A dónde vas a llevarnos? —preguntó risueña su prima. Se había acomodado en el sillón del copiloto y ya manipulaba la radio, en busca una emisora con música que le gustase.

—Al Hot Heaven —contestó Asmodeo.

Daniel, que ocupaba el asiento trasero junto con Casandra y Azrael, se envaró, visiblemente trastornado por el nombre.

—¡Qué poco originales sois con los nombres! —exclamó Lena.

—Ya veremos si piensas lo mismo cuando llegemos —respondió el demonio sin apartar la vista de la carretera.

En apenas veinte minutos estaban en las afueras de Londres, en una especie de polígono industrial lleno de grandes naves comerciales y totalmente desierto. La escasez de farolas no contribuía demasiado a mejorar el ambiente inhóspito del lugar. Podían haber tardado más de una hora en llegar hasta allí, pero Asmodeo conducía como un auténtico kamikaze. Casandra supuso que lo último que le preocupaba a un demonio era tener un accidente de tráfico.

Pararon delante de uno de tantos edificios, todos parecían similares. Ningún distintivo ni señal luminosa indicaba que allí hubiera bar o discoteca alguna. Sin embargo, Asmodeo aparcó el coche y los invitó a bajarse. Lena, que había terminado agarrada al salpicadero para evitar ser zarandeada por la violenta forma de conducir del demonio, saltó a la acera maldiciéndolo.

—Tú —dijo la chica, volviéndose hacia él—, conduces como un jodido maníaco.

Asmodeo sonrió al escucharla soltar un taco. Era obvio que disfrutaba provocándola.

—Tú —repitió— no podrás morirte o a lo mejor sí, pero yo estoy encariñada con mi vida y si no te parece mal me gustaría conservarla.

El demonio avanzó hasta quedarse a un palmo de Lena y agachó la cabeza para mirarla. Casandra percibió un leve cambio en la postura de Daniel, que permanecía atento a la escena. Estaba segura de que saltaría sobre Asmodeo si se le ocurría acercarse un milímetro más a su prima.

—Yo también estoy encariñado con tu vida y con tu cuerpo —le susurró el demonio a

Lena—. Si quisiera matarte, puedo imaginar al menos una docena de formas de hacerlo mucho más estimulantes...

Lena le cruzó la cara sin dejarle terminar de hablar. El eco del golpe resonó en la silenciosa noche. Asmodeo podía haber detenido el golpe si hubiera querido, le había permitido abofetearlo solo por el placer de ver luego cierto remordimiento en sus ojos. Pero en eso se equivocaba. Lena lo miró desafiante, sin mostrar el mínimo indicio de estar arrepentida.

—¿Entramos? —preguntó Casandra, tratando de aligerar el ambiente—. Si es que hay algún lugar al que entrar.

Todos miraron alrededor, dejando pasar el momento de tensión y concentrándose en encontrar el supuesto sitio al que se dirigían. Asmodeo los dejó atrás para acercarse a la entrada más cercana, una sencilla puerta de acero que parecía estar firmemente cerrada.

Casandra empezaba a pensar que había sido una idea terrible permitir que un demonio los llevara de fiesta a un sitio que ni siquiera conocían y que estaba bastante claro que no era la clase de lugar que se anuncia en las páginas amarillas.

Asmodeo farfulló algo y la puerta se abrió para dejarles ver a un matón de al menos dos metros de alto. Esperaron pacientemente hasta que, tras intercambiar un par de frases, les permitió pasar al interior.

La experiencia iba a resultar, cuanto menos, interesante.

CAPÍTULO 18

Cassandra se quedó alucinada una vez que se adentró en el atestado local. El exterior era una burla comparado con todo lo que escondía dentro. Estaba tan oscuro que no distinguía dónde terminaba, pero pudo ver que las paredes cercanas estaban repletas de elaboradas pinturas realizadas directamente sobre el hormigón.

Repartidos por el techo, miles de pequeños cristales reflejaban la luz proveniente de los focos, dando la sensación de estar contemplando un espectacular cielo repleto de estrellas. Además, a intervalos regulares de la sala, habían dispuesto antorchas enormes donde ardía un fuego intenso. Gente de todas las edades se apiñaba en la pista de baile, moviendo sus cuerpos al son de la música. El calor que emanaban llegaba hasta Cassandra en oleadas, como si sus movimientos empujaran el aire caliente hacia ellos.

Siguieron a Asmodeo hasta una de las barras distribuidas por la discoteca, donde varios camareros servían copas sin apenas pararse a escuchar lo que querían los clientes, siguiendo el desenfrenado ritmo de la música. Cuando uno de ellos se acercó para preguntarles qué iban a tomar, Azrael fue incapaz de ocultar su sorpresa.

—Ángeles caídos —afirmó en voz alta.

—¿Demonios? —preguntó Cassandra, arrepintiéndose de inmediato de haber aceptado salir esa noche.

Asmodeo, con una copa ya en la mano, despidió al camarero y se giró hacia el grupo. Daniel ardía de rabia, mientras que Lena perseguía con la mirada a los que pasaban cerca suyo.

—No todos los ángeles caídos son demonios —explicó Azrael—. Estos, en realidad, son descastados. Fueron expulsados del cielo, pero nunca admitidos en el infierno.

—Pensé que allá abajo —dijo Lena, señalando de forma exagerada hacia el suelo— aceptaban a todo el mundo.

Asmodeo negaba con la cabeza ante la conversación, pero parecía reacio a participar en ella. Daniel seguía mirándolo como si estuviera a punto de saltar sobre él y cortarle el cuello.

—A ellos no. Nunca se rebelaron, simplemente fueron castigados por mantenerse

neutrales —continuó Azrael—. No había sitio para ellos ni en el cielo ni en el infierno, por lo que su condena ha sido vagar por este mundo sin pertenecer nunca a un bando u otro.

—Solo por ser neutrales —repitió Casandra—. Eso es cruel.

—No hay diferencias entre ellos —aseguró Daniel, que por primera vez en toda la noche parecía tener algo que decir.

Asmodeo le lanzó una mirada envenenada y se dirigió a él al hablar.

—¿Por qué no les dices la verdad, Alitas? ¿Por qué no dejas de una vez esa pose hipócrita que mantienes y les cuentas la verdad? Díselo —le exigió el demonio—. Diles que los ángeles no sois en realidad esos seres místicos y bienintencionados que creen, sino envidiosos y altaneros. Os creéis mejores que cualquiera que no sea de los vuestros. Ya no hay rastro de compasión en vosotros. Ni siquiera estarías aquí protegiéndolas si no fuera porque él te lo ha ordenado.

Azrael iba a intervenir, pero Casandra se le adelantó.

—¡Basta! —gritó, alzando la voz por encima del gruñido que brotaba de la garganta de Daniel.

Había advertido la expresión desolada de su prima. Era evidente que las palabras de Asmodeo habían calado en ella casi más que en cualquier otro. Observaba a Daniel con una mueca entre triste y decepcionada. Este ni siquiera se había percatado de ello; con los labios apretados y los ojos entornados, centraba toda su atención en el demonio que tenía frente a él.

—Cada uno de nosotros tiene sus propias razones para estar aquí —aseguró Casandra—. Hemos venido a divertirnos, así que tratad de dejar vuestras rencillas a un lado por esta noche.

Casandra se volvió hacia Azrael. Si iban a permanecer en la discoteca, quería asegurarse de que no estaban corriendo riesgos añadidos.

—¿Son peligrosos?

Azrael negó con la cabeza.

—Ni siquiera tienen por qué saber quién eres —respondió él, tomándola de la mano.

—Bien —aceptó Casandra.

Asmodeo había perdido todo interés por la conversación en favor de la guapa camarera que le estaba sirviendo su segunda copa. Le susurraba algo al oído cuando Casandra decidió que era hora de pasarlo bien y olvidarse de todo. Tiró de Azrael, internándose en la multitud de cuerpos danzantes, dándoles a Lena y a Daniel una intimidad que parecían necesitar casi más que ellos.

Casandra comenzó a moverse al ritmo de una canción que no creía haber escuchado antes. Sin perder de vista a su prima, apartó de su mente el resto de sus preocupaciones y se concentró en Azrael. Para su sorpresa, el ángel bailaba muchísimo mejor de lo que hubiera esperado, incluso había cerrado los ojos y parecía más relajado de lo que lo hubiera visto nunca, como si la música calmase su alma.

Ella aprovechó para disfrutar de la visión que le regalaba hasta que alguien a su espalda se tropezó contra ella y la empujó directa a sus brazos. Azrael la asió con fuerza, evitando que se cayera, y tras acomodar su ritmo al suyo continuó bailando.

Hubiera permanecido siempre allí, cerca de su cuerpo, notando sus músculos contraerse bajo la fina camisa que llevaba puesta. Casandra escondió la cara en el hueco de su cuello y apoyó la mejilla contra su hombro para dejarse llevar por sus movimientos.

—Es cierto —murmuró Azrael después de varios minutos—. Lo que ha dicho Asmodeo es en parte verdad.

—¿Ordenaste a Daniel que nos protegiese? —preguntó ella, pensando más en Lena que en sí misma.

Casandra no había pasado por alto las miradas que su prima le dedicaba a Daniel cuando creía que nadie la veía, ni lo que había interpretado como un ferviente afán protector por parte del ángel.

—No, eso no. En realidad, le rogué que me ayudara a mantenerte a salvo. Está aquí por voluntad propia y puede irse cuando desee.

—¿Entonces?

—Los ángeles no somos tal y como nos imagináis. Mis hermanos son seres luminosos pero también orgullosos, celosos del rango que se les ha asignado. Creo que han olvidado su verdadera misión.

Casandra apoyó la palma de la mano sobre su pecho, tratando de aliviar la aparente tristeza que Azrael sentía al hablarle de los suyos.

—Hace ya tiempo que abandoné su compañía —prosiguió el ángel—, pero no creo que las cosas hayan mejorado mucho.

—Pero no todos sois así. Tú estás aquí, te preocupas por mí, me quieres...

Casandra notó cierto nerviosismo creciendo en su estómago, consciente de que él jamás había dicho que la quisiera. Levantó la cabeza para mirarlo, buscando una señal que confirmara sus palabras. Azrael le acarició la mejilla con ternura.

—No puedes tratar de encerrar en una única palabra lo que siento por ti, Casie —admitió él—. El fuego de mil infiernos no alcanzaría al castigo que supondría perderte.

Casandra se quedó totalmente quieta en medio de la muchedumbre, ajena a su movimiento, a la música y a cualquier cosa que no fueran ellos dos. Deslizó la mano bajo su camisa para acallar la necesidad imperiosa de sentir el tacto de su piel bajo los dedos y lo besó, abandonándose a la calidez que sus labios desprendían cuando los rozaba. Era como tener su corazón entre las manos, como si cada uno de los latidos que retumbaba en su pecho le perteneciera.

Azrael la separó solo para quedarse mirándola sin decir nada, con ese extraño brillo en los ojos que recordaba haber visto por primera vez la noche en que le mostró quién era. Daba igual lo que dijera o lo que callara, qué fueran o quién los buscara. Su mirada encerraba todo cuanto ella deseaba: amor y deseo suficientes para hacer vibrar el mundo a su alrededor.

Casandra se dejó abrazar una vez más por él, arrullándose por el movimiento de los que tenía cerca y sin preocuparse de llevar el ritmo. Reacia a abandonar el pequeño oasis de paz en el que se encontraba, miró por encima de su hombro para localizar a Lena. Su prima continuaba junto a la barra, hablando con Daniel. Este parecía tratar de explicarle algo, pero ella negaba enérgicamente con la cabeza, como si no fuera capaz de creer lo que le estaba contando. Por alguna razón, no se extrañó cuando el ángel tomó la mano de Lena y se la puso sobre el pecho. Lena, en cambio, reaccionó con sorpresa ante el gesto. Azrael siguió su mirada para contemplar la escena, sonriendo por todo lo que esta revelaba.

Poco después, Lena y Daniel se unieron a ellos para disfrutar de la música. Las chicas no dejaron de reír ante la extravagante forma de bailar de Daniel que, poco acostumbrado a este tipo de situaciones, trataba de llevar el ritmo con escaso éxito. El ángel soportó sus bromas con abnegación e incluso rio con ellas. Era obvio que estaba bastante más relajado, y Casandra sospechaba que la ausencia del demonio era, solo en parte, la causa de su

tranquilidad.

Comprendía la repulsión que sentía hacia Asmodeo, pues ella misma dudaba en muchas ocasiones de las intenciones de este. Aunque por otro lado se había prestado a permanecer a su lado, fueran cuales fuesen sus razones para ello. La línea que separaba el bien del mal, los ángeles de los demonios, era cada vez más difusa. A pesar de que sonaba a tópico, empezaba a pensar que los buenos no eran tan buenos ni los malos tan malos.

A todo aquello había que sumarle la existencia de los descastados. No podía evitar sentir cierta compasión hacia ellos. Sin nada a lo que aferrarse, estaba segura de que eso les pesaba en el alma más que ninguna otra cosa. Y todo por permanecer al margen y no tomar partido por uno u otro bando. Todo parecía demasiado rígido, como una estructura tensada hasta el límite de su resistencia.

Casandra desechó los pensamientos que amenazaban con empezar a ahogarla y se concentró en la figura de Azrael. Se alegraba de que al menos su relación continuara oculta a los ojos de los ángeles, por lo que Azrael parecía no correr un peligro inmediato. Estaba allí sonriendo frente a ella y lo bastante cerca de su cuerpo para desear que la gente que estaba a su alrededor desapareciera y los dejara a solas. Tuvo que refrenar el impulso de pedirle que la llevara a su casa en ese mismo instante.

Lena esquivó a varias personas para acercarse hasta ella. Justo cuando llegaba a su lado, un chico de pelo negro y piel tostada que iba sin camisa se interpuso en su camino. Casandra observó cómo su expresión cambiaba bruscamente cuando el desconocido le susurró algo al oído. Su prima intentó retroceder para alejarse de él, pero un muro de cuerpos se lo impedía. Sin darse cuenta de lo que sucedía, Azrael agarró su mano para atraerla hacia él, pero Casandra estaba clavada en el sitio, contemplando la mueca de horror que poco a poco se abría paso en el rostro de Lena.

Se separó de él y llamó su atención sobre el desconocido que acosaba a Lena. Al ver cómo Daniel se deslizaba entre la gente para colocarse al lado de su prima, supo que algo malo estaba a punto de suceder. Casandra no tardó en intentar acercarse a ellos, empujando a los que se interponían en su camino sin ningún tipo de reparo.

A partir de ese momento, todo sucedió tan deprisa que apenas tuvo tiempo de reaccionar. El extraño empujó a Daniel para apartarlo de su camino y, acto seguido, agarró a Lena. Azrael se precipitó hacia ellos, asió al tipo por la camisa y lo zarandó sin pudor para que la soltara. Asmodeo, que hasta entonces no había dado señales de vida, hizo su entrada en la escena arremetiendo sin dudar un segundo contra el desconocido.

La gente formó un corro, rodeándolos mientras observaban lo que creían que era una simple pelea de borrachos. Casandra sabía que no era así, aquel chico portaba algo malo y

dañino en su interior. Estaba segura de que era un demonio. El pensamiento la hizo reaccionar, pero alguien tiró de ella antes de que pudiera acercarse más al grupo, obligándola a retroceder. Por más que gritó mientras la arrastraban, el alto volumen de la música ahogaba su voz e impedía que Azrael pudiera escucharla.

«Pelea, no te rindas sin más», pensó Casandra.

Y no pensaba rendirse. Simuló que se caía y usó todo su peso para frenar el avance de su secuestrador. Consiguió que él también perdiera el equilibrio y, cuando se inclinó sobre ella tratando de recuperarlo, pudo mirarlo a la cara. No era más que un crío, un niño de apenas doce o trece años, pero sus ojos ardían en llamas de la misma forma en la que había visto arder los de Asmodeo. Era un demonio, por mucho que su engañosa apariencia tratara de convencer a su mente de que no había peligro alguno en él.

Casandra reunió fuerzas y le asestó una patada desde el suelo, alcanzándolo de lleno en el estómago. El pequeño engendro se dobló por la cintura. Al sentir que aflojaba su agarre, ella giró sobre sí misma y se puso en pie para echar a correr.

La gente ni siquiera les prestaba atención. Oyó gritos y todo el mundo empezó a correr en dirección a la puerta. Alguien la empujó y a punto estuvo de caer de nuevo, pero logró evitarlo por muy poco. La marea humana no dejaba de arrastrarla hacia fuera y le impedía avanzar. Al menos no veía por ningún lado al terrorífico niño; bien podían haberlo arrollado.

En ese momento, potentes focos iluminaron la sala por completo y pudo ver unas alas blancas agitarse furiosamente un poco más adelante. Ahora entendía la repentina estampida. Si Daniel se había descubierto delante de toda aquella gente, Azrael no tardaría en hacerlo si no la encontraba. Casandra luchó por abrirse paso hacia adelante, resistiendo los empujones que recibía, cuando una mano la sujetó del tobillo haciendo que cayera de bruces.

Todo el aire huyó de sus pulmones al impactar contra el suelo y un dolor lacerante se extendió desde su muñeca hasta el codo. La sensación de ahogo se acentuó cuando algo la empujó y aplastó su cuerpo contra las duras baldosas.

Casandra pateó para zafarse, pero sus pulmones clamaban pidiendo un poco de oxígeno y los músculos apenas le respondían. No podía respirar. Por más que intentaba aspirar aire, lo único que conseguía era boquear con desesperación. Levantó la cabeza y descubrió que la gente casi había despejado por completo la sala. Localizó a Azrael a poco más de diez metros de ella cuando su visión comenzaba a tornarse borrosa.

En cuanto la vio, el ángel desplegó sus poderosas alas para situarse en cuestión de

segundos a su lado. Casandra notó cómo el peso que la oprimía desaparecía. La garganta le ardió cuando el aire entró por fin en su pecho, y comenzó a toser mientras intentaba no vomitar.

Se restregó los ojos en un intento de enfocar la vista y poder observar lo que la rodeaba. Asmodeo y Daniel peleaban con cuatro demonios en mitad de la pista de baile, ahora ya vacía. Lena yacía inconsciente a pocos pasos de ellos, y algunos de los que Azrael había identificado como descastados contemplaban la escena alejados, sin inmutarse siquiera por la ferocidad de la lucha.

Casandra se puso boca arriba y trató de levantarse, pero las piernas le fallaron y tuvo que permanecer de rodillas mientras Azrael mantenía a raya al pequeño demonio que la había atacado. Este se había transformado en un ser repugnante. Su piel se había cubierto de una fina película escamosa, y manos y pies eran garras deformadas. Incluso parecía emanar de él un ligero olor a putrefacción.

Intentó una vez más incorporarse y llegar hasta su prima, desesperada por comprobar que seguía con vida. Si algo le pasaba, Casandra no se perdonaría nunca por ello. Todo aquello era culpa suya. Había sido una estúpida al arrastrarlos a todos hasta allí. Cuando finalmente consiguió levantarse corrió hacia Lena, obligándose a ignorar el dolor que sentía con cada movimiento.

Daniel se distrajo al ver a Casandra pasar por su lado y uno de los demonios aprovechó para darle un puñetazo en la cara, que lo hizo caer hacia atrás. Asmodeo a duras penas podía repeler los golpes que recibía, por lo que poco podía hacer por ayudar a Daniel. Sin pensarlo, Casandra se descalzó y se desvió hacia el ángel indefenso. Imprimió las pocas fuerzas que le quedaban en golpear a uno de los demonios con su zapato. Para su sorpresa, el afilado tacón se clavó en su cuello y penetró varios centímetros en la carne de aquel ser. El demonio aulló con tal potencia por el dolor que Casandra tuvo que taparse los oídos. Solo podía esperar que la distracción le diera a Daniel el tiempo suficiente para recuperarse.

Lena comenzó a agitarse en el suelo. Casandra corrió de nuevo hacia ella y se acuclilló a su lado. Su prima estaba aterrorizada y tenía una pequeña brecha en la sien, pero estaba viva. Casandra asió sus manos con fuerza en cuanto se acercó y suspiró aliviada. Buscó con la mirada a Azrael, que ya se había desecho de su raptor y ayudaba ahora a los demás a hacer frente a los que quedaban. Asmodeo estaba casi irreconocible, se había transformado y el resultado era entre aterrador y fascinante. Toda la piel que quedaba a la vista estaba recubierta de protuberantes líneas, y su pelo había desaparecido por completo, dejando al descubierto una intrincada trama de tatuajes que cubría su cráneo.

En ese momento, Daniel gritó y el aire se llenó de plumas. Los dedos de su prima, que hasta entonces había mantenido entrelazados con los suyos, se escurrieron de su mano

cuando Lena se levantó y echó a correr hacia él.

—¡Lena, no! —gritó Casandra, desgarrándose la garganta.

El alarido desesperado de Casandra no la retuvo. Lena se interpuso entre el desmadejado cuerpo del ángel que yacía en el suelo y su atacante, y quedó plenamente expuesta a las afiladas garras que eran sus manos. Casandra trató de llegar a tiempo a su lado, pero Asmodeo fue más rápido. Empujó a un lado a Lena, evitando que el demonio desgarrara su abdomen por poco, y recibiendo él, en su lugar, el fatídico zarpazo.

Azrael barrió con una de sus alas a dos de los horrendos diablos y los lanzó contra una de las paredes con tanta fuerza que pudo ver desprenderse de esta pequeños trozos de yeso. No estaban muertos, pero aquello pareció poner punto final a la pelea. Los atacantes desaparecieron, desintegrándose ante sus ojos y dejando tras de sí un fétido olor a podredumbre y muerte.

El pequeño grupo se reunió junto a Asmodeo. Incluso Daniel, malherido y tembloroso, se acercó con ayuda de Azrael. Asmodeo se aferraba con una mano la camisa empapada de sangre, espesa y oscura, sin dejar de sonreír, aunque sus ojos mostraban el dolor que lo acometía. Lena intercambió su puesto con Azrael para que este pudiera asistir al demonio. Casandra se agachó también a su lado.

—Dime que no vas a morirte —suplicó Casandra, torturada por la culpa.

A pesar de lo que era, no solo había tomado cariño al demonio, sino que este acababa de salvar la vida de su prima. Eso era algo que jamás olvidaría.

Azrael se arrodilló para examinar la herida.

—Si me lo pides así, preciosa —bromeó el demonio. Trató de reprimir una mueca cuando Azrael hundió dos dedos en la sangrienta abertura de su estómago.

Por un momento, mientras hurgaba en su interior, Casandra pensó que Azrael se había vuelto loco. Hasta que este extrajo algo sólido de dentro, recubierto por la densa sangre que continuaba manando sin cesar. El demonio, que había estado conteniendo la respiración, exhaló todo el aire con dificultad. Azrael cubrió la herida con la palma de la mano, pero Asmodeo la retiró bruscamente de un manotazo.

—Ni lo pienses —le espetó el demonio tras el gesto.

—Lo necesitas —gruñó Azrael sin darse por vencido.

—No puedes ni debes. No por segunda vez.

—¿De qué va esto? —se atrevió a preguntar Casandra, confusa por la discusión que mantenían.

Ambos permanecieron callados y fue Daniel quien, tras sentarse trabajosamente en el suelo, le contestó.

—Azrael trata de curarlo. Sanar a alguien siempre tiene un precio, más alto cuanto más letal es la herida. Una parte del alma del herido pasa a formar parte de nosotros —aclaró—, y el intercambio es recíproco. Por lo que debes estar realmente seguro de que quieres hacerlo.

«Así que de eso se trata», pensó Casandra.

En algún momento del pasado Azrael había ayudado a Asmodeo; ambos habían asumido el intercambio de una porción de sus almas. La desconcertante lealtad que el demonio mostraba por el ángel tenía ahora una explicación lógica. Asmodeo se sabía en deuda con él, pues Azrael había permitido la infección de su alma para salvarlo. Casandra desconocía qué consecuencias podría provocar un segundo intercambio, aunque a juzgar por la actitud de Asmodeo no era nada bueno.

—No es una opción para ti, Azrael —concluyó el demonio con voz apagada.

—Yo lo haré —se ofreció Daniel, dejando a todos boquiabiertos ante su ofrecimiento.

—Necesitas todas tus fuerzas para recuperarte —objetó Azrael, negando con la cabeza.

—Estoy bien —aseguró Daniel con firmeza, aunque saltaba a la vista que no era así—. Quiero hacerlo.

Daniel lanzó una rápida mirada a Lena que no pasó desapercibida para Casandra. Era evidente que había surgido algo entre ellos. Daniel estaba dispuesto a entregarle al demonio una parte de su alma como agradecimiento por haberle salvado la vida a su prima. El ser que había herido a Asmodeo bien podía haberla cortado en dos si este no se hubiera interpuesto en su camino.

El ángel se inclinó sobre el demonio para posar la mano sobre su abdomen. Asmodeo apretó con fuerza los dientes, pero ningún sonido o queja escapó de su boca. Tras un

momento, Daniel retiró la mano y se derrumbó exhausto sobre el suelo. La hemorragia cesó en el acto, y el gran desgarró que instantes antes atravesaba el estómago de Asmodeo estaba ahora casi cerrado.

Azrael, a su vez, utilizó su poder sobre Daniel para atenuar las múltiples heridas de este, y después procedió de igual forma con la brecha que Lena tenía en la cabeza. Cuando terminó, volvió al lado de Casandra y la rodeó con un brazo. Ella agradeció la sensación de calidez que la envolvió.

—Alitas, me jode decirlo —dijo Asmodeo—, pero creo que te debo una.

—Estamos en paz. No me debes nada —lo contradijo Daniel—. Pero no creas que esto nos convierte en amigos.

—No lo había pensado ni por un momento.

Daniel fue incapaz de esconder la pequeña sonrisa que asomó a sus labios.

—Creo que voy a llorar —bromeó Azrael.

—¿Podéis dejar para otro momento vuestras gilipolleces? —los cortó Lena—. Quiero salir de aquí ahora mismo.

Su prima continuaba nerviosa. La propia Casandra se sentía como una olla a presión que fuera a estallar en cualquier momento, y a pesar de notar la presencia tranquilizadora de Azrael a su lado, también quería marcharse de allí cuanto antes.

—El demonio —inquirió Casandra, al recordar la mueca de horror de su prima—. ¿Qué te ha dicho?

—Que te buscaba a ti —comentó alterada, e hizo una pausa para mirar a Daniel—, pero que bien podía entretenerse también conmigo. Salgamos de aquí, por favor.

Nadie protestó. Ayudaron a Asmodeo y a Daniel a ponerse en pie. Su aspecto había mejorado de forma considerable, pero ambos seguían teniendo dificultades para andar por sí mismos. Antes de encaminarse hacia la puerta, el demonio se giró para encarar al grupo de descastados que durante todo el tiempo que había durado la lucha habían permanecido inmóviles observando.

—Gracias por vuestra ayuda, no teníais por qué haberos molestado —les recriminó con afilado sarcasmo.

—Esta es vuestra lucha, no nos incumbe —replicó uno de los descastados que se encontraba más cerca de ellos.

—Eso dijisteis la última vez, y mira cómo habéis acabado —replicó Azrael con rabia.

—Os compadezco —añadió Casandra—. Debe ser duro no tener nada que os importe lo suficiente como para luchar por ello.

Sin esperar su respuesta, y tras recuperar el zapato que había usado como arma improvisada, Casandra se giró hacia la puerta y avanzó junto a los demás sin mirar atrás.

CAPÍTULO 19

El regreso resultó una bendición para los nervios destrozados de Casandra. Azrael conducía despacio a través de calles desiertas, mientras ella, a su lado, mantenía la mano sobre su pierna; necesitaba sentir su contacto más que nunca. Los demás ocupaban el asiento trasero. Asmodeo dormía, y Lena y Daniel pasaron el trayecto en silencio y sin dirigirse una sola mirada, como si temieran encontrarse con los ojos del otro.

En la radio sonaba *One*, de U2, y Casandra pensó que podría dormirse arrullada por la música y el suave ronroneo del motor. Sin embargo, antes de que la alcanzara el sueño, llegaron a su casa y se encontraron con que las cosas no hacían más que empeorar.

En el camino de entrada había cinco ángeles esperándolos, de pie y totalmente inmóviles. La escena le resultó más inquietante de lo que quiso admitir. Ni siquiera se movieron cuando Azrael paró el motor y todos comenzaron a bajarse del vehículo.

Los recién llegados parecían sacados de algún cuadro renacentista, esbeltos y serios, todos distintos, pero con una belleza común fría e incluso cruel. A Casandra le resultaron aterradores.

Lena y Daniel llevaron a Asmodeo dentro de la casa bajo la atenta mirada del singular grupo. Azrael le indicó a Casandra que entrara con los demás, pero ella negó con la cabeza. No pensaba separarse de él. Él la apartó a un lado, alejándola de ellos, y dejó que se escondiera en sus brazos para tranquilizarla.

—No pasa nada —le aseguró Azrael.

Su aterciopelada voz no hizo más que aumentar la preocupación de Casandra.

—¿Qué quieren de ti? —le preguntó, temiendo conocer la respuesta. Las lágrimas le escocían en los ojos.

Él le acarició la mejilla, tratando de reconfortarla.

—No son de tu coro, ¿verdad?

Azrael respondió negando con un movimiento casi imperceptible de cabeza. Aquello solo podía significar que conocían su relación, de alguna manera se habían enterado y venían a por él. Casandra deshizo el abrazo y se dirigió directa hacia el grupo.

—¿Qué queréis de él? —Trató de mirarlos con odio, pero le fue imposible.

Estaba horrorizada por su presencia y su temor fue lo único que consiguió transmitir.

Los ángeles se miraron entre ellos durante unos instantes, hasta que uno de ellos, un chico pelirrojo que le sacaba una cabeza de altura al resto, se adelantó para contestarle.

—No es contigo con quien queremos hablar.

—Evangelos, decid lo que hayáis venido a decir —le exigió Azrael, situándose junto a ella.

—Debes acompañarnos. Los demás han sido reclamados.

—¿Habéis ordenado a mi coro volver? —repuso Azrael con evidente sorpresa.

—Así es —afirmó Evangelos—. Pretendían permanecer aquí hasta tu llegada, pero se les ordenó regresar.

—Iré cuando esté preparado, no antes.

La voz de Azrael carecía de sentimiento alguno, no dejaba translucir ni miedo ni incertidumbre, al contrario de lo que le había sucedido a Casandra.

—Acude cuanto antes —cedió el ángel—. O vendrán a por ti.

El grupo se disolvió ante sus ojos, llevándose consigo su frialdad pero no el miedo que sentía Casandra ante el inevitable desenlace. Una espada pendía sobre sus cabezas y, más tarde o más temprano, la dejarían caer sobre ellos, cercenando cualquier pequeña esperanza que aún pudieran abrigar. Casandra recordó que todavía podía hacer algo al respecto. El plan que había urdido podía funcionar. Debía funcionar.

Azrael la llevó de la mano al interior de la casa. Estaba tan serio que, al mirarlo, a Casandra le pareció estar observando una de esas esculturas aladas que tantas veces había visto en el museo. Pero una vez dentro, cuando la encaró y la atrajo hacia él, volvió a recobrar su apariencia amable, sus ojos resplandeciendo más que nunca.

Con los dedos aún entrelazados con los suyos, ambos se sentaron en el sofá, donde ya descansaba Asmodeo. Daniel y Lena debían haber subido a la planta alta.

—Casandra y yo vamos a salir de nuevo —dijo Azrael, mirando al demonio.

Este lo observó fijamente, como si a través de sus ojos pudiera extraer cada uno de sus pensamientos y descubrir qué era exactamente lo que le pasaba por la cabeza.

—¿Volverás luego? —preguntó Asmodeo con un tono seco que no casaba en absoluto con su carácter mordaz.

A Casandra le parecía estar perdiéndose algo importante, algo que no estaban compartiendo con ella. Le daba miedo preguntar. Había estado engañándose a sí misma todo el tiempo creyendo que podría decidir ser feliz, dejar de preocuparse por todo y disfrutar más de cada día. En realidad, esa era ella, demasiado inquieta por todo cuanto la rodeaba para olvidarlo durante mucho tiempo.

La caída iba a ser dura, muy dura. Amaba a Azrael, pero de repente era consciente de que, de forma irremediable, su historia acabaría mal. Casandra no podía creer que hubiera sido tan estúpida como para no darse cuenta antes de que lo estaba arrastrando hasta un callejón sin salida. Ella iba a ser su ruina, su final truncado en una existencia de miles de años, un peso muerto para él. ¿Cómo había podido estar tan ciega? ¿Cómo había dejado que Azrael arriesgara su eternidad solo por mantenerlo a su lado?

Azrael interrumpió sus pensamientos al envolverla con sus alas. Ni siquiera se había dado cuenta de que las había desplegado hasta que sintió la suave caricia de las plumas sobre la espalda. Casandra alargó los brazos para rodear su musculoso torso, dejando reposar la cabeza sobre su pecho. El latido de su corazón la tranquilizó, así que se relajó y dejó que la llevara con él.

Tras unos segundos las alas se abrieron con lentitud, y permitieron a Casandra ver de nuevo el rostro de Azrael. En ese momento entendió a la perfección lo que significaban las palabras «bello como un ángel».

Él la había llevado al mismo acantilado de la otra vez. En esta ocasión la noche era menos luminosa, con una luna menguante que apenas iluminaba la oscuridad que los rodeaba. Pero aquello no disminuía la belleza del idílico paisaje, pues cientos de estrellas titilaban con intensidad en el cielo despejado.

Casandra permaneció aferrada a su cuerpo mientras observaba el oscuro mar que se extendía frente a ella. Su ánimo se asemejaba a las pequeñas olas que rizaban su superficie, ascendiendo y descendiendo de forma perezosa a intervalos regulares, hasta que de pronto topaban contra la escarpada pared del acantilado, viéndose obligadas a disolverse entre espuma y remolinos. La cruel realidad era la roca contra la que ella se golpeaba en ese

mismo instante.

—Casie —murmuró él en su oído. Ella sintió un escalofrío al escuchar la dulzura con la que había pronunciado su nombre—, estás temblando.

No era frío lo que sentía, sino temor, un miedo acerado y punzante a que él desapareciera para siempre.

—Tengo frío —mintió sin convicción.

Azrael la llevó al abrigo del viejo árbol que coronaba la colina, y, aunque a Casandra sus ramas se le antojaban tétricas y retorcidas, no opuso resistencia. Él se sentó primero para luego acomodarla entre sus piernas, dejando que la espalda de ella reposara sobre su pecho. Ambos permanecieron callados, escuchando el sonido del mar.

Casandra recordó que solo hacía unos días que se habían conocido. Se dio cuenta de que lo había deseado desde el mismo momento en el que lo había visto, aquel día en el que él apareció en la biblioteca. Desde ese instante, lo había amado y odiado, como si ya hubiera sido consciente de que estaban abocados a destruirse mutuamente, como si su cuerpo supiera que estar juntos estaba fuera de su alcance. Incluso se había permitido trazar un plan para salvarlo de la ira de los suyos, para desafiar unas leyes que ni siquiera entendía, sin darse cuenta de que la solución estaba frente a sus narices.

La idea quemó a Casandra como si de un hierro al rojo vivo se tratase. Todo lo que él tenía que haber hecho era separarse de ella, su salvación pasaba por abandonarla. Sin embargo, él se había obcecado en mantenerse a su lado y ella se lo había permitido.

—Lo siento —gimió Casandra, con la culpabilidad atenazando su garganta.

—¿Por qué te disculpas? —le preguntó él.

Azrael deslizó las manos por sus brazos hasta llegar a sus manos, entrelazando sus dedos con los de ella.

—Debiste alejarte de mí, debí...

Casandra no pudo terminar la frase. La idea de perderlo era como tener una herida abierta en el corazón. Había sido y seguía siendo demasiado egoísta para dejarlo marchar. Se odió por ello.

—¿Alejarme de ti? —repuso él, sorprendido.

Podía notar el aliento de Azrael contra su cuello, calentándole la piel.

—Te condenarán por mi culpa.

—Creía que todo esto ya lo habíamos aclarado —terció él, sin darle opción a continuar hablando—. Estar lejos de ti no es una opción. ¡Yo ya estaba condenado!

Azrael ladeó la cabeza ligeramente para poder contemplar los ojos de ella.

—Esto es más de lo que he tenido jamás —confesó él—. No intentes convencerme de que estaría mejor lejos de ti.

—Puede que todavía haya tiempo, quizás no sea demasiado tarde —se obligó a decir Casandra.

Su mente no dejaba de gritar y protestar ante la idea, sabía que no resistiría mucho tiempo alejada de él. Pero si eso lo mantenía a salvo, estaba dispuesta a intentarlo.

—El día que te descubrí llorando en el baño del instituto —dijo él, ignorando su súplica—, iba a contarte lo que era. Quería decírtelo, pero temía que te asustaras tanto que no quisieras volver a verme. Dejé que pensaras que estaba muerto, aunque era consciente de que estaba siendo doloroso para ti. Podía ver la tristeza con la que me mirabas, la agonía que reflejaban tus ojos. Te hice daño porque no podía evitar desear estar a tu lado. Nunca hubo opción para mí, Casie. Tú, en cambio...

Azrael apoyó la frente contra su hombro y suspiró.

—¿Yo? —lo instó Casandra para que continuara hablando.

—Tú sentiste la oscuridad que había en mí, la percibiste desde el primer momento y aun así estás aquí —confesó apesadumbrado—. Pudiste escapar.

—¿Eso crees?

Casandra negó con la cabeza al pensar en lo equivocado que estaba. Ella nunca había tenido otra opción que rendirse a lo que sentía por él. Incluso al principio, cuando creía odiarlo, era incapaz de dominar la fuerza que la empujaba directa a sus brazos.

—Deberías haber huido —contestó entristecido, como si esperara que fuera a hacerlo

en cualquier momento—. Pocas veces me he mostrado a los mortales, y por regla general nunca he sido bien recibido.

Casandra se llevó a la boca la mano de él para besarla, ganando tiempo para ordenar sus ideas, intentando encontrar las palabras justas que pudieran hacerle entender que lo amaba.

—Si volviéramos a conocernos, si volvieras a aparecer ante mí y te presentaras directamente como el Ángel de la Muerte, con tus magníficas alas negras y toda tu oscuridad, seguiría aquí. Si renunciaras al cielo y te convirtieras en un caído, seguiría aquí. Incluso si te desterraran o si murieras, iría a buscarte. Cruzaría el túnel o las puertas del infierno solo por seguir a tu lado. Me arrancaría el alma si fuera necesario. No puedo ni deseo escapar, pero tampoco quiero que sufras daño alguno por mi culpa.

Azrael apartó a un lado la larga melena de Casandra y depositó un beso en su cuello. Ella sintió cómo la apretaba con más fuerza, tanto que podía notar su corazón palpar contra su espalda.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Casandra tras un momento.

—Tendré que ir, en algún momento tendré que presentarme ante ellos.

—¿Por qué tengo la sensación de que te estás rindiendo? Tiene que haber algo que podamos hacer...

—No voy a ponerte en peligro —la atajó Azrael.

—¡Tú estás en peligro! ¿Vas a asumir lo que sea que ellos digan?

Casandra no podía creer que fuera a limitarse a aceptar su condena.

—Si no voy, vendrán a buscarme. Y entonces tú te verás envuelta en medio de algo que no será agradable. No voy a dejar que estén cerca de ti, ni que se vean tentados por la idea de castigarte también. No los conoces, Casie.

—No voy a rendirme —le aseguró ella, intuyendo que nunca conseguiría que cambiara de opinión.

—Te quiero —le respondió él, tomándola por sorpresa. Su tono de voz, que segundos antes se había vuelto cortante, se dulcificó.

Si ya normalmente Casandra luchaba por estabilizar sus desbocados y contradictorios sentimientos, el cambio de actitud de Azrael arrasó por completo las barreras de su mente.

—Lo sé. —Fue lo único que pudo responder con un hilo de voz.

Casandra se dejó abrazar por Azrael, luchando consigo misma por recuperar el control de sus emociones. Observó el mar, preguntándose si finalmente el cielo ganaría esa batalla y condenaría, por orgullo o estupidez, el amor que se profesaban.

Azrael llevó a Casandra de vuelta sin realizar un solo comentario más al respecto. Era evidente que no quería seguir discutiendo sobre el tema, pero ella no estaba dispuesta a dejar su destino en manos de unos ángeles despiadados.

Durante el rato que pasaron juntos en el acantilado, él le había contado algunas historias sobre su pasado, todas anécdotas divertidas de final feliz, como si pretendiera desviar su atención y evitar cualquier cosa que la entristeciera. Mientras hablaba, depositaba pequeños besos por toda su cara que, aunque reconfortaban el turbado ánimo de Casandra, no la hacían olvidar todo lo que estaba pasando.

Al llegar a la casa, Asmodeo los esperaba exactamente en la misma posición en la que se encontraba cuando la abandonaron: recostado sobre el sofá, con los pies sobre la mesa y los brazos cruzados detrás de la cabeza. A pesar de mostrar un aspecto tan relajado, en su mirada se adivinaba que su humor no era ni mucho menos tan desenfadado como de costumbre. Al menos sus heridas parecían haberse curado casi por completo.

Por el contrario, ella estaba destrozada. El cuerpo había comenzado a dolerle como consecuencia de la pelea de esa noche, y la garganta todavía le escocía. Lo ocurrido horas antes empezaba a pasarle factura, por lo que decidió que lo mejor sería irse directa a la cama. Mañana hablaría con Asmodeo y Daniel para que intentaran hacer entrar en razón a Azrael.

—Ahora mismo subo —le indicó el ángel cuando Casandra tiró de él hacia las escaleras.

Reacia a separarse de él siquiera durante unos pocos minutos, ella soltó su mano y le dio un fugaz beso en los labios. Se descalzó, incapaz de soportar por más tiempo los altos tacones, y tras despedirse de ambos con un gesto se arrastró escaleras arriba.

Una vez en el piso superior, en vez de alejarse por el pasillo hacia su habitación, se quedó camuflada tras las hojas de una gran planta que su madre siempre prometía que iba a podar. Se alegró de que nunca se hubiera decidido a hacerlo. Le proporcionaba el escondite perfecto para poder escuchar todo lo que sucedía en el salón sin correr el riesgo de ser

descubierta.

No es que Casandra acostumbrara a espiar conversaciones ajenas, pero había tenido la sensación de que Azrael quería hablar a solas con el demonio. En otras circunstancias hubiera desaparecido de la sala, dándoles la intimidad necesaria y sin plantearse siquiera escuchar a hurtadillas. Pero tal y como estaban las cosas, si Azrael estaba ocultándole algo, ella quería saber qué era.

—¿Qué han dicho? —le preguntó Asmodeo tras unos minutos de silencio.

—¿Tú qué crees? —contestó el ángel, tomando asiento frente a él en la butaca que Valeria solía usar para dormir cuando llegaba demasiado cansada del trabajo.

El agotamiento también era patente en sus movimientos, algo lentos y pesados. Una fina arruga surcaba la frente de Azrael.

—Déjame adivinar: pecado, venganza, castigo... Lo mismo de siempre —replicó el demonio con desprecio—. ¿Y aun así sigues de su parte?

—Hemos discutido sobre esto infinidad de veces, ¿crees poder convencerme ahora para que me cambie de bando?

Una pequeña sonrisa asomó a los labios de Azrael.

—No —admitió el demonio—. Pero mi jefe piensa que eso es lo que hago cuando nuestros caminos se cruzan. Déjame al menos que finja hacer mi trabajo.

—No puedo creer que siga tragándose esa excusa después de mil años.

Asmodeo alzó levemente los hombros, dando a entender que así era.

—Es el infierno, amigo, tampoco es que sean especialmente listos —concluyó con sorna—. ¿Qué piensas hacer?

Casandra se agachó, permaneciendo en la penumbra pero inclinándose hacia delante. Trataba de observar la expresión de Azrael ante la pregunta del demonio. La madera del suelo crujió bajo sus pies y se maldijo por no continuar inmóvil. El ruido no pareció delatarla, por lo que se sentó lo más despacio posible, dispuesta a seguir escuchando.

—Luchar —le respondió Azrael con voz tajante—. Si es necesario lucharé contra ellos por quedarme a su lado.

Cassandra agradeció haberse sentado, porque aquellas palabras eran lo último que esperaba escuchar de boca del ángel. Azrael le había hecho creer que se entregaría sin más, que no pensaba discutir las órdenes que exigían que se presentara ante ellos. Su primer impulso fue salir de las sombras y preguntarle cómo podía ayudarlo. Pero se contuvo, esperando poder enterarse de cuáles eran sus planes.

—¿Lo sabe ella? —inquirió el demonio.

Asmodeo se había incorporado en el asiento, interesado por el rumbo que había tomado la conversación.

—No, y espero que siga siendo así.

El demonio negó con la cabeza, pero Azrael continuó hablando.

—No es que tenga grandes esperanzas de que esto acabe bien, entiéndelo. Si todo sale mal...

—Es más fuerte de lo que crees —aseguró Asmodeo.

—Lo sé, pero no puedo dejar que piense que esto va a salir bien y luego arrebatárselo todo. Sería demasiado cruel.

Azrael se pasó la mano por la cara, su rostro denotaba el cansancio que se había apoderado de él. Nuevas arrugas se sumaron a las ya existentes, como si de repente el futuro se descubriera ante él terriblemente oscuro e inquietante.

Fuera, una fina llovizna comenzó a arañar débilmente los cristales. Por un momento, Cassandra imaginó la niebla rodeando la casa, aislándolos de todo, y a miles de ángeles atravesándola para venir a buscarlos. Se concentró de nuevo en lo que ocurría en el salón cuando Azrael continuó hablando.

—No voy a dejar que me arrebaten lo único que ha merecido la pena de toda mi existencia.

Para su sorpresa, Asmodeo no prorrumpió en carcajadas al escuchar la afirmación del ángel, tal y como ella esperaba que hiciera. Mantuvo un gesto serio, prueba de que, a pesar de pertenecer a dos razas eternamente enfrentadas, creía y respetaba al ángel que tenía frente a él.

—Te apoyaré en lo que me sea posible —afirmó el demonio con determinación.

Fue entonces Azrael el que rio, disolviendo la solemnidad del momento.

Cassandra estiró las piernas, que ya comenzaban a cosquillearle debido a la incómoda postura. Por un lado, quería enfadarse con Azrael por no querer confiarle sus intenciones, pero, por otro, le enternecía que quisiera evitar que ella sufriera más por la situación. Sentía idénticas ganas de gritarle que de abrazarlo.

—Si los tuyos no insistieran en hacer honor a su condición —le indicó Azrael—, podríamos firmar una tregua.

—Soy lo que soy, nací así —contestó Asmodeo.

Desde su escondite, a Cassandra le pareció que los ojos del demonio llameaban mientras hablaba, como si quisiera remarcar que detrás de su apariencia de chico guapo solo había pura maldad.

—No enarboles esa bandera conmigo —replicó Azrael—. Siempre hay elección.

El demonio lo observó durante un instante, sopesando sus palabras. A pesar de que por norma general no solía pararse a pensar mucho lo que decía, en esta ocasión no contestó de forma impulsiva.

—Puede —aceptó tras una pausa—. Pero no niegues que existe una inclinación natural en nosotros en uno u otro sentido.

Asmodeo se acomodó sobre un enorme cojín que la abuela de Cassandra había terminado de tejer apenas dos días antes de morir, y Cassandra se preguntó qué pensaría ella si supiera quién se hallaba recostado en él.

—Tú amas a Cassandra —continuó el demonio—. Estás dispuesto a enfrentarte a todas las creencias que hasta ahora han sido inamovibles y a luchar contra tus propios hermanos por ella. Arriesgarás tu existencia y tu misión en este mundo. Pero a pesar de lo que ella representa para ti, ¿no sigues manteniendo una lucha contra ti mismo?

Sin darle opción a respuesta, el demonio continuó con su enfervorecido monólogo. Azrael lo escuchaba sin que su cara mostrara expresión de aceptación o desacuerdo. Cassandra, mientras, contenía el aliento.

La lluvia golpeaba ahora con intensidad los cristales y el viento había comenzado a

soplar con furia. La habitación parecía cargada de electricidad, como si la tensión que sentía Casandra estuviera atravesando su piel e inundando la sala. Sin ser consciente de ello, apretó los puños mientras procuraba seguir en silencio.

—Toda esa estúpida moralidad bondadosa te impulsa a abandonarla —indicó Asmodeo—. No creas que después de tanto tiempo puedes engañarme.

—No haces más que darme la razón —replicó Azrael de inmediato—. Tal vez mi condición de ángel me dicte que me aleje de Casie, pero siempre hay elección. Y yo la elijo a ella. Siempre será ella.

La confesión del ángel permaneció flotando entre ambos. El demonio mantenía su vista fija en él.

Casandra soltó el aire que había estado conteniendo, inspiró y espiró varias veces despacio, y aflojó los puños que aún mantenía apretados. Se levantó con cuidado, tratando de no hacer ruido. En el salón solo se escuchaba el eco del intenso aguacero que caía puertas afuera.

De puntillas, lo más silenciosamente que pudo, se dirigió a su habitación con el corazón latiendo desbocado y las lágrimas asomando a sus ojos cansados. Hasta ese momento no había sido del todo consciente de que permanecer a su lado suponía para Azrael no solo enfrentarse a los suyos, sino que además debía luchar también consigo mismo.

CAPÍTULO 20

No dejó de llover durante toda la noche. Una corriente gélida se colaba por debajo de la puerta de su habitación haciendo que la temperatura descendiera sin cesar. A pesar del grueso edredón con el que se tapaba, y de que Azrael dormía a su lado, Casandra notaba la piel helada. Al día siguiente iba a tener que subir la calefacción si no quería acabar de nuevo con un resfriado.

Pero lo peor habían sido las pesadillas. En los pocos momentos que conseguía quedarse dormida soñaba con un fuego intenso que consumía sin descanso las alas de Azrael. Él no se movía, simplemente la miraba dejando que, una a una, sus plumas ardieran hasta desaparecer por completo. Casandra podía ver el dolor palpitando en sus ojos.

Ella quería ayudarlo, pero no podía moverse. Luchaba intentando realizar algún movimiento, pero por más que trataba de acercarse a él le resultaba imposible. El terror finalizaba cuando la última pluma se convertía en ceniza, dejando tras de sí dos muñones ennegrecidos en el lugar en el que habían estado sus alas.

El sueño se repitió sin cesar hora tras hora. Azrael se removía en la cama de vez en cuando, pero nunca llegaba a despertarse del todo. Para calmarse, Casandra acariciaba con la yema de los dedos los contornos de su cara, pero, en cuanto se quedaba de nuevo dormida, todo empezaba otra vez. Cuando la claridad comenzó a inundar poco a poco su dormitorio, dio gracias por que comenzara un nuevo día al fin.

Se levantó de la cama, dolorida y cansada. Si en algún momento conseguían salir del lío en el que se habían metido, iba a necesitar al menos dos días seguidos durmiendo para recuperarse. Recogió un poco la habitación antes de darse una ducha y vestirse. Su madre volvería en cualquier momento, y, aunque la menor de sus preocupaciones era que encontrara su dormitorio desordenado, no podía evitar seguir cierta rutina.

Cuando terminó de arreglarse, Azrael continuaba durmiendo, así que salió en silencio de la habitación y se deslizó escaleras abajo para no despertar a nadie. Esperaba encontrar a Asmodeo en el sillón, pero no había ni rastro de él. Adecentó con rapidez el salón antes de ir a la cocina en busca de un café que la ayudara a despertarse del todo. Encendió la cafetera eléctrica y puso una cápsula, y cuando terminó de salir el café puso otra. La horrible noche que había pasado bien se merecía el doble de cafeína.

Con la vista perdida en el reloj que colgaba de una de las paredes, saboreó la bebida sorbo a sorbo. Eran apenas las seis de la mañana, probablemente los demás no se despertarían hasta dentro de un buen rato. El silencio que la envolvía era tan denso que se

sobresaltó cuando se dio cuenta de que no estaba sola.

Un hombre la observaba desde la puerta de la cocina. Era alto y puede que en otro tiempo hubiera sido guapo, pero ahora una expresión salvaje le afeaba el rostro. Casandra comprendió enseguida que se encontraba ante un fantasma, y no pudo evitar fijarse en la locura que transmitían sus ojos, como si hubieran visto más allá de su mundo y temieran encontrarse con lo que podía estarle esperando.

«Un condenado», pensó, y supo que no se equivocaba.

Era probable que fuera el alma que había visto pocas noches antes en el pasillo de la planta superior, aquel que se había aferrado a la propia esencia de Casandra buscando una vida que ella no podía devolverle.

Casandra se levantó del taburete y se acercó al fregadero para depositar la taza vacía. En ocasiones como estas, en las que algún condenado se acercaba a ella, solía actuar ignorándolo y esperando a que desapareciera. Pero el fantasma estaba justo en mitad de la puerta que conducía al salón, y lo último que ella deseaba era tener que atravesarlo para ir hasta allí.

Se entretuvo unos minutos dando vueltas por la cocina, disimulando ante él y tratando de ganar tiempo. Pero él no se movió, permaneció en el mismo sitio sin apartar la vista de ella, como si supiera que en realidad Casandra era capaz de verlo.

—No puedo ayudarte —dijo ella cuando vio que no desaparecía.

—¿No puedes o no quieres? —contestó el hombre, dando un par de pasos en su dirección.

Casandra aprovechó que la puerta al salón quedaba libre y se escabulló rápidamente hacia allí. El fantasma la siguió, manteniéndose apenas a un metro de su espalda. Casandra sintió escalofríos al pensar en la clase de sufrimiento que aquel hombre habría infligido en vida a otras personas para haber sido condenado al infierno.

—No quieres. No quieres. No quieres —repitió el fantasma, burlándose de ella—. Eres igual que las demás. Una más. Una más. Una más —canturreó mientras Casandra se sentaba en el sillón.

—Ni siquiera yo puedo salvarte de tu destino —lo informó, a pesar de que se daba cuenta de que no podía razonar con él.

El fantasma la miró con un odio feroz, un odio nacido de algún lugar profundo y oscuro de su mente maliciosa y enferma.

Casandra ni siquiera lo vio venir. Cuando quiso darse cuenta, el fantasma se había introducido en ella y trataba de poseerla. Los lazos que anclaban el alma de Casandra a su cuerpo se tensaron, y su propia esencia luchó contra la invasión. Las imágenes de toda una vida de horror y maldad aparecieron frente a sus ojos, discurriendo a tal velocidad que Casandra pensó que vomitaría.

Asqueada por el contacto íntimo y por todo lo que había visto, apeló a toda su fuerza de voluntad para deshacerse de él. Pero la determinación del fantasma era tanta que las sádicas imágenes comenzaron a repetirse una y otra vez en la mente de Casandra. Su vista comenzó a nublarse y sintió que varios lazos saltaban destrozados. Todo a su alrededor se tornó oscuro y la consciencia la abandonó sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo.

Oyó su nombre, repetido una y otra vez, golpeando el muro de su inconsciencia. No percibía su cuerpo, ni siquiera sabía dónde se encontraba o qué había sucedido, solo estaba aquella voz que la llamaba, que la reclamaba cargada de ansiedad.

Percibió algo cálido que rozaba su esencia y de pronto fue también capaz de sentir una mano sobre la suya. Una presión firme pero cuidadosa la devolvió poco a poco a la realidad.

Al abrir los ojos vio cómo Azrael se inclinaba sobre ella con expresión atormentada. Casandra clavó en él su mirada, intentado concentrarse en su rostro y anclarse así de nuevo a su cuerpo. Imágenes de una vida ajena a la suya acudieron a su mente y se mareó al recordar lo ocurrido.

—¿Estás bien? —le preguntó Azrael con evidente alivio.

El ángel la había tendido sobre el sofá y sujetaba su cuerpo contra el pecho.

—No lo sé —gimió confusa.

La cabeza estaba a punto de explotarle y le costaba incluso articular bien las palabras. Miró alrededor para asegurarse de que el fantasma no continuaba en la sala. Salvo Azrael y Asmodeo, que se hallaba a pocos pasos de ellos, no había nadie más.

Casandra se relajó entre los brazos del ángel.

—No está aquí —le confirmó él al darse cuenta de lo que buscaba.

Todos se sobresaltaron al escuchar que alguien llamaba a la puerta principal.

—No parece ser uno de los míos —afirmó Asmodeo.

Azrael se dirigió a la puerta y la abrió. Casandra le oyó murmurar algo. Desde donde estaba no podía ver quién era el visitante. Se incorporó con lentitud y se puso en pie con esfuerzo. Las piernas le temblaron.

Antes de que pudiera acercarse hasta la puerta, Nick irrumpió en el salón.

—Nick, ¿qué haces aquí? —Casandra le hizo un gesto a Azrael para hacerle entender que no había de qué preocuparse.

—¿Y Lena? Pasé ayer por su casa y su madre me dijo que había salido contigo —explicó, sin dejar de lanzar miradas nerviosas tanto a Asmodeo como a Azrael, que se había colocado junto a ella—. Vine aquí, pero había un grupo de tíos bastante raros fuera y no dejaron que me acercara a la casa.

Casandra suspiró.

—Lena está todavía en la cama —comentó. No había manera de explicarle a Nick lo que estaba sucediendo.

—Quiero verla —gruñó Nick.

La actitud del chico, insistente e incluso algo amenazante, sorprendió a Casandra. Nick dio un paso hacia ella.

—¿Dónde está? —insistió una vez más.

—Puedes verla luego en el instituto —se apresuró a contestar.

Nick hizo ademán de avanzar hacia ella, pero Azrael se adelantó y se interpuso en su camino, mirándolo con el ceño fruncido y expresión desconcertada.

—Largo, muchacho —le ordenó Asmodeo con desprecio.

—¡Quiero verla! —gritó furioso, totalmente fuera de sí.

Algo no iba bien. Nick, el chico tímido y amable que conocía, jamás se hubiera comportado de aquella manera. Azrael seguía contemplándolo fijamente.

—¡Nick!

Todos alzaron la vista hacia Lena, que los observaba confusa desde lo alto de las escaleras.

El chico parpadeó al escuchar su nombre y miró alrededor como si de repente no supiera dónde se encontraba. Al ver a Daniel aparecer junto a Lena, sus ojos se volvieron dos finas rendijas. Todos percibieron el ronco gruñido que brotaba de su garganta.

—Sácalo de aquí —le ordenó Asmodeo a Azrael.

Azrael no dudó un segundo y se abalanzó sobre Nick. Este se hizo a un lado y lo evitó por muy poco. Sin pararse, inició el ascenso escaleras arriba. Azrael corrió tras él junto con Asmodeo.

Cassandra no lograba entender qué estaba pasando, pero al ver que Daniel tiraba de su prima para protegerla con su cuerpo, sus piernas se pusieron también en movimiento. Fuera lo que fuese lo que le ocurría a Nick, no permitiría que le hiciera daño a su prima.

—¡Detenedlo! —rugió Daniel con fiereza.

Azrael llegó hasta Nick antes de que alcanzara el piso superior. Lo agarró de los tobillos y ambos cayeron hacia atrás, rodando escaleras abajo. Asmodeo se vio arrastrado con ellos, y Cassandra apenas tuvo tiempo para aferrarse a la barandilla e intentar no caer también.

—Sujétalo —gritó Asmodeo desde el suelo, tratando de retener a Nick, que intentaba levantarse de nuevo.

Su amigo miraba a Lena con ojos desorbitados y aullaba de dolor. A Cassandra se le pusieron los pelos de punta.

—Su aura... —gimió Lena. Apartó a Daniel para bajar las escaleras, pero este la retuvo y la obligó a mantenerse a su lado.

Tras unos segundos de lucha, Azrael redujo a Nick y este dejó de removerse. El ángel lo puso en pie a la vez que él mismo se levantaba.

—Está poseído —los informó Asmodeo.

—¿Qué?! —exclamaron Casandra y Lena al mismo tiempo.

Su prima se situó junto a ellos y buscó la mirada de Nick. Lo que fuera que estaba dentro de él debió percibir su cercanía, porque de nuevo trató de soltarse del agarre de Azrael y este tuvo que sujetarlo con más fuerza.

Lena, con lágrimas en los ojos, no se movió de su lado.

—Nick, dime que sigues ahí —le rogó entre sollozos.

Casandra vio por un instante el alma del mismo hombre que la había atacado a ella superpuesta al cuerpo de Nick. Su amigo intentaba hacerse con el control de su cuerpo. Supo lo que debía hacer y, antes de que nadie tratara de impedirselo, tomó la mano de Nick entre las suyas y rompió de una sola vez todas las ataduras que la mantenían anclada a su propio cuerpo.

Un torbellino de oscuridad se cernió sobre ella y arrastró su alma. Lo único que oyó antes de que todo se desvaneciera a su alrededor fue a Azrael gritar su nombre.

Un yermo desierto se extendía ante ella y se perdía más allá de lo que alcanzaba la vista. El suelo terroso y agrietado, árboles resecos que se enroscaban sobre sí mismos y el cauce sin agua de un río conformaban solo en parte aquel paisaje salvaje.

Giró sobre sí misma para asegurarse de que estaba sola. No había nadie más allí, ni siquiera el fantasma que Casandra había tratado de llevar al otro lado para sacar su alma del cuerpo de su amigo Nick.

El pánico amenazó con hacer que se derrumbara. Había tomado la decisión sin pararse a pensar en las consecuencias, cegada por la idea de que era la única que podía hacer algo al respecto. Intentó concentrarse en cómo volver cuando le pareció detectar movimiento a su espalda.

Se volvió despacio, con la angustia creciendo en su pecho y la sensación de que las cosas no dejaban de complicarse, pero no encontró nada, solo la tierra formando pequeños remolinos en el aire.

Cerró los ojos y se concentró de nuevo. Evocó el rostro de Azrael, la línea firme de su mandíbula, sus ojos negros pincelados de estrellas, su nariz recta, los mechones de pelo rozando su cara. Recordó la dulzura de sus besos, sus labios húmedos atrapando su boca,

sus manos y sus dedos deslizándose por la piel de su espalda... La pasión, el amor, todos sus sentimientos le llenaron el pecho y emitió un grito interior que retumbó en cada rincón de su mente.

El vello de la nuca se le erizó. Alguien detrás de ella respiraba contra su cuello.

—Si vuelves a hacer esto, juro que encadenaré tu alma a la mía.

Azrael la tomó en brazos y la apretó contra él.

—¿Eso puede hacerse? —preguntó aturdida.

Azrael rio y todos los miedos de Cassandra se esfumaron a pesar de no saber a dónde había ido a parar en su loca carrera por liberar a Nick.

—¿Cómo...?

—... te he encontrado? —El ángel completó la frase por ella—. Chillabas, en realidad era tu alma la que gritaba. Te encontraría siempre por muy lejos que fueras, al menos en esta condición.

Sus palabras hicieron que prestara atención a su apariencia. No era más que una sombra de sí misma, al igual que Azrael. Sus cuerpos se desdibujaban, como si alguien emborronara sus siluetas. Y aun así notaba la firmeza de su hombro contra su mejilla.

Se arrebujó en su pecho y rumió durante unos segundos la pregunta que le rondaba la cabeza, hasta que fue capaz de pronunciarla en voz alta.

—Esto es el infierno, ¿verdad?

Azrael la depositó en el suelo, manteniéndola a su lado, y echó un vistazo alrededor con ojos cansados. Asintió.

—Al menos, una parte de él.

Las preguntas se amontonaron entonces en los labios de Cassandra. Jamás se le hubiera ocurrido llegar tan lejos, al menos no de forma intencionada.

—Volvamos —sugirió Azrael, tomándola de la mano.

Fue todo el aviso que obtuvo. La arena comenzó a volar a su alrededor, girando con rapidez en torno a ellos. Una sombra oscura asomó por el horizonte, algo sin forma aparente pero que hizo que la sangre se le helara en las venas.

No pudo saber qué era. Las alas de Azrael los sumieron en la penumbra y se sintió caer.

Descansaba sobre la cama de su habitación. Azrael la había devuelto a su casa, donde los demás los esperaban cargados de preocupación. Asmodeo fue el único que protestó y sugirió que le hubiera encantado acompañarlos en aquella visita a su territorio.

Cassandra se había alegrado al comprobar que su arriesgada maniobra había salido bien y Nick era de nuevo él mismo, aunque tuvo que ser Daniel quien lo llevara inconsciente a su casa.

—Despertará exhausto, pero no va a acordarse de nada —le comentó Daniel antes de desaparecer con él en brazos.

Lena había corrido escaleras arriba y ella a duras penas había conseguido seguirla. Al moverse, cada músculo de su cuerpo protestaba.

Tras largo rato acunando a su prima y convenciéndola de que nada de lo que había pasado era culpa suya, Cassandra se había dirigido a su cuarto con una sola cosa en mente: descansar.

Se había dejado caer en la cama con la ropa puesta, agotada y reviviendo lo sucedido. Azrael se presentó poco después y se quedó observándola desde la puerta.

—Lo que has dicho sobre encadenar nuestras almas...

El ángel cabeceó y bufó al escucharla.

—Has estado en el infierno, ningún portador de almas se ha aventurado jamás hasta allí, ni siquiera los ángeles son tan osados —comentó él, más sorprendido que enfadado—. No vuelvas a hacerlo, por favor.

—Lo siento —se disculpó Cassandra.

—Si te pasara algo...

Azrael se acercó hasta ella y se sentó al borde de la cama. Cassandra puso su mano

sobre la de él, buscando reconfortarse con el contacto. Él apoyó la frente contra la suya y cerró los ojos.

Quería preguntarle qué hubiera pasado de haber permanecido más tiempo allí o si él no hubiera podido encontrarla, pero comprendió que no era el momento adecuado. El ángel estaba casi tan exhausto como ella.

—Descansa, Casie —había susurrado él antes de darle un beso en la frente y salir de la habitación.

CAPÍTULO 21

—¡Será mejor que tengas una buena explicación! —bramó Valeria enfadada.

Cassandra desvió la vista para no ver la decepción en los ojos de su madre.

Había dormido durante gran parte de la mañana, y hubiera seguido durmiendo si los gritos de su madre no la hubieran despertado. No esperaba su regreso, pero tenía que admitir que había olvidado por completo llamarla.

—No puedes hacer lo que te dé la gana.

Abrió la boca para rebatirla, pero la mirada airada que le dirigió Valeria la convenció de continuar en silencio.

—Me voy unos días por trabajo y ¿qué encuentro a mi vuelta?

No contestó. Tampoco era que su madre esperara una respuesta.

A su llegada, Azrael, Daniel y Asmodeo se encontraban en el salón, y Lena estaba con ellos. Cassandra seguía sin entender por qué los tres no se habían evaporado antes de que su madre pudiera verlos. Tampoco ayudó mucho que Asmodeo se dedicara durante varios minutos a piropear a Valeria tras darle un meticuloso repaso con la mirada.

«Maldito demonio lujurioso», despotricó para sí misma.

Su madre la había sermoneado mientras deshacía la maleta e iba y venía de un lado a otro de su habitación, abriendo y cerrando cajones de forma nerviosa. Ella había permanecido callada durante todo el tiempo.

Los demás habían huido. A Lena le había faltado tiempo para salir por la puerta farfullando que debía volver a casa, y Azrael se llevó casi a rastras a Asmodeo, seguido de Daniel.

No encontraba la forma de explicarle a su madre que Azrael era en realidad Gabriel, a quien ella creía muerto. Su madre haría preguntas y no estaba segura de tener respuesta para todas.

—Puedo explicarlo —comentó sin convicción.

—Me gustaría oírlo.

Valeria se cruzó de brazos y la observó, esperando. Ella cruzó la habitación para ir a sentarse sobre la cama.

—Has faltado al instituto —añadió su madre. Estaba más enfadada de lo que la había visto nunca.

—Es... complicado...

Aquello la enfureció aún más.

—Podrías empezar por decirme quiénes son esos tres chicos —sugirió Valeria, y fue a sentarse al lado de su hija.

Era obvio que estaba haciendo todo lo posible para controlarse. No era la clase de persona que pasa demasiado tiempo enfadada, pero esta vez Casandra sabía que se había excedido. Que Valeria supiera, se había saltado las clases para quedarse en casa con tres chicos a los que su madre no conocía de nada, uno de ellos se le había insinuado y, para completar la escena, Casandra tenía el aspecto de sufrir una resaca espantosa. Era probable que su tía le hubiera contado que la noche anterior habían salido de fiesta, tras prometer que volverían temprano a casa.

—Son solo unos amigos.

¿Qué podía decirle?

«Mira, mamá, este es el Ángel de la Muerte, él uno de los ángeles de su coro y, uy, sí... un demonio cargado de hormonas. Pero no te preocupes, están aquí para protegerme de otros demonios que quieren llevarme al infierno para esclavizarme».

No, definitivamente no creía que pudiera contarle la verdad. Sin tener en cuenta que lo más probable era que ni siquiera la creyera.

—Lo siento —murmuró.

—Ya puedes sentirlo. Estás castigada hasta que me des una explicación —concluyó Valeria.

Se quedó en su habitación el resto de la tarde, mientras oía cómo su madre se movía por la planta baja de la casa. Con toda probabilidad estaría descargando su frustración en la cocina, guisando comida para toda una semana, o puede que dos.

La luz comenzaba a menguar, pero no se molestó en encender ninguna luz, sino que permaneció inmóvil sobre la cama y dejó que la penumbra y las sombras la fueran envolviendo poco a poco.

Una leve brisa le revolvió el pelo cuando Azrael se materializó frente a ella. Se tumbó a su lado sin decir nada, mientras los primeros acordes de *Sweet dreams*, de Marilyn Manson, resonaban en el reproductor de música.

—Hola.

Cassandra se acomodó contra su pecho y cerró los ojos antes de contestar. El contacto con su piel caliente la reconfortó de inmediato. Azrael le acarició el pelo.

—Hola.

—Pareces cansada —comentó el ángel, apretándola con cuidado contra él, como si temiera que fuera a deshacerse entre sus brazos.

Lo estaba. Le daba la sensación de que llevaba semanas enteras cansada, sin disfrutar de al menos una breve tregua. Su vida, que tampoco era que fuera muy normal hasta ahora, se desmoronaba entre demonios, ángeles y almas siniestras.

—Estoy castigada —lo informó, y soltó una risita nerviosa al darse cuenta de lo absurdo que era preocuparse por eso.

Azrael le acarició el brazo y ella atrajo su mano para enlazar los dedos con los suyos.

—¿Y los demás? —se interesó Cassandra tras unos segundos.

—Cerca, acudirán si los necesitamos.

—Cuéntame algo, cualquier historia de tu pasado —le pidió.

—Está bien —aceptó el ángel tras unos instantes.

Cassandra cerró los ojos y depositó la mano sobre su pecho, que subía y bajaba de forma pausada.

Azrael tardó unos segundos más en comenzar a hablar, y sus primeras palabras la sorprendieron.

—Siempre has sido especial.

Azrael trazaba líneas imaginarias en la espalda de Cassandra con una lentitud deliciosa.

—Cuando tu padre murió —prosiguió tras una breve pausa—, estuve a tu lado en todo momento. Recuerdo lo triste que estabas y cómo sonreías sin ganas a tu madre para que ella no notara cuánto sufrías.

Su confesión la desconcertó. Azrael ya le había dicho que la mantenía vigilada desde hacía años, pero saber que, a su manera, había compartido con ella aquellos momentos de dolor la hizo sentir más unida a él.

Alzó la cabeza de su pecho para darle un beso rápido en los labios.

—Eras tan pequeña y, sin embargo, tan fuerte. Nunca te has dado cuenta de lo fuerte que eres.

—Estabas allí. ¿Te lo llevaste tú? —preguntó al evocar los recuerdos de aquellos días.

—Tu padre encontró su camino solo. Era un buen hombre y el único asunto pendiente que tenía lo resolvió cuando vino a verte antes de cruzar al otro lado.

Los ojos se le humedecieron al darse cuenta de cuánto echaba de menos a su padre.

—Así que cuando tuve que venir a buscar a tu abuela...

Cassandra giró la cabeza para mirarlo, creyendo que había escuchado mal.

—No me mires así, tu abuela era tan testaruda que casi no consigo hacerla cruzar.

—¿No quería irse?

—No quería separarse de su familia, especialmente de ti —confesó el ángel. La acomodó de nuevo en el hueco de su hombro antes de continuar hablando—. Me hizo prometer que cuidaría de ti, sin saber que había estado haciéndolo durante años.

Percibió una sonrisa en los labios de Azrael, y sus propias comisuras se elevaron, secundándolo. Aquello encajaba a la perfección con el carácter de su abuela, podía imaginarla enfrentándose al mismísimo Ángel de la Muerte y obligándolo a jurar que la protegería.

—Era una mujer muy terca, eso tengo que admitirlo —aceptó Casandra.

—Te pareces mucho a ella.

—¿Me estás llamando terca? —preguntó, simulando ofenderse.

Se incorporó sobre un codo para dejar la cara a la altura de la suya y mirarlo con el ceño fruncido. En realidad, que la comparara con su abuela resultaba halagador.

Azrael ahogó una carcajada.

—Terca, sí, pero también cariñosa, leal y hermosa.

—Eso está mejor —admitió, mostrándole la sonrisa que había tratado de reprimir.

—Además, en cierto modo, fue el encuentro con ella lo que me empujó a mostrarme ante ti. Traté de resistirme, pero me fue imposible ver tu dolor y cómo se apagaba de nuevo el brillo de tus ojos.

El ángel la atrajo hacia sí. La besó con ternura, acariciando los labios de Casandra con su boca. Los pequeños besos iniciales se transformaron en otros más profundos. Azrael la agarró por la nuca, como si no deseara que se separara de él ni siquiera para tomar aliento.

Ella enredó las manos entre su pelo y emitió un leve jadeo cuando percibió el deseo que emanaba del cuerpo del ángel.

Apartó todas y cada una de las preocupaciones que rondaban por su mente y, al abandonarse a sus besos, el tirón que su cuerpo experimentaba siempre en presencia de Azrael se manifestó con una intensidad desconocida hasta ahora.

Las ataduras que ligaban el alma y el cuerpo de Casandra se estiraron, volviéndose

laxas. Su cuerpo pareció diluirse, como si las moléculas y átomos que lo conformaban se estuvieran fundiendo para dejar en su lugar algo mucho más consistente, más fuerte y poderoso.

La piel le hormigueaba y su alma empujaba bajo ella intentando estar más cerca de Azrael, apartando la oscuridad que emanaba de él y las sombras que habían comenzado a extenderse más allá de su figura.

Ninguno de los dos sabía muy bien qué estaba ocurriendo. El ángel estaba tan desconcertado como ella, pero podía percibir el alma de Casandra pugnando con su cuerpo, mientras todo lo siniestro que había en él huía cuando esta lo rozaba. En cambio, su propia alma, desterrada hacía mucho tiempo a un recóndito lugar dentro de sí mismo, emergía buscando aquel contacto.

Cuando sus almas se tocaron, la habitación se volvió brillante, y la luz que emitió el primer roce se incrementó con los siguientes. La atracción los unía y consumía por igual.

Casandra dejó que el resplandor la envolviera, demasiado turbada para luchar. Dedos invisibles rozaban su interior, como si alguien la acariciara desde dentro. Miles de pequeños puntos centellearon frente a ella y de algún modo supo que eran parte de Azrael. Extendió su alma hacia el más cercano y una cascada de imágenes le traspasó la mente: un desierto, un niño pequeño lloriqueando frente al cuerpo sin vida de su madre, una pequeña choza de la que emergía un hombre con la piel curtida y bronceada por el sol, y su dolor palpitando bajo la piel mientras Azrael los observaba con la pena grabada en sus ojos oscuros.

Se retrajo, comprendiendo que aquello era parte de su vida, los recuerdos que guardaba de sus largos años de existencia, fuera por el motivo que fuera.

Aun en aquel estado, en la frontera entre sus dos mundos, Casandra supo que el ángel estaba sonriendo. Así que cuando una de aquellas diminutas estrellas se adelantó en su dirección, dejó que su alma la envolviera. Otra ráfaga de imágenes surgió de ella: Casandra acercándose a él en el servicio del instituto con una mirada entristecida pero resuelta, levantando la mano para acariciar su rostro; el temor del ángel a que lo tocara, el primer roce... y el amor surgiendo del interior de Azrael, empujándolo hacia ella, desterrando las dudas y destruyendo el muro infranqueable que él mismo había levantado en torno a su corazón y su alma.

Sus almas colisionaron, enredándose la una en la otra, salpicando al otro con sus pensamientos y emociones. El contacto fue tan íntimo que Casandra temió por un momento no ser capaz de regresar a su cuerpo, cegada por la profundidad de los sentimientos que Azrael albergaba hacia ella.

—Te amo —susurró la voz de Azrael en su interior.

El tono grave de su voz la hizo vibrar, y las dos palabras se deslizaron de un lado a otro, dejando tras de sí un reguero de intensa emoción.

Fue más de lo que pudo soportar. Su alma retornó a su cuerpo, tras desligarse con suavidad de la del ángel y concederle una última caricia.

Una vez que los lazos se establecieron de nuevo, gruesas lágrimas le llenaron los ojos y resbalaron por sus mejillas. Un ligero temblor la hizo estremecerse. Fijó la vista en Azrael y, a pesar de la penumbra que los rodeaba, se dio cuenta de que él también estaba llorando. Casandra borró con sus dedos los surcos húmedos que las lágrimas dejaban en su rostro.

Jamás en toda su vida había experimentado nada como lo que acababa de sucederle, nunca había sido tan consciente de lo que alguien podía llegar a sentir por ella. Y la idea de que aquello fuera real la hizo dejar de respirar durante unos segundos.

—Di algo —la instó Azrael, al darse cuenta de la indescifrable expresión de su rostro.

Casandra, todavía aturdida, trató de buscar palabras adecuadas para expresar la intensidad de sus sentimientos, pero todas se le antojaban demasiado banales.

—Te amo —respondió al fin—, con toda mi alma.

Y Casandra supo que, pasara lo que pasase, no había nada más real y que más se ajustara a sus sentimientos que esa sencilla frase.

El móvil de Casandra comenzó a sonar y la atmósfera de intimidad que los había rodeado hasta entonces se disipó. Contempló la pantalla fijamente sin decidirse a aceptar la llamada.

—Es mi prima Mara.

Suspiró. Era demasiado consciente del motivo de la llamada de su prima.

—Deberías cogerlo —sugirió Azrael.

Se levantó de la cama y le dio un pequeño beso en los labios que a ella le hubiera gustado alargar.

—Tengo que ocuparme de algunos asuntos, pero estaré cerca —añadió antes de esfumarse ante sus ojos.

Cassandra volvió a suspirar y, a regañadientes, aceptó la llamada.

—Mara.

—Casie, al fin... estaba a punto de llamar a tu madre. —Su voz reflejaba una preocupación sincera, algo insólito—. ¿Quieres explicarme qué demonios te está pasando?!

—No es nada —se excusó Cassandra. Si había alguien a quien no quisiera contarle lo que estaba pasando, era a Mara.

—He dejado de sentirte, apenas han sido unos minutos. ¡No estabas, Casie!

—No tienes por qué fingir que estás preocupada, Mara —le espetó sin rodeos.

—Eres mi prima —señaló, como si eso lo explicara todo.

Cassandra seguía esperando a que su prima soltara alguno de sus comentarios hirientes, tal y como hacía siempre. Pero en vez de eso, Mara comenzó a sollozar al otro lado de la línea.

—¿Crees que esto es fácil para mí? —murmuró—. ¿Puedes imaginar lo que es percibir el odio que sienten por ti los que te rodean?

—Nadie te odia —negó Cassandra, sintiéndose culpable.

Puede que hubiera sido siempre algo dura con Mara, aunque su prima se hubiera ganado a pulso que todos en la familia sintieran cierto recelo a permanecer mucho tiempo en la misma habitación que ella, pero Cassandra conocía de primera mano lo pesado que podía resultar acarrear ese tipo de poder. Ella, mejor que nadie, debería haber intentado acercarse más a Mara y tratar de ayudarla.

—No puedes usar los sentimientos de la gente que te quiere como un arma arrojadiza, Mara. Es algo íntimo.

—No es mi intención, pero a veces es la única manera que tengo de protegerme de todo esto —confesó su prima.

—Tienes que dejar de hacerlo, por tu bien y por el de los demás. Estaríamos más a tu lado si tú nos lo permitieras.

No lo dijo para hacerla sentir mejor, sabía que era cierto. Durante los últimos días había tomado mayor consciencia de lo frágil y fugaz que era la vida, y de que a veces la gente dejaba demasiadas cosas sin decir o sin hacer solo por orgullo, por rencor o por pensar que en algún momento tendrían tiempo para hacerlo.

—¿Puedes venir a casa? Podemos hablar aquí si quieres —le ofreció Casandra.

Aunque estuviera castigada, estaba segura de que su madre se alegraría de que arreglara las cosas con su prima.

—Puedo acercarme, si de verdad quieres...

Casandra ni siquiera escuchó las últimas palabras de su prima. Sus ojos se desviaron hasta la sombra que estaba creciendo en el exterior de la casa, justo frente a su ventana. Una figura oscura se dibujó a través del cristal. En su cara, dos resplandecientes ojos amarillos parecían invitarla a lanzarse en sus brazos.

—¿¡Casie!?! ¿¡Qué ocurre, Casandra!?!

Dejó caer el teléfono al suelo. Todo su cuerpo temblaba sin control, y por un momento sintió el deseo de correr hacia la ventana y abrirla de par en par.

Recobró la lucidez cuando su teléfono volvió a sonar y se encontró con que ya había avanzado varios pasos hacia delante. Giró sobre sí misma y echó a correr por el pasillo, temiendo que lo que quiera que fuese aquel ser decidiera ir a por su madre.

En pocos segundos alcanzó las escaleras. Llamó a Azrael mentalmente una y otra vez. No miró atrás, pero podía sentir cómo algo la seguía. Bajó los escalones de dos en dos y cruzó el salón tan rápido como pudo. Su madre, que cortaba verduras apoyada en la encimera de la cocina, se volvió hacia ella.

No llegó a ver la expresión horrorizada de Valeria, ni tampoco a oír el grito que escapó de los labios de su madre. Algo la alcanzó por detrás y cayó al suelo inconsciente.

CAPÍTULO 22

Casandra abrió los ojos para encontrarse con que un completo desconocido la sostenía en brazos. Parpadeó varias veces hasta que su visión se enfocó y se dio cuenta de que un chico moreno, con cierto parecido a Asmodeo, la mantenía apretada contra su pecho, impidiéndole moverse. Otros tres individuos conformaban una barrera entre sus amigos y ella.

Azrael, Daniel y Asmodeo los contemplaban con precaución, inmóviles, como si temieran realizar el más mínimo movimiento. La expresión torturada de Azrael le hizo comprender que lo que estaba sucediendo no podía ser nada bueno.

—Azrael —gimió con un hilo de voz.

El desconocido la asió con más fuerza al darse cuenta de que estaba consciente.

—¡Suéltala, Eligos! —le ordenó Azrael, con la voz cargada de odio. Se estaba conteniendo para no saltar encima de él y arrancársela de los brazos.

Casandra alzó la vista para observar a Eligos. Ahogó un jadeo al encontrarse con dos grandes ojos amarillos que la miraban con desprecio. Valoró lo desesperado de la situación: cuatro demonios —porque Casandra estaba segura de que lo eran— contra dos ángeles y Asmodeo. Desvió la vista para encontrarse con que Lena se hallaba contemplando la escena desde lo alto de las escaleras; Daniel debía haberla traído consigo de vuelta a la casa. Rogó en silencio para que se quedara donde estaba.

Buscó con la mirada a Valeria, pero no había rastro de ella. Se revolvió frenética tratando de zafarse, si algo le había pasado a su madre le arrancarían los ojos a aquel demonio inmundito y lo mataría ella misma.

Eligos la inmovilizó, estrechando el cerco de sus brazos con tanta fuerza que Casandra temió desmayarse de nuevo.

—Suéltala ahora mismo —repitió Azrael con firmeza.

—No puedes hacerte una idea de lo que divertido que resulta esto —contestó Eligos, esbozando una sonrisa siniestra—. Por una vez, soy yo quien le arrebatara algo al Ángel de la Muerte.

Azrael cedió a la provocación y se abalanzó hacia delante, pero Daniel reaccionó con

rapidez y lo agarró del brazo, haciéndole retroceder.

—Es un duque, Azrael —oyó que le susurraba entre dientes—, no podemos enfrentarnos solos a él.

Asmodeo avanzó un par de pasos con seguridad y entereza, como si no se encontraran en medio de una pelea inminente.

—Eligos, gran Duque del Infierno. Hermano —exclamó con su acostumbrado dramatismo—. Deberías pensártelo dos veces antes de llevarte a esta insignificante mortal.

—No tan insignificante si dos ángeles la custodian. Ambos sabemos lo que es capaz de hacer.

Cassandra se removió de nuevo; apenas podía respirar. Para su sorpresa, Eligos la depositó cuidadosamente en el suelo, pero continuó sujetándola. Olfateó su pelo y aspiró con fuerza. El tacto de su nariz en el cuello le resultó repulsivo.

—Jamás saldrás de aquí con vida —lo amenazó Daniel.

Pero eso no era lo que decía su mirada. Estaba aterrorizado, lo que hizo comprender a Cassandra que la situación era aún peor de lo que ella pensaba.

Eligos rio a carcajadas ante su advertencia. No parecía en absoluto intimidado.

—¿Ahora son estas tus compañías, Asmodeo? Te tenía en mejor estima.

—Cuido de mis intereses, hermano —replicó este.

—No puedo hacer nada por ti —añadió Cassandra—. No puedes obligarme.

Eligos deslizó una mano por su cintura mientras que con la otra la mantenía pegada a su cuerpo. Cassandra, asqueada, se estremeció con su contacto.

Azrael perdió los nervios y lanzó un puñetazo que derribó al demonio que tenía más cerca. Asmodeo lo agarró antes de que se ensañara con él, y, a pesar de que el resto de sus atacantes ya comenzaban a moverse hacia sus amigos, se detuvieron a un gesto del duque.

—Eligos, déjala ir —exigió esta vez Asmodeo. El fuego danzaba en sus ojos, descubriendo su incipiente transformación.

Eligos ignoró su petición y se dirigió a Casandra.

—Pequeña humana, de un modo u otro servirás a mis planes. No tienes ni idea de a quién te enfrentas. Además —hizo una pausa para mirar a Azrael, que apretaba la mandíbula con rabia. Daniel y Asmodeo comenzaban a tener serios problemas para sujetarlo—, se rumorea que el ilustre Ángel de la Muerte se ha enamorado.

La risa que brotó de la garganta de Eligos le puso a Casandra los pelos de punta. Trató de empujarlo para separarse de él, pero sus musculosos brazos resultaban un cepo de lo más eficaz. Reprimió las lágrimas, convencida de que estas no harían más que alentar al demonio.

—Irán a por ti. Legiones de ángeles irán a buscarte y darán contigo —le advirtió Azrael—. ¿Crees que te dejarán llevarte a una portadora de almas?

—No pueden alcanzarme allí donde la llevo.

—No te servirá de nada en el inframundo. Son almas lo que quieres, y solo puedes encontrarlas aquí —le espetó Daniel.

—Azrael, mírala bien, porque no vas a volver a verla.

La tensión que todos acumulaban se desató dentro del pequeño salón. Eligos arrastró a Casandra hacia la entrada principal, alzándola del suelo para evitar que opusiera resistencia. Los demonios que lo acompañaban, y que hasta ahora se habían mantenido al margen, se pusieron en marcha de inmediato para cubrir su huida.

Azrael, cegado por la ira, trató de llegar hasta ella asestando golpes sin pararse a mirar siquiera a quién se los daba. A punto estuvo de derribar a Asmodeo, que ya había abandonado su disfraz y cuyos ojos ardían con furia. Su cabeza, recubierta de protuberancias, evitó el golpe por poco.

Casandra gritaba y pataleaba sin descanso mientras Eligos la llevaba al exterior. Estaba aterrorizada. Había pensado en entregarse voluntariamente a ellos, pero, ahora que uno de los grandes duques del infierno la sacaba a rastras de su propia casa, lo único que podía sentir era pánico.

Sin otra arma que sus propias manos, se defendió arañándolo en el cuello, hundiendo las uñas en su carne con todas sus fuerzas. Eligos ni siquiera pareció notarlo, así que, en un acto de pura desesperación, le clavó un dedo en el ojo izquierdo. Esta vez el demonio sí

acusó el daño. La dejó en suelo solo para poder abofetearla. El golpe tuvo un efecto contrario al que demonio buscaba, sacó a Cassandra del estado de pánico en el que se encontraba.

Su labio inferior comenzó a sangrar y la mejilla izquierda le ardía, pero alzó la cabeza con gesto orgulloso. Reunió valor y se lanzó directa contra él, aunque de poco le sirvió su osadía. Eligo la esquivó con destreza y le asestó un puñetazo tan contundente que cayó desmayada. El demonio, tras comprobar que solo estaba inconsciente, se echó su cuerpo sobre el hombro y, apenas traspasó el umbral de la casa, se esfumó engullido por un remolino de denso humo negro.

Despertó conmocionada y con un terrible dolor de cabeza. Las sienes le palpitaban y, al pasarse los dedos por la boca, se dio cuenta de que tenía sangre reseca y un corte profundo en el labio. Palpó el suelo a su alrededor mientras reunía coraje suficiente para moverse.

Yacía sobre una fría losa de piedra, en algún sitio húmedo y oscuro. Intentó refrenar los temblores que la sacudían sin saber si eran consecuencia del golpe que había recibido o de la baja temperatura. Al sentarse, una aguda punzada en la parte posterior de la cabeza estuvo a punto de hacerla vomitar. Se quedó inmóvil hasta que el dolor se atenuó y pudo concentrarse en observar el lugar en el que se encontraba.

Estaba sobre una especie de altar. Olía a moho y a cerrado, un hedor penetrante que se le colaba por las fosas nasales y no ayudaba en nada a mantener a raya las náuseas que sentía. Una ventana enrejada de escasas dimensiones dejaba pasar luz suficiente para que se cerciorara de que estaba en alguna clase de panteón.

«Un cementerio», pensó.

Se bajó inmediatamente de lo que resultó ser un elaborado sarcófago tallado con motivos florales. Las piernas estuvieron a punto de fallarle, pero consiguió llegar hasta la puerta. Empujó, tiró e incluso le dio una patada con las pocas fuerzas de que disponía, tratando infructuosamente de abrirla. El único acceso al pequeño mausoleo estaba firmemente cerrado.

Se volvió hacia el interior y buscó algo que pudiera servirle para hacer palanca, pero no había nada allí salvo la gran tumba sobre la que hasta hacía un momento había reposado y cientos de flores secas que se desintegraban bajo sus pies. Ninguna posibilidad de escape, aunque al menos estaba segura de que no la habían llevado al infierno.

Se negó a rendirse. Forcejeó de nuevo con la puerta, introduciendo las uñas entre las dos hojas y tirando de ellas hasta que le sangraron los dedos y sus manos estuvieron llenas

de rasguños. Gritó hasta que le falló la voz e incluso trató de separar su alma de su cuerpo para salir de aquel lugar y poder buscar ayuda. Sin embargo, nadie escuchó sus gritos y, sin un fantasma que desencadenara la separación, le fue imposible cortar los lazos que ataban su alma.

Apoyó la espalda contra la pared y se dejó caer hasta el suelo. Su cuerpo apenas le respondía después de todo lo que había sucedido en los últimos días, se moría de hambre y tenía muchísima sed. Ni siquiera sabía cuántas horas podía llevar inconsciente ni qué había sido de Azrael y los demás.

Quiso convencerse de que todos estaban bien, que no habían sufrido daño alguno a manos de aquellos seres siniestros. La sola idea de que alguno hubiera caído por defenderla la aterraba, y no era capaz de dejar de pensar en su madre y en lo que podía haber sucedido mientras ella estaba inconsciente.

El silencio que la rodeaba contribuía a aumentar su angustia. Ningún sonido le llegaba desde el exterior. Sus captores parecían haberla abandonado allí, aunque lo más lógico sería que alguien la estuviera vigilando. No tenía manera de saberlo, lo único que podía hacer era esperar.

Dobló las piernas contra el pecho, rodeándolas con sus brazos. Exhausta y terriblemente inquieta, escondió la cabeza entre las rodillas y se dispuso a pasar las horas allí, hasta que sus captores volvieran a por ella o, con suerte, Azrael la encontrara.

Ahora que los demonios la tenían en su poder, su plan no le serviría de nada, ni siquiera podría chantajear a los ángeles para mantener a salvo al ángel.

—Algo tiene que ellos buscan. —La voz, algo ajada pero amable, la sobresaltó, haciendo que levantara rápidamente la cabeza.

Escrutó las sombras hasta que, desde una de las esquinas, un fantasma se adelantó para dejarse ver. Ni siquiera se planteó ignorarlo, tal era su desesperación. Un anciano con el rostro surcado de profundas arrugas y unos ojos pequeños y vivarachos se acercó hasta ella. No se molestó en rodear el sepulcro que presidía la sala, sino que lo atravesó para llegar a su lado. Su mirada no mostraba atisbo alguno de locura, sino que era curiosa y reconfortante.

No parecía tener heridas abiertas ni ninguna señal de una muerte reciente, aunque una almidonada camisa de manga larga y unos pantalones negros planchados con extrema diligencia tapaban la mayor parte de su piel. El anciano se acomodó junto a ella con una lentitud premeditada, como si aún lo aquejaran los achaques propios de su edad que pudiera tener en vida.

Casandra esperó en silencio hasta que completó el movimiento.

—¿Qué buscan esos desgraciados en una muchachita como usted? —le preguntó el fantasma con total naturalidad.

No había sorpresa en su rostro ni nada que indicara que le extrañaba ser visible a los ojos de Casandra.

—Lo lamento —añadió el anciano con una sonrisa—, no me he presentado. Soy James J. Barlow.

—Casandra —se presentó ella—. Casandra Blackwood.

—Encantado de conocerla, señorita Blackwood. Siento si mi pregunta le resulta indiscreta. —Ante su gesto de duda, Casandra lo animó a continuar—. Quieren algo de usted, y no parece la clase de persona que suele hacer tratos con ellos.

—No estoy aquí de forma voluntaria —le explicó.

—Eso me parecía.

—¿Sabe quiénes son?

—Por supuesto, los evito siempre que puedo. No pienso dejar que me lleven con ellos, tengo una promesa que cumplir —confesó el entrañable abuelo con seriedad—. No voy a moverme de aquí hasta que la señora Barlow se reúna conmigo.

Todas las almas que permanecían entre los dos mundos tenían su historia, en su mayoría historias trágicas, cargadas de dolor y angustia. Casandra cedió a la curiosidad que sentía por conocer cuál era la suya. Su propio abuelo había muerto cuando era demasiado pequeña para guardar algún recuerdo de él, pero siempre lo había imaginado muy parecido al señor Barlow.

—¿Puedo preguntarle cuál es esa promesa?

James suspiró ante su pregunta y la miró a los ojos, como si tratara de escudriñar en su interior. Tras unos instantes, pareció encontrar lo que fuera que buscara porque comenzó a relatar su historia.

—Mi vida fue larga, con sus cosas buenas y sus cosas malas, pero la mejor de todas, con diferencia, fue encontrar a la señora Barlow. —El anciano esbozó una pequeña sonrisa, avergonzado por la confesión—. Disfrutamos de cincuenta y siete años de matrimonio. Vimos crecer a nuestros cinco hijos y a media docena de nietos. Hubo tiempos duros, pero nos teníamos el uno al otro y continuamos luchando para salir adelante.

Ahora la que sonrió fue Casandra, enternecida por el cariño con el que el señor Barlow hablaba sobre su vida. Gesticulaba pausadamente mientras le explicaba cómo eran sus hijos, el rumbo que habían tomado sus vidas y la alegría que lo embargaba cada vez que un nieto venía al mundo. Le contó también con orgullo que uno de ellos llevaba su nombre.

—La muerte me encontró en la cama, durmiendo con toda la placidez con la que duermen las personas de mi edad. Pero yo sabía que me llegaba la hora y, antes de aquella noche, prometí a Katherine que si así sucedía la esperaría hasta que se reuniera conmigo. Sin ella nunca existirá un paraíso para mí —añadió finalmente.

—¿Así que la está esperando para cruzar juntos al otro lado? —preguntó Casandra, conmovida.

El anciano asintió.

—Debe usted quererla mucho.

—Sí, señorita. Por eso pienso cumplir la promesa que le hice y por eso me escondo de esos seres diabólicos.

Casandra retornó al presente. Mientras escuchaba la historia del señor Barlow, casi había conseguido olvidar que estaba allí secuestrada por Eligos, uno de los más poderosos duques del infierno. Su destino poco tenía que ver con el de su acompañante. Abrigaba escasas esperanzas de vivir una vida similar, y ni siquiera parecía que fuera a poder volver a ver a Azrael.

—¿Están fuera? —le preguntó ella, esperando ingenuamente una respuesta negativa.

—He visto al menos a cinco, pero puede haber más —le explicó, apenado—. Debe tener algo que les interesa mucho, pues andan discutiendo sobre cómo corromperla.

A Casandra se le erizó el vello de la nuca al escuchar al anciano. Los demonios no tardarían mucho en decidirse, y fuera lo que fuese que intentaran estaba segura de que no iba a resultar agradable.

—Puedo llevar las almas de los muertos hasta el otro lado —admitió Casandra. No tenía sentido tratar de negarlo cuando era obvio que podía hablar con él.

La reacción del anciano le resultó curiosa. Por regla general, cuando algún fantasma la sorprendía mirándolo o advertía que podía verlo, no paraba de acosarla hasta que los ayudaba de una u otra manera: llevando su alma hasta el túnel o entregando un mensaje a alguna persona querida. El señor Barlow, por el contrario, se mostró horrorizado ante su don, si bien trató de disimularlo por educación.

—No se preocupe —lo tranquilizó Casandra al comprender el porqué de su reacción—. No seré yo quien impida que cumpla la palabra que le dio a su esposa.

—Me alegra oír esas palabras —dijo él, aliviado—, porque no desearía verme a obligado a esconderme también de usted.

Ella le regaló una sonrisa comprensiva. Si él no estaba preparado para cruzar al otro lado sin su mujer, no iba a insistir en ello; aunque lo hubiera ayudado encantada.

—Así que es eso lo que buscan —concluyó James asintiendo.

Casandra se preguntó cuántos años tendría, siempre le había resultado difícil juzgar la edad de la gente. No menos de ochenta, y aun así la lucidez mental de la que gozaba era envidiable. Y eso sin contar con que estaba muerto.

—Hay algo más —se sinceró Casandra. Él no había mostrado reservas al hablar con ella. Decidió que lo justo era que conociera la historia completa—. Me he enamorado de un ángel.

—Oh, pero eso es algo maravilloso —exclamó el anciano entusiasmado—. El amor siempre es maravilloso, jovencita —añadió al ver su expresión entristecida.

—Los suyos no piensan lo mismo.

—¿Los ángeles? —inquirió el señor Barlow, frunciendo el ceño—. Bobadas, los ángeles no importan. Encontraréis vuestro camino.

—Ya, bueno, creo que los de ahí fuera tienen otros planes. Puede que nunca...

Casandra no llegó a terminar la frase. Alertada por las voces que comenzaron a llegar desde el exterior, guardó silencio tratando de entender qué decían. Varias personas gritaban, pero los gruesos muros de su prisión imposibilitaban sus intentos.

—¿Puede salir y decirme qué está pasando? —le pidió al señor Barlow, que escuchaba también con atención.

—Echaré un vistazo —accedió, y se puso en pie.

El anciano atravesó con su cabeza la gruesa puerta, permaneciendo con la mitad del cuerpo en el exterior del sepulcro y la otra mitad a la vista de Casandra. La escena resultaba inquietante, a pesar de que estaba acostumbrada a ver cosas similares a menudo.

—¿Y bien? —susurró tras varios segundos.

El señor Barlow le pidió que esperara con un gesto de su mano. Casandra hubiera querido tirar de él y acribillarlo a preguntas, pero se limitó a esperar retorciéndose los dedos con nerviosismo.

—Han llegado más —le explicó el anciano cuando volvió al interior—. Están rodeándonos. Pero ellos también han venido.

—¿Ellos? ¡¿Quiénes?! —le preguntó con tono histérico.

—Ángeles, jovencita, el cementerio está lleno de ángeles.

La puerta retumbó cuando algo la golpeó desde fuera. Casandra saltó hasta quedarse junto al sarcófago. Una segunda embestida provocó una pequeña lluvia de piedras y polvo procedentes del marco de la puerta.

Algunos alaridos llegaron ahora hasta ella con nitidez. Casandra avanzó hasta colocarse al lado de la entrada, pegada a la pared. Si en algún momento se abría la puerta, saldría por ella corriendo sin dudarlo. Allí dentro no tenía escapatoria, lo único que podía conseguir si se quedaba escondida era que la acorralaran y la mataran, o algo peor.

Los golpes continuaron y fueron ganando intensidad. El señor Barlow se colocó a su lado, mirándola con una mezcla de seriedad y preocupación en el rostro. Casandra se giró para encararlo.

—Debería marcharse —le sugirió ella, a pesar de que su presencia le resultaba tranquilizadora—. No quiero que le suceda nada.

—No voy a dejarla sola, señorita Blackwood. Nunca me perdonaría que le pasara nada.

Poco podía hacer el anciano por ella, pero agradecía que arriesgara su alma solo para permanecer a su lado. Se prometió que, si salía con vida, visitaría a la señora Barlow. Ya encontraría la forma de hablarle de la valentía de su esposo sin parecer una loca desequilibrada.

La puerta estalló en miles de fragmentos de roca que volaron en todas direcciones. Cassandra se tapó la cara con las manos durante unos instantes, tras los cuales, y pese a la polvareda que le dificultaba la visión, pudo ver el cuerpo de uno de sus secuestradores tirado en el suelo. La cabeza del demonio era una masa informe, el resultado de haber sido usado como ariete para reventar la entrada. Parecía muerto, pero ella no pensaba quedarse para comprobarlo.

CAPÍTULO 23

Cuando se disponía a salir corriendo por la puerta, se topó de frente con Evangelos, el ángel que pocos días atrás había venido a buscar a Azrael. Sus alas, que lucía desplegadas en toda su extensión, habían perdido algunas plumas y estaban manchadas de barro y sangre. Cientos de arañazos y heridas cubrían su cuerpo; las más superficiales sanaban por sí solas mientras ella lo miraba.

—Al fin —dijo el ángel con tono enfadado al darse de bruces contra Casandra.

Un demonio enorme apareció tras él y lo empujó contra ella. Casandra trató de apartarse, pero no fue lo suficientemente rápida y Evangelos acabó por arrollarla. Cayeron enredados y el demonio no tardó en abalanzarse sobre ellos. Dos pequeños cuernos resaltaban en su redonda cabeza, pero aún más inquietante era su piel de color rojo sangre y cubierta de lo que parecían finas espinas. El demonio sonrió a Casandra en una grotesca mueca y esta pudo ver sus dientes afilados y puntiagudos.

Evangelos se levantó de un ágil salto y, con un golpe de sus alas, envió al demonio al menos a diez metros de donde se encontraban. Casandra se puso en pie también, no sin cierta dificultad. Le costaba respirar y al caer se había torcido la muñeca derecha. Más dolores para añadir a la larga lista de sus últimos tropiezos.

Desde la puerta del panteón observó el drama que se desarrollaba ante sus ojos. El sol avanzaba hacia un inminente ocaso, dejando a su paso un rastro de sombras que no hacía más que aumentar la irrealidad de la escena. Tras un rápido vistazo se dio cuenta de que se encontraba en el cementerio de Highgate, al norte de Londres. Varios de sus antepasados estaban enterrados allí y, aunque su madre procuraba no llevarla cuando iba a visitarlos, bastaba una visita para recordar sus peculiaridades.

Era tan antiguo que la maleza había ganado terreno y convertido el lugar en un tétrico bosque donde lápidas, estatuas y mausoleos se mezclaban con inmensos árboles y toda suerte de plantas. Existían numerosas leyendas sobre aquel sitio, y, aunque resultaba obvio que algunas eran exageradas invenciones, otras muchas podían ser totalmente ciertas.

«Si alguien se presenta aquí ahora mismo, tendrá material suficiente para no tener que inventarse nada», pensó Casandra, espantada por la crueldad de la batalla que se libraba a pocos pasos de ella.

Al menos una veintena de ángeles luchaban contra otros tantos demonios. Los primeros

usaban las alas como arma al mismo tiempo que empuñaban espadas cubiertas de sangre. Los segundos contraatacaban con cuchillos y dagas, y su aspecto era de lo más variado: garras, cuernos, escamas e incluso fue capaz de ver un demonio con dos colas gemelas que nacían en la base de su espalda y se enredaban alrededor de las piernas de su oponente.

El espectáculo resultaba dantesco. Ambos bandos estaban sufriendo pérdidas; había cuerpos dispersos por toda la zona, ensangrentados y desfigurados. Su aspecto dejaba claro que nadie estaba dispuesto a rendirse. Era una lucha a muerte, despiadada más allá de cualquier cosa que ella hubiera podido ver antes.

En el fragor de aquella guerra nadie se fijó en ella. Casandra supuso que una vez encontrado un motivo para iniciar la pelea poco importaba lo demás. El odio recíproco de las dos estirpes se remontaba tanto tiempo atrás que se había enquistado en sus almas y no dejaba espacio para nada más.

Casandra hubiera podido dar media vuelta, echar a correr hacia la salida y dejar atrás aquella locura, y ni siquiera se percatarían de su ausencia hasta que todo hubiera terminado. Pero no pensaba huir, si Azrael y sus amigos estaban allí iba a encontrarlos y asegurarse de que seguían con vida, así tuviera que entregar la suya a cambio para salvarlos.

Casandra se preguntó cómo era posible que los demonios pisaran tierra sagrada, pero estaba claro que allí estaban y no parecía afectarlos lo más mínimo. Olvidó el fugaz pensamiento para concentrarse en encontrar a Azrael. Sus alas negras deberían haberla ayudado a encontrarlo con facilidad, pero no había ni rastro de él.

Avanzó unos pocos pasos hasta situarse tras una estatua. Alzó la cabeza para contemplar al majestuoso ángel de piedra que se erguía ante ella portando un ramo de flores entre las manos, y se dio cuenta de que la figura estaba bastante de la imagen que su mente albergaba de ellos. Miró alrededor para asegurarse de que nadie la observaba y echó a correr por uno de los senderos, hasta quedar al abrigo de un portalón de piedra con aspecto de ir a derrumbarse de un momento a otro.

Escondida entre las sombras, contempló cómo un joven ángel que parecía apenas un adolescente rebatía sistemáticamente las embestidas de un demonio que le doblaba el tamaño. La espada del ángel desprendía un débil resplandor cada vez que el filo rozaba la piel encostrada de su oponente, pero este apenas parecía percibir el daño y continuaba arremetiendo contra él una y otra vez.

«Equilibremos las fuerzas», se propuso ella.

Trepó en silencio hasta la parte alta del arco que le daba cobijo y, tras forcejear unos instantes, arrancó una pesada piedra. La alzó por encima de su cabeza a duras penas,

luchando con el tirón que amenazaba con arrancarle la fuerza del brazo derecho. Esperó unos segundos hasta que el fornido diablo estuvo a tiro y la lanzó con todas sus fuerzas.

La piedra se rompió en mil pedazos al impactar contra su objetivo. En el mismo momento en que el demonio elevó la vista hacia ella, el infante le asestó un golpe certero en el pecho, clavando la afilada hoja hasta que emergió por su espalda.

El ángel le dedicó una extraña mirada, pero Casandra se dejó caer hasta el suelo y, sin darle tiempo a que la detuviera, continuó su búsqueda.

Estaba segura de que Azrael tenía que estar allí. Su corazón le decía que luchaba en alguna parte del laberíntico cementerio. Caminó frente a varios mausoleos, todos tan antiguos y descuidados que la piedra de sus muros estaba llena de verdín, e incluso una trepadora había ascendido pared arriba hasta formar una intrincada red de ramas, como si de una telaraña gigante se tratara.

La piel se le erizó cuando una ráfaga de viento gélido traspasó la fina camiseta que se había puesto esa misma mañana y tiritó un instante, hasta que más adelante se encontró con varias plumas negras mezcladas con la tierra húmeda. Casandra se agachó para recoger una de ellas y asegurarse de que no era suciedad lo que las teñía. No había duda de que Azrael había pasado por allí.

Apretó el paso angustiada por el hallazgo. Ni siquiera quería plantearse la posibilidad de que pudiera estar gravemente herido. Era algo en lo que se veía incapaz de pensar. Echó a correr de nuevo espoleada por la preocupación y la incertidumbre. Tropezó con una rama retorcida que sobresalía del suelo y cayó hacia delante. Ignoró una vez más lo dolorida que se sentía y se levantó deprisa, rezando por que el estruendo que había provocado al caer no atrajera a nadie.

El sendero acabó por llevarla hasta un pequeño claro donde más tumbas se entremezclaban con un manto de hierba. Una imponente cruz de mármol se erigía en la zona central. Su delicada ornamentación hubiera atraído de inmediato la atención de Casandra si no hubiera sido porque, tras ella, Azrael y Asmodeo luchaban contra cuatro demonios. Su corazón se desbocó al contemplarlos; ángel y demonio, espalda contra espalda, combatían con ferocidad y rechazaban cualquier intento de romper su defensa.

Azrael plegaba y extendía las alas, valiéndose de ellas para desconcertar a sus oponentes. La hoja de la espada con la que asestaba firmes estocadas estaba repleta de símbolos extraños que solo los suyos podían leer. Su expresión concentrada y la delgada línea que dibujaban sus labios le daban una apariencia algo cruel. Sin embargo, Casandra sabía que aquella lucha era su último recurso para mantenerlos juntos y a salvo.

Asmodeo peleaba con idéntica fiereza. Se había transformado por completo y su cara parecía haber sido cincelada por manos expertas en un bloque de granito, al igual que sus brazos y el resto de su piel. Casandra comprendió que, dijera lo que dijera el demonio, Azrael era un amigo para él y no solo una deuda pendiente. Se estaba enfrentando a sus hermanos para ayudarlos. Ella ni siquiera era capaz de imaginar qué clase de tortura le tendrían preparada en el caso de que perdieran la batalla.

Ambos lucían heridas y sus ropas estaban salpicadas de tierra y sangre, pero la voluntad férrea de no dejarse vencer brillaba en ellos de forma tan clara que la imagen resultaba sobrecogedora. Casandra quería ayudarlos, pero no tenía ni idea de qué podía hacer para darles algún tipo de ventaja. Si su aparición les hacía perder la concentración, podía provocar un error que les costara muy caro.

No oyó que alguien se acercaba por su espalda hasta que lo tuvo casi encima. Casandra se giró rápidamente, decidida a luchar como mejor pudiera. Suspiró de alivio al contemplar el rostro de Daniel, que sin darle tiempo a hablar la empujó en dirección al claro mientras miraba a su espalda.

—Ya vienen —le espetó con preocupación—. ¡Ya vienen! —repitió alzando la voz para que Azrael y Asmodeo pudieran escucharlo.

Daniel tiró de ella, bordeando la lucha que continuaba desarrollándose sin pausa. Azrael la miró solo durante un segundo, suficiente para hacer que Casandra sintiera un escalofrío recorrer su espalda. Hubiera dado lo que fuera por alejarlo de allí.

Él pensaba exactamente lo mismo que ella.

Azrael atravesó limpiamente con su espada a uno de los engendros. Acto seguido, Asmodeo se deshizo de otro. Daniel aprovechó su inferioridad para unirse a ellos y ayudarlos a liquidar a los otros dos.

En cuanto se hubieron desecho de los demonios, Azrael corrió junto a ella y la envolvió con sus brazos, estrechándola con demasiado ímpetu. El maltrecho cuerpo de Casandra protestó, pero ella se sintió tan bien por tenerlo de nuevo a su lado que no se molestó en decirle nada. No había otra cosa que deseara más que besarlo de nuevo. Casandra alzó la cabeza, que había apoyado en su pecho, y a pesar de su labio hinchado apretó su boca contra la de él.

El mundo a su alrededor se desvaneció por completo. Durante unos segundos se olvidó de todo, de que él era un ángel y ella una portadora de almas, de los demonios, de los arcángeles castigadores, de las almas errantes, absolutamente de todo lo que no fueran ellos dos. Se entregó por completo sin guardar nada para más tarde, porque tal vez ni siquiera

hubiera un después.

Él le devolvió el beso con idéntica ansiedad, dejándose arrastrar tanto por el deseo como por el amor que sentía por ella.

—Son demasiados —gritó Daniel, arrancándolos de la breve ilusión de la que se habían rodeado y devolviéndolos sin piedad al presente.

Sus bocas se separaron, pero Azrael continuó rodeándola con el brazo.

—¿Mi madre? —preguntó Casandra, temiendo lo que pudieran contestarle.

—Está bien —le aseguró Azrael, aliviando su inquietud.

—Siento ser yo el que lo diga —gimió Asmodeo, con la respiración acelerada por la lucha pero aun así sonriendo abiertamente—, pero espero que tengas alguna clase de plan alternativo, porque esto de patear culos diabólicos empieza a volverse ligeramente arriesgado.

Daniel miró al demonio como si le hubiera salido una segunda cabeza, cosa que Casandra tampoco descartaba que ocurriera. Su mente habría aceptado casi cualquier cosa que pasara, por muy enrevesada que fuera.

—¿Tienes miedo? —se burló Daniel.

Casandra puso los ojos en blanco al darse cuenta de que aquello podía convertirse en uno de sus interminables tira y afloja. Si los dejaban, eran capaces de ponerse a discutir hasta que una horda de demonios los obligara a luchar, algo que podía ocurrir en cualquier momento.

Lena apareció a su lado como si se hubiera materializado de la nada. Casandra, asustada por la repentina aparición, se apretó contra el cuerpo de Azrael hasta que comprendió que se trataba de su prima. Casandra se abrazó a ella, contenta porque todos estaban bien, al menos de momento.

—Creía haberte dicho que te mantuvieras oculta entre los árboles —la reprendió Daniel, con un tono brusco que no era propio de él.

—Lo sé, pero me pareció que estabais de lo más entretenidos y quería saber de qué hablabais —replicó Lena.

Daniel hizo amago de ir a contestarle, pero Casandra lo cortó.

—Os recuerdo que estamos en medio de una batalla, ¿os importaría dejar esto para más tarde?

El grupo guardó silencio, como si todos se dieran cuenta en ese momento de lo cerca que se hallaban de un amargo final. Había pocas posibilidades de que salieran ilesos.

—¿Cuántos? —preguntó Azrael a Daniel, dando por zanjada la discusión.

—Varias decenas, imposible saberlo con seguridad.

Casandra se estremeció ante su tono lúgubre.

—¿Y los demás? —continuó interrogándolo Azrael. Casandra supuso que se refería a los ángeles.

—Una parte ha caído, pero el resto seguirá luchando.

La amargura tiñó las palabras de Daniel y ensombreció el rostro de Azrael. Los suyos estaban cayendo en una lucha que ellos habían provocado. A pesar de no estar de acuerdo con sus estrictas normas, a pesar de que Azrael la amara por encima de sus propias creencias y de que Daniel estuviera dispuesto a sacrificar las suyas para proteger a Lena, ambos sabían que arrastrarían la muerte de sus hermanos como una pesada losa hasta el final de los tiempos.

Casandra percibió un eco de pasos a su espalda. Se giró para contemplar el sendero por el que había venido. La poca luz que le quedaba al día menguaba a cada instante, si bien las alas de Daniel emitían luz suficiente para alumbrar varios metros a su alrededor. El resto siguió su mirada presintiendo lo que se avecinaba.

—Voy a llamarlos —susurró Azrael.

—¿A quién? —preguntó Casandra.

—Si los llamas, no habrá vuelta atrás —le advirtió Daniel con gesto nervioso, ignorando su pregunta.

—Esto no hace más que mejorar —se jactó Asmodeo.

—No sé a quién pretendes avisar —añadió Lena—, pero yo que tú me daría prisa.

Antes de que finalizara la frase, los demonios aparecieron por el camino. Al principio se acercaban como si estuvieran dando un simple paseo, pero en cuanto los vieron apretaron el paso y se internaron rápidamente en el claro. Lena y ella retrocedieron instintivamente mientras que el resto del grupo se interponía entre ellas y sus atacantes. La lucha se desató con la misma rapidez con la que se produce una estampida, sin aviso previo, sin miradas de advertencia. Nadie cruzó una sola palabra. Las espadas se alzaron y de las heridas brotó sangre.

Tal y como Daniel había predicho, eran demasiados. Ellos tres solos no resistirían durante mucho tiempo. Si no habían claudicado ya era porque el sendero, bordeado de panteones de piedra, formaba un embudo por el que solo podían pasar unos pocos demonios a la vez. Los dos ángeles y Asmodeo arremetían contra ellos, haciéndolos retroceder y bloquear el paso a los que los seguían. Pero tarde o temprano terminarían por avanzar y entonces los rodearían. Cuando eso ocurriera todo habría acabado.

Cassandra no pensaba quedarse parada observando. Examinó el suelo, tratando de encontrar cualquier objeto que le sirviera de arma. A unos pocos pasos de distancia, entre dos de los engendros que yacían sobre la hierba, dio con una daga. La tomó y volvió a soltarla al instante cuando notó el calor que se extendía por su mano.

—Dame tu guante —le ordenó Cassandra a su prima.

Lena se quitó uno de los mitones que llevaba para resguardarse del frío y se lo entregó. Cassandra se lo puso con rapidez, intentando ignorar el horror que le producía ver a Azrael y los demás enfrentarse a tal cantidad de demonios.

Tomó de nuevo la daga, que le calentó la piel sin llegar a quemársela. Puede que el guante terminara por arder después de un rato, pero tendría que servir.

—¿Casie? —musitó su prima, agarrándose a su brazo y clavándole las uñas—. Sé que no es buen momento, pero desde que nos hemos vuelto a encontrar... no soy capaz de ver tu aura.

Cassandra la miró y vio miedo en sus ojos, un terror sórdido y profundo pero conocido, el mismo con el que se había enfrentado a la muerte de su abuela.

—No estoy muerta aún —farfulló más para ella misma que para Lena.

Un demonio evitó la puñalada que Asmodeo le lanzó, se agachó y pasó por debajo de su brazo antes de que este pudiera evitarlo. Cassandra avanzó un paso, dispuesta a luchar

contra él, pero escondió la daga a su espalda.

—¡Azrael! —gritó Asmodeo, llamando su atención sobre el demonio que había sorteado sus defensas.

—¡Si me aparto se nos echarán encima! —alegó el ángel, mientras luchaba por contener a los dos seres que lo atacaban.

Azrael echó un rápido vistazo a Casandra, frustrado por la imposibilidad de acudir a su lado. Cerró los ojos solo un segundo, apenas un leve parpadeo, y sus alas se crisparon. Casandra supo que algo estaba a punto de pasar al ver la torturada mirada que le devolvieron sus ojos cuando se abrieron de nuevo.

Instantes más tarde, cayeron del cielo una decena de ángeles que aterrizaron a su alrededor. Todos con las alas desplegadas y resplandeciendo, convirtiendo el comienzo de la noche en una continuación del día. En el centro del círculo que formaron, su prima y ella se agarraban de la mano observando al extraordinario grupo que había acudido en su ayuda.

Azrael, Daniel y Asmodeo retrocedieron hasta ellos, permitiendo la entrada de la avalancha de demonios.

—Si salimos de esta, creo que estaremos en paz —bromeó Asmodeo, dirigiéndose a Azrael.

—Si salimos de esta, soy yo quien te deberá una.

—¿Me dejarás mirar? —Asmodeo hizo un gesto con la cabeza, señalando a Casandra.

Azrael resopló, pero no tuvo tiempo de contestar. El pequeño diablo que había intentado secuestrar a Casandra en la discoteca se abalanzó sobre él empuñando una especie de cimitarra. Los ángeles estrecharon el círculo mientras combatían sin pausa. Los habían rodeado por completo y estaba claro que los sobrepasaban en número.

Lo incierto de la situación no evitó que Casandra se asombrara con la majestuosidad de la escena. Aquello era real, una batalla que llevaba reproduciéndose desde el inicio de los tiempos, desde que el mundo era mundo; el bien contra el mal. Aunque con la salvedad de que el bien había encontrado un aliado entre sus enemigos: Asmodeo.

Casandra deseó que ese detalle supusiera algún tipo de diferencia para ellos, un cambio en lo establecido, la prueba de que no todo lo desconocido tenía que ser malo por naturaleza.

Más y más demonios llegaron al claro. Un gigante de al menos dos metros, que bien podía pasar por una persona normal si no hubiera sido porque sus manos ardían como dos ascuas recién sacadas de una hoguera, embistió al ángel que quedaba justo a la derecha de Casandra. Ella no dejó pasar la oportunidad de ayudar. Se arrodilló junto a ellos y hundió la daga en la pierna del demonio, retorciéndola hacia los lados antes de recuperarla y alejarse de él.

Lena tiró de ella y le lanzó una mirada de reproche, pero Casandra estaba decidida a hacer todo cuanto fuera posible para ayudarlos. Si lo perdía, si Azrael sucumbía por defenderla, jamás se lo perdonaría, mucho menos si se quedaba de brazos cruzados. Tenía que haber alguna forma de escapar de aquella locura. Casandra se preparó para realizar una segunda incursión, con suerte nadie se fijaría en ella y podría al menos herir a unos cuantos de aquellos abominables seres.

Su prima la agarró justo cuando tomaba impulso y le impidió avanzar.

—¿Pretendes que te maten? —le reprochó Lena furiosa.

—Tengo que hacer algo. Tengo que ayudarlos —alegó ella, frenética.

—Solo conseguirás que te maten y entonces nada de esto habrá valido la pena.

—Si lo matan a él, nada valdrá la pena para mí.

Le tembló la voz, pero sabía que sus palabras encerraban su única verdad: no existía nada que la anclara a la vida si él perecía. Quería a su madre, adoraba a su prima, e incluso al resto de su familia, pero su alma le pertenecía a él, únicamente a él. Y si él desaparecía, su alma se desvanecería dejando tras de sí solo una cáscara vacía.

Le suplicó a Lena con la mirada que lo entendiera, que no le guardara rencor y que la apoyara incluso aunque eso supusiera su muerte. No tuvo tiempo para conocer su respuesta, Azrael gritó en ese momento y ambas se volvieron hacia él para ver cómo una espada le atravesaba el hombro y emergía a través de la piel de su espalda.

Casandra se lanzó en su dirección y, con pulso firme y actitud resuelta, le clavó al demonio la daga en el estómago. Imprimió todas sus fuerzas en el ataque. Azrael, al verla aparecer junto a él, depositó la mano sobre la suya y juntos la hundieron hasta la empuñadura.

Se demoró un segundo antes de retirar la mano, con la única intención de deleitarse

con el roce de la piel de él. Casandra sabía que debía estar asustada, incluso esperaba que en cualquier momento su cuerpo se colapsara y cayera al suelo sin sentido. Pero el tacto de Azrael le infundía la fuerza necesaria para mantenerse en pie, así que aprovechó esa décima de segundo antes de separarse de él y retroceder para no convertirse en un estorbo.

El cielo tronó sobre ellos como si fuera a desatarse una tormenta. Casandra alzó la cabeza en un acto reflejo. El brillo de las estrellas, que ya habían comenzado a aparecer, no se veía enturbiado por ninguna nube. Aun así, volvió a escuchar un sordo retumbar y la tierra que pisaba tembló bajo sus pies. Lena volvió a agarrarse a ella con tanta fuerza que por poco caen las dos al suelo. Los ángeles renovaron la intensidad de su ataque, como si aquella vibración les infundiera mayor coraje.

CAPÍTULO 24

Los restos de varios demonios yacían dispersos por el prado junto a los de algunos ángeles. Los que continuaban en pie seguían luchando y mantenían a salvo a Casandra y a Lena. Ninguno pareció percibir el repentino vendaval que se había levantado y que arrastraba hojas y pequeñas ramas de un lado a otro, hasta que este cesó de forma abrupta. La calma posterior, el silencio solo roto por el entrec chocar de las armas y los gemidos de quienes resultaban heridos, le puso los pelos de punta.

Al otro lado del claro una luz dorada se abrió paso desde un único punto, extendiéndose en todas direcciones y cegando a todos los presentes. La encarnizada guerra que se libraba se paralizó por completo, y un pequeño zumbido que no había sido audible hasta ese momento ganó intensidad, obligándolos a llevarse las manos a los oídos.

El molesto ruido se interrumpió y el resplandor áureo se atenuó lo suficiente para permitir a Casandra ver dos figuras aladas. Todos los presentes los contemplaron sin moverse, unos con deferencia y otros con descarado odio. Casandra los observó con curiosidad y temor, consciente de que con toda probabilidad eran los dueños de su destino, o al menos del de Azrael. No podían ser otra cosa que arcángeles.

El más alto, de pelo tan rubio que parecía blanco y ojos azules y fríos, los miraba con soberbia. Portaba un cinto del que colgaba una espada, que aun envainada brillaba con la misma intensidad que sus alas doradas. A su lado, el otro arcángel no parecía encontrarse tan cómodo. Su rostro era más cordial y sus ojos verdes desprendían amabilidad. Parecía no ir armado.

Ambos extendieron las alas, grandiosas y deslumbrantes, robándole el aliento a Casandra y haciendo que se sintiera empequeñecer frente ellos. Eran sin duda hermosos. Las doradas plumas irradiaban luz en todas direcciones, refulgiendo de tal manera que resultaba incluso doloroso mirarlas. Los demonios se apartaron, aunque no huyeron, simplemente se hicieron a un lado como si quisieran evitarlos a toda costa pero no rendirse ante ellos.

Asmodeo retrocedió y se situó junto a Lena y Casandra. En cambio, Azrael y Daniel permanecieron delante de ellas, manteniéndolas ocultas a los ojos de los recién llegados. Casandra hubiera querido avanzar y coger de la mano a Azrael, pero se quedó donde estaba a la espera de ver qué sucedía. No quería empeorar más las cosas, si es que eso era posible.

—Azrael, hermano —le llamó con cariño el arcángel de rostro afable.

—Miguel —respondió este con un leve gesto de asentimiento—. Gabriel —añadió, dirigiéndose al otro arcángel.

Casandra sintió un escalofrío al oír su nombre. Aquel arcángel de mirada orgullosa y fría era Gabriel, el único que podía erigirse como su verdugo.

—Siempre supe que volveríamos a encontrarnos —aseguró Gabriel—, aunque esperaba que fuera en circunstancias menos... comprometidas.

El altivo arcángel trataba de sonar amigable, pero Casandra podía notar el rencor escondido en su voz.

Uno de los demonios corrió hacia los arcángeles aprovechando que no le prestaban atención, pero antes siquiera de llegar hasta ellos una fuerza invisible lo lanzó volando hacia la cruz de piedra que se alzaba en el claro, rompiéndola en cientos de pedazos. Gabriel apenas si había levantado ligeramente una mano.

«No podemos hacer frente a ese poder», se lamentó Casandra en silencio.

No veía forma alguna de salir victoriosa, no si ellos habían venido a castigarlos. Su única posibilidad era tratar de convencerlos de que estaban equivocados.

—Nos has llamado y hemos acudido —continuó Gabriel—. Aunque esperábamos que fueras tú quien se presentara ante nosotros.

—Como podéis observar, tenía asuntos que requerían mi atención —replicó Azrael, no sin cierto sarcasmo.

Casandra creyó oír que Asmodeo reía entre dientes, pero no tuvo valor para girarse a comprobarlo.

—Ya veo. —Gabriel se giró hacia el grupo de demonios que permanecía observándolos—. No vais a tenerla. Decidle a ese engendro, al que rendís pleitesía solo por temor, que no va a conseguirla, y que si la quiere, ya puede venir él mismo a buscarla.

Los demonios murmuraron sin atreverse a alzar la voz. Tal era el miedo que les infundía el arcángel que ni siquiera osaron moverse.

—Tú tampoco vas a tenerla, Azrael —añadió el arcángel, girándose de nuevo hacia él.

Casandra dejó de contenerse. Se adelantó con paso firme y se colocó al lado de Azrael. Estaba claro que los arcángeles habían acudido a la llamada de Azrael, no para prestarles ayuda, sino para castigarlos.

Miguel permanecía callado, sin añadir nada a lo que su hermano decía, sin mostrar acuerdo o disentir de sus palabras. Casandra habló antes de que Azrael contestase.

—¿Tan malo es? ¿Tanto miedo tenéis? ¿O solo es porque desconocéis lo que se siente? —inquirió indignada—. ¿No predicáis que Dios es amor?

—¿Cómo te atreves...? —Gabriel, rojo de ira, avanzó un paso hacia ella, pero Miguel lo agarró del brazo y lo obligó a permanecer a su lado—. ¿Eres consciente de que desafías las normas que durante siglos nadie ha cuestionado?

—Y vosotros, ¿sois conscientes de que podéis haber estado equivocados todo este tiempo? —lo retó Casandra, desafiante. No pensaba caer sin luchar—. Miraos, dos poderosos arcángeles que se han molestado en venir hasta aquí y ¿para qué? Para evitar que uno de los suyos, del que no se han preocupado jamás, ame a una humana. Es una pena que no os toméis las mismas molestias para cosas más importantes.

—No te atrevas a cuestionarnos —replicó Gabriel, autoritario—. ¿Crees amarlo? ¿Cuánto tardarás en cansarte? ¿Cuánto durará ese amor tuyo?

—No me hables de amor. Qué sabrás tú, que abandonaste a Azrael porque no eras capaz de ver más allá de su exterior.

El rostro del arcángel se crispó solo durante un instante. La culpa apareció en sus ojos y desapareció con tanta rapidez que Casandra tuvo que convencerse a sí misma de que no lo había imaginado.

—Si no estáis dispuestos a ceder, puedo pactar con cualquier demonio, puedo ayudarlos. Perderéis cualquier alma que se cruce en mi camino —lo amenazó Casandra.

Azrael se envaró al escuchar sus palabras y le apretó la mano.

—No puedes... —susurró en su oído.

—No tienes valor —se jactó Gabriel, y su sonrisa se transformó en una mueca de desprecio.

—Ponme a prueba —respondió ella, tratando de sonar convincente.

En realidad, estaba tan desesperada que hubiera dicho cualquier cosa. No pensaba aliarse con ningún demonio, antes enviaría su alma a la eternidad convertida en una suicida que condenar a otros a sufrir en el infierno hasta el fin de los días. Pero era la única carta que le quedaba por jugar.

—Azrael —lo reclamó Gabriel—, ¿algo que decir?

—Solo sé que nos está dando una lección que alguien debería habernos enseñado hace mucho. Creéis que son una raza débil, incapaz de sacrificarse y de amar a sus iguales más que a sí mismos. Pero no os dais cuenta de que son ellos los que importan. Siempre han sido ellos.

—Así que piensas que deberíamos ceder a su chantaje, permitir que estéis juntos y, además, protegerla del Mal.

Por el tono de su voz, Casandra supo que no iba a ceder, no lo haría nunca. El arcángel Gabriel creía en sus estúpidas leyes por encima de todo. No había nada que ellos pudieran hacer o decir para convencerlo de que se equivocaba.

—Tuya es la decisión, Gabriel, pero debes saber que jamás permitiré que le pase nada —afirmó Azrael—. Nunca la dejaría pactar con el diablo. Pero eso ya lo sabías, ¿verdad? Desde el principio has sabido que prefiero la muerte o una condena eterna a que ella sufra el más mínimo daño. —Azrael se adelantó hacia Gabriel—. El castigo será para mí. Me lo debes, hermano.

—No te debo nada —lo contradijo Gabriel. Se irguió desplegando por completo sus alas, en un gesto que a ella le pareció tan arrogante como desesperado.

—No temo tu poder, nunca lo he hecho. Fuiste tú quien se apartó de mi lado.

—Tenía otras obligaciones, y tú llegabas allí donde yo no podía. Tu aspecto... —replicó el arcángel con inquietud.

Por segunda vez, Casandra vio la culpabilidad en sus ojos.

—¿Qué aspecto? —preguntó Azrael, retándole con una oscura mirada en la que parecía haberse concentrado la furia de todos los infiernos.

Casandra asistía intranquila a la lucha de poder que se desarrollaba ante sus ojos.

—La protegeremos —sentenció Miguel, que hasta ahora había permanecido al margen.

El piadoso arcángel se adelantó hasta Azrael. Alzó la mano y la llevó hasta su hombro para darle un ligero apretón. El gesto era evidentemente cariñoso a pesar de la situación.

—Podemos hacerlo —añadió volviéndose hacia Gabriel.

—Miguel, siempre fuiste el más compasivo —le agradeció Azrael—. Asumiré mi castigo si me das tu palabra.

El brutal significado de aquella sencilla frase golpeó a Casandra en el pecho, dejándola sin aliento. Se abalanzó hacia él, separándolo de Miguel e intentando hacerlo retroceder.

—No puedes, no puedes hacerlo, Azrael —gimió desesperada.

Azrael se mantuvo en el sitio, pero la rodeó con los brazos para calmarla. La contempló con tristeza, suplicándole perdón con los ojos. Ante la atenta mirada de todos, la besó en los labios de forma breve pero con una dulzura infinita, y le transmitió así el amor que hubiera podido ofrecerle hasta el final de sus días. Todo concentrado en un único y fugaz beso.

—Entrego mis alas —dijo Azrael al separarse de ella.

La serenidad de su voz contrastaba con el desconsuelo de Casandra.

—Morirás —le recordó Gabriel—. ¿Es eso lo que quieres?

—Te amo —afirmó Azrael mirándola, sin prestar atención a Gabriel.

Dos simples palabras que, nada más llegar a oídos de Casandra, destrozaron su corazón. Una confesión que debía haberla entusiasmado y que no hacía otra cosa que envolverla en oscuridad.

—Recuerda solo eso —añadió él en un susurro.

Azrael le acarició la mejilla y dejó la mirada vagar por su rostro, como si quisiera recordar cada detalle, cada línea, cada matiz de su piel, y grabarlos en su mente para llevarlos con él allá donde quiera que fuera. Casandra apoyó la cabeza en su pecho, deseosa de que una vez más el poderoso latido de su corazón reverberara en sus oídos. Se mordió el labio con fuerza para no gritar, repitiéndose sin cesar que aquello no estaba sucediendo,

como si pudiera hacer desaparecer a todos los que los rodeaban solo con su pensamiento.

Azrael le hizo un gesto a Daniel para que se acercara y se llevara a Casandra. Ella reaccionó agarrándose a Azrael con fuerza. Cuando Daniel consiguió arrancarla de su lado, las lágrimas resbalaban sin pausa por sus mejillas y una mano invisible le atenazaba el corazón, amenazando con hacer que se desmayara.

—Solo quiero que ella esté a salvo. Prometeme que así será —exigió Azrael.

El ángel ofrecía su existencia a cambio de la de ella. Una vida por otra. Solo que ella estaba segura de que no era ella quien debía ser salvada, no a costa de su propia muerte.

—¡No puedes! —aulló Casandra.

—Así sea —anunció Gabriel.

El dolor estalló en los ojos de Azrael, que se dobló sobre sí mismo y cayó al suelo. Las plumas de sus alas comenzaron a marchitarse una a una, desprendiéndose y cayendo al suelo para formar un macabro manto. Azrael gritaba encogido por el sufrimiento. Sus alaridos retumbaban en el silencioso cementerio con tal intensidad que el suelo parecía temblar con cada uno de sus lamentos, como si en cualquier momento fuera a resquebrajarse.

Casandra sintió cómo su propia alma se rompía en miles de diminutos fragmentos al verlo agonizando, y supo que jamás sería capaz de recomponerla. Escapó de las manos de Daniel y se arrodilló junto a él. Se ahogaba mientras lo contemplaba retorcerse de dolor, como si el aire que la rodeaba se hubiese vuelto espeso y cortante, clavándose en su pecho con cada bocanada que trataba de llevar a sus pulmones.

—Te amo —le susurró entre sollozos, tratando de darle un minuto de paz, algo a lo que aferrarse—. No puedes imaginar cuánto. Contigo me he sentido plena, completa. ¡No puedes dejarme! ¡No puedes condenarte por mí!

Las lágrimas bañaban su cara mientras hablaba, pero no se detuvo. No había más tiempo, nunca más.

—Te he deseado desde el primer momento en que te vi y desde ese mismo instante mi alma era consciente de que te pertenecía.

Algunos ángeles apartaron la vista, incapaces de contemplar un castigo demasiado cruel; la muerte de un ángel cuyo único pecado había sido amarla más allá de cualquier límite.

Azrael le agarró la mano y, conteniendo a duras penas la tortura que estaba sufriendo, se incorporó en parte, respirando con dificultad. El ángel apretaba la mandíbula y en sus ojos ya no brillaba la luz que siempre los había iluminado, aquella que Casandra solía contemplar hipnotizada.

Moribundo, pero aún consciente, miró a los arcángeles; no con odio ni con rencor, sino con la compasión que despertaba en él saber que jamás habían amado a nadie de igual modo. No se arrepentía de nada salvo de no haber sido capaz de presentarse antes a Casandra y haber tenido más tiempo para estar con ella.

Las plumas de sus alas no dejaban de caer. Casandra comprendió que su caída era una cuenta atrás macabra, que cuando la última rozara el suelo todo habría terminado. El cuerpo de Azrael no dejaba de enfriarse, como si su esencia hubiera empezado ya a abandonarlo. Se estaba muriendo entre sus brazos.

El pensamiento amenazó su cordura. Le pareció que estaba viéndose morir a sí misma, que era su propio corazón el que dejaba de latir. Pensó en la posibilidad de desaparecer junto a él, de perseguirlo a través del infierno si era allí donde lo enviaban.

Devastada por el dolor, Casandra dejó de sentir su propio cuerpo, ya ni siquiera podía refugiarse en él. Destrozó los lazos que lo unían a su alma rota, eliminando casi sin resistencia cada uno de ellos. Algo explotó detrás de sus ojos, una luz que la cegó y crispó sus nervios, enviando a su cerebro miles de afilados cuchillos. La sensación de estar cayendo se repitió durante lo que le pareció una eternidad. Pero cuando su alma salió catapultada de su cuerpo, Azrael aún no había exhalado su último aliento.

Antes de que la última pluma se desprendiera, el espectro de Casandra se arrodilló junto a él. Azrael mantenía aferrado su cuerpo, pero la observaba a ella. Horror y alivio pugnaban en su mirada apagada por la cercanía de la muerte, luchando entre el deseo de llevarla consigo y la culpabilidad por segar su vida de forma prematura.

Ella alargó la mano para recoger sus lágrimas; pero, antes de llegar siquiera a rozarlo, la última pluma se desprendió y osciló mecida por la brisa, cayendo finalmente al suelo. Azrael se desplomó hacia atrás sin rastro de vida, entrelazado con su propio cuerpo. Un alarido salvaje y gutural brotó de la boca de Casandra, y una rabia que jamás había conocido inundó su ánimo.

Los que la rodeaban la contemplaban atónitos, enmudecidos por lo sucedido e incluso aterrados por las consecuencias. Su prima lloraba abrazada a Daniel, mientras que Asmodeo apretaba los puños y no dejaba de mirar con furia a los culpables de su tragedia.

La mayoría de los demonios había abandonado el lugar, salvo Eligos y unos pocos más cuya confusión apenas si les permitía moverse. Pero era el arcángel Gabriel el que realmente interesaba a Casandra, el único que parecía no albergar ningún tipo de emoción, como si no hubiera visto morir a su hermano segundos antes.

Casandra voló hasta él. Se sentía ágil y ligera pero aun así poderosa. El arcángel levantó la mano, pero su gesto no la detuvo. No tenía dominio alguno sobre los muertos ni sobre sus almas, nada de lo que hiciera iba a frenarla.

Cuando estuvieron cara a cara, Casandra dejó escapar una risa enloquecida y desquiciada.

—Nada puedes contra mí —aseguró Gabriel, pero su voz tembló y ella supo que sentía miedo.

Azrael era la prueba de que los ángeles podían morir, y si esa posibilidad existía, Casandra reclamaría su venganza.

—Debiste matarme a mí. Él tenía más capacidad de perdón que yo.

—Él me hubiera perseguido por toda la eternidad —replicó Gabriel con animosidad.

—Yo no te daré tanto tiempo.

Se movió antes de que el arcángel pudiera reaccionar. Giró a su alrededor con rapidez, hasta convertirse en un borrón a los ojos de los que la observaban. Con cada vuelta arrancaba un puñado de plumas de sus alas, tirándolas inmediatamente al aire y dejando que estas las esparciera a su antojo. El arcángel trató de luchar contra ella, pero sus brazos atravesaban la fantasmal figura y le era imposible interrumpir su avance.

Fue ella quien se detuvo solo para contemplar la mueca de terror en su rostro. Gabriel aprovechó para ocultar sus alas, si bien el daño estaba hecho y de su espalda había comenzado a brotar sangre.

Miguel, que no había intervenido ni siquiera para tratar de ayudarlo, atrajo la atención de Casandra con un gesto. La miró, rogándole que no continuara con su venganza. Casandra ladeó la cabeza y sonrió ante sus súplicas.

«Detente», susurró la voz de Miguel en su cabeza.

Ella observó con interés al más clemente de los arcángeles. Este asintió con la cabeza

tan levemente que ella fue la única que se percató del movimiento.

—Ten fe —añadió en voz alta tras unos segundos.

El temblor que sacudió la tierra los derribó a todos menos a ella, que ni siquiera apreció la magnitud del terremoto hasta que los vio intentando levantarse y cayendo de nuevo. Casandra volvió la vista hacia el cuerpo de Azrael. Irradiaba una luz amarillenta y brillante que nacía de su interior y atravesaba su piel. En tan solo unos segundos, el cuerpo inerte del ángel fue absorbido por aquella luz, tragado hasta desaparecer como si nunca hubiera existido.

Casandra apartó la vista, sin fuerzas para padecer esa nueva pérdida, y concentró su furia en Gabriel.

—¡No puede ser! —negó este desde el suelo.

Pero no la miraba a ella, sino que parecía observar algo a su espalda. Casandra siguió su mirada convencida de que lo que fuera que llamaba su atención no iba a impedirle terminar con él. Hasta que lo vio.

El cuerpo inerte de Casandra tiró repentinamente de su esencia y restableció con brusquedad las uniones para convertirlos de nuevo en una sola entidad. Se vio arrastrada, prácticamente succionada, a su interior, y sintió cómo el corazón aceleraba su pulso, llenando sus venas de adrenalina y devolviéndola a la vida.

Oyó murmullos, gemidos y expresiones de estupor y sorpresa. Sintió movimiento, alguien agarrándola, alzándola del suelo, y luego escuchó de nuevo el único sonido que creía que jamás volvería a escuchar: el corazón de Azrael latiendo contra su oreja. Trató de abrir los ojos para asegurarse de que sus oídos no la engañaban, aunque sabía a ciencia cierta que no era así, pero ni siquiera tenía fuerzas para ello. La felicidad la desbordó por completo cuando la voz de Azrael se elevó por encima del resto.

—La amo.

—No puede ser, no es posible —negó Gabriel estupefacto.

Casandra notó la mano de Azrael deslizarse por su cara con suavidad, casi con reverencia, y por fin fue capaz de abrir los ojos. Lo miró extasiada, con toda clase de sentimientos agolpándose en su cabeza. Él le dedicó una media sonrisa y con ese único gesto se lo dijo todo.

Azrael la depositó con cuidado en el suelo y la rodeó con un brazo para ayudarla a mantenerse en pie. Las nuevas plumas que habían brotado de sus alas le rozaron la espalda, reconfortándola.

El ángel no mostraba señal alguna de dolor ni sufrimiento. No había rastro de heridas y ni tan siquiera un rasguño profanaba su piel inmaculada. Pero eso no era ni mucho menos lo más llamativo. Había recuperado sus alas, que ahora casi doblaban el tamaño de las anteriores, de mayor envergadura incluso que las de Gabriel, y las plumas que las formaban relucían doradas iluminando por completo el prado, como si la luz de sol se hubiera concentrado en ellas.

Ella ni siquiera era del todo consciente de lo que estaba pasando, solo sabía que prácticamente había perdido la razón al creerlo muerto y ahora se hallaba de nuevo entre sus brazos.

Azrael estaba vivo y, además, se había convertido en un arcángel.

—Así que era cierto —dijo Miguel, complacido por la situación.

—¿Lo sabías? —inquirió Gabriel.

La expresión cauta y recelosa del vengativo arcángel dejaba claro que en ninguna circunstancia había esperado que sucediera aquello. Azrael había entregado sus alas, y para cualquier ángel esa decisión suponía la muerte.

—Él no es cualquier ángel, hermano —replicó Miguel, adivinando sus pensamientos—. Es el Ángel de la Muerte. Tenía mis sospechas y esperaba que fueran ciertas.

—Aun así... entregó sus alas —alegó Gabriel. Su voz había perdido el tono orgulloso.

—No tienes poder, Gabriel. No puedes condenar a un arcángel. Solo Él puede hacerlo —le rebatió Miguel con impaciencia. Se dirigió entonces hacia Azrael—. ¿Desde cuándo, hermano? ¿Cuándo fuiste ascendido?

—Desde siempre —admitió él, y su respuesta los desconcertó aún más—. Nunca hice uso de mi rango. Mi misión jamás varió y nunca necesité los atributos que me fueron concedidos.

—Tú lo sabías —insistió Gabriel, que no quería admitir que algo escapara a su autoridad.

Miguel suspiró y negó con la cabeza. Depositó su mano sobre el brazo de su hermano para tratar de calmarlo, aunque sabía que la afrenta a la que había sido expuesto nunca se le olvidaría.

—Solo era un rumor que escuché hace mucho en la alta jerarquía, ni siquiera debería haber llegado a mis oídos.

El orgulloso arcángel se negaba a asumir que se había extralimitado. Su desconocimiento ni siquiera aplacaba la ira que trataba de disimular en vano. Gabriel sabía que, con poder o sin él, su condena hubiera podido hacerse efectiva siempre y cuando una instancia superior la hubiera avalado. Lo cual solo podía significar que alguien más poderoso que él pensaba que había errado al castigar a Azrael.

—La protegeréis —exigió Azrael—. Lo habéis prometido.

Gabriel lo miró atónito mientras que Miguel asintió sin decir nada.

—Cuidaré de ella para siempre y no volveréis a inmiscuirlos —continuó Azrael—. Pero si os necesita, si se encuentra en peligro y yo no soy capaz de ayudarla, haréis honor a la palabra dada.

Inclinó la cabeza ante Miguel y miró a Gabriel a los ojos, retándolo a que osara contradecirlo. Este, abochornado por la lección recibida, desvió la vista y apretó los dientes para obligarse a callar todo lo que le hubiera gustado decir.

Sin querer dedicarles un segundo más de su vida, Casandra les dio la espalda y tiró de la mano de Azrael para llevarlo con ella. Avanzó sonriendo hasta el grupo de amigos que había luchado a su lado solo para defender su amor ante el cielo y el infierno.

EPÍLOGO

Casandra pasó los dos días siguientes dando y recibiendo explicaciones. El salón había quedado destrozado por la pelea, pero su madre estaba a salvo. Eligos la había atacado, dejándola inconsciente, aunque el único rastro de su encuentro era un chichón en la parte posterior de la cabeza. Asmodeo la había persuadido para que se quedara allí y no los acompañara a buscarla, pero cuando aparecieron todos en casa, agotados y con la ropa destrozada y manchada de sangre, Casandra tuvo que contarle medias verdades sobre lo sucedido.

—¿Ángeles? —repitió por enésima vez Valeria—. ¿Ángeles?

—Ajá —respondió Casandra, armándose de paciencia—. ¿Qué esperabas? A algún lado tienen que ir las almas que tu hija no deja de ver.

—No seas condescendiente conmigo, Casie. Me estás diciendo que tengo tres ángeles sentados en la habitación de al lado.

Había omitido el hecho de que Asmodeo no era precisamente un ser alado repleto de bondad, demasiada información inquietante para los destrozados nervios de su madre.

Casandra podía escuchar las carcajadas del demonio desde la cocina.

—¡Venga, mamá! Yo veo fantasmas, Lena ve auras y ellos son ángeles. ¿Cuál es la diferencia?

—Ellos pueden volar —matizó Lena riendo—. Sin ofender, pero mola más.

Su prima volvía a lucir la sonrisa encantadora de siempre y había recuperado su característico sentido del humor. Mientras Casandra le relataba toda la historia a Valeria, ella no había dejado de hacer comentarios jocosos al respecto.

Después de tranquilizar a su madre fue el turno de Azrael para dar explicaciones. Le contó a Casandra con detalle cómo la habían localizado cuando Eligos desapareció con ella.

—Fue tu abuela.

Casandra casi escupe el agua que estaba bebiendo en ese momento.

—¿La abuela?

—No te haces una idea —intervino su prima, con los ojos húmedos por la emoción—. ¡Podía verla! Apareció y nos dijo que estabas en Highgate y...

Casandra abrazó a Lena, que apenas era capaz de contener las lágrimas. Mientras su prima se tranquilizaba, los demás le contaron el resto de los detalles. No veía el momento de quedarse a solas con Azrael, pero había varias cosas que quería hacer antes de poder disfrutar al fin de todo lo que le habían negado hasta ese momento.

—Y vosotros dos ¿qué? —preguntó Casandra a Daniel con un deje de burla—. Y no me digáis que no hay nada entre vosotros porque no me lo creo.

—Sabía que iba a ser el único que no sacara nada de sexo de esto —se lamentó Asmodeo—. Y eso que soy el señor de la lujuria. Voy a tener que replantearme mis prioridades.

Daniel ni siquiera pareció oír la broma. Miraba a Lena entristecido, con la misma expresión del que sabe que su mayor anhelo está fuera de su alcance.

—Si se enteran... —farfulló sin dejar de mirarla.

Azrael le pasó la mano por la espalda a Daniel, mostrándole el mismo apoyo que había recibido de él.

—Creo que se lo pensarán dos veces antes de volver a tomar decisiones a la ligera.

Todos estaban exhaustos, por lo que Casandra pensó que el resto de las explicaciones podían esperar a que hubieran dormido un poco para recuperarse.

—Creo que deberíamos descansar —sugirió ella.

Todos asintieron y se levantaron para marcharse. Asmodeo volvió a su mansión victoriana, aunque antes de irse les aseguró que para el fin de semana daría una fiesta y que los esperaba. Seguramente era una excusa para poder seducir a alguna inocente jovencita. Casandra se prometió no perderlo de vista, alguien iba a tener que mantenerlo bajo control.

Los demás se asearon, durmieron y trataron de recuperar las horas de sueño perdidas que habían ido acumulando en el transcurso de las últimas semanas. Dado que Valeria había vuelto, Lena y ella compartieron su habitación mientras que Azrael y Daniel se alojaron en

la de invitados. Su madre seguía confusa y sorprendida por el hecho de que dos ángeles pasaran la noche allí, pero teniendo en cuenta que cuidaban de Casandra, no se opuso e incluso se mostró tan amable como era su costumbre con las visitas.

Tras el merecido descanso, Lena volvió a su casa y Daniel la acompañó, aunque Casandra suponía que este regresaría junto a Azrael cuando se asegurara de que su prima estaba bien.

—¿Puedes acompañarme? —le pidió a Azrael cuando se quedaron a solas.

—Así que vas a hacerlo de verdad.

Acudieron juntos a la dirección que Azrael había podido conseguir tras varias idas y venidas al cementerio de Highgate. No había sido fácil que el señor Barlow accediera a darle las señas de su casa al Ángel de la Muerte, pero tras mencionar que Casandra quería visitar a su mujer, James había acabado por rendirse y facilitársela.

La señora Barlow era un anciana tan amable y entrañable como su difunto esposo. Los invitó a pasar y sentarse en el acogedor salón de su casa, no sin antes dedicarle a Azrael una enigmática mirada, como si supiera frente a quién se encontraba.

La anciana preparó té y, cuando dispuso lo necesario para una pequeña merienda, les preguntó de qué conocían a su marido. Hubo un momento de tensión en el que Casandra creyó que no sabría cómo responder, pero adornando bastante la situación y haciendo uso de unos cuantos eufemismos, consiguió transmitirle a la anciana lo que en realidad quería decirle: que su marido la amaba con locura, que la había amado en vida y continuaba amándola tras su muerte.

—Bueno, no ha ido tan mal —comentó Azrael una vez en la calle. Enlazó la mano con la de Casandra y la atrajo hacia sí para que caminara a su lado—. ¿Qué quieres hacer ahora que por fin somos libres?

Una fina llovizna comenzó a caer mientras paseaban por la calle. Casandra se refugió contra el cuerpo del ángel. Tenía algo de frío y, aunque había dormido casi veinticuatro horas seguidas, no le apetecía estar fuera con aquel tiempo. Quería poder disfrutar de Azrael ahora que por fin no tenían a nadie persiguiéndolos y no había incertidumbres que la acosaran respecto a su relación.

—¿Qué tal si me enseñas tu casa? —sugirió ella, alzando la cabeza para ver sus brillantes ojos negros.

Azrael le dedicó una sonrisa torcida antes de contestar.

—Juegas fuerte. ¿Tratas de corromper a un arcángel?

—Tal vez —contestó ella, sugerente.

Continuaron andando en silencio hasta que Casandra se paró en seco, acosada por una extraña idea.

—No te llevas el trabajo a casa, ¿verdad?

Azrael la miró sin comprender.

—¿No habrá almas perdidas rondando tu casa? —se explicó Casandra al ver que no la había entendido.

Él rio al comprender su preocupación y negó con la cabeza. Con las manos en su espalda, la acercó hasta que sus labios se rozaron y Casandra fue capaz de sentir su aliento cálido colándose entre sus labios.

—Solo las nuestras, ángel mío —murmuró él, antes de besarla—. Solo las nuestras.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Esta fue la primera novela mía que vi, hace ya más de cinco años, en las estanterías de una librería. No soy capaz de expresar lo que eso supuso para mí. Desde entonces, las cosas han cambiado mucho; nunca pude imaginar que, con el tiempo, llegaría a publicar todas las historias que he ido creando sin descanso durante estos años. He crecido como persona y como escritora, y hay un buen puñado de gente que me ha ayudado y acompañado a lo largo del camino. Gracias por tanto, vosotros sabéis quiénes sois. Gracias por estar siempre para mí.

Y también gracias a vosotros, los lectores, porque sois los que le dais sentido a todo, los que convertís mis sueños en realidad, los que me empujáis a continuar escribiendo y seguir creando. A exigirme más y más con cada historia y no dejar nunca de intentar mejorar. Gracias.

Si alguna vez queréis escribirme para hacerme llegar vuestra opinión sobre alguna de mis novelas, podéis hacerlo, no lo dudéis. Me encantará recibir vuestros comentarios: vickyvilchez@gmail.com.